

Italo Calvino
TODAS LAS
COSMICÓMICAS



«Muchos críticos han definido estos cuentos míos como un nuevo tipo de ficción científica. Ahora bien, yo no tengo nada en contra de la *science-fiction*, de la que soy —como todos— un apasionado y divertido lector, pero me parece que los cuentos de ficción científica están contruidos con un método completamente diferente del de los míos. La primera diferencia, observada por varios críticos, es que la *science-fiction* trata del futuro, mientras que cada uno de mis cuentos se remonta a un pasado remoto, como si remedara un “mito de los orígenes”. Pero no sólo eso [...] Yo quisiera servirme del dato científico como de una carga propulsora para salir de los hábitos de la imaginación y vivir incluso lo cotidiano en los confines más extremos de nuestra experiencia; en cambio me parece que la ficción científica tiende a acercar lo que está lejos, lo que es difícil de imaginar, y que tiende a darle una dimensión realista». ITALO CALVINO

En este libro se reúnen, por primera vez en un solo volumen, todas las *cosmicómicas*, relatos en los que Calvino, a partir de 1964, asumió el divertido deber de aligerar y hacer visibles los arduos conceptos de la ciencia contemporánea, llegando a crear un género más próximo a los mitos cosmogónicos que a la ciencia-ficción.



Italo Calvino

Todas las cósmicas

ePub r1.0

jugaor 23.04.15

Título original: *Tutte le cosmicomiche*
Italo Calvino, 1997 (recopilación póstuma)
Traducción: Ángel Sánchez-Gijón

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2





Nota preliminar (1968)

La ciencia contemporánea ya no nos da imágenes que se puedan representar; el mundo que nos abre está más allá de toda imagen posible. Y sin embargo al profano que lee libros científicos (yo por ejemplo soy un profano que se apasiona por la astronomía, la cosmogonía y la cosmología), de vez en cuando una frase le suscita una imagen. He tratado de anotar algunas y desarrollarlas en un cuento: un tipo especial de cuento «cosmicómico».

Muchos críticos han definido estos cuentos míos como un nuevo tipo de ficción científica. Ahora bien, yo no tengo nada en contra de la *science-fiction*, de la que soy —como todos— un apasionado y divertido lector, pero me parece que los cuentos de ficción científica están contruidos con un método completamente diferente del de los míos. La primera diferencia, observada por varios críticos, es que la *science-fiction* trata del futuro, mientras que cada uno de mis cuentos se remonta a un pasado remoto, como si remedara un «mito de los orígenes». Pero no sólo eso: hay también la relación diferente entre datos científicos e invención fantástica. Yo quisiera servirme del dato científico como de una carga propulsora para salir de los hábitos de la imaginación y vivir incluso lo cotidiano en los confines más extremos de nuestra experiencia; en cambio me parece que la ficción científica tiende a acercar lo que está lejos, lo que es difícil de imaginar, y que tiende a darle una dimensión realista o en todo caso a meterlo en un horizonte de la imaginación que forma parte ya de un hábito aceptado.

En cierto modo el término «cosmicómicas» indica mis intenciones. Combinando en una sola palabra los dos adjetivos *cósmico* y *cómico* he tratado de juntar varias cosas que me importan mucho. Para mí el elemento *cósmico* no responde tanto a la solicitud de la actualidad «espacial», como al intento de ponerme en relación con algo mucho más antiguo. En el hombre primitivo y en los clásicos el sentimiento cósmico era la actitud más natural; en cambio nosotros, para hacer frente a las cosas demasiado grandes y excelsas, necesitamos una pantalla, un filtro, y ésta es la función de lo *cómico*. La expresión «cómico» tiene una historia gloriosa en las antiguas clasificaciones de los estilos de la literatura clásica. Pero no creo haber pensado en

esto al llamar «cómicos» a mis cuentos. Tal vez más sencillamente pensaba en las películas «cómic» del cine mudo, y sobre todo en los cómics o historietas dibujadas en las que un monigote emblemático se encuentra regularmente en situaciones cada vez diferentes pero que siguen un esquema común: es decir, pienso en ejemplos, quizá inigualables, de estilización, de precisión formal.

El protagonista de *Las cómic»* es siempre un personaje, Qfwfq, difícil de definir, porque no se sabe nada de él. Ni siquiera se dice que sea un hombre: probablemente podamos considerarlo tal a partir del momento en que el género humano empieza a existir; resulta más evidente que ha participado largo tiempo de la vida animal (como dinosaurio, entre otras formas). Todavía antes, no se dice nunca claramente quién era y cómo era, sino sólo que era, que estaba allí. ¿Cuántos años tiene? Dado que no hay acontecimiento de hace millones o miles de millones de años al que no haya asistido, hay que calcular que tiene más o menos la edad del universo. Basta que el relato toque de pasada la formación del sistema solar o los cataclismos geológicos, para que de inmediato se ponga a contar que él también estaba presente.

Las diversas teorías cosmogónicas encuentran en el viejo Qfwfq un testimonio acaso demasiado ansioso y dispuesto en cada situación a avalar con sus recuerdos de infancia o de juventud hipótesis contradictorias cuando no francamente opuestas. Cada una de sus aventuras se cierra en sí misma: Qfwfq no es ni siquiera un personaje, es una voz, un punto de vista, un ojo (o un guiño) humano proyectado hacia la realidad de un mundo que parece cada vez más refractario a la palabra y a la imagen.

Cada «cómic» encuentra su punto de partida —como decía antes— en una frase leída en un libro científico, allí donde una imagen logra cobrar forma y desarrollarse y vivir con una vida autónoma. En general se trata de libros de cosmología, de física, de genética, pero podrían nacer también de lecturas más abstractas, de matemática o de filosofía. Debo decir a este respecto que no me gusta escoger mis lecturas «en busca de inspiración», no: leo por curiosidad, en oleadas sucesivas —como ocurre a todos los que no hacen un estudio especializado y como creo también que ocurre con las lecturas no especializadas de los especialistas—, y salto a menudo de un argumento a otro. Pero mientras dura, por ejemplo, la oleada de la astronomía, leo libros de astronomía porque lo que me interesa es la astronomía, no porque piense servirme de ella en los cuentos que escribo. Los relatos aparecen por su cuenta, obedecen a una dinámica interna propia, en la cual puede suceder que se injerte la ocasión de las solicitudes exteriores.

En los últimos cuentos Qfwfq desaparece, así como desaparecen las pequeñas «introducciones científicas» que servían de «cabecera» a cada uno de los cuentos. El esquema que había seguido hasta ese momento es sustituido por un tipo de narración completamente diferente, basada esencialmente en una construcción lógica, en un razonamiento deductivo. La experiencia de *Las cómic»* está agotada: empieza otra en la que ya no habrá un punto de partida ocasional hallado en un libro científico

que dé impulso al cuento, sino una lección de rigor más esencial y severo, aunque sea a través de la pantalla irónica de la paradoja. Adónde llegaré por esta vía, aún no lo sé: me gusta descubrir mi camino mientras lo recorro y en cada recodo espero una sorpresa, un paisaje diferente, y también una nueva dificultad, un nuevo obstáculo por superar.

ITALO CALVINO

Las cósmicas

La distancia de la Luna

Hubo un tiempo, según sir George H. Darwin, en que la Luna estaba muy próxima a la Tierra. Fueron las mareas las que poco a poco la empujaron lejos: las mareas que la Luna provoca en las aguas terrestres y en las que la Tierra pierde energía lentamente.

¡Yo lo sé! —exclamó el viejo Qfwfq—. Vosotros no podéis recordarlo pero yo sí. La teníamos siempre encima. La Luna desmesurada: cuando era plenilunio —noches claras como de día pero de una luz color mantequilla—, parecía como si nos aplastase; cuando era luna nueva rodaba por el cielo como una negra sombrilla llevada por el viento; y cuando era luna creciente se adelantaba con los cuernos tan bajos que parecía que iba a clavarse en la cresta de un promontorio y quedarse anclada allí. Pero todo el mecanismo de las fases era muy distinto al de hoy: debido a que las distancias desde el Sol eran distintas, y las órbitas, y la inclinación ya no recuerdo de qué; si hablamos de eclipses, con la Tierra y la Luna tan pegadas, los había a cada momento: imaginémonos si aquellos dos animalotes no encontraban el modo de hacerse sombra continua y recíprocamente.

¿La órbita? Elíptica, por supuesto, elíptica: a veces nos aplastaba y a veces alzaba el vuelo. Cuando la Luna se hallaba más baja, las mareas subían hasta el punto de que nadie las podía sujetar. Había noches de luna llena baja baja y de marea alta alta que si la Luna no se bañaba en el mar era por un pelo, digamos unos pocos metros. ¿Que si no intentamos nunca subirnos a ella? ¿Cómo no? Bastaba con ir justo debajo de ella en barca, apoyar en ella una escala de mano y subir.

El punto en que la Luna pasaba más baja era frente a los Escollos de Zinc. Íbamos en aquellas barquitas de remos que se usaban entonces, redondas y planas, de corcho. En ellas cabíamos bastantes: el capitán Vhd Vhd, su mujer, mi primo el sordo y a veces también la pequeña Xlthlx, que entonces tendría unos doce años, y yo. En aquellas noches calmísimas el agua era tan plateada que parecía mercurio, y los peces, dentro, violeta, que al no poder resistir la atracción de la Luna salían todos a flote, así como pulpos y medusas color azafrán. Siempre había un vuelo de bichos menudísimos —pequeños cangrejos, calamares y también algas ligeras y diáfanas y plantitas de coral— que se desprendían del mar y acababan en la Luna, colgando boca abajo de aquel techo color cal, o se quedaban a media altura en un enjambre

fosforescente que alejábamos agitando hojas de platanero.

Nuestro trabajo era el siguiente. En la barca llevábamos una escala de mano: uno la sujetaba, otro subía hasta su extremo y, otro, en los remos, mientras tanto empujaba hasta allí, debajo de la Luna; para esto era necesario que fuésemos muchos (sólo he nombrado a los principales). El que estaba en la cima de la escala, en cuanto la barca se acercaba a la Luna, gritaba asustado: «¡Alto! ¡Alto! ¡Que me voy a dar un coscorrón!». Ésa era la impresión que daba al vérsela encima tan inmensa, tan accidentada de punzones cortantes y bordes mellados y aserrados. Ahora a lo mejor es distinto, pero entonces la Luna, o mejor su fondo, el vientre de la Luna, resumiendo, la parte que pasaba más próxima a la Tierra hasta casi deslizarse por encima de ella, estaba cubierta por una costra de esquirlas puntiagudas. Se iba asemejando al vientre de un pez, y su mismo olor, por lo que recuerdo, era si no precisamente de pescado, apenas algo más tenue, como salmón ahumado.

En realidad, en la cima de la escala se llegaba justo a tocarla extendiendo los brazos, en equilibrio en el último peldaño. Habíamos tomado bien las medidas (todavía no sospechábamos que se estuviera alejando); a lo único que había que estar muy atentos era a cómo se ponían las manos. Elegía una esquirla que pareciera firme (teníamos que subir todos por turno en grupos de cinco o seis), me agarraba con una mano, luego con la otra e inmediatamente notaba que la escala y la barca se escapaban debajo de mí y el movimiento de la Luna me arrancaba de la atracción terrestre. Sí, la Luna tenía una fuerza que te arrastraba, te dabas cuenta en el momento de paso entre la una y la otra: había que lanzarse hacia arriba de un salto, en una especie de cabriola, agarrarse a las esquirlas, levantar las piernas, para encontrarse de pie en el fondo lunar. Visto desde la Tierra parecías como colgado cabeza abajo, pero para ti era la misma posición de siempre, y lo único extraño era, al levantar la vista, ver encima de ti el manto del mar brillante con la barca y los compañeros boca abajo que se columpiaban como un racimo en su sarmiento.

Quien en aquellos saltos exhibía un particular talento era mi primo el sordo. Sus rudas manos, apenas tocaban la superficie lunar (siempre era el primero en saltar de la escala), de repente se volvían suaves y seguras. Enseguida encontraban el punto al que agarrarse para izarse, es más, parecía que sólo con la presión de las palmas se pegase a la corteza del satélite. Incluso una vez me pareció que la Luna, mientras él extendía sus manos, viniera a su encuentro.

Igualmente hábil era en la bajada a la Tierra, operación más difícil todavía. Para nosotros, consistía en un salto hacia arriba, lo más arriba que pudiéramos, con los brazos levantados (visto desde la Luna, porque visto desde la Tierra, en cambio, era más parecido a una zambullida o a nadar en profundidad, con los brazos colgando), igual, idéntico al salto desde la Tierra, resumiendo, sólo que ahora nos faltaba la escala porque en la Luna no había nada en qué apoyarla. Pero mi primo, en vez de tirarse con los brazos por delante, se inclinaba sobre la superficie lunar cabeza abajo como en una cabriola y empezaba a pegar saltos haciendo fuerza con las manos.

Nosotros en la barca lo veíamos derecho en el aire como si sujetase el enorme balón de la Luna y lo hiciese rebotar golpeándolo con las palmas, hasta que sus piernas se ponían a tiro y conseguíamos agarrarlo por los tobillos y bajarlo a bordo.

Ahora me preguntaréis qué demonios íbamos a hacer en la Luna y yo os lo explico. Íbamos a recoger leche con una gran cuchara y un cubo. La leche lunar era muy espesa, como una especie de requesón. Se formaba en los intersticios entre esquirla y esquirla por la fermentación de distintos cuerpos y sustancias de procedencia terrestre, transportados hasta allí desde los prados y bosques y lagunas que el satélite sobrevolaba. Se componía esencialmente de jugos vegetales, renacuajos, betún, lentejas, miel de abeja, cristales de almidón, huevas de esturión, mohos, pólenes, sustancias gelatinosas, gusanos, resinas, pimienta, sales minerales y material de combustión. Bastaba con meter la cuchara bajo las esquirlas que cubrían el suelo costroso de la Luna y se retiraba repleta de aquel precioso lodo. No en estado puro, por supuesto; las escorias eran muchas: durante la fermentación (al atravesar la Luna las extensiones de aire tórrido sobre los desiertos) no todos los cuerpos se fusionaban; algunos se quedaban metidos allí: uñas y cartílagos, clavos, caballitos de mar, avellanas y tallos, cacharros rotos, cebos de pesca y, algunas veces, hasta un peine. Así pues, este puré, después de ser recolectado, necesitaba ser desnatado, y había que pasarlo por un colador. Pero lo difícil no era eso: lo difícil era cómo mandarlo a la Tierra. Se hacía así: se lanzaba hacia arriba cada cucharada, maniobrando la cuchara como una catapulta, con las dos manos. El requesón volaba, y si el tiro era lo bastante fuerte iba a aplastarse en el techo, es decir en la superficie marina. Una vez allí se quedaba a flote y recogerla desde la barca era coser y cantar. También en estos lanzamientos mi primo el sordo demostraba una particular destreza; tenía pulso y puntería; con un golpe firme conseguía lanzar su tiro en un cubo que le tendíamos desde la barca. En cambio yo, a veces fallaba; la cucharada no lograba vencer la atracción lunar y me caía en un ojo.

Todavía no os he dicho todo de las operaciones en las que mi primo sobresalía. Ese trabajo de exprimir leche lunar de las esquirlas para él era como un juego: a veces, en lugar de la cuchara bastaba con que metiera debajo de las escamas la mano o sólo un dedo. No actuaba con orden sino en puntos aislados moviéndose del uno al otro a saltos, como si quisiera gastarle bromas a la Luna, sorprenderla o incluso hacerle cosquillas. Y donde metía la mano, la leche brotaba como de las ubres de una cabra. Hasta el punto de que nosotros no teníamos más que seguirle y recoger con las cucharas la sustancia que él iba, ora aquí ora allá, haciendo rezumar; pero siempre como por casualidad, dado que los itinerarios del sordo no parecían responder a ningún claro propósito práctico. Por ejemplo, había puntos que tocaba solamente por el gusto de tocarlos: intersticios entre esquirla y esquirla, arrugas desnudas y tiernas de la pulpa lunar. A veces, mi primo las apretaba no con los dedos de la mano sino — en un movimiento bien calculado de sus saltos — con el dedo gordo del pie (subía a la Luna descalzo), y parecía que ello fuera para él el colmo de la diversión, a juzgar por

el gorjeo que emitía su garganta y los nuevos saltos que daba a continuación.

El suelo de la Luna no era uniformemente escamoso sino que descubría irregulares zonas desnudas de una resbaladiza arcilla pálida. Al sordo estos espacios blandos le provocaban la fantasía de hacer cabriolas o vuelos casi como un pájaro, como si quisiera imprimirse en la pasta lunar con toda su persona. Alejándose así, en un determinado punto lo perdíamos de vista. Sobre la Luna se extendían regiones que nunca habíamos tenido motivo o curiosidad de explorar, y era allí donde mi primo desaparecía; y yo me había hecho a la idea de que todas aquellas cabriolas y pellizcos con los que se desahogaba ante nuestros ojos no eran más que una preparación, un preludio de algo secreto que debía de ocurrir en las zonas ocultas.

De nosotros se apoderaba un especial humor frente a los Escollos de Zinc; alegre, pero algo contenido, como si dentro del cráneo sintiéramos, en lugar del cerebro, un pez que flotara atraído por la Luna. Y así navegábamos tocando y cantando. La mujer del capitán tocaba el arpa; tenía unos brazos larguísimos, plateados en aquellas noches como anguilas, y axilas oscuras y misteriosas como erizos de mar; y el sonido del arpa era tan dulce y agudo, dulce y agudo que casi no se podía soportar, y nos veíamos obligados a lanzar largos gritos, no tanto como acompañamiento de la música como para proteger nuestros oídos.

Medusas transparentes afloraban a la superficie marina, vibraban un poco y alzaban el vuelo hacia la Luna ondeando. La pequeña Xlthlx se divertía cazándolas en el aire, pero no era fácil. Una vez, al extender sus bracitos para agarrar una, dio un saltito y ella también se quedó ingravida. Flacucha como era, le faltaban algunas onzas de peso para que la gravedad la devolviera a la Tierra venciendo la atracción lunar: así, volaba entre las medusas colgada sobre el mar. Enseguida se asustó, se echó a llorar, luego se rió y más tarde se puso a jugar cazando al vuelo crustáceos y pececillos, llevándose algunos de ellos a la boca y mordisqueándolos. Nosotros bogábamos para seguirla: la Luna corría por su elipse arrastrando consigo aquel enjambre de fauna marina por el cielo y una cola de largas algas enrolladas, y la niña suspendida allí en medio. Xlthlx tenía dos trencitas muy finas, que parecían volar por su cuenta en dirección a la Luna; pero mientras tanto pateaba, daba patadas con las espinillas al aire como si quisiera combatir aquella influencia, y las medias —había perdido las sandalias en el vuelo— se le escapaban de los pies y colgaban atraídas por la fuerza terrestre. Nosotros, en la escala, intentábamos agarrarlas.

Eso de ponerse a comer los animalitos flotantes en el aire fue una buena idea; cuanto más peso ganaba Xlthlx más bajaba hacia la Tierra, es más, como entre aquellos cuerpos flotantes el suyo era el de mayor masa, moluscos, algas y plancton empezaron a gravitar sobre ella y pronto la niña quedó cubierta de minúsculas cáscaras silíceas, corazas quitinosas, caparazones y filamentos de hierbas marinas. Y cuanto más se perdía en esta maraña, más se iba liberando de la influencia lunar, hasta que llegó a ras del agua y se hundió.

Remamos listos para recogerla y socorrerla: su cuerpo se había imantado y nos

costó trabajo quitarle todo lo que tenía incrustado encima. Corales tiernos le envolvían la cabeza, y del pelo a cada golpe de peine hacía llover anchoas y camarones; sus ojos estaban sellados por lapas de moluscos que se pegaban a sus párpados con sus ventosas; tentáculos de sepia se enrollaban en sus brazos y en su cuello, y su vestidito parecía tejido sólo de algas y esponjas. La liberamos de las cosas más grandes y, más tarde, durante semanas siguió quitándose de encima aletas y conchitas; pero su piel picoteada por diminutas diatomeas le quedó para siempre bajo la apariencia —para quien no la mirase bien— de un sutil polvillo de lunares.

Así de disputado era el intersticio entre Tierra y Luna por dos influjos que se equilibraban. Diré más: un cuerpo que bajaba a Tierra desde el satélite permanecía durante algún tiempo cargado de fuerza lunar y rechazaba la atracción de nuestro mundo. También yo, que era grande y grueso, cada vez que estuve allá arriba tardaba en volverme a acostumbrar al arriba y abajo terrestres, y mis compañeros tenían que agarrarme por los brazos y sujetarme con todas sus fuerzas colgados en racimo en la barca ondeante, mientras yo, cabeza abajo, seguía alargando las piernas hacia el cielo.

—¡Sujétate! ¡Agárrate fuerte a nosotros! —me gritaban, y yo en este tanteo a veces acababa agarrando un pecho de la señora Vhd Vhd, que los tenía redondos y duros, y su contacto era bueno y seguro, ejercía una atracción igual o mayor que la de la Luna, especialmente si en mi caída cabeza abajo conseguía con el otro brazo ceñir sus caderas, y así de nuevo ya había pasado a este mundo y caía de golpe en el fondo de la barca, y el capitán Vhd Vhd, para reanimarme, me echaba un cubo de agua.

Así comenzó la historia de mi enamoramiento por la mujer del capitán, y de mis sufrimientos. Porque no tardé en darme cuenta de a quién se dirigían las miradas más obstinadas de la señora: cuando las manos de mi primo se posaban seguras en el satélite, yo la miraba a ella y en su mirada leía los pensamientos que aquella confianza entre el sordo y la Luna le iba suscitando, y cuando él desaparecía en sus misteriosas exploraciones lunares, la veía inquieta, como sobre ascuas, y ya todo me quedaba claro; la señora Vhd Vhd estaba celosa de la Luna y yo celoso de mi primo. La señora Vhd Vhd tenía ojos de diamante; llameaban cuando miraba la Luna como en un desafío, como si dijera: «No lo tendrás». Y yo me sentía excluido.

De todo esto, el que menos se daba por enterado era el sordo. Cuando lo ayudábamos en su descenso tirándole —como ya os he explicado— de las piernas, la señora Vhd Vhd perdía toda compostura prodigándose en hacerle pesar encima su persona, envolviéndolo con sus largos brazos de plata; yo sentía una punzada en el corazón (las veces en que yo me agarraba a ella, su cuerpo era dócil y amable, pero no echado hacia delante como con mi primo), mientras él permanecía indiferente, todavía perdido en su rapto lunar.

Yo miraba al capitán preguntándome si él también habría notado el comportamiento de su mujer; pero ninguna expresión se mostraba nunca en aquel rostro roído por la sal, surcado de arrugas alquitranadas. Como el sordo siempre era el último en abandonar la Luna, su descenso era la señal de partida de las barcas.

Entonces, con un gesto insólitamente gentil, Vhd Vhd recogía el arpa del fondo de la barca y se la tendía a su mujer. Ella se veía obligada a tomarla y a sacarle algunas notas. Sólo el sonido del arpa podía apartarla del sordo. Yo empezaba a entonar aquella canción melancólica, que dice: «Todo pez brillante está a flote está a flote y todo pez oscuro en el fondo en el fondo...», y todos, menos mi primo, me hacían coro.

Cada mes, apenas el satélite había pasado al otro lado, el sordo volvía a su aislado desapego por las cosas del mundo; sólo la proximidad de la luna llena lo despertaba. Esta vez yo me las había arreglado para no estar en el turno de subida y quedarme en la barca cerca de la mujer del capitán. Y entonces, apenas mi primo había empezado a subir por la escala, la señora Vhd Vhd dijo:

—¡Hoy yo también quiero subir allí arriba!

Nunca había sucedido que la mujer del capitán subiera a la Luna, pero Vhd Vhd no se opuso, es más, casi la empujó con todo su peso por la escala, exclamando:

—¡Pues ve! —y entonces todos empezamos a ayudarla y yo la sujetaba por detrás y la sentía en mis brazos redonda y mórbida, y para sostenerla apretaba contra ella las palmas de mis manos y mi cara, y cuando sentí que se alzaba en la esfera lunar se apoderó de mí una desazón por aquel contacto perdido, hasta el punto de que intenté lanzarme tras ella diciendo:

—¡Yo también voy arriba a echar una mano!

Me detuvo algo como una tenaza.

—Tú te quedas aquí que aquí tienes que hacer —me ordenó sin levantar la voz el capitán Vhd Vhd.

En ese momento las intenciones de cada cual ya estaban claras. Y, sin embargo, yo no entendía nada, es más, todavía ahora no estoy seguro de haberlo interpretado con exactitud. Ciertamente, la mujer del capitán había incubado durante mucho tiempo el deseo de apartarse allí arriba con mi primo (o, al menos, el deseo de no dejar que él se quedase solo con la Luna), pero, probablemente, su plan tenía un objetivo más ambicioso, hasta el punto de haber tenido que urdirlo con el sordo: esconderse juntos allá arriba y permanecer en la Luna un mes. Pero puede ser que mi primo, sordo como era, no hubiera comprendido nada de lo que ella había intentado explicarle o que incluso no se hubiera dado cuenta siquiera de que era objeto de los deseos de la señora. ¿Y el capitán? No esperaba otra cosa que liberarse de su mujer; tanto es así que, apenas ella quedó atrapada allá arriba, le vimos abandonarse a sus inclinaciones y hundirse en el vicio, y entonces comprendimos por qué no había hecho nada para retenerla. Pero ¿sabía ya desde el principio que la órbita de la Luna se iba ensanchando?

Ninguno de nosotros podía sospecharlo. El sordo, quizá sólo el sordo: en la manera larvaria en que él sabía las cosas, había presentido que esa noche le tocaba decir adiós a la Luna. Por eso, se escondió en sus lugares secretos y sólo reapareció para regresar a bordo. Y la mujer del capitán empeñada en seguirlo: la vimos

atravesar la superficie escamosa varias veces a lo largo y a lo ancho, y de repente se detuvo mirando a los que nos habíamos quedado en la barca como si estuviera a punto de preguntarnos si lo habíamos visto.

Ciertamente, había algo insólito aquella noche. La superficie del mar, en lugar de estar tersa como siempre que había luna llena, mejor dicho, como arqueada hacia el cielo, ahora parecía estar relajada, floja, como si el imán lunar no ejerciera toda su fuerza. Y tampoco se podría decir que la luz fuera la misma de otras lunas llenas, como si hubiera un espesamiento de la tiniebla nocturna. Los compañeros de allá arriba también debieron darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, pues levantaron hacia nosotros sus ojos despavoridos. Y de sus bocas y de las nuestras, en el mismo momento, salió un grito:

—¡La Luna se aleja!

Todavía no se había apagado ese grito cuando en la Luna apareció mi primo, corriendo. No parecía asustado ni tampoco asombrado: puso las manos en el suelo impulsándose con su voltereta de siempre, pero esta vez, después de haberse lanzado al aire, se quedó allí colgado, como ya le había ocurrido a la pequeña Xlthlx, estuvo dando vueltas durante unos momentos entre Luna y Tierra, se quedó boca abajo, y luego, con un esfuerzo de los brazos como el que al nadar debe vencer una corriente, se dirigió con insólita lentitud hacia nuestro planeta.

En la Luna los otros marineros se apresuraron a imitar su ejemplo. Nadie pensaba en hacer llegar a las barcas la leche lunar recogida, ni el capitán les reprendía por ello. Ya habían esperado demasiado, la distancia era ya difícil de salvar; por mucho que intentaran imitar el vuelo o el nado de mi primo, se quedaron gesticulando colgados en mitad del cielo.

—¡Daos prisa! ¡Imbéciles! ¡Daos prisa! —gritó el capitán. Al oír su orden, los marineros intentaron reagruparse, hacer masa, empujar todos a la vez hasta alcanzar la zona de atracción terrestre: hasta que, de repente, una cascada de cuerpos se precipitó en el mar de golpe.

Las barcas remaban para recogerlos.

—¡Esperad! ¡Falta la señora! —grité. La mujer del capitán también había intentado el salto, pero se había quedado suspendida a pocos metros de la Luna y movía blandamente sus largos brazos plateados en el aire. Trepé por la escala, y en el vano intento de ofrecerle un apoyo tendía el arpa hacia ella—. ¡No llega! ¡Hay que ir a recogerla! —e intenté lanzarme blandiendo el arpa. Por encima de mí el enorme disco lunar ya no parecía ser el mismo de antes, hasta tal punto había empequeñecido, es más, ahora se iba contrayendo cada vez más como si mi mirada fuera la que lo empujara lejos, y el cielo liberado se abría como un abismo en cuyo fondo las estrellas iban multiplicándose, y la noche vertía sobre mí un río de vacío, me sumergía en desazón y en vértigo.

«¡Tengo miedo! —pensé—. ¡Tengo demasiado miedo para lanzarme! ¡Soy un cobarde!», y en ese momento me lancé. Nadaba por el cielo furiosamente y tendía el

arpa hacia ella, y en lugar de venir a mi encuentro ella daba vueltas sobre sí misma mostrándome ora su rostro impasible ora la parte posterior.

—¡Juntémonos! —grité, y ya la alcanzaba, y la agarraba por la cintura y enlazaba mis miembros a los suyos—. ¡Juntémonos y bajemos juntos! —y concentraba mis fuerzas en unirme más estrechamente a ella y mis sensaciones en saborear la plenitud de aquel abrazo. Hasta el punto de que tardé en darme cuenta de que estaba arrancándola de su estado de liberación pero haciéndola regresar a la Luna. ¿No me di cuenta? O bien, ¿ésa fue desde el principio mi intención? Todavía no había logrado formular un pensamiento y ya un grito irrumpía desde mi garganta—: ¡Seré yo el que se quede un mes contigo! Es más, ¡sobre ti! —gritaba en mi excitación—: ¡Yo sobre ti un mes! —y en ese momento la caída en el suelo lunar había roto nuestro abrazo y nos había hecho rodar, a mí aquí y a ella allá, entre aquellas frías esquirlas.

Levanté la vista como hacía cada vez que tocaba la corteza de la Luna, seguro de ver encima de mí mi mar natal como un ilimitado techo, y lo vi, sí, también esta vez lo vi, pero cuánto más alto y cuán exiguamente limitado por sus contornos de pendientes y escollos y promontorios, y cuán pequeñas parecían las barcas y cuán irreconocibles los rostros de los compañeros, los focos y sus gritos. Desde poca distancia me alcanzó un sonido: la señora Vhd Vhd había encontrado su arpa y la acariciaba iniciando un acorde triste como un lamento.

Comenzó un largo mes. La Luna daba vueltas lentamente alrededor de la Tierra. En el globo suspendido ya no veíamos nuestra orilla familiar sino el transcurrir de océanos profundos como abismos, desiertos de lapilli incandescentes, continentes de hielo, bosques hirvientes de reptiles, las murallas de rocas de las cadenas montañosas cortadas por la hoja de los ríos que se precipitaban, ciudades palustres, necrópolis de toba e imperios de arcilla y fango. La lejanía esparcía sobre todas las cosas un mismo color: las perspectivas extrañas hacían extraña toda imagen; manadas de elefantes y enjambres de langostas recorrían las llanuras tan igualmente vastos y densos y apretados que no se diferenciaban.

Tendría que haber sido feliz: como en mis sueños, estaba solo con ella, la intimidad con la Luna tantas veces envidiada a mi primo y la de la señora Vhd Vhd ahora eran mías exclusivamente; un mes de días y de noches lunares se extendía ininterrumpido ante nosotros; la corteza del satélite nos alimentaba con su leche de sabor acidulado y familiar, nuestra mirada se alzaba hacia arriba al mundo en el que habíamos nacido, finalmente recorrido en toda su multiforme extensión, explorado en paisajes jamás vistos por ningún terrestre, o bien contemplaba las estrellas más allá de la Luna, grandes como frutas de luz maduras en las curvas ramas del cielo, y todo estaba más allá de las esperanzas más luminosas, y en cambio, en cambio, en cambio, era el exilio.

No dejaba de pensar en la Tierra. Era la Tierra la que hacía que cada uno fuese exactamente ese cada uno y no otro; aquí arriba, arrancados a la Tierra, era como si yo ya no fuese ese yo ni ella para mí esa ella. Estaba ansioso por volver a la Tierra y

temblaba por temor de haberla perdido. El cumplimiento de mi sueño de amor había durado sólo ese instante en el que nos habíamos juntado dando vueltas entre Tierra y Luna; privado de su terreno terrestre, mi enamoramiento ahora no conocía más que la nostalgia desgarradora de lo que nos faltaba; un dónde, un entorno, un antes, un después.

Eso era lo que yo sentía. ¿Y ella? Al preguntármelo me hallaba desgarrado por mis temores. Porque si ella tampoco pensaba más que en la Tierra, podía ser una buena señal, señal de un entendimiento conmigo finalmente alcanzado, pero también podía ser señal de que todo había sido inútil, de que todavía el sordo era el único objeto de sus deseos. No alzaba nunca la mirada al viejo planeta, caminaba pálida entre aquellas landas musitando cantinelas y acariciando el arpa, como ensimismada en su provisional (creía yo) condición lunar. ¿Era señal de que había vencido a mi rival? No: había perdido; una derrota desesperada. Porque ella había comprendido muy bien que el amor de mi primo era sólo para la Luna y todo lo que ella quería ya era convertirse en Luna, asimilarse al objeto de aquel amor extrahumano.

Cumplido que hubo la Luna su vuelta al planeta, nuevamente volvimos a vernos sobre los Escollos de Zinc. Los reconocí con pavor: ni siquiera en mis más negras previsiones había esperado verlos tan empequeñecidos por la distancia. En aquel charco de mar mis compañeros habían vuelto a navegar sin las escalas ya inútiles; pero de las barcas se levantó algo como una selva de largas lanzas; cada uno blandía una, guarnecida en la punta de un arpón o garfio, quizá con la esperanza de rascar un poco más el último requesón lunar y, tal vez, ofrecernos a nosotros, los desventurados, alguna ayuda. Pero enseguida quedó claro que no había pértiga bastante larga para alcanzar la Luna; y volvieron a caer ridículamente cortas, humilladas, flotando en el mar; y en ese alboroto alguna barca se desequilibró y volcó. Pero justo entonces, de otra embarcación comenzó a alzarse una más larga, arrastrada hasta allí a flor de agua: debía de ser de bambú, de muchas y muchas cañas de bambú encajadas la una en la otra, y para levantarla había que ir despacio para que —fina como era— las oscilaciones no la rompieran, y maniobrarla con gran fuerza y pericia para que su peso completamente vertical no desequilibrara la barquita.

Y he aquí que estaba claro que la punta de aquella lanza habría alcanzado la Luna, y la vimos rozar y apretar el suelo escamoso, apoyarse en él un momento y dar algo así como un pequeño empujón, mejor dicho, un gran empujón que la hacía alejarse aún más y luego volver a golpear en ese punto como de rebote para de nuevo alejarse. Y entonces lo reconocí, los dos —la señora y yo— reconocimos a mi primo; no podía ser más que él, era él, que jugaba por última vez con la Luna, uno de sus trucos, con la Luna en la punta de la caña como si la sostuviera en equilibrio. Y nos dimos cuenta de que su destreza no pretendía nada, no pretendía alcanzar ningún resultado práctico; al contrario, se diría que estaba empujando a la Luna, que estaba secundando su alejamiento, que quería acompañarla a su órbita más distante. Y esto también era muy suyo: él no sabía concebir deseos en contradicción con la naturaleza de la Luna y su

curso y su destino; y si la Luna ahora tendía a alejarse de él, pues él disfrutaba de este alejamiento como hasta entonces había disfrutado de su proximidad.

Ante esto, ¿qué debía hacer la señora Vhd Vhd? Sólo en ese momento demostró ella hasta qué punto su enamoramiento por el sordo no había sido un frívolo capricho sino una entrega sin vuelta atrás. Si lo que ahora mi primo amaba era la Luna lejana, ella estaría lejos en la Luna. Lo intuí al ver que no daba un paso hacia el bambú y que sólo dirigía el arpa hacia la Tierra, arriba en el cielo, pellizcando las cuerdas. Digo que la vi, pero en realidad sólo capté su imagen con el rabillo del ojo, porque apenas la lanza había tocado la corteza lunar yo había saltado para agarrarme a ella, y ahora, rápido como una serpiente, trepaba por los nudos del bambú, subía a fuerza de brazos y de rodillas, ligero en el espacio enrarecido, impulsado como por una fuerza de la naturaleza que me ordenaba regresar a la Tierra olvidando el motivo que me había llevado allí arriba, o quizá más que nunca consciente de su resultado desafortunado; y ya la escalada a la pértiga ondeante había llegado al punto en el que ya no debía hacer ningún esfuerzo, sólo dejarme deslizar cabeza abajo atraído por la Tierra, hasta que en esta carrera la caña se rompió en mil pedazos y caí al mar entre las barcas.

Era el dulce regreso, la patria reencontrada, pero mi pensamiento sólo era de dolor por la pérdida de ella, y mis ojos se fijaban en la Luna, para siempre inalcanzable, buscándola. Y la vi. Estaba allí donde la había dejado, tumbada en una playa situada justo encima de nuestras cabezas, y no decía nada. Era del color de la Luna; tenía el arpa junto a su costado y movía una mano en arpegios lentos y espaciados. Se distinguía bien la forma de su pecho, de sus brazos, de sus caderas, tal como todavía la recuerdo, tal como incluso ahora que la Luna se ha convertido en ese pequeño círculo plano y lejano, siempre la voy buscando con la mirada en cuanto en el cielo aparece el primer gajo; y cuanto más crece más me imagino verla, a ella o alguna cosa de ella pero nada más que a ella, en cien, en mil vistas distintas, a ella que hace Luna a la Luna y que en cada luna llena obliga a los perros a aullar durante toda la noche y a mí con ellos.

Al romper el día

Los planetas del sistema solar, explica G. P. Kuiper, empezaron a solidificarse en las tinieblas por la condensación de una fluida e informe nebulosa. Todo era frío y oscuro, más tarde el Sol empezó a concentrarse hasta que se redujo casi a sus dimensiones actuales, y en este esfuerzo la temperatura subió, subió a millares de grados y empezó a emitir radiaciones en el espacio.

Negro como la pez —*confirmó el viejo Qfwfq*—. Yo todavía era un niño, apenas lo recuerdo. Estábamos allí como siempre, papá y mamá, la abuela Bb'b, unos tíos que estaban de visita, el señor Hnw, el que luego se transformó en caballo, y nosotros, los más pequeños. En las nebulosas, creo haberlo contado ya otras veces, se estaba como si dijésemos tumbados, es decir, aplastados, quietos quietos, dando vueltas por la parte en que daba la vuelta. No es que se yaciera en el exterior, no sé si me explico, en la superficie de la nebulosa; no, allí había demasiado ruido; estábamos debajo, como realzados en un estrato de materia fluida y granulosa. Modo de calcular el tiempo, no lo había; cada vez que nos poníamos a contar los giros de la nebulosa se alzaban protestas, dado que en la oscuridad no había puntos de referencia, y acabábamos peleándonos. Por ello, preferíamos dejar pasar los siglos como si fuesen minutos; sólo podíamos esperar, taparnos lo poco que podíamos, dormitar, emitir una voz de vez en cuando para asegurarnos de que todos seguíamos siempre allí; y —naturalmente— rascarnos; porque, por más que se diga, todo este remolino de partículas no producía más efecto que un molesto picor.

Qué esperábamos, nadie habría sabido decirlo; claro, la abuela Bb'b todavía se acordaba de cuando la materia estaba uniformemente dispersa en el espacio y el calor y la luz; aun con todas las exageraciones que debía de haber en esos cuentos de viejos, también los tiempos habían sido de alguna manera mejores o, en cualquier caso, distintos; y para nosotros se trataba de dejar pasar esa enorme noche.

Mejor que nadie se encontraba mi hermana G'd(w)ⁿ por su carácter introvertido: era una muchacha esquiva y le gustaba la oscuridad. Para estar, G'd(w)ⁿ elegía lugares apartados en el borde de la nebulosa y contemplaba lo negro y dejaba correr los granitos de pulvísculo en pequeñas cascadas y hablaba para sí con risitas que eran como pequeñas cascadas de pulvísculo y canturreaba y se abandonaba —dormida o despierta— a sus sueños. No eran sueños como los nuestros —en medio de la

oscuridad nosotros soñábamos más oscuridad, pues no se nos ocurría otra cosa—; ella soñaba —por lo que podíamos comprender de su delirio— una oscuridad cien veces más profunda y variada y aterciopelada.

Fue mi padre el primero en darse cuenta de que algo estaba cambiando. Yo me había quedado traspuesto y su grito me despertó:

—¡Atención! ¡Aquí se toca!

Debajo de nosotros la materia de la nebulosa, que siempre había sido fluida, comenzaba a condensarse.

Verdaderamente, hacía algunas horas que mi madre daba vueltas y decía: «¡Uf, no sé de qué lado ponerme!»; resumiendo, al oírla a ella, habría advertido un cambio en el sitio donde estaba acostada: el pulvíscolo ya no era el de antes, blando, elástico, uniforme, para regodearse cuanto uno quisiera sin dejar huella, sino que se iba formando algo así como un valle o un foso, especialmente donde ella solía apoyarse con todo su peso. Y le parecía sentir allí abajo como muchos gránulos o espesamientos o charcos, que luego a lo mejor estaban sepultados a cientos de kilómetros más abajo y apretaban a través de todos esos estratos de pulvíscolo tierno. No es que habitualmente hiciéramos mucho caso de estas premoniciones de mi madre: pobrecilla, para una hipersensible como ella, y ya bastante entrada en años, el modo de estar de entonces no era el más indicado para sus nervios.

Y luego fue mi hermano Rwzfs, en aquel tiempo niño, al que en cierto momento, oyéndolo, ¿qué sé yo?, dar golpes, excavar, en resumen, agitarse, pregunté:

—¿Qué haces?

Y él me dijo:

—Juego.

—¿Juegas? ¿Y con qué?

—Con una cosa —dijo.

¿Comprendéis? Era la primera vez. Cosas con las que jugar nunca había habido. ¿Y cómo queréis que jugásemos? ¿Con aquella papilla de materia gaseosa? Menuda diversión: eso era algo que le iba bien a mi hermana G'd(w)ⁿ. Si Rwzfs jugaba era señal de que había encontrado algo nuevo: hasta el punto de que a continuación dijo, con una de sus habituales exageraciones, que había encontrado una piedra. Piedra no, pero seguramente un conjunto de materia más sólida o —digamos— menos gaseosa. Sobre esta cuestión nunca fue preciso; es más, contó otras historias a medida que se le ocurrían, y cuando llegó la época en que se formó el níquel, y no se hablaba más que de níquel, él dijo:

—Eso es, era el níquel, jugaba con el níquel —por lo que se le quedó el mote de «Rwzfs de níquel». (No como alguien dice ahora que lo llamábamos así porque se hubiera convertido en níquel, no pudiendo, torpe como era, ir más allá del estadio mineral; las cosas son muy distintas, lo digo en honor a la verdad, no porque se trate de mi hermano: siempre había sido un poco torpe, eso sí, pero no de tipo metálico, más bien coloidal; hasta tal punto que, todavía jovencísimo, se casó con un alga, una

de las primeras, y nunca más se supo de él).

Resumiendo, parece que todos habían sentido algo menos yo. Será porque soy distraído. Oí —no recuerdo si en sueños o ya despierto— la exclamación de nuestro padre: «¡Aquí se toca!», una expresión sin sentido (dado que antes de entonces nada había tocado jamás nada, podéis estar seguros), pero que adquirió un significado en el mismo momento en que fue dicha, es decir, significó la sensación que comenzábamos a sentir, levemente mareante, como una hoja de lodo que nos pasase por debajo, de plano, y en la que nos parecía rebotar. Y yo dije con tono de reproche:

—¡Oh, abuela!

Muchas veces me he preguntado más tarde por qué mi primera reacción fue tomarla con nuestra abuela. La abuela Bb'b, por haber seguido con sus costumbres de otros tiempos, a menudo hacía cosas fuera de lugar: seguía creyendo que la materia estaba en expansión uniforme y que, por ejemplo, bastaría con arrojar la basura allí como caía para verla enrarecerse y desaparecer a lo lejos. Que el proceso de condensación había comenzado hacía poco, es decir, que la porquería se apretaba en las partículas de tal manera que no había forma de quitársela de encima, eso era algo que no le entraba en la cabeza. Así yo, oscuramente, relacioné el hecho nuevo del «¡Se toca!» con algo equivocado que podía haber hecho mi abuela y lancé esa exclamación.

Y entonces, la abuela Bb'b:

—¿Qué? ¿Encontraste mi flotador?

Ese flotador era un pequeño elipsoide de materia galáctica que mi abuela había encontrado a saber dónde en los primeros cataclismos del universo y había llevado siempre consigo para sentarse. En cierto momento, en medio de la gran noche, se había perdido, y mi abuela me acusaba de habérselo escondido. Bueno, era verdad que yo siempre había odiado ese flotador, tan ridículo y fuera de lugar parecía en nuestra nebulosa, pero todo lo más que podía reprochárseme era no haberle montado guardia permanentemente como mi abuela pretendía.

Incluso mi padre, que con ella siempre era muy respetuoso, no pudo dejar de hacérselo observar:

—Pero oye, mamá, aquí está ocurriendo no sé qué y tú, ahora, con tu flotador.

—¡Ah! Ya decía yo que no conseguía dormir —dijo mi madre, ella también con una salida poco apropiada a la situación. En éstas se oye:

—¡Puah! ¡Guah! ¡Sgrr! —y comprendimos que al señor Hnw le debía de haber pasado algo: escupía y tosía a más no poder.

—¡Señor Hnw! ¡Señor Hnw! ¡Cálmese! ¿Dónde ha ido a meterse? —empezó a decir mi padre, y en aquellas tinieblas todavía sin resquicio, a tientas, conseguimos agarrarlo e izarlo a la superficie de la nebulosa para que recobrase el aliento. Lo acostamos en aquel estrato externo que entonces iba asumiendo una consistencia cuajada y resbaladiza.

—¡Guah! ¡Esta cosa te envuelve todo! —intentaba decir el señor Hnw, que en

cuanto a capacidad de expresión nunca había estado muy dotado—. Uno baja, uno baja, y traga. ¡Scrrah! —y escupía.

La novedad era ésta: que ahora en la nebulosa, si uno no tenía cuidado, se hundía. Mi madre, con el instinto de las madres, fue la primera en comprenderlo, y gritó:

—Los niños: ¿estáis todos? ¿Dónde estáis?

La verdad es que nos habíamos distraído un poco, y mientras antes, cuando todo giraba regularmente durante siglos, siempre nos cuidábamos de no dispersarnos, ahora se nos había olvidado.

—Calma, calma. Que nadie se aleje —dijo mi padre—. ¡G'd(w)ⁿ! ¿Dónde estás? ¿Y los gemelos? Quien haya visto a los gemelos que lo diga.

Nadie respondió.

—¡Ay de mí, se han perdido! —gritó nuestra madre. Mis hermanitos no habían alcanzado la edad de saber comunicar ningún mensaje: por ello se perdían fácilmente y tenían que ser vigilados continuamente.

—Voy a buscarlos —dije yo.

—Sí, ve. ¡Bravo, Qfwfq! —dijeron papá y mamá, y luego, de repente, se arrepintieron—: Pero, si te alejas, tú también te perderás. ¡Quédate aquí! Bueno, ve, pero haznos saber dónde estás: ¡silba!

Empecé a caminar, en la oscuridad, en el pantano de aquella condensación de nebulosa emitiendo un silbido prolongado. Digo: caminar, es decir, un modo de moverse en superficie hasta hace pocos minutos inimaginable, y que ahora como mucho podía insinuarse, porque la materia oponía tan poca resistencia que, si no se tenía cuidado, en lugar de continuar sobre la superficie uno se hundía en línea oblicua e incluso vertical y acababa sepultado. Pero en cualquier dirección que anduviera y a cualquier nivel, las probabilidades de encontrar a mis hermanitos eran las mismas: a saber dónde se habían metido esos dos.

De repente caí rodando como si me hubieran puesto —como se diría hoy— la zancadilla. Era la primera vez que me caía, ni siquiera sabía qué era ese «caer», pero todavía estábamos en blando y no me hice nada.

—No pises aquí —dijo una voz—, Qfwfq, no quiero —era la voz de mi hermana G'd(w)ⁿ.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

—He hecho cosas con las cosas... —dijo. Necesité algo de tiempo para darme cuenta, a tientas, de que mi hermana, farfullando en esta especie de cieno, había levantado una montañita toda pináculos, almenas y agujas.

—Pero ¿qué estás haciendo?

G'd(w)ⁿ siempre daba respuestas sin pies ni cabeza:

—Un afuera con dentro un adentro. Tzlll, tzlll, tzlll...

Seguí mi camino entre una voltereta y otra. También tropecé con el inevitable señor Hnw, que había vuelto a caer de cabeza dentro de la materia en condensación.

—¡Vamos, señor Hnw, señor Hnw! ¿Es posible que no consiga ponerse derecho?

—y tuve que volver a ayudarlo a salir, esta vez con un empujón de abajo arriba, porque yo también estaba completamente hundido.

El señor Hnw, tosiendo y resoplando y estornudando (hacía un frío que pelaba), salió a la superficie en el mismo sitio donde había estado sentada la abuela Bb'b. La abuela voló por los aires y enseguida se emocionó.

—¡Mis nietecitos! ¡Han vuelto mis nietecitos!

—No, mamá, mira, es el señor Hnw —ya no se oía nada.

—¿Y mis nietecitos?

—Aquí estoy —grité—, y también tengo el flotador.

Los gemelos debían de haberse hecho hacía tiempo un escondite secreto en el espesor de la nebulosa, y habían sido ellos los que habían escondido el flotador allí abajo para jugar con él. Mientras la materia fue fluida, sueltos allá en medio, también podían hacer saltos mortales a través del flotador, pero ahora estaban presos en una especie de requesón esponjoso: el agujero del flotador estaba tapado y se sentían aplastados por todos lados.

—¡Agarraos al flotador! —intenté hacerles comprender—, que yo os sacaré, tontines —tiré y tiré y en cierto momento, antes de que se hubieran dado cuenta, ya daban volteretas en la superficie, que ahora se hallaba recubierta de una película esmaltada como clara de huevo. En cambio, el flotador, apenas emergido, ya se había disuelto. Vete tú a saber qué tipo de fenómenos ocurrían en esos días y vete a explicárselo a la abuela Bb'b.

Justo entonces, como si no hubieran podido elegir un momento mejor, mis tíos se levantaron lentamente y dijeron:

—Bueno, se ha hecho tarde, a saber qué harán nuestros niños, estamos un poco preocupados, encantados de haberos vuelto a ver, pero ahora es mejor que nos vayamos.

No se puede decir que no tuvieran razón; al contrario, habría sido oportuno alarmarse y marcharse de allí antes; pero estos tíos míos, quizá por el sitio a trasmano en que vivían habitualmente, eran unos tipos algo indecisos. Posiblemente habían estado sobre ascuas desde entonces y no se habían atrevido a decirlo.

Mi padre dice:

—Si queréis marcharos yo no os retengo, pero pensad bien si no os conviene esperar a que la situación se haya aclarado, porque en estos momentos no sabemos qué peligros nos encontraremos —resumiendo, un consejo lleno de sentido común.

Pero ellos:

—No, no, gracias por vuestra amabilidad, fue una charla muy agradable, pero ya no molestamos más —y otras sandeces. Bueno, no es que nosotros entiendiéramos mucho, pero ellos no se daban cuenta absolutamente de nada.

Estos tíos eran tres, para concretar más: una tía y dos tíos, los tres largos largos y prácticamente idénticos; nunca supimos bien quién de ellos fuese marido o hermano de quién y ni siquiera cuál era exactamente su relación de parentesco con nosotros: en

esos tiempos eran muchas las cosas que no estaban claras.

Empezaron a marcharse uno a uno, los tíos, cada uno en una dirección distinta hacia el cielo negro, y de vez en cuando, para mantener el contacto, decían: «¡Oh! ¡Oh!». Todo lo hacían de ese modo. Ni siquiera valían para actuar con un mínimo de método.

Los tres ya habían partido y ya oíamos sus «¡Oh! ¡Oh!» desde puntos lejanísimos, aunque debían de estar todavía a pocos pasos de allí. Y también se oían algunas exclamaciones que no sabíamos qué significaban: «¡Pero si esto está vacío!». «Por aquí no se pasa». «¿Y por qué no vienes aquí?». «¿Y dónde estás?». «Venga, salta». «¿Y qué salto, listillo?». «Por aquí volvemos atrás». En suma, no entendíamos nada, salvo el hecho de que entre nosotros y mis tíos se iban abriendo enormes distancias.

Fue la tía, la última en partir, la que se desgañitó en un discurso mejor argumentado:

—Y yo ahora me quedo sola encima de un trozo de esta cosa que se me ha pegado...

Y las voces de mis dos tíos, ya débiles por la lejanía, que repetían:

—Majadera... Majadera... Majadera...

Estábamos escudriñando esa oscuridad atravesada por voces cuando se produjo el cambio: el único gran cambio al que pude asistir, y en comparación con el cual lo demás no era nada. Resumiendo: aquello que comenzó en el horizonte, esa vibración que no se parecía a las que entonces llamábamos sonidos ni a aquellas de las que ahora decíamos «se toca», ni a ninguna otra, una especie de ebullición ciertamente lejana y que al mismo tiempo aproximaba lo que estaba próximo. Resumiendo: de repente todo se volvió oscuro oscuro en contraste con otra cosa que no era oscura, es decir, la luz. En cuanto pudimos hacer un análisis más cuidadoso de cómo estaban las cosas, resultó que había: primero, el cielo oscuro como siempre pero que comenzaba a no ser tal; segundo, la superficie en que nos encontrábamos, toda gibosa e incrustada, de un hielo sucio que daba asco y que se iba derritiendo rápidamente porque la temperatura aumentaba a toda prisa; y, tercero, lo que luego llamaríamos una fuente de luz, es decir, una masa que se estaba poniendo incandescente, separada de nosotros por un enorme espacio vacío, y que parecía ensayar uno a uno todos los colores con sobresaltos cambiantes. Y todavía más: allí, en medio del cielo, entre nosotros y la masa incandescente, un par de islotes iluminados y bellos, que giraban en el vacío con nuestros tíos y otra gente encima reducidos a sombras lejanas que emitían una especie de chillido.

Así pues, lo principal ya estaba hecho: el corazón de la nebulosa, al contraerse, había desarrollado calor y luz y ahora era el Sol. Todo lo demás seguía girando alrededor, separado y coagulado en varios pedazos, Mercurio, Venus, la Tierra, otros más allá, y todo lo que había. Y además de todo eso, hacía un calor infernal.

Nosotros, allí con la boca abierta, de pie y erguidos, excepto el señor Hnw que aún andaba a cuatro patas por precaución. Y mi abuela que no paraba de reírse. Ya lo

he dicho: la abuela Bb'b era de la época de la luminosidad difusa y durante todo ese tiempo oscuro había seguido hablando como si de un momento a otro las cosas debieran volver a ser igual que antes. Ahora creía que era su momento. Durante un rato había querido mostrarse indiferente, como la persona para la que todo lo que ocurre es perfectamente natural; luego, visto que no le hacíamos caso, había empezado a reírse y a apostrofarnos:

—Burros... Más que burros...

Sin embargo, no lo decía totalmente de buena fe, a menos que la memoria ya no le fuese tan útil. Mi padre, por lo poco que comprendía, le dijo, siempre con cautela:

—Mamá, sé lo que quieres decir, pero esto, date cuenta, parece un fenómeno distinto... —y señalando el suelo—: ¡Mira ahí abajo! —exclamó.

Miramos hacia abajo. La Tierra que nos sostenía seguía siendo una acumulación gelatinosa, diáfana, que cada vez se volvía más dura y opaca, empezando por el centro donde se iba condensando algo así como una yema de huevo; pero aún nuestras miradas podían atravesarla de una a otra parte, iluminada como estaba por aquel primer Sol. Y en medio de esta especie de burbuja transparente veíamos una sombra que se movía como nadando y volando. Y nuestra madre dijo:

—¡Hija mía!

Todos reconocimos a $G'd(w)^n$: quizá asustada por el incendio del Sol, en un impulso de su alma retraída, se había hundido dentro de la materia de la Tierra en condensación y ahora intentaba abrirse paso en las profundidades del planeta, y parecía una mariposa de oro y plata cada vez que pasaba por una zona todavía iluminada y diáfana, o bien desaparecía en la esfera de sombra que se ensanchaba se ensanchaba.

—¡ $G'd(w)^n$! ¡ $G'd(w)^n$! —gritábamos, y nos tirábamos al suelo intentando abrírnos paso, para alcanzarla. Pero la superficie terrestre ya se encogía cada vez más en una cáscara porosa y mi hermano Rwzfs, que había conseguido meter la cabeza en una grieta, por poco no se ahogó.

Luego, ya no la vimos: la zona sólida ocupaba ya toda la parte central del planeta. Mi hermana se había quedado allí y nunca supe de ella, si se había quedado sepultada en las profundidades o si se había puesto a salvo en el otro lado, hasta que la encontré mucho más tarde, en Canberra, en 1912, casada con un tal Sullivan, jubilado del ferrocarril, tan cambiada que casi no la reconocí.

Nos levantamos. El señor Hnw y la abuela estaban allí delante llorando y envueltos en llamas azul y oro.

—¡Rwzfs! ¿Por qué le pegaste fuego a la abuela? —había ya empezado a gritar nuestro padre, pero, al volverse hacia mi hermano, también lo vio envuelto en llamas. Y también mi padre y mi madre y yo y todos ardíamos en el fuego. O sea: no ardíamos, estábamos inmersos en el fuego como en un deslumbrante bosque. Las llamas se alzaban sobre toda la superficie del planeta, era un aire de fuego en el que podíamos correr y levantar el vuelo, hasta el punto de que se apoderó de nosotros una

nueva alegría.

Las radiaciones del Sol estaban quemando las envolturas de los planetas, hechas de helio e hidrógeno: en el cielo, allí donde estaban nuestros tíos, giraban globos llameantes que arrastraban largas barbas de oro y turquesa, como los cometas su cola.

Volvió la oscuridad. Ya creíamos que todo lo que podía suceder había sucedido, y: —Esto sí que es el fin —dijo la abuela—. Haced caso a los viejos.

En cambio, la Tierra apenas había dado una de sus habituales vueltas. Era la noche. Aquello no había hecho más que empezar.

Un signo en el espacio

Situado en la zona exterior de la Vía Láctea, el Sol tarda unos doscientos millones de años en dar una vuelta completa a la Galaxia.

Exacto, ése es el tiempo que tarda, más o menos —dijo Qfwfq—. Una vez, mientras pasaba, tracé un signo en un punto del espacio, adrede, para poder volverlo a encontrar doscientos millones de años más tarde, cuando volviéramos a pasar por allí en la próxima vuelta. ¿Un signo cómo? Es difícil decirlo, porque si se dice signo vosotros pensáis enseguida en algo que se distinga de un algo, y allí no había nada que se distinguiera de nada; vosotros enseguida os imagináis un signo marcado con algún utensilio o bien con las manos, que luego el utensilio o las manos se quitan y el signo en cambio permanece, pero en esos tiempos todavía no había utensilios y ni siquiera manos ni dientes ni narices, todas ellas cosas que se tuvieron más adelante, pero mucho tiempo más tarde. Vosotros decís que la forma que dar al signo no es un problema porque, tenga la forma que tenga, un signo basta con que sirva como signo, es decir, ya sea distinto o igual a otros signos: aquí también os resulta muy fácil hablar, pero en aquella época yo no tenía ejemplos en los que apoyarme para decir lo hago igual o lo hago distinto; cosas que copiar no había, y ni siquiera una línea, ya fuera recta o curva, ni se sabía qué fuese un punto ni un saliente ni un entrante. Tenía la intención de hacer un signo, eso sí, o sea tenía la intención de considerar signo cualquier cosa que me diera la gana de hacer; así pues, habiendo yo en ese punto del espacio, y no en otro, hecho algo pretendiendo hacer un signo, resultó que de verdad había hecho un signo.

Resumiendo, para ser el primer signo que se hacía en el universo, o al menos en el circuito de la Vía Láctea, diré que me quedó muy bien. ¿Visible? Sí, qué listo, ¿y quién tenía ojos para ver en aquellos tiempos? Nada había sido nunca visto por nada, ni siquiera se planteaba la cuestión. Que fuera reconocible sin riesgo de equivocarme, eso sí: debido a que todos los demás puntos del espacio eran iguales e indistinguibles y, en cambio, éste llevaba el signo.

Así los planetas prosiguiendo en sus vueltas y el Sistema Solar en la suya, muy pronto dejé el signo a mis espaldas, separado por campos interminables de espacio. Y ya no podía dejar de pensar en cuando volviera a encontrarlo, y en cómo lo habría

reconocido, y en el placer que me habría producido, en aquella extensión anónima, al cabo de cien mil años luz recorridos sin toparme con nada que me fuera familiar, nada durante centenares de siglos, durante millares de milenios, regresar y verlo allí en su lugar, tal como lo dejé, desnudo y crudo, pero con aquella impronta —digamos así— inconfundible que le había dado.

Lentamente, la Vía Láctea daba vueltas sobre sí misma con sus flecos de constelaciones y de planetas y de nubes, y el Sol junto con los demás, hacia el borde. En todo aquel carrusel sólo el signo estaba quieto, en un punto cualquiera al abrigo de cualquier órbita (para hacerlo, me había salido algo de los márgenes de la Galaxia, para que se quedase allí y las vueltas de todos aquellos mundos no se le viniesen encima), en un punto cualquiera que ya no era cualquiera desde el momento en que era el único punto del que se estuviese seguro que estaba allí y en relación con el cual se podrían determinar otros puntos.

Pensaba en ello día y noche; es más, no podía pensar en nada más; o sea, ésa era la primera ocasión que tenía de pensar algo; o mejor aún, pensar en algo nunca había sido posible; en primer lugar porque faltaban cosas en las que pensar, y segundo porque faltaban los signos para pensarlas; pero desde el momento en que ya había hecho ese signo, era posible que quien pensara, pensara en un signo, y en consecuencia en ése, en el sentido de que el signo era la cosa que se podía pensar y también el signo de la cosa pensada, es decir, de sí mismo.

Así pues, la situación era ésta: el signo servía para signar un punto, pero al mismo tiempo signaba que allí había un signo, cosa todavía más importante porque puntos había muchos pero signo sólo había ése, y al mismo tiempo el signo era mi signo, el signo de mí, porque era el único signo que yo había hecho nunca y yo era el único que alguna vez hubiera hecho un signo. Era como un nombre, como el nombre de aquel punto, y también mi nombre que yo había signado en aquel punto; en suma, era el único nombre disponible para todo lo que requería un nombre.

Transportado por los costados de la Galaxia, nuestro mundo navegaba más allá de espacios lejanísimos y el signo estaba allí donde lo había dejado señalando aquel punto, y al mismo tiempo me signaba a mí, lo llevaba detrás, me habitaba, me poseía por entero, se interponía entre mí y todas las cosas con las que podía intentar una relación. En espera de volver a encontrarlo, podía intentar deducir otros signos y combinaciones de signos, series de signos iguales y contraposiciones de signos distintos. Pero ya habían pasado decenas y decenas de millares de milenios desde el momento en que lo había trazado (mejor dicho, desde los pocos momentos en que lo había dejado en el continuo movimiento de la Vía Láctea), y justo ahora que necesitaba tenerlo presente en cada uno de sus detalles (la mínima incertidumbre sobre cómo era hacía inseguras las posibles distinciones con respecto a otros eventuales signos), me di cuenta de que, a pesar de que lo recordase en sus someros contornos, en su apariencia general algo se me escapaba; resumiendo, si intentaba descomponerlo en sus varios elementos, ya no me acordaba de si entre un elemento y

otro era así o asá. Habría debido tenerlo allí delante, estudiarlo, consultarlo, mientras que, en cambio, todavía no sabía lo lejos que estaba, porque lo había hecho precisamente para saber el tiempo que habría tardado en encontrarlo, y hasta que no lo hubiera encontrado no lo habría sabido. Pero ahora no era el motivo por el que lo había hecho lo que me importaba, sino cómo estaba hecho, y me puse a imaginar hipótesis acerca de este cómo y teorías según las cuales un determinado signo debía ser necesariamente de una determinada manera, o, procediendo por exclusión, intentaba eliminar todos los tipos de signos menos probables para llegar al correcto, pero todos esos signos imaginarios se desvanecían con una labilidad imparable porque no había aquel primer signo que pudiera servir de término de comparación. En este devanarme los sesos (mientras la Galaxia seguía girando insomne en su lecho de mórbido vacío, como movida por la picazón de todos los mundos y los átomos que se encendían y emitían radiaciones) comprendí que ya había perdido también aquella confusa noción de mi signo y sólo conseguía concebir fragmentos de signos intercambiables entre sí, es decir, signos en el interior del signo, y cada cambio de estos signos en el interior del signo cambiaba el signo en un signo totalmente distinto, o sea, me había olvidado de cómo era mi signo y no había manera de recordarlo.

¿Me desesperé? No, el olvido era molesto pero no irremediable. Fuera como fuere, sabía que el signo estaba allí esperándome, quieto y calladito. Llegaría hasta él, lo encontraría y podría reanudar el hilo de mis razonamientos. A ojo de buen cubero, ya debíamos de haber llegado a la mitad del recorrido de nuestra revolución galáctica: había que tener paciencia, la segunda mitad siempre da la impresión de pasar más rápida. Ahora no debía pensar más que en el hecho de que el signo estaba allí y yo volvería a pasar por allí.

Un día tras otro, ya debía de estar cerca. Hervía de impaciencia porque me podía topar con el signo en cualquier momento. Estaba aquí, no un poco más allá, ahora cuento hasta cien... ¿Y si no estuviera? ¿Es que lo he pasado? Nada, mi signo se había quedado quién sabe dónde, atrás, completamente a trasmano con respecto a la órbita de revolución de nuestro sistema. No había contado con las oscilaciones a las que, especialmente en aquellos tiempos, estaban sometidas las fuerzas de gravedad de los cuerpos celestes y que los llevaban a diseñar órbitas irregulares y quebradas como flores de dalia. Durante un centenar de milenios me devané los sesos rehaciendo mis cálculos: resultó que nuestro recorrido tocaba aquel punto no cada año galáctico sino sólo cada tres, es decir, cada seiscientos millones de años solares. El que ha esperado doscientos millones de años también puede esperar seiscientos; y esperé; el camino era largo pero no tenía que hacerlo a pie; a la grupa de la Galaxia recorría los años luz caracoleando en las órbitas planetarias y estelares como en la silla de un caballo de cascós que soltaban chispas; estaba en un estado de exaltación poco a poco creciente; me parecía avanzar a la conquista de lo que para mí sólo importaba: signo y reino y nombre...

Di una segunda vuelta, una tercera. Ya estaba. Lancé un grito. En un punto que

debía de ser justamente aquel punto, en lugar de mi signo había un borrón informe, una abrasión del espacio mellada y pisoteada. Lo había perdido todo: el signo, el punto, lo que hacía que yo —al ser el de aquel signo en aquel punto— fuera yo. El espacio, sin signo, había vuelto a ser un remolino de vacío sin principio ni fin, nauseabundo, en el que todo —incluido yo— se perdía. (Y que no se me diga que, para signar un punto, mi signo o el borrón de mi signo daban lo mismo: el borrón era la negación del signo y, por lo tanto, no signaba, es decir, no servía para distinguir un punto de los puntos precedentes ni de los siguientes).

El desaliento se apoderó de mí y me dejé llevar durante muchos años luz como privado de sentido. Cuando por fin abrí los ojos (mientras tanto, la vista había comenzado en nuestro mundo y, en consecuencia, también la vida), cuando levanté la vista vi allí lo que nunca había esperado ver. Lo vi, el signo, pero no aquél, un signo similar, un signo sin duda copiado del mío pero que enseguida uno se daba cuenta de que no podía ser el mío, tan tosco, descuidado y ridículamente pretencioso como era, una mala copia de lo que yo había pretendido hacer con aquel signo y cuya indecible pureza sólo ahora conseguía —por contraste— reevocar. ¿Quién me había gastado esa broma pesada? No podía entenderlo. Finalmente, una plurimilenaria cadena de inducciones me dio la solución: en otro sistema planetario que completaba su revolución galáctica delante de nosotros había un tal Kgwgk (el nombre se dedujo más tarde, en la más tardía época de los nombres), un tipo molesto y devorado por la envidia, que en un impulso vandálico había borrado mi signo y luego se había dedicado con desvergonzado artificio a intentar signar otro.

Estaba claro que aquel signo no indicaba más que la intención de Kgwgk de imitar el mío, por lo que no valía la pena compararlos. Pero en ese momento, el deseo de no darme por vencido ante mi rival fue en mí más poderoso que cualquier otra consideración: inmediatamente quise trazar un nuevo signo en el espacio que fuera un verdadero signo y que hiciera morir de envidia a Kgwgk. Hacía más o menos setecientos millones de años que no intentaba volver a hacer un signo después del primero: me puse a ello con ahínco. Pero ahora las cosas eran diferentes, porque el mundo, como ya os he dicho, estaba comenzando a dar una imagen de sí, y en cada cosa a la función comenzaba a corresponder una forma, y se creía que las formas de entonces tenían un largo futuro por delante (en cambio, no era verdad: véanse —por referirnos a un caso relativamente reciente— los dinosaurios), y, en consecuencia, en este nuevo signo mío se sentía la influencia de cómo se veían entonces las cosas, llamémoslo el estilo, ese modo especial que cada cosa tenía de estar allí de un cierto modo. Debo decir que me quedé muy satisfecho y ya no se me ocurría echar de menos aquel primer signo borrado porque éste me parecía muchísimo más bello.

Pero ya, mientras duraba aquel año galáctico, se empezó a comprender que hasta ese momento las formas del mundo habían sido provisionales y que irían cambiando una a una. Y esta consciencia iba acompañada de un disgusto por las viejas imágenes, hasta el punto de que ni siquiera se podía soportar su recuerdo. Y comencé a verme

atormentado por un pensamiento: había dejado ese signo en el espacio, ese signo que me pareció tan bello y tan original y adecuado a su función y que ahora se aparecía en mi memoria tan pretencioso y fuera de lugar, como signo sobre todo de un modo anticuado de concebir los signos y de mi estúpida complicidad con un orden de cosas del que hubiera debido saber apartarme a tiempo. En resumen, me avergonzaba de ese signo que seguía rozando durante siglos y siglos los mundos en vuelo, ofreciendo un ridículo espectáculo de sí y de aquel nuestro modo provisional de ver. Cuando recordaba (y recordaba continuamente), se apoderaban de mí oleadas de rubor, que duraban enteras eras geológicas: para ocultar mi vergüenza me sumía en los cráteres de los volcanes, hundía mis dientes por remordimiento en los casquetes de las glaciaciones que cubrían los continentes. Me veía agobiado por la idea de que Kgwgk, precediéndome siempre en el periplo de la Vía Láctea, hubiera visto el signo antes de que yo lo pudiera borrar, y, como el bribón que era, se hubiera burlado de mí imitándome y repitiendo por desprecio el signo en toscas caricaturas en todos los rincones de la esfera circumgaláctica.

Esta vez, en cambio, el complicado mecanismo de relojería astral me fue favorable. La constelación de Kgwgk no encontró el signo, mientras que nuestro Sistema Solar cayó allí puntualmente al final de su primera vuelta, tan cerca que tuve la posibilidad de borrarlo todo con el máximo cuidado.

Ahora, en el espacio ya no quedaba ni siquiera uno de mis signos. Podía ponerme a trazar otro, pero ya sabía que los signos también sirven para juzgar a quien los traza, y que en un año galáctico los gustos y las ideas tienen tiempo de cambiar, y que el modo de considerar los de antes depende del que viene detrás; en suma, tenía miedo de que lo que ahora me podía parecer un signo perfecto dentro de doscientos o seiscientos millones de años me hubiera dejado en ridículo. En cambio, en mis recuerdos, el primer signo, vandálicamente borrado por Kgwgk, seguía siendo insensible al cambio de los tiempos, como que había nacido antes de cualquier comienzo de las cosas y debía contener algo que habría sobrevivido a todas las formas; es decir, el hecho de ser signo y basta.

Hacer signos que no fueran aquel signo ya no tenía mayor interés para mí; y ya hacía miles de millones de años que lo había olvidado. Así, no pudiendo hacer verdaderos signos pero queriendo de alguna manera molestar a Kgwgk, me puse a trazar signos falsos, tachones en el espacio, agujeros, manchas, truquitos que sólo un incompetente como Kgwgk podía tomar por signos. Y sin embargo él se afanaba en hacerlos desaparecer con sus borrones (como comprobaba en las siguientes vueltas), con un empeño que debía de costarle mucho trabajo (ahora yo sembraba el espacio con estos falsos signos para ver hasta qué punto llegaba su majadería).

Ahora, al observar estos borrones una vuelta tras otra (las revoluciones de la Galaxia ya eran para mí una navegación perezosa y aburrida, sin objeto y sin esperanza), me di cuenta de una cosa: con el paso de los años galácticos tendían a desteñirse en el espacio y por debajo reafioraba el que yo había marcado en ese

punto, mi —como decía— falso signo. El descubrimiento, lejos de disgustarme, me devolvió la esperanza. Si los borrones de Kgwgk se borraban, el primero que él había hecho, allí en ese punto, ya debería de haber desaparecido, y mi signo debía de haber vuelto a su primitiva evidencia.

Así, la espera volvió a llenar de ansiedad mis días. La Galaxia se daba vueltas como una tortilla en su sartén ardiente, ella misma sartén hirviente y dorada tortilla francesa; y yo hervía con ella de impaciencia. Pero con el paso de los años galácticos, el espacio ya no era aquella extensión uniformemente yerma y desolada. La idea de marcar con signos los puntos por donde se pasaba, como se me había ocurrido a mí y a Kgwgk, la habían tenido muchos, esparcidos en miles de millones de planetas de otros sistemas solares, y continuamente me topaba con una de esas cosas o con un par o incluso con una docena, simples garabatos bidimensionales, o bien sólidos en tres dimensiones (por ejemplo, poliedros), o incluso cosas dejadas allí con más cuidado, con su cuarta dimensión y todo. El hecho es que llego al punto de mi signo y allí me encuentro cinco. Y no soy capaz de reconocer el mío. Es éste, no, es este otro, qué va, éste tiene un aire demasiado moderno, pero también podría ser el más antiguo, aquí no reconozco mi mano, figurémonos que a mí se me hubiera ocurrido hacerlo así... Y mientras la Galaxia corría por el espacio y dejaba tras de sí signos viejos y signos nuevos y yo no había vuelto a encontrar el mío.

No exagero si digo que los siguientes fueron los peores años galácticos que nunca había vivido. Seguíamos adelante buscando, y en el espacio se apretaban los signos; en todos los mundos, cualquiera que tuviese la posibilidad ya no dejaba de marcar su trazo en el espacio de alguna manera, y nuestro mundo también, cada vez que me daba la vuelta lo encontraba más abarrotado, hasta el punto de que mundo y espacio parecían el uno espejo del otro, uno y otro minuciosamente historiados de jeroglíficos e ideogramas, cada uno de los cuales podía ser un signo o podía no serlo: una concreción calcárea en el basalto, una cresta levantada por el viento en la arena cuajada del desierto, la disposición de los ojos en las plumas del pavo real (poco a poco vivir entre los signos me había llevado a ver como signos las innumerables cosas que antes estaban allí sin indicar más que su propia presencia, las había transformado en el signo de sí mismas y las había sumado a la serie de signos hechos adrede por quien quería hacer un signo), las marcas del fuego contra una pared de roca esquistosa, la cuatrocentésima vigésimo séptima acanaladura —algo torcida— de la cornisa del frontón de un mausoleo, una secuencia de rayas en un vídeo durante una tormenta magnética (la serie de signos se multiplicaba en las series de los signos de signos, de signos repetidos innumerables veces siempre iguales y siempre de alguna manera diferentes porque al signo hecho adrede se añadía el signo caído allí por casualidad), la pata mal tintada de la letra R, que en un ejemplar de un periódico de la tarde chocaba con una rebaba del papel, uno entre los ochocientos mil desconchones de un muro alquitranado en una crujía de los muelles de Melbourne, la curva de una estadística, un frenazo en el asfalto, un cromosoma... De vez en cuando,

un sobresalto: ¡Es ése! Y durante un segundo estaba seguro de haber vuelto a encontrar mi signo, en la Tierra o en el espacio no había diferencia, porque a través de los signos se había establecido una continuidad sin un claro límite.

En el universo ya no había un continente ni un contenido, sino sólo un espesor general de signos superpuestos y aglomerados que ocupaba todo el volumen del espacio, era una salpicadura continua, menudísima, un retículo de líneas y arañazos y relieves e incisiones, el universo estaba garabateado por todos lados, a lo largo de todas sus dimensiones. Ya no había manera de fijar un punto de referencia: la Galaxia seguía dando vueltas pero yo ya no podía contarlas; cualquier punto podía ser el de partida, cualquier signo montado en los demás podía ser el mío, pero descubrirlo no habría servido de nada, hasta tal punto estaba claro que independientemente de los signos el espacio no existía y quizá nunca había existido.

Todo en un punto

A través de los cálculos iniciados por Edwin P. Hubble sobre la velocidad de alejamiento de las galaxias, se puede determinar el momento en que toda la materia del universo se hallaba concentrada en un solo punto, antes de empezar a expandirse en el espacio. La «gran explosión» (big bang) en la que tuvo origen el universo debió de ocurrir aproximadamente hace unos quince o veinte mil millones de años.

Por supuesto que todo estaba allí —dijo el viejo Qfwfq—, ¿y dónde si no? Todavía nadie sabía que existía el espacio. Y el tiempo, ídem: ¿qué queréis que hiciéramos con el tiempo estando allí apretados como sardinas en lata?

He dicho «apretados como sardinas en lata» sólo por emplear una imagen literaria: en realidad, ni siquiera había espacio para apretarnos. Cada punto de cada uno de nosotros coincidía con cada punto de cada uno de los demás en un único punto que era aquel en el que estábamos todos. En suma, ni siquiera nos molestábamos, a no ser por la cuestión del carácter, porque cuando no hay espacio, tener siempre por el medio a un antipático como el señor Pber^t Pber^d es de lo más molesto.

¿Cuántos éramos? Bueno, nunca pude darme cuenta ni siquiera aproximadamente. Para contarnos, debíamos separarnos al menos un poquito uno de otro, pero todos ocupábamos ese mismo punto. Al contrario de lo que pudiera parecer, no era una situación que favoreciera la sociabilidad; sé que, por ejemplo, en otras épocas los vecinos se visitaban; en cambio, allí, debido al hecho de que todos éramos vecinos, ni siquiera nos decíamos buenos días o buenas noches.

Cada cual acababa por relacionarse sólo con un restringido número de conocidos. Los que yo recuerdo sobre todo son la señora Ph(i)Nk₀, su amigo De XuaeauX, una familia de inmigrantes, unos tales Z'zu, y el señor Pber^t Pber^d, al que ya he citado. También había una señora de la limpieza —«empleada del mantenimiento», así se la llamaba—, una sola para todo el universo, dado el ambiente tan pequeño. A decir verdad no tenía nada que hacer en todo el día, siquiera quitar el polvo —dentro de un punto no cabe siquiera un granito de polvo—, y se desahogaba en continuos chismorreos y quejas.

A éstos —que ya he dicho que eran numerosísimos— añadíles las cosas que debíamos tener allí amontonadas: todo el material que luego habría servido para

formar el universo, desmontado y concentrado de modo que no eras capaz de distinguir lo que más tarde iría a formar parte de la astronomía (como la nebulosa de Andrómeda) de lo que estaba destinado a la geografía (por ejemplo, los Vosgos) o a la química (como algunos isótopos de berilio). Además, siempre chocábamos con los utensilios de la familia Z'zu, camas, colchones, cestas; si no se tenía cuidado, estos Z'zu, con la excusa de que eran una familia numerosa, se comportaban como si en el mundo sólo estuvieran ellos: incluso pretendían colgar cuerdas a través del punto para tender la colada.

Sin embargo, los demás también se equivocaban con los Z'zu, empezando por esa definición de «inmigrantes», basada en la pretensión de que, mientras los demás estaban allí antes, ellos habían llegado después. Que eso fuera un prejuicio sin fundamento me parece claro, dado que no existía ni un antes ni un después ni otro lugar del que emigrar, pero había quien sostenía que el concepto de «inmigrante» se podía entender en estado puro, es decir, independientemente del espacio y del tiempo.

Era una mentalidad, digamos, estrecha la que teníamos entonces, mezquina. Culpa del ambiente en que nos habíamos formado. Una mentalidad que permaneció en lo hondo de todos nosotros, daos cuenta: sigue manifestándose todavía hoy si, por casualidad, os encontráis —en la parada de un autobús, en un cine, en un congreso internacional de dentistas— y os ponéis a recordar aquellos tiempos. Nos saludamos —a veces se trata de alguien que me reconoce, a veces soy yo el que reconoce a alguien—, y enseguida empezamos a preguntarnos por el uno y por el otro (incluso cuando alguno sólo recuerda a alguien de los recordados por otros), y así se vuelve a los líos de un tiempo, a las malignidades, a las denigraciones. Hasta que se nombra a la señora Ph(i)Nk₀ —todas las conversaciones acababan en ella—, y entonces, de golpe, las maldades se dejan a un lado y uno se siente aliviado como en algo parecido a una conmoción feliz y generosa. La señora Ph(i)Nk₀, la única que ninguno de nosotros ha olvidado y que todos echamos de menos. ¿Dónde fue a parar? Hace tiempo que dejé de buscar a la señora Ph(i)Nk₀, a su pecho, a sus caderas, a su bata color naranja; ya no la encontraremos ni en este sistema de galaxias ni en ningún otro.

Que quede bien claro: a mí la teoría de que el universo, después de haber alcanzado un punto extremo de rarefacción, volverá a condensarse y que, por lo tanto, tendremos que volvernos a encontrar en ese punto para volver a comenzar a continuación, nunca me convenció. Y, sin embargo, muchos de nosotros no cuentan más que con eso, siguen haciendo proyectos para cuando todos volvamos a estar allí. El mes pasado entro en el café de la esquina y ¿a quién veo? Al señor Pber^t Pber^d.

—¿Qué hay de bueno? ¿Cómo usted por aquí? —me entero de que tiene una representación de materiales plásticos en Pavía. Sigue tal cual, con su diente de plata y sus tirantes floreados—. Cuando volvamos allí —me dice en voz baja—, en lo que hay que tener más cuidado es en que esta vez alguna gente se quede fuera... ¿Me ha entendido? Esos Z'zu...

Hubiera querido responderle que esto ya se lo había oído a más de uno de nosotros, que añadía: «¿Me ha entendido...? El señor Pber^t Pber^d...».

Para no seguirle la corriente me apresuré a decir:

—¿Cree que volveremos a encontrar a la señora Ph(i)Nk₀?

—Ah, sí... A ella sí... —dijo él, poniéndose colorado como un tomate.

Para todos nosotros la esperanza de regresar al punto es, sobre todo, la de volver a encontrarnos juntos con la señora Ph(i)Nk₀. (Y lo mismo me pasa a mí aunque no lo crea). Y como ocurre siempre, nos pusimos a acordarnos de ella conmovidos, y hasta la antipatía del señor Pber^t Pber^d se difuminaba ante aquel recuerdo.

El gran secreto de la señora Ph(i)Nk₀ era que nunca había provocado celos entre nosotros, ni siquiera chismorreos. Que se iba a la cama con su amigo el señor De XuaeauX era algo sabido. Pero si en un punto hay una cama, ocupa todo el punto, y, por tanto, no se trata de *irse* a la cama sino de *estar*, porque cualquiera está en el punto y también en la cama. En consecuencia, era inevitable que ella se fuera a la cama también con cada uno de nosotros. Si hubiera sido otra persona, a saber cuántas cosas se habrían murmurado a sus espaldas. La señora de la limpieza era siempre la que le quitaba el tapón a las maledicencias, y los demás no se hacían mucho de rogar para imitarla. De los Z'zu, aunque fuera para cambiar de asunto, cuántas cosas horribles teníamos que oír: padre hijas hermanos hermanas madre tías, nadie se detenía ante ninguna sucia insinuación. En cambio, con ella era distinto: la felicidad que me venía de ella era al mismo tiempo la de ocultarme yo puntiforme en ella, y la de protegerla a ella puntiforme en mí, era contemplación viciosa (dada la promiscuidad de la convergencia puntiforme de todos en ella) y al mismo tiempo casta (dada la impenetrabilidad puntiforme de ella). En suma, ¿qué más podía desear?

Y todo esto, así como era verdad para mí, también valía para cada uno de los demás. Y para ella: contenía y era contenida con igual júbilo y nos acogía y amaba y habitaba a todos por igual.

Estábamos tan bien todos juntos que algo extraordinario tenía que suceder. Bastó con que en un determinado momento ella dijera:

«Chicos, si tuviera un poco de sitio, ¡cómo me gustaría haceros unos tallarines!», y en ese momento todos pensamos en el espacio que habrían ocupado los redondos brazos de ella moviéndose adelante y atrás con el rodillo sobre la masa de pasta, su pecho dejándose caer en el gran montón de harina y huevos que llenaba la larga mesa mientras sus brazos amasaban amasaban, blancos y untados de aceite hasta más arriba del codo; pensamos en el espacio que habría ocupado la harina, y el trigo para hacer la harina, y los campos para cultivar el trigo, y las montañas de las que corría el agua para regar los campos, y los pastos para los rebaños de terneros que habrían dado su carne para la salsa; en el espacio que habría sido necesario para que el Sol llegase con sus rayos para madurar el trigo; en el espacio para que de las nubes de gas estelares el Sol se condensase y ardiera; en las cantidades de estrellas y galaxias y en las acumulaciones galácticas en fuga por el espacio que habrían sido necesarias para

sostener cada galaxia cada nebulosa cada sol cada planeta, y al mismo tiempo que pensábamos ese espacio, imparablemente se formaba, al mismo tiempo que la señora $Ph(i)Nk_0$ pronunciaba esas palabras: «¡... Tallarines, eh, chicos!», el punto que la contenía a ella y a todos nosotros se expandía en un nimbo radiado de distancias de años luz y siglos luz y miles de millones de milenios luz, y todos nosotros lanzados a los cuatro rincones del universo (el señor $Pber^t$ $Pber^d$ hasta Pavía), y ella disuelta en no sé qué especie de energía luz calor; la señora $Ph(i)Nk_0$, la que en medio de nuestro mundo cerrado y mezquino había sido capaz de un impulso generoso, el primero, «¡Chicos, qué tallarines os voy a preparar!», un auténtico impulso de amor general, dando comienzo en el mismo momento al concepto de espacio, y al espacio propiamente dicho, y al tiempo, y a la gravitación universal, y al universo que gravitaba, haciendo posibles miles de millones de miles de millones de soles, y de planetas, y de campos de trigo, y de señoras $Ph(i)Nk_0$ distribuidas por los continentes de los planetas amasando con sus brazos enharinados y generosos, y ella, desde ese momento, perdida, y nosotros echándola de menos.

Sin colores

Antes de que se formasen su atmósfera y sus océanos, la Tierra debía de tener el aspecto de una pelota gris rodando en el espacio, como ahora es la Luna: allí donde los rayos ultravioleta emitidos por el Sol llegan sin pantallas, los colores quedan destruidos; por esto, las rocas de la superficie lunar, en vez de coloridas como las terrestres, son de un gris muerto y uniforme. Si la Tierra muestra un rostro multicolor es gracias a la atmósfera, que filtra esa luz mortífera.

Algo monótono —*confirmó Qfwfq*—, pero relajante. Iba rapidísimo durante millas y millas como se va cuando no hay aire por medio, y no veía más que gris y más gris. Ningún contraste neto: el blanco blanco, si lo había, estaba en el centro del Sol y no se podía ni mirarlo; de negro negro ni siquiera había en la oscuridad de la noche, dado el gran número de estrellas siempre a la vista. Se me abrían horizontes no interrumpidos por las cadenas montañosas que apenas empezaban a despuntar, grises, alrededor de grises llanuras de piedra; y por mucho que atravesara continentes y continentes nunca llegaba a una orilla, porque océanos y lagos y ríos yacían quién sabe dónde bajo tierra.

En aquellos tiempos los encuentros eran escasos: ¡éramos tan pocos! Con el ultravioleta, para poder resistir, no había que tener muchas pretensiones. Sobre todo la falta de atmósfera se dejaba sentir de muchas maneras, por ejemplo los meteoros: caían desde todos los puntos del espacio, pues no existía la estratosfera, sobre la que ahora golpean como si fuera en un tejado, desintegrándose allí. Además, el silencio: ¡ya podías gritar!; sin aire que vibrase, todos éramos mudos y sordos. ¿Y la temperatura? A nuestro alrededor no había nada que conservase el calor del Sol; de noche hacía un frío que nos dejaba ateridos. Por suerte, la corteza terrestre se calentaba por debajo, con todos aquellos minerales fundidos que se iban comprimiendo en las entrañas del planeta; las noches eran cortas (como los días: la Tierra daba vueltas sobre sí misma cada vez más veloz); yo dormía abrazado a una roca calentita calentita; el frío seco a mi alrededor era un gusto. En suma, en cuanto a clima, si debo ser sincero, no me encontraba demasiado mal.

Como comprenderéis, entre tantas cosas indispensables que nos faltaban, la ausencia de colores era un problema menor: aunque hubiéramos sabido que existían los habríamos considerado un lujo fuera de nuestro alcance. Único inconveniente, el esfuerzo de la vista cuando había que buscar algo o a alguien, porque al ser todo

igualmente incoloro, no había forma de que se distinguiera claramente de lo que tenía detrás ni a su alrededor. A duras penas se conseguía identificar lo que se movía: las vueltas que daba un fragmento de meteorito o la serpentina abertura de una vorágine sísmica o el centelleo de un lapilli.

Ese día corría por un anfiteatro de rocas porosas como esponjas, todo agujereado por arcos tras los cuales se abrían otros arcos. En suma, un lugar accidentado en el que la ausencia de color se abigarraba de matices de sombras cóncavas. Y entre los pilares de estos arcos incoloros vi como un relámpago incoloro correr velozmente, desaparecer y reaparecer más allá: dos resplandores emparejados que aparecían y desaparecían de golpe; aún no me había dado cuenta de qué eran y ya corría enamorado persiguiendo los ojos de Ayl.

Me adentré en un desierto de arena: caminaba hundiéndome entre dunas siempre en cierto modo distintas y, sin embargo, casi iguales. Dependiendo del punto desde el que se las miraba, las crestas de las dunas parecían relieves de cuerpos tumbados. Allí parecía modelarse un brazo cerrado en un tierno pecho, con la palma extendida bajo una mejilla reclinada; más acá parecía asomar un joven pie de esbelto dedo gordo. Mirando quieto aquellas posibles analogías, dejé pasar un largo minuto antes de darme cuenta de que ante mi vista no tenía una ladera de arena sino el objeto de mi persecución.

Yacía, incolora, vencida por el sueño, sobre la arena incolora. Me senté cerca de ella. Era la estación —ahora lo sé— en que la era ultravioleta se encaminaba a su fin en nuestro planeta; un modo de ser que estaba a punto de acabarse desplegaba su extremo punto culminante de belleza. Nunca había recorrido la Tierra algo tan bello como el ser que tenía ante mis ojos.

Ayl abrió los ojos. Me vio. Al principio creí que no me había distinguido —como me había pasado a mí— del resto de aquel mundo arenoso; luego, que había reconocido en mí la presencia desconocida que la había perseguido y que por ello se había asustado. Pero al final pareció darse cuenta de nuestra común sustancia y brilló una chispa entre tímida y riente en su mirada que me hizo lanzar un gemido silencioso de felicidad.

Empecé a conversar con ella con gestos.

—Arena. No arena —dije señalando primero a nuestro alrededor y luego a nosotros dos.

Hizo una señal de que sí, de que había comprendido.

—Roca. No roca —dije, aunque sólo fuera para seguir desarrollando esa cuestión. Era una época en la que no disponíamos de muchos conceptos: por ejemplo, designar lo que éramos nosotros dos, en lo que teníamos de común y de distinto, no era una empresa fácil.

—Yo. Tú no yo —intenté explicarle con gestos.

Se molestó.

—Sí. Tú como yo, pero así así —corrigió.

Estaba más tranquila, pero todavía desconfiaba.

—Yo, tú, juntos, corre corre —intenté decir.

Soltó una carcajada y escapó.

Corríamos sobre las crestas de volcanes. En la grisura meridiana el vuelo de los cabellos de Ayl y las lenguas de fuego que se alzaban de los cráteres se confundían en un batir de alas pálido e idéntico.

—Fuego. Cabellos —le dije—. Fuego igual cabellos.

Parecía convencida.

—¿A que es bello? —pregunté.

—Bello —respondió.

El Sol ya se ponía en un ocaso blancuzco. En un montón de piedras opacas, los rayos, que caían inclinados, hacían brillar algunas.

—Piedras allí no igual. A que es bello —dije.

—No —respondió, y retiró la mirada.

—Piedras allí son bellas —insistí señalando el gris brillante de las piedras.

—No —se negaba a mirar.

—A ti, yo, piedras allí —le ofrecí.

—No, piedras aquí —respondió Ayl, y agarró un puñado de piedras opacas, pero yo ya había corrido hacia delante.

Regresé con las piedras brillantes que había recogido pero tuve que obligarla a que las tomase.

—Bello —intentaba convencerla.

—No —protestaba, pero luego las miró; lejos ya de aquel reflejo solar, eran piedras opacas como las demás; y sólo entonces dijo:

—Bello.

Llegó la noche, la primera que yo pasara abrazado no a una roca, y quizá por eso me pareció cruelmente más breve. Si la luz tendía en cada momento a borrar a Ayl, a poner en duda su presencia, la oscuridad me devolvía la certidumbre de que ella estaba allí.

Volvió el día tiñendo de gris la Tierra; y mi mirada giraba en torno y no la veía. Lancé un mudo grito:

—¡Ayl! ¿Por qué te has ido?

Pero ella estaba delante de mí y también me buscaba y no me veía y silenciosamente gritó:

—¿Dónde estás, Qfwfq? —hasta que nuestra vista volvió a acostumbrarse a escudriñar en aquella luminosidad caliginosa y a reconocer el relieve de una ceja, de un codo, de una cadera.

Entonces hubiera querido colmar a Ayl de regalos, pero nada me parecía digno de ella. Buscaba todo lo que se destacase de alguna manera en la uniforme superficie del mundo, todo lo que marcase un relieve, una mancha. Pero pronto tuve que admitir que Ayl y yo teníamos gustos distintos, si no opuestos: yo buscaba un mundo distinto

más allá de la pátina descolorida que aprisionaba las cosas y espiaba cualquier signo, cualquier resquicio (en verdad, algo estaba empezando a cambiar: en determinados puntos la ausencia de color parecía recorrida por luces cambiantes); en cambio, Ayl era una habitante feliz del silencio que reina allí donde toda vibración está excluida; para ella todo lo que insinuaba romper una absoluta neutralidad visual era una disonancia estridente. Para ella, allí donde el gris había apagado todo deseo por remoto que fuera de ser algo distinto al gris, sólo allí comenzaba la belleza.

¿Cómo íbamos a entendernos? Ninguna cosa del mundo tal como se presentaba ante nuestra vista bastaba para expresar lo que sentíamos el uno por la otra, pero mientras yo me afanaba arrancando de las cosas vibraciones desconocidas, ella quería reducirlo todo al más allá incoloro de su última sustancia.

Un meteorito cruzó el cielo con una trayectoria que pasó por delante del Sol. Su envoltura fluida y ardiente, por un instante fue como un filtro de los rayos solares, y de improviso el mundo se vio inmerso en una luz nunca vista. Abismos al rojo vivo se abrían al pie de rocas color naranja y mis manos violeta señalaban el bólido verde llameante mientras un pensamiento para el que todavía no había palabras intentaba salir de mi garganta.

—¡Esto para ti! ¡De mí esto para ti ahora a que sí que es bello!

Y mientras tanto daba vueltas de golpe sobre mí mismo ansioso por ver en qué nueva manera resplandecería Ayl en la general transfiguración: y no la vi, como si en aquella repentina ruptura del marco incoloro ella hubiese encontrado la manera de esconderse y deslizarse entre las hendiduras del mosaico.

—¡Ayl! ¡No te asustes, Ayl! ¡Ven y mira!

Pero el arco del meteorito ya se había alejado del Sol, y la Tierra había sido reconquistada por el gris de siempre, aún más gris a mis ojos deslumbrados, e indistinguible y opaco, y Ayl no estaba.

Había desaparecido de verdad. La busqué durante una larga pulsión de días y de noches. Era la época en la que el mundo estaba ensayando las formas que habría de tomar más tarde: las ensayaba con el material que tenía a disposición aunque no fuera el más adecuado, pues se daba por sabido que no había nada definitivo. Árboles de lava color humo tendían retorcidas ramificaciones de las que pendían sutiles hojas de pizarra. Mariposas de ceniza que sobrevolaban prados de arcilla se alzaban sobre opacas margaritas de cristal. Ayl podía ser la sombra incolora que se columpiaba en una rama del incoloro bosque o que se inclinaba a recoger bajo grises matorrales grises hongos. Por cien veces creí haberla descubierto y por cien veces haberla perdido. De las landas desiertas pasé a comarcas habitadas. En aquellos tiempos, con el presagio de las transformaciones que se producirían, oscuros constructores modelaban imágenes prematuras de un remoto posible futuro. Atravesé una metrópolis de nuragas, toda ella hecha de torres de piedra; fui más allá de una montaña horadada de cuevas como una Tebaida; llegué a un puerto que se abría en un mar de fango; entré en un jardín en el que de arriates de arena se alzaban al cielo altos

menhires.

La piedra gris del menhir estaba recubierta de un dibujo de vetas grises apenas insinuadas. Me detuve. En medio de este parque, Ayl jugaba con sus compañeras. Lanzaban hacia arriba una pelota de cuarzo y la recogían al vuelo.

En un lanzamiento demasiado fuerte, la pelota llegó al alcance de mis manos y me apoderé de ella. Sus compañeras se dispersaron para buscarla; yo, cuando vi a Ayl sola, lancé la pelota al aire y la recogí al vuelo. Ayl vino corriendo; yo, escondiéndome, lanzaba la pelota de cuarzo atrayendo a Ayl a sitios cada vez más alejados. Luego me dejé ver; ella me regañó, luego se echó a reír; y así íbamos jugando por regiones desconocidas.

En aquellos tiempos los estratos del planeta estaban buscando fatigosamente un equilibrio a base de terremotos. De vez en cuando, una sacudida levantaba el suelo y entre Ayl y yo se abrían grietas a través de las cuales seguíamos lanzándonos la pelota de cuarzo. En estas vorágines, los elementos comprimidos en el corazón de la Tierra hallaban la vía para liberarse, y ora veíamos brotar de ella esperones de roca, ora exhalar fluidas nubes, ora brotar chorros hirvientes.

Siempre jugando con Ayl, me di cuenta de que un espesor gaseoso se había ido extendiendo sobre la corteza terrestre como una niebla baja que subía poco a poco. Un momento antes nos llegaba a los tobillos y ahora ya estábamos dentro de ella hasta las rodillas y luego hasta la cintura... Al ver aquello, en los ojos de Ayl crecía una sombra de incertidumbre y de temor; yo no quería alarmarla y, por eso, seguía nuestro juego como si tal cosa, pero también yo estaba inquieto.

Era algo nunca visto: una inmensa burbuja fluida se iba hinchando alrededor de la Tierra y la envolvía toda; pronto nos habría cubierto de pies a cabeza con quién sabe qué consecuencias.

Le lancé la pelota a Ayl más allá de una hendidura que se abría en el suelo, pero el tiro fue inexplicablemente más corto de lo que yo intentaba; y así, la pelota cayó en la hendidura: de repente, se había vuelto pesadísima, no: había sido la vorágine la que se había abierto enormemente, y ahora Ayl estaba lejos lejos, más allá de una superficie líquida y ondulada que se había abierto entre nosotros y espumeaba contra la orilla de rocas, y yo me dirigía hacia esa orilla gritando:

—¡Ayl! ¡Ayl! —y mi voz, su sonido, precisamente el sonido de mi voz, se propagaba fuerte como nunca había imaginado, y las olas rumoreaban más fuertes que mi voz. En suma, ya no entendía nada de nada.

Me llevé las manos a mis oídos ensordecidos y en ese momento también sentí la necesidad de taparme nariz y boca para no aspirar la fuerte mezcla de oxígeno y nitrógeno que me rodeaba, pero lo más asombroso de todo fue el impulso de taparme los ojos, que parecían a punto de estallar.

La masa líquida que se extendía a mis pies había adquirido de repente un color nuevo que me cegaba, y estallé en un grito inarticulado que en adelante debería tener un significado muy preciso:

—¡Ayl! ¡El mar es azul!

El gran cambio tanto tiempo esperado se había producido. En la Tierra ahora había aire y agua. Y sobre aquel mar azul recién nacido, el Sol se estaba llenando también de color, de un color completamente distinto y todavía más violento. Hasta el punto de que sentía la necesidad de seguir con mis gritos insensatos, como:

—¡Qué rojo es el Sol, Ayl! ¡Ayl! ¡Qué rojo!

Cayó la noche. También la oscuridad era distinta. Yo corría buscando a Ayl, emitiendo sonidos sin sentido para expresar lo que veía:

—¡Las estrellas son amarillas! ¡Ayl! ¡Ayl!

No la encontré ni aquella noche ni durante los días y noches que siguieron. Alrededor, el mundo desprendía colores nuevos cada vez; nubes rosa se condensaban en cúmulos violeta que descargaban rayos dorados; después de los temporales los arco iris anunciaban los colores que aún no se habían visto, en todas sus posibles combinaciones. Y la clorofila ya iniciaba su camino: musgos y helechos verdeaban en los valles surcados por torrentes. Finalmente, éste era el escenario digno de la belleza de Ayl, pero ¡ella no estaba! Y sin ella todo este alarde multicolor me parecía inútil, un despilfarro.

Recorría la Tierra, volvía a ver las cosas que había conocido en gris, cada vez más atónito al descubrir que el fuego era rojo, el hielo blanco, el cielo celeste, la tierra parda, y que los rubíes eran de color rubí y los topacios color topacio, y color esmeralda las esmeraldas. ¿Y Ayl? Con toda mi fantasía no conseguía imaginarme cómo la verían mis ojos.

Volví a encontrar el jardín de los menhires, ahora verdeante de árboles y hierbas. En estanques chorreantes nadaban peces rojos y amarillos y azules. Las compañeras de Ayl seguían saltando en los prados lanzándose la pelota iridiscente: ¡pero qué cambiadas estaban! Una era rubia de piel blanca, otra morena de piel olivácea, otra castaña de piel rosada, otra pelirrojita toda picoteada de innumerables y encantadoras pecas.

—¿Y Ayl? —grité—. ¿Y Ayl? ¿Dónde está? ¿Cómo es? ¿Por qué no está con vosotras?

Los labios de sus compañeras eran rojos, blancos sus dientes y rosadas sus lenguas y sus encías. Rosada era también la punta de sus pechos. Sus ojos eran de color celeste aguamarina, negro guinda, castaño y amaranto.

—Pues... Ayl... —respondían—. Ya no está... No lo sabemos... —y seguían jugando.

Yo intentaba imaginarme la cabellera y la piel de Ayl en todos los colores posibles y no podía, y así, buscándola, exploraba la superficie del globo.

«Si aquí arriba no está —pensé—, quiere decir que está abajo», y en el primer terremoto que soporté me lancé en una sima, abajo abajo, dentro de las entrañas de la Tierra.

—¡Ayl! ¡Ayl! —la llamaba en la oscuridad—, ¡Ayl! ¡Ven a ver lo bello que es

fuera!

Ya ronco, callé, y en ese momento me respondió la voz de Ayl, débil, apocada.

—Chist. Estoy aquí. ¿Por qué gritas tanto? ¿Qué quieres?

No se veía nada.

—¡Ayl! ¡Ven conmigo! Si supieras: fuera...

—Fuera no me gusta.

—Pero tú, antes...

—Antes era antes. Ahora es distinto. Se ha armado todo este alboroto.

Mentí:

—No, sólo ha sido un cambio de luz momentáneo. Como aquella vez del meteorito. Ahora se acabó. Todo ha vuelto a ser como antes. Ven, no temas —si sale, pensaba, pasado el primer momento de confusión, se acostumbrará a los colores, se alegrará y comprenderá que le mentí por su bien.

—¿Lo dices de verdad?

—¿Por qué iba a contarte cuentos? Ven, deja que te lleve afuera.

—No. Ve tú delante. Yo te sigo.

—Pero yo estoy impaciente por volverte a ver.

—Volverás a verme sólo como me gusta a mí. Ve delante y no te vuelvas.

Las sacudidas telúricas nos abrían paso. Los estratos de roca se abrían en abanico y avanzábamos en los intersticios. A mis espaldas oía el paso ligero de Ayl. Un terremoto más y estaríamos fuera. Corría entre escalones de basalto y de granito que se desplegaban como páginas de un libro: en el fondo, ya se rompía la brecha que nos habría devuelto al aire libre, ya aparecía fuera del resquicio la corteza de la Tierra soleada y verde, la luz ya se abría paso para venir a nuestro encuentro. Sí: ahora vería encenderse los colores también en el rostro de Ayl... Me volví para mirarla.

Oí su grito que se alejaba hacia la oscuridad; mis ojos, todavía deslumbrados por la luz de antes no distinguían nada, luego el trueno del terremoto lo dominó todo y una pared de roca se alzó de golpe, vertical, separándonos.

—¡Ayl! ¿Dónde estás? Intenta pasar por aquí, rápido, antes de que la roca se asiente —y corría a lo largo de la pared buscando una salida, pero la superficie lisa y gris se extendía compacta, sin una fisura.

Una enorme cadena de montañas se había formado en ese punto. Mientras yo había sido proyectado afuera, al aire libre, Ayl había quedado detrás de la pared de roca, encerrada en las entrañas de la Tierra.

—¡Ayl! ¿Dónde estás, Ayl? ¿Por qué no estás aquí? —y dirigía mi vista al paisaje que se ensanchaba a mis pies. Entonces, de repente, aquellas praderas verde guisante en las que estaban brotando las primeras amapolas escarlata, aquellos campos amarillo canario que estriaban las leonadas colinas que descendían hacia un mar lleno de brillos turquesa, todo me pareció tan insulso, tan banal, tan falso, tan en contraste con la persona de Ayl, con el mundo de Ayl, con la idea de la belleza de Ayl, que comprendí que su lugar nunca habría podido estar *aquí*. Y me di cuenta con dolor y

miedo de que yo me había quedado *aquí*, que nunca habría podido huir de aquellos brillos dorados y plateados, de aquellas nubecillas que de celestes cambiaban a rosadas, de aquellas verdes hojitas que amarilleaban cada otoño, y que el mundo perfecto de Ayl se había perdido para siempre hasta el punto de que ni siquiera sabría imaginármelo y de que ya no quedaba nada que pudiera recordármelo siquiera de lejos: nada sino aquella fría pared de piedra gris.

Juegos sin fin

Si las galaxias se alejan, la rarefacción del universo se ve compensada por la formación de nuevas galaxias formadas de materia que se crea ex novo. Para mantener estable la densidad media del universo, basta con que se cree un átomo de hidrógeno cada doscientos cincuenta millones de años por cuarenta centímetros cúbicos de espacio en expansión. (Esta teoría, llamada del «estado estacionario», se opuso a la otra hipótesis de que el universo se originó en un momento determinado por una gigantesca explosión).

Era un niño y ya me había dado cuenta —*contó Qfwfq*—. Conocía uno a uno los átomos de hidrógeno, y cuando salía uno nuevo enseguida lo identificaba. En mis tiempos de infancia, para jugar, en todo el universo no teníamos otra cosa que átomos de hidrógeno y no hacíamos más que jugar con ellos, otro niño de mi edad que se llamaba Pfwfp y yo.

¿Cuál era nuestro juego? Se dice pronto. Al ser curvado el espacio, alrededor de su curva hacíamos correr los átomos, como si fueran canicas, y quien lanzaba más lejos su átomo ganaba. Al empujar el átomo había que calcular bien el efecto, su trayectoria, saber aprovechar los campos magnéticos y los campos de gravitación, si no la canica se salía de la pista y quedaba eliminada del juego.

Las reglas eran las de siempre. Con un átomo podías tocar otro átomo y hacerlo avanzar o bien quitar de en medio un átomo adversario. Naturalmente, había que tener cuidado para no dar empujones muy fuertes, porque del choque de dos átomos de hidrógeno, ¡tic!, se podía formar uno de deuterio o incluso de helio, y éstos eran átomos perdidos en la partida: no sólo eso, sino que si uno de los dos era de tu adversario, tenías que reembolsárselo.

Ya sabéis cómo es la curvatura del espacio: una canica da vueltas y vueltas y en un momento baja por la pendiente y se aleja y ya no la agarras. Por ello, mientras la partida seguía, el número de átomos en juego disminuía constantemente, y el primero de los dos que se quedara sin ellos perdía la partida.

Y he aquí que justo en el momento decisivo comenzaban a aparecer átomos nuevos. Se sabe que entre el átomo nuevo y el usado hay una buena diferencia. Los nuevos eran lustrosos, claros, frescos frescos, como humedecidos por el rocío. Establecimos nuevas reglas: que uno de los nuevos valía tanto como tres de los viejos; que los nuevos, apenas se formaban, debían ser repartidos entre nosotros dos por igual.

Así, nuestro juego no se acababa nunca y ni siquiera nos aburríamos, porque cada vez que nos topábamos con átomos nuevos parecía que también el juego fuera nuevo y que aquélla fuera nuestra primera partida.

Luego, con el paso del tiempo, dale que te dale, el juego fue perdiendo interés. Ya no se veían átomos nuevos: los átomos perdidos ya no eran sustituidos; nuestros lanzamientos se volvían más débiles y vacilantes por miedo a perder las pocas canicas que permanecían en la partida, en aquel espacio liso y yermo.

Pfwfp también había cambiado: se distraía, se iba a dar una vuelta, no estaba allí cuando le tocaba tirar; yo le llamaba y él no respondía, reaparecía al cabo de media hora.

—Vamos, hombre, te toca a ti. ¿Qué haces? ¿No juegas más?

—Claro que juego, no fastidies, ahora tiro.

—Bueno, si te vas por tu cuenta, paramos la partida.

—¡Uff! Tanto cuento porque vas perdiendo.

Era verdad: yo me había quedado sin átomos, mientras Pfwfp, a saber cómo, siempre tenía uno de reserva. Si no aparecían átomos nuevos que pudiéramos repartir, yo no tenía ninguna esperanza de remontar mi desventaja.

Apenas Pfwfp se alejó de nuevo, le seguí de puntillas. Mientras estaba en mi presencia parecía dar vueltas distraído, silbando, pero una vez fuera de mi radio de acción se ponía a trotar por el espacio con una andadura deliberada como quien tiene un programa bien decidido en la cabeza. Cuál fuera este programa —ese engaño suyo como veréis—, no tardé en descubrirlo: Pfwfp conocía todos los lugares en que se formaban los átomos nuevos y, de vez en cuando, se daba una vuelta por allí y los recogía en su sitio, apenas resumados, y luego los escondía. ¡Por eso átomos para jugar nunca le faltaban!

Pero antes de jugarlos, como el tramposo reincidente que era, se ponía a transformarlos en átomos viejos, restregando un poco la película de los electrones hasta que quedaba gastada y opaca, para hacerme creer que se trataba de uno de sus átomos de antes, encontrado por casualidad en un bolsillo.

Y eso no era todo: había hecho un rápido cálculo de los átomos jugados y me había dado cuenta de que eran sólo una pequeña parte de los que él robaba y escondía. ¿Estaba creándose un almacén de hidrógeno? ¿Para hacer qué? ¿En qué estaba pensando? Me asaltó una sospecha: Pfwfp quería construirse un universo por su cuenta, nuevo, flamante.

A partir de ese momento, ya no me quedé tranquilo: tenía que devolverle gato por liebre. Habría podido imitarlo, y ahora que ya conocía el sitio, llegar allí con algunos minutos de antelación y apoderarme de los átomos recién nacidos antes de que él les echase mano. Pero habría sido demasiado sencillo. Quería hacerle caer en una trampa digna de su perfidia. Lo primero que hice fue ponerme a fabricar átomos falsos: mientras él se afanaba en sus alevosas incursiones, yo, en un escondite secreto, aplastaba y dosificaba y aglutinaba todo el material que estaba a mi disposición. En

realidad, este material era más bien poco: radiaciones fotoeléctricas, limaduras de campos magnéticos, algún neutrino perdido en el camino; pero a fuerza de apelo-tonarlo y mojarlo con saliva, conseguía que todo se quedase pegado. En suma, preparé ciertos corpúsculos que, observándolos atentamente, estaba claro que no eran en absoluto de hidrógeno ni de ningún otro elemento que se pudiera nombrar, pero para alguien que pasara deprisa como Pfwfp arrancándolos y metiéndoselos en el bolsillo con sus movimientos furtivos, podía parecer hidrógeno genuino recién hecho.

Así, mientras él todavía no sospechaba nada, me adelanté a sus movimientos. Todos los puntos los tenía grabados en mi mente.

El espacio era curvo en todas sus partes, pero hay puntos en que es más curvo que en otros: una especie de sacos o estrangulamientos o nichos, donde el vacío se arruga sobre sí mismo. Y en esos nichos, con un leve tintineo cada doscientos cincuenta millones de años, se forma, como la perla entre las valvas de la ostra, un brillante átomo de hidrógeno. Yo pasaba por allí, me metía el átomo en el bolsillo y en su lugar dejaba el falso. Pfwfp no se daba cuenta de nada: depredador, avaricioso, se llenaba los bolsillos de aquella basura mientras yo acumulaba cuantos tesoros el universo iba incubando en su seno.

La suerte de nuestras partidas cambió: yo siempre tenía nuevos átomos que lanzar, mientras los de Pfwfp fallaban. Por tres veces intentó tirar y por tres veces el átomo se desmenuzó como aplastado en el espacio. Ahora Pfwfp buscaba excusas para interrumpir la partida.

—Venga —le apremiaba yo—, si no tiras, la partida es mía.

Y él:

—No vale, cuando un átomo se estropea la partida es nula y se vuelve a empezar —era una regla inventada por él en ese momento.

Yo no le daba tregua, bailaba a su alrededor, saltaba a pídola sobre sus espaldas y cantaba:

*Tiritirititiri
si no tiras te retiras
cuantos tiros tú no tires
tantos tiros tiraré.*

—¡Basta! —dijo Pfwfp—, cambiemos de juego.

—Vale —dije yo—. ¿Por qué no jugamos a hacer volar las galaxias?

—¿Las galaxias? —de improviso Pfwfp se iluminó de contento—. De acuerdo. Pero tú... Tú no tienes ninguna galaxia.

—Yo sí.

—Yo también.

—¡Venga! ¡A ver quién la hace volar más alto!

Y lancé al espacio todos los átomos nuevos que tenía escondidos. En un primer momento, parecieron dispersarse, luego se condensaron como en una nube ligera y la

nube aumentó de tamaño, y en su interior se formaron condensaciones incandescentes, y giraban y giraban y en cierto punto se convirtieron en una espiral de constelaciones nunca vistas que se extendía abriéndose en chorro y huía, huía, y yo la sujetaba por la cola corriendo. Pero ya no era yo el que hacía volar a la galaxia, era la galaxia la que me hacía volar a mí colgado de su cola; o sea ya no había ni arriba ni abajo sino sólo espacio que se dilataba y la galaxia en medio que se dilataba ella también, yo colgado allí haciéndole muecas a Pfwfp distante ya miles de años luz.

A mi primer movimiento, Pfwfp se había apresurado a sacar todo su botín y a lanzarlo acompañándolo con el movimiento equilibrado de quien espera ver abrirse en el cielo las espiras de una ilimitada galaxia. En cambio, nada. Se produjo un chirrido de radiaciones, un centelleo desordenado, y enseguida todo se apagó.

—¿Eso es todo? —le gritaba a Pfwfp que me seguía, verde de rabia.

—¡Ya verás, maldito Qfwfq!

Pero mientras tanto mi galaxia y yo volábamos entre millares de otras galaxias, y la mía era la más nueva, envidiada por el entero firmamento, toda brillante de joven hidrógeno y de jovencísimo berilio y de carbono infantil. Las galaxias viejas nos esquivaban llenas de envidia y nosotros piafantes y altivos las rehuíamos al verlas tan anticuadas y pesadas. En esta huida recíproca, acabábamos atravesando espacios cada vez más enrarecidos y vacíos, y de repente vuelvo a ver en medio del vacío despuntar aquí y allá como salpicaduras inciertas de luz. Eran muchas nuevas galaxias, formadas de materia recién nacida, galaxias que ya eran más nuevas que la mía. Pronto el espacio resultó apretado y pleno como una viña antes de la vendimia, y volábamos huyendo, mi galaxia huyendo de las más jóvenes así como las viejas, jóvenes y ancianas huyendo de nosotros. Y terminamos volando en cielos vacíos, y estos cielos siguieron poblándose, y así sucesivamente.

Y en una de estas repoblaciones escucho:

—¡Qfwfq, ahora me las pagarás, traidor! —y veo una galaxia novísima volar siguiendo nuestro rastro, y tendido en la última punta de la espiral, lanzándome amenazas e insultos, a mi antiguo compañero de juegos Pfwfp. Comenzó la persecución. Allí donde el espacio era cuesta arriba, la galaxia de Pfwfp, joven y ágil, ganaba terreno, pero donde el espacio era cuesta abajo la mía, más pesada, recuperaba la ventaja.

En las carreras ya se sabe cuál es el secreto: todo consiste en cómo se toman las curvas. La galaxia de Pfwfp tendía a cerrarlas, la mía en cambio a abrirlas. Abre que te abre terminamos arrojados fuera del borde del espacio, con Pfwfp tras de mí. Proseguimos nuestra carrera con el sistema que se usa en esos casos, es decir, creándonos el espacio delante de nosotros a medida que avanzábamos.

Así, delante de mí tenía la nada y a mis espaldas tenía la fea cara de Pfwfp que me seguía: por ambos lados una vista antipática. De todas maneras prefería mirar adelante: ¿y qué veo? A Pfwfp, al que mi mirada acababa de dejar allá detrás y que

ahora corría en su galaxia derechito delante de mí.

—¡Eh! —grité—. Ahora me toca a mí perseguirte.

—¿Cómo? —dijo Pfwfp, no sé muy bien si detrás de mí o delante de mí—. ¡Si soy yo el que te persigue a ti!

Me doy la vuelta: Pfwfp seguía pegado a mis talones. Me vuelvo hacia delante y allí estaba huyendo dándome la espalda. Pero mirando mejor, vi que delante de la galaxia que me precedía había otra, y esa otra era la mía, tanto es así que yo estaba encima de ella, inconfundible aun visto de espaldas, y me volví hacia Pfwfp que me perseguía y, aguzando la vista, vi que su galaxia era perseguida por otra galaxia, la mía conmigo encima tal cual, y ese yo mismo justo en ese momento se daba la vuelta para mirar atrás.

Y así, detrás de cada Qfwfq había un Pfwfp y detrás de cada Pfwfp un Qfwfq y cada Pfwfp perseguía a un Qfwfq y era perseguido y viceversa. Nuestras distancias se acortaban un poco, un poco se alargaban, pero ya estaba claro que el uno nunca habría alcanzado al otro ni nunca el otro al uno. Habíamos perdido todo el gusto de jugar a perseguirnos y, por otra parte, ya no éramos niños, pero no teníamos otra cosa que hacer.

El tío acuático

Los primeros vertebrados, que en el Carbonífero abandonaron la vida acuática por la terrestre, descendían de los peces óseos pulmonados cuyas aletas podían moverse bajo su cuerpo y ser usadas como patas en la tierra.

Estaba claro que los tiempos del agua habían terminado —recordó el viejo Qfwfq—, los que se decidían a dar el gran paso eran siempre en mayor número, no había familia que no tuviera alguno de sus seres queridos allí en seco, todos decían cosas extraordinarias de lo que se podía hacer en tierra firme y llamaban a sus parientes. Ya nadie conseguía retener a los peces jóvenes, batían las aletas en las orillas de fango para ver si funcionaban como patas, como habían conseguido los más dotados. Pero justo en esos tiempos se acentuaban las diferencias entre nosotros: había familias que vivían en tierra desde hacía varias generaciones y cuyos miembros jóvenes ostentaban maneras que ya no eran de anfibios sino de reptiles; y había quien se quedaba atrás haciendo todavía de pez; es más, se volvía más pez de lo que significaba ser pez en otro tiempo.

Debo decir que nuestra familia, los abuelos a la cabeza, pateaban al completo la playa, como si nunca hubiésemos conocido otra vocación. Si no hubiera sido por la obstinación del tío abuelo N'ba N'ga, los contactos con el mundo acuático se habrían perdido hacía tiempo. Sí, teníamos un tío abuelo pez, y precisamente por parte de mi abuela paterna, nacida de los celacantos del Devónico (los de agua dulce, que luego seguirían siendo primos de los demás, pero no quiero alargarme en los grados de parentesco pues nadie es capaz de seguirlos). Así pues, este tío abuelo habitaba en ciertas aguas bajas y legamosas entre raíces de protoconíferas, en aquel brazo de laguna donde habían nacido todos nuestros viejos. Nunca se movía de allí: en cualquier estación bastaba con meternos en los estratos de vegetación más blandos hasta que nos sentíamos hundir en lo mojado, y allí abajo, a pocos palmos del borde, veíamos la columna de burbujas que él soltaba carraspeando, como hacen los individuos de una cierta edad, o la nubecilla de fango raspada por su hocico agudo, siempre allí hurgando más por costumbre que para buscar algo.

—¡Tío N'ba N'ga! Hemos venido a verle. ¿Nos esperaba? —gritábamos chapoteando en el agua patas y colas para llamar su atención—. Le hemos traído

insectos nuevos que crecen entre nosotros. ¡Tío N'ba N'ga! ¿Había visto alguna vez cucarachas tan gordas? Pruebe a ver si le gustan...

—Ya podéis iros limpiando esas verrugas asquerosas que lleváis encima con vuestras cucarachas malolientes —la respuesta del tío abuelo siempre era una frase de este estilo o todavía más grosera: siempre nos recibía así, pero nosotros no le hacíamos caso pues sabíamos que al cabo de un rato acababa por calmarse, agradecer los dones y conversar en tonos más amables.

—¿Pero qué verrugas, tío N'ba N'ga? ¿Cuándo ha visto una verruga en nosotros?

Eso de las verrugas era un prejuicio de los viejos peces: que a nosotros, viviendo en seco, tenían que salirnos muchas verrugas por todo el cuerpo, rezumando alguna cosa líquida; lo cual era verdad, sí, pero sólo en el caso de los sapos, que nada tenían que ver con nosotros, al contrario, nuestra piel era lisa y suave como ningún pez la había tenido nunca; y el tío abuelo lo sabía bien, pero no renunciaba a llenar su conversación con todas las calumnias y los prejuicios en medio de los cuales había crecido.

Íbamos a visitar al tío abuelo una vez al año toda la familia al completo. También era una oportunidad para volver a reunirnos, dispersos como estábamos por los continentes, intercambiarnos noticias e insectos comestibles y discutir viejos asuntos de intereses que habían quedado sin resolver.

El tío abuelo intervenía incluso en cuestiones alejadas de él kilómetros y kilómetros de tierra seca, como sería el repartimiento de las zonas para la caza de la libélula, y daba la razón a unos o a otros de acuerdo con sus criterios, que siempre eran los acuáticos.

—Pero ¿no sabes que quien caza en el fondo siempre tiene ventaja sobre el que caza a flote? Entonces, ¿por qué te preocupas tanto?

—Mire, tío, no es cuestión de estar a flote o en el fondo; yo estoy al pie de la colina y él a media ladera... Las colinas, ¿las tiene presentes, tío...?

Y él:

—Al pie de los escollos siempre están las mejores gambas —no había forma de hacerle admitir como posible una realidad distinta de la suya.

Y, sin embargo, su opinión seguía ejerciendo su autoridad sobre todos nosotros: acabábamos pidiéndole consejo acerca de hechos de los que nada sabía, aunque supiéramos que podía equivocarse. Quizá su autoridad le venía precisamente de ser un residuo del pasado, de usar viejos modos de decir, tipo: «¡Baja un poco las aletas! ¡Bien!», de los que nosotros no comprendíamos ni medianamente bien su significado.

Intentos de llevarlo a tierra con nosotros habíamos hecho bastantes y seguíamos haciéndolos; es más, en esta cuestión nunca se había apagado la rivalidad entre las distintas ramas de la familia, porque quien hubiera conseguido llevarse a casa al tío abuelo se habría encontrado en una posición digamos preeminente sobre toda la parentela. Pero era una rivalidad inútil, porque el tío abuelo ni en sueños quería dejar la laguna.

—Tío, con la edad que tiene, si supiera cuánto nos disgusta dejarlo así solo, en medio de la humedad... Nosotros, sabe, hemos tenido una idea... —empezábamos.

—Ya me esperaba que lo comprenderíais —interrumpía el viejo pez—. Ya habéis perdido el gusto de chapotear en seco, ya es hora de que volváis a vivir como seres normales. Aquí hay agua para todos, y en cuanto a la comida, la estación de las lombrices nunca fue tan buena. Ya podéis meteros en el agua y que no se hable más.

—Pero no, tío N'ba N'ga, ¿qué ha entendido? Nosotros queríamos llevarlo con nosotros, a un bonito prado... Ya verá lo bien que se encuentra allí, le cavamos una pequeña fosa húmeda, fresca: usted se revuelve en ella a placer como si estuviera aquí; también podrá intentar dar algunos pasos alrededor, verá cómo lo consigue. Y además a su edad el clima de tierra es más indicado. Venga, tío N'ba N'ga, no se haga de rogar: ¿viene?

—¡No! —era la respuesta seca del tío abuelo, y con un golpe de nariz en el agua desaparecía de nuestra vista.

—Pero ¿por qué, tío?, no comprendemos por qué está en contra usted, de miras tan amplias; ciertos prejuicios...

Con un bufido a flor de agua antes de hundirse con un golpe aún más ágil de cola, nos llegaba la última respuesta del tío abuelo:

—¡Nada de barriga en el fango quien tiene pulgas entre las escamas! —que debía de ser una expresión de sus tiempos (del tipo de nuestro proverbio nuevo, y mucho más rápido: «Al que le pique que se rasque»), con aquel término «fango» que él seguía usando en todas las ocasiones en que nosotros decíamos «tierra».

Ésa fue la época en la que me enamoré. Pasaba los días con Lll, persiguiéndonos el uno a la otra; ágil como ella no se había visto a ninguna; a los helechos, que en aquel tiempo eran tan altos como árboles, subía hasta la cima de un salto, y las cimas se inclinaban casi hasta el suelo, y ella bajaba de un salto y reanudaba su carrera; yo, con movimientos algo más lentos y torpes, la seguía. Nos adentrábamos en territorios del interior donde ninguna impronta había marcado todavía el suelo seco y costroso; a veces me detenía asustado por haberme alejado tanto de la superficie de las lagunas. Pero nada parecía tan lejos de la vida acuática como ella, Lll: los desiertos de arena y piedras, las praderas, la espesura de los bosques, los relieves rocosos, las montañas de cuarzo, ése era su mundo: un mundo que parecía hecho aposta para ser escudriñado por sus ojos oblongos y recorrido por su paso deslizante. Al mirar su piel lisa parecía que nunca hubieran existido ni esquilas ni escamas.

Los parientes de Lll me imponían un poco de respeto: eran una de aquellas familias que por haberse establecido en tierra en época más antigua habían acabado por convencerse de que estaban allí desde siempre; una de esas familias en las que ya hasta los huevos se ponían en seco, protegidos por un cascarón resistente; Lll, mirándola en sus saltos, en sus movimientos ágiles, se comprendía que había nacido ya de ese modo, de uno de esos huevos calientes de arena y de sol, saltándose de puntillas la fase natatoria y torpe del renacuajo, todavía obligatoria en nuestras

familias menos evolucionadas.

Había llegado el momento de que ella conociera a mis parientes: y como el más viejo y con más autoridad de la familia era el tío abuelo N’ba N’ga, no podía dejar de visitarlo para presentarle a mi novia. Pero siempre que se presentaba una ocasión, la aplazaba lleno de desasosiego: conociendo los prejuicios en que había sido educada, aún no me había atrevido a decirle a Lll que mi tío abuelo era un pez.

Un día nos habíamos adentrado en uno de esos empapados promontorios que ciñen la laguna, donde el suelo más que de arena está hecho de marañas de raíces y vegetación podrida. Y Lll me propuso uno de sus habituales desafíos o muestras de destreza:

—Qfwfq, ¿hasta dónde puedes mantenerte en equilibrio? Vamos a ver quién corre más sobre el borde —y se lanzó hacia delante con su saltito de tierra firme, pero algo vacilante.

Esta vez me sentía capaz no sólo de emularla sino de vencerla, porque en terreno húmedo mis patas se agarraban mejor.

—Sobre el borde, lo que quieras —exclamé—, y si quieres más allá.

—¡No digas tonterías! —dijo ella—. ¿Cómo se puede correr más allá del borde? ¡Hay agua!

Quizá fuera el momento de llevar la conversación sobre mi tío abuelo.

—¿Y qué pasa? —le dije—. Hay quien corre más allá del borde y quien aquí.

—¡Dices cosas sin pies ni cabeza!

—Digo que mi tío abuelo N’ba N’ga está en el agua como nosotros en tierra y nunca ha salido de ella.

—¡Hum! Me gustaría conocer a ese N’ba N’ga.

Aún no había acabado de decirlo y la turbia superficie de la laguna borboteó de burbujas, se movió un poco en remolinos y dejó aflorar un hocico todo recubierto de escamas espinosas.

—Bueno: soy yo, ¿qué pasa? —dijo el tío abuelo mirando a Lll con ojos redondos e inexpresivos como piedras y haciendo palpar las branquias a los lados de su enorme garganta. Nunca el tío abuelo me había parecido tan distinto de nosotros: un verdadero y auténtico monstruo.

—Tío, si me permite, ésta... quiero tener el gusto de que conozca... a mi prometida Lll —y señalé a mi novia, que quién sabe por qué se había puesto derecha sobre sus patas traseras, en una de sus posturas más rebuscadas y ciertamente menos apreciables por aquel viejo zafio.

—Esto es muy bonito, señorita, ¿ha venido a mojarse un poco la cola? —dijo el tío abuelo, una ocurrencia que en sus tiempos a lo mejor fue una galantería, pero que a nosotros nos sonaba indecente.

Miré a Lll, seguro de verla darse la vuelta y escapar con un gritito escandalizado. Pero no había calculado lo esmerada que era en ella la educación para ignorar cualquier vulgaridad del mundo circundante.

—Oiga, esas plantitas de allí —dice, desenvuelta, y señala algunas juncáceas que crecían gigantescas en medio de la laguna—, dígame, ¿dónde hunden sus raíces?

Una pregunta de esas que se hacen sólo para mantener la conversación; ¡figurémonos lo que le importaban a ella las juncáceas! Pero el tío abuelo parecía no esperar otra cosa para ponerse a explicar el porqué y el cómo de las raíces de los árboles flotantes y de cómo se podía nadar en medio de ellos; es más, los lugares más indicados para la caza estaban allí abajo.

No paraba. Yo bufaba, intentaba interrumpirlo. Pero, en cambio, ¿qué hace esa impertinente?, ¿no se pone a darle cuerda?

—Ah, sí, ¿usted va a cazar entre las raíces nadadoras? ¡Qué interesante!

Yo me moría de vergüenza.

Y él:

—No son cuentos: las lombrices que hay allí son para darse un atracón —y sin pensarlo más, se zambulle. Una zambullida ágil como nunca le había visto hacer: es más, un salto hacia arriba: salta fuera del agua todo lo largo que es, todo manchado en las escamas, separando los abanicos espinosos de las aletas; luego, habiendo descrito en el aire un bello semicírculo, vuelve a sumergirse de cabeza y desaparece rápido con una especie de movimiento de tornillo de su cola curva.

Al ver esto, el discursito que me había preparado para justificarme a toda prisa con Lll aprovechando el alejamiento del tío abuelo: «Ya sabes, hay que comprenderlo, con esa idea fija de vivir como un pez, ha terminado por parecerse realmente a un pez...», se me atragantó en la garganta. Tampoco yo me había dado cuenta de hasta qué punto era pez el hermano de mi abuela. Apenas pude decir:

—Lll, es tarde, vamos... —y el tío abuelo ya reemergía sujetando entre sus labios de escualo un festón de lombrices y algas fangosas.

Cuando nos despedimos, no me lo creía; pero trotando en silencio detrás de Lll pensaba que ahora ella comenzaría con sus comentarios, es decir que lo peor para mí aún no había llegado. Y he aquí que Lll, sin detenerse, se vuelve apenas hacia mí y:

—Pero qué simpático es tu tío.

Eso dijo y nada más. Ante su ironía más de una vez me había encontrado desarmado; pero el helor que se apoderó de mí con esta frase fue tal que hubiera preferido no volver a verla antes que volver a hablar de la cuestión.

En cambio, seguimos viéndonos, yendo juntos, y nunca se habló más del episodio de la laguna. Yo no estaba tranquilo: intentaba convencerme de que se había olvidado de él; de vez en cuando me asaltaba la sospecha de que callase para poder avergonzarme de alguna manera clamorosa ante los suyos, o bien —y ésta era para mí una hipótesis aún peor— que sólo por compasión fingiera hablar de otras cosas. Hasta que como si tal cosa, una buena mañana salió con ésta:

—Oye, ¿es que ya no volverás a llevarme a ver a tu tío?

Con un hilo de voz pregunté:

—¿Bromeas?

Qué va: lo decía en serio, no veía la hora de volver a charlar con el viejo N'ba N'ga. Yo ya no entendía nada.

Esa vez la visita a la laguna fue más larga, los tres nos tumbamos en una ribera en declive: el tío abuelo más en la parte del agua, pero nosotros también medio mojados, de modo que viéndonos de lejos, tumbados cerca, no se habría sabido quién era terrestre y quién acuático.

El pez inició una de sus habituales charlas: la superioridad de la respiración acuática sobre la aérea, con todo el repertorio de sus injurias. «Ahora Lll se enfada y le responde como se merece», pensaba. En cambio se ve que ese día Lll empleaba otra táctica: discutía con empeño, defendiendo nuestros puntos de vista, pero como si se tomara muy en serio los del viejo N'ba N'ga.

Según el tío abuelo, las tierras emergidas eran un fenómeno limitado: desaparecerían como habían aparecido, o, en cualquier caso, habrían estado sometidas a continuos cambios: volcanes, glaciaciones, terremotos, arrugamientos, cambios de clima y de vegetación. Y nuestra vida allí en medio debería hacer frente a transformaciones continuas, a través de las cuales enteras poblaciones desaparecerían, y sólo podría sobrevivir quien estuviera dispuesto a cambiar totalmente las bases de su propia existencia, que las razones por las cuales era bello vivir se verían totalmente trastornadas y olvidadas.

Una perspectiva que se daba de bofetadas con el optimismo con el que los hijos de la costa habíamos sido criados; y que yo rebatía con protestas escandalizadas. Pero para mí la verdadera, viviente refutación de aquellos argumentos era Lll: veía en ella la forma perfecta, definitiva, nacida de la conquista de los territorios emergidos, la suma de las nuevas ilimitadas capacidades que se abrían. ¿Cómo podía pretender el tío abuelo negar la realidad encarnada en Lll? Ardía de pasión polémica, y me parecía que mi compañera se mostraba incluso demasiado paciente y comprensiva con nuestro interlocutor.

Sí, también para mí, acostumbrado como estaba a escuchar de boca del tío abuelo sus refunfuños e improperios, este modo suyo de argumentar tan bien hilvanado me sonaba como una novedad, aunque estuviera aliñado de expresiones anticuadas y enfáticas, y resultara ridículo por su característica ignorancia. También asombraba oírle dar muestras de una competencia minuciosa —aunque toda ajena— de las tierras continentales.

Pero Lll, con sus preguntas, intentaba hacerle hablar lo más posible de la vida bajo el agua: y ciertamente ésa era la cuestión en la que el discurso del tío abuelo se hacía más seguro, y a veces conmovido. Comparados con las incertidumbres de la tierra y del aire, lagunas y mares y océanos representaban un futuro de seguridad. Allí los cambios habrían sido mínimos, los espacios y las provisiones sin límites, las temperaturas siempre habrían encontrado su equilibrio, en suma, la vida se habría conservado tal y como se había desarrollado hasta aquí, en sus formas plenas y perfectas, sin metamorfosis ni añadidos de dudoso resultado, y cada cual habría

podido profundizar en su propia naturaleza, llegar a la esencia de sí mismo y de todas las cosas. El tío abuelo hablaba del porvenir acuático sin hermosearlo ni haciéndose ilusiones, no se le ocultaban los problemas incluso graves que se habrían planteado (el más alarmante de todos, el aumento de la salinidad); pero eran problemas que no habrían trastornado los valores ni las proporciones en las que él creía.

—Pero nosotros ahora galopamos por valles y montañas, tío —exclamé, en mi nombre y sobre todo en el de Lll, que en cambio estaba callada.

—Anda allá, renacuajo, que en cuanto te metas en el agua vuelves a casa —me apostrofó recuperando el tono que siempre le había oído usar con nosotros.

—¿No cree, tío, que si quisiéramos aprender a respirar bajo el agua ahora sería demasiado tarde? —preguntó Lll seria, y yo no sabía si sentirme halagado porque había llamado tío a mi viejo pariente o desorientado porque ciertas cuestiones (por lo menos así estaba yo acostumbrado a pensar) ni siquiera se planteaban.

—Si quieres, estrella —dijo el pez—, yo te enseño ahora mismo.

Lll estalló en una carcajada extraña y finalmente echó a correr, a correr hasta el punto de no poder seguirla.

La busqué por llanuras y colinas, llegué a la cumbre de un espolón de basalto que dominaba todo alrededor el paisaje de desiertos y bosques rodeado por las aguas. Lll estaba allí. Seguro que esto era lo que había querido decirme —¡ya lo había comprendido!— con su escuchar a N’ba N’ga y luego con su huida y su refugio allá arriba: que era necesario estar en nuestro mundo con el mismo empeño con el que el viejo pez estaba en el suyo.

—Yo estaré aquí como el tío abuelo allá —grité como farfullando, luego me corregí—: ¡Nosotros dos estaremos juntos! —porque era verdad que sin ella yo no me sentía seguro.

¿Y qué me contestó Lll entonces? Todavía hoy me sonrojo al recordarlo a la distancia de muchas eras geológicas. Respondió:

—Anda allá, renacuajo, se necesita algo más —y no sabía si quería imitar al tío abuelo, para burlarse de él y de mí al mismo tiempo, o si de verdad había hecho suya la actitud de aquel viejo majadero hacia su sobrino nieto, porque ambas cosas significaban que me consideraba como a alguien a medio camino, alguien que no estaba en el suyo, ni en un mundo ni en otro.

¿La había perdido? En la duda, me precipité a reconquistarla. Comencé a realizar proezas: en la caza de insectos voladores, en el salto, en la excavación de madrigueras subterráneas, en la lucha con los más fuertes de los nuestros. Estaba orgulloso de mí mismo, pero desgraciadamente, cada vez que hacía algo de valor, ella no estaba allí viéndome: desaparecía continuamente, no se sabía adónde iba a esconderse.

Finalmente lo comprendí: iba a la laguna, donde el tío abuelo le enseñaba a nadar bajo el agua. Los vi aflorar juntos: nadaban a igual velocidad hasta el punto de parecer hermano y hermana.

—¿Sabes? —dijo ella, alegre, al verme—, las patas funcionan muy bien como aletas.

—Pues qué bien: mira qué bonito paso adelante —no pude por menos de comentar con sarcasmo.

Para ella se trataba de un juego, lo entendía. Pero un juego que no me gustaba. Debía llamarla a la realidad, al futuro que nos esperaba.

Un día la esperé en medio de un bosque de altos helechos, que descendían hacia el agua.

—Lll, tengo que hablarte —dije en cuanto la vi—, ya te has divertido bastante. Tenemos cosas más importantes ante nosotros. He descubierto un paso en la cadena de los montes: al otro lado se extiende una inmensa llanura de piedra abandonada hace poco por las aguas. Seremos los primeros en instalarnos allá, poblaremos territorios infinitos, nosotros y nuestros hijos.

—El mar es infinito —dijo Lll.

—Deja de repetir las fanfarronadas de ese viejo chiflado. El mundo es de quien tenga piernas, no de los peces, lo sabes.

—Sé que él es uno que es uno —dijo Lll.

—¿Y yo?

—No hay ninguno de los que tienen piernas que sea como él.

—¿Y tu familia?

—Me he peleado con ella. Nunca han comprendido nada.

—¡Estás loca! ¡No se puede volver atrás!

—Yo sí.

—¿Y qué quieres hacer tú sola con un viejo pez?

—Casarme con él. Volver a ser pez con él. Y traer al mundo otros peces. Adiós.

Y, con un único salto de los suyos, subió a la cima de una alta hoja de helecho, la inclinó hacia la laguna y se dejó caer en una zambullida. Volvió a emerger, pero no estaba sola: la robusta cola curva del tío N'ba N'ga afloró junto a la suya y juntos hendieron las aguas.

Fue un duro golpe para mí. Pero ¿qué podía hacer yo? Seguí mi camino, en medio de las transformaciones del mundo, transformándome yo también. De vez en cuando, entre las muchas formas de los seres vivos, encontraba a alguien que «era uno», mucho más de cuanto yo lo fuera: uno que anunciaba el futuro, ornitorrinco que da de mamar a su pequeño salido de un huevo, jirafa alargada en medio de la vegetación todavía baja; o uno que daba testimonio de un pasado sin retorno, dinosaurio superviviente después de que el Cenozoico hubiera comenzado, o bien —cocodrilo— un pasado que había encontrado la manera de conservarse inmóvil a lo largo de los siglos. Todos ellos tenían algo, lo sé, que los hacía de alguna manera superiores a mí, sublimes, y que me hacía a mí, comparado con ellos, mediocre. Y sin embargo no me habría cambiado por ninguno de ellos.

¿Cuánto apostamos?

La lógica de la cibernética, aplicada a la historia del universo, está en camino de demostrar que las galaxias, el Sistema Solar, la Tierra y la vida celular no podían no nacer. Según la cibernética, el universo se forma a través de una serie de «retroacciones» positivas y negativas, primero por la fuerza de la gravedad que concentra masas de hidrógeno en la nube primitiva, luego por la fuerza nuclear y la fuerza centrífuga que se equilibran con la primera. Desde el momento en que el proceso se pone en marcha, no puede hacer más que seguir la lógica de estas «retroacciones» en cadena.

Sí, pero al principio no se sabía —precisó Qfwfq—, uno podía preverlo, pero así, como olfateando, tratando de adivinar. Yo, no lo digo para darme importancia, desde el principio aposté a que el universo habría existido, y también a cómo habría sido, y acerté, ganándole varias apuestas al Decano (k)yK.

Cuando comenzamos a apostar todavía no había nada que pudiera hacer prever nada, salvo unas pocas partículas que daban vueltas, electrones arrojados de aquí para allá a la buena de dios y protones arriba y abajo cada uno por su cuenta. Yo no sé lo que siento, como si el tiempo fuera a cambiar (en efecto, hacía un poco de frío), y digo:

—¿Apostamos a que hoy va de átomos?

Y el Decano (k)yK:

—¡Por favor: átomos! Yo apuesto todo lo que quieras a que no.

Y yo:

—¿También apostarías a ix?

Y el Decano:

—Ix elevado a la enésima potencia.

No había acabado de decirlo, y ya alrededor de cada protón había empezado a dar vueltas su electrón, zumbando. Una enorme nube de hidrógeno se estaba condensando en el espacio.

—¿Has visto? ¡Lleno de átomos!

—Átomos de esos, ¡puah!, ¡vaya cosa! —decía (k)yK, porque tenía la mala costumbre de no darse por enterado, en lugar de reconocer que había perdido la apuesta.

Siempre hacíamos apuestas el Decano y yo, porque no había otra cosa que hacer, y también porque la única prueba de que yo fuera yo era el hecho de que apostaba

con él, y la única prueba de que él fuera él era el hecho de que apostaba conmigo. Apostábamos sobre los acontecimientos que habrían o no habrían sucedido; la elección era prácticamente ilimitada, dado que hasta ese momento no había sucedido absolutamente nada. Pero como tampoco había modo de imaginarse cómo podría ser un acontecimiento, lo designábamos de modo convencional: acontecimiento A, acontecimiento B, acontecimiento C, etcétera, para distinguirlos. O sea: dado que entonces no existían alfabetos ni otras series de signos convencionales, primero apostábamos a cómo habría podido ser una serie de signos y luego acoplábamos esos posibles signos a posibles acontecimientos para designar con suficiente precisión situaciones de las que no sabíamos nada de nada.

Tampoco se sabía en qué consistía la apuesta porque no había nada que se pudiera apostar, y por lo tanto jugábamos de palabra, llevando la cuenta de las apuestas ganadas por cada uno, para luego hacer la suma. Todas operaciones muy difíciles, dado que entonces no existían números ni tampoco teníamos el concepto de número para empezar a contar, ya que no se podía separar nada de nada.

Esta situación comenzó a cambiar cuando en las protogalaxias se fueron condensando las protoestrellas, y yo comprendí enseguida cómo iría a terminar el asunto, con aquella temperatura que crecía crecía, y dije:

—Ahora van y se encienden.

—¡Tonterías! —dijo el Decano.

—¿Apostamos? —digo yo.

—Lo que quieras —dijo él, y ¡paf!, la oscuridad se abrió en muchos balones incandescentes que se dilataban—. Bueno, pero encenderse no quiere decir eso... —empezaba a decir (k)yK con su habitual sistema de desviar las cuestiones a las palabras.

Entonces yo tenía mi sistema para hacerle callar:

—¿Ah, sí?, y ¿entonces, a tu juicio, qué quiere decir?

Él se quedaba callado: como tenía poca imaginación, apenas una palabra comenzaba a tener un significado, no se le ocurría que pudiera tener otro.

El Decano (k)yK, cuando estábamos juntos un rato, era un tipo bastante aburrido, carente de recursos, nunca tenía nada que contar. Por lo demás, tampoco yo habría podido contar mucho, dado que hechos dignos de ser contados no habían sucedido o eso creíamos nosotros. Lo único que podíamos hacer eran hipótesis: es más, hacer hipótesis sobre la posibilidad de hacer hipótesis. Ahora bien, haciendo hipótesis de hipótesis yo tenía más imaginación que el Decano, y esto era a la vez una ventaja y una desventaja, pues me impulsaba a hacer apuestas cada vez más arriesgadas, de modo que se puede decir que las probabilidades de ganar eran las mismas.

En general, yo apostaba a la posibilidad de que un determinado acontecimiento se produjera, mientras que el Decano apostaba casi siempre en contra. El Decano (k)yK tenía un sentido estático de la realidad, si puedo expresarme de esta manera, dado que entre estático y dinámico entonces no había la diferencia que hay ahora, o al menos

había que estar muy atento para captarla.

Por ejemplo, las estrellas aumentaban de tamaño, y yo:

—¿Cuánto? —digo. Intentaba llevar el pronóstico a los números porque así él no tenía motivos para discutir.

En aquel tiempo, números había sólo dos: el número *e* y el número *pi griego*. El Decano hace un cálculo *grosso modo* y responde:

—Aumenta de *e* elevado a *t*.

¡Qué listo! Hasta ahí todo el mundo llegaba. Pero las cosas no eran tan sencillas, yo lo había comprendido.

—Apostemos a que se para en cierto punto.

—Apostemos. Y ¿cuándo tendría que pararse?

Y yo, a cara o cruz, le disparo mi *pi griego*. Acerté. El Decano se quedó de piedra.

A partir de ese momento empezamos a apostar a base de *e* y de *pi griego*.

—¡*Pi griego*! —gritaba el Decano en medio de la oscuridad tachonada de resplandores. Pero era la vez de la *e*.

Se entiende que lo hacíamos por divertirnos, porque como ganancia no traía cuenta. Cuando comenzaron a crearse los elementos, empezamos a valorar las jugadas en átomos de los elementos más extraños, y en eso cometí un error. Había visto que el más raro de todos era el tecnecio, y empecé a apostar tecnecio, y a ganar, y a hacer caja: acumulé un capital de tecnecio. No había calculado que se trataba de un elemento inestable y que se iba todo en radiaciones: tuve que volver a empezar de cero.

Claro que yo también hacía jugadas equivocadas, pero luego recuperaba la ventaja y podía permitirme algún pronóstico arriesgado.

—¡Ahora sale un isótopo de bismuto! —me apresuraba a decir, mirando los elementos recién nacidos restallando fuera del crisol de una estrella «supernova».

—¡Apostemos!

Pero ni por ésas: era un átomo de polonio mondo y lirondo.

En estos casos (k)yK empezaba a reírse, a reírse, como si sus victorias fueran un gran mérito, mientras sólo eran un movimiento demasiado arriesgado por mi parte que le había favorecido. En cambio, cuanto más adelante iba, más entendía el mecanismo, y ante cada fenómeno nuevo, después de alguna jugada un poco a tientas, calculaba mis pronósticos bien considerados. La regla por la cual una galaxia se fijaba a tantos millones de años luz de otra, ni más ni menos, llegaba a comprenderla siempre antes que él. Después de un rato la cosa era tan fácil que ya ni siquiera me divertía.

Así, de los datos de que disponía, intentaba deducir mentalmente otros datos, y de éstos otros más, hasta que conseguía proponer eventualidades que en apariencia no tenían nada que ver con lo que estábamos discutiendo. Y las lanzaba allí como si tal cosa.

Por ejemplo, estábamos haciendo pronósticos sobre la curvatura de las espirales galácticas y de repente le digo:

—Oye, (k)yK, ¿crees tú que los asirios invadirán Mesopotamia?

Se quedó desorientado.

—La... ¿qué? ¿Cuándo?

Calculé de prisa y le solté una fecha, naturalmente no en años ni en siglos, porque entonces las unidades de medida del tiempo no eran apreciables en magnitudes de ese tipo, y para indicar una fecha precisa debíamos recurrir a fórmulas tan complicadas que si las hubiéramos escrito habrían llenado una pizarra.

—Y ¿cómo voy a saber...?

—Rápido, (k)yK, ¿la invaden o no? Para mí que sí la invaden; para ti, que no. ¿Juegas? Venga, no seas tan lento.

Todavía estábamos en el vacío sin límites, estriado acá y acullá por algún bigote de hidrógeno alrededor de los remolinos de las primeras constelaciones. Reconozco que se necesitaban deducciones muy complicadas para prever las llanuras de Mesopotamia hormigueantes de hombres y caballos y flechas y trompetas, pero no teniendo otra cosa que hacer, bien se podía acertar.

En cambio, en estos casos el Decano apostaba siempre por el no, y no porque pensara que los asirios no lo harían, sino sencillamente porque creía que nunca habría ni asirios ni Mesopotamia ni Tierra ni género humano.

Se entiende que éstas eran apuestas a más largo plazo que las demás; no como en ciertos casos en que el resultado se conocía enseguida.

—¿Ves aquel Sol allí que se forma con un elipsoide alrededor? Rápido, antes de que se formen los planetas, di a qué distancia estarán las órbitas una de la otra...

Acabábamos apenas de decirlo y he aquí que al cabo de ocho o nueve, ¿qué digo?, de seis o siete centenares de años los planetas se ponían a girar cada uno en su órbita ni más estrecha ni más ancha.

Mucha más satisfacción me daban en cambio las apuestas que debíamos imaginar para miles de millones y miles de millones de años, sin olvidarnos de a qué habíamos apostado y cuánto, y al mismo tiempo recordarnos las apuestas a vencimiento fijo, y el número (había comenzado la época de los números enteros, y esto complicaba algo las cosas) de las apuestas ganadas por el uno o por el otro, el monto de las apuestas (mi ventaja era cada vez mayor: el Decano estaba endeudado hasta las cejas). Y por añadidura, a todo esto debía inventar apuestas nuevas, cada vez más adelante en la cadena de las deducciones.

—El 8 de febrero de 1926, en Santhiá, provincia de Vercelli, ¿vale?, en Via Garibaldi número 18, ¿me sigues?, la señorita Giuseppina Pensotti, de veintidós años, sale de casa a las seis menos cuarto de la tarde: ¿va a la derecha o a la izquierda?

—Eeeh... —decía (k)yK.

—Venga, rápido. Yo digo que va a la derecha —y a través de las nebulosas de pulvísculo surcadas por las órbitas de las constelaciones ya veía subir la neblina de la

tarde por las calles de Santhiá, encenderse débilmente una farola que llegaba apenas a señalar la línea de la acera en la nieve, y alumbraba por un momento la sombra esbelta de Giuseppina Pensotti mientras doblaba la esquina después de la pesa del fielato y se perdía.

Sobre lo que debía ocurrirle a los cuerpos celestes podía dejar de hacer nuevas apuestas y esperar tranquilamente a embolsarme las apuestas de (k)yK a medida que mis previsiones se cumplían. Pero la pasión por el juego me llevaba, de cualquier acontecimiento posible, a prever las series interminables de acontecimientos que se producían, hasta las más marginales y aleatorias. Comencé a emparejar pronósticos sobre los hechos más inmediatos y fácilmente calculables con otros que requerían operaciones extremadamente complejas.

—Rápido, ves que los planetas se condensan; dime, ¿en cuál de ellos se formará una atmósfera?: ¿Mercurio? ¿Venus? ¿Tierra? ¿Marte? Vamos, decídetes, y ya que estás, calcúlame el índice de incremento demográfico de la península del Indostán durante la dominación inglesa. ¿Por qué te lo piensas tanto? Date prisa.

Había enfilado un canal, un resquicio más allá del cual los acontecimientos menudeaban con multiplicada densidad, no había más que cogerlos a puñados y lanzárselos a la cara a mi competidor, que ni siquiera había supuesto su existencia. Aquella vez en que se me ocurrió dejar caer la pregunta como si tal cosa: «Arsenal, Real Madrid, en semifinales; el Arsenal juega en casa, ¿quién gana?», en un instante comprendí que con esto que parecía una casual aproximación de palabras había descubierto una reserva infinita de nuevas combinaciones entre los signos de que la realidad compacta y opaca y uniforme se habría servido para disfrazar su monotonía, y quizá la carrera hacia el futuro, aquella carrera que yo había sido el primero en prever y auspiciar, no tendía más que a través del tiempo y el espacio a desmigajarse en alternativas como éstas, hasta disolverse en una geometría de invisibles triangulaciones y rebotes como el recorrido del balón entre las líneas blancas del campo que yo intentaba imaginarme trazadas en el torbellino luminoso del sistema planetario, descifrando los números marcados en el pecho y en la espalda de jugadores nocturnos irreconocibles en la lejanía.

Yo ya estaba lanzado en esta nueva área de lo posible jugándome todas mis ganancias anteriores. ¿Quién podía detenerme? La habitual perpleja incredulidad del Decano sólo servía para animarme a arriesgar. Cuando me di cuenta de que había caído en una trampa era tarde. Sin embargo, tuve la satisfacción —magra satisfacción esta vez— de ser el primero en darme cuenta: (k)yK no parecía ser consciente de que la suerte ya estaba de su lado, pero yo contaba sus carcajadas, un tiempo raras y cuya frecuencia ahora aumentaba, aumentaba...

—Qfwfq, ¿has visto que el faraón Amenofis IV no tuvo hijos varones? ¡He ganado! Qfwfq, ¿has visto cómo Pompeyo no pudo con César? ¡Ya te lo dije!

Y sin embargo yo había seguido mis cálculos hasta el fondo, no había descuidado ningún componente. Aunque hubiera tenido que volver a empezar, habría apostado

igual que antes.

—Qfwfq, bajo el emperador Justiniano se importó de China a Constantinopla el capullo de seda, no la pólvora... ¿O soy yo el que está equivocado?

—No, tú ganas, tú ganas...

Sí, me había dejado llevar haciendo pronósticos acerca de acontecimientos huidizos, impalpables, y había hecho muchos, muchísimos, y ahora no podía echarme atrás, no podía corregirme, y por lo demás, ¿corregirme cómo? ¿Con qué argumento?

—Bueno, Balzac no hace suicidarse a Lucien de Rubempré al final de las *Ilusiones perdidas* —decía el Decano, con una vocecita triunfante que le salía desde hacía algo de tiempo—, sino que lo hace salvar por Carlos Herrera, alias Vautrin, ¿sabes?, el que ya salía en *Papá Goriot*... Bueno, Qfwfq, ¿cómo vamos?

Mi ventaja disminuía, había puesto a buen seguro mis ganancias, convertidas en divisas valiosas en un banco suizo; pero continuamente debía retirar grandes sumas para hacer frente a las pérdidas. No es que perdiera siempre, todavía ganaba alguna apuesta, a veces grande. Pero los papeles se habían cambiado; cuando ganaba ya no estaba seguro de que no hubiera sido una casualidad, y de que la próxima vez mis cálculos no recibieran un nuevo desmentido.

Llegados al punto en que estábamos, necesitábamos una biblioteca de obras de consulta, suscripciones a revistas especializadas, además de un equipo de máquinas calculadoras para nuestros cálculos: todo ello, como sabéis, lo había puesto a nuestra disposición una Research Foundation, a la cual, una vez establecida en este planeta, nos habíamos dirigido para que subvencionara nuestros estudios. Naturalmente, las apuestas aparentan ser un inocente juego entre nosotros y nadie sospecha las grandes cifras involucradas en ellas. Oficialmente vivimos de nuestra modesta mensualidad de investigadores del Centro de Previsiones Electrónicas, además del complemento para (k)yK que comporta el cargo de Decano, que consiguió obtener de la Facultad siempre con su aire de quien no quiere la cosa. (Su predilección por la estasis se fue agravando cada vez más, tanto que aquí se presentó con la apariencia de un parálítico en una silla de ruedas). Este título de Decano, permítaseme un inciso, no tiene nada que ver con la antigüedad, si no yo habría tenido tanto derecho como él, sólo que a mí no me importa.

Así hemos llegado a esta situación. El Decano (k)yK, desde la galería de su casa, sentado en su silla de ruedas, con las piernas cubiertas por el manto de periódicos de todo el mundo llegados con el correo de la mañana, grita hasta hacerse oír de una a otra parte del campus:

—Qfwfq, el tratado atómico entre Turquía y Japón no se ha firmado hoy, ni siquiera han comenzado las negociaciones, ¿has visto? Qfwfq, el uxoricida de Termini Imerese ha sido condenado a tres años como decía yo: ¡no a la perpetua!

Y blande las páginas de los periódicos, blancas y negras como el espacio cuando se iban formando las galaxias, y atestadas —como entonces el espacio— de corpúsculos aislados, rodeados de vacío, carentes en sí de destino y de sentido. Y yo

pienso en lo bello que era entonces, a través de aquel vacío, trazar rectas y parábolas, identificar el punto exacto, la intersección entre espacio y tiempo en la que se habría producido el acontecimiento irrefutable en el despuntar de su resplandor, mientras ahora los acontecimientos vienen ininterrumpidamente, como una colada de cemento, en columna el uno sobre el otro, el uno encajado en el otro, separados por titulares negros e incongruentes, legibles de varias maneras pero intrínsecamente ilegibles, una masa de acontecimientos sin forma ni dirección que circunda sumerge aplasta todo razonamiento.

—¿Sabes, Qfwfq? Las cotizaciones al cierre en Wall Street han bajado un 2 por ciento, no un 6. Y fíjate, el edificio construido fraudulentamente en Via Cassia es de doce pisos, no de nueve. Nearco IV gana en Longchamps por dos largos. ¿Cómo vamos, Qfwfq?

Los dinosaurios

Misteriosas permanecen las causas de la rápida extinción de los dinosaurios, que habían evolucionado y crecido durante todo el Triásico y el Jurásico y que durante ciento cincuenta millones de años habían sido los indiscutibles dominadores de los continentes. Tal vez fueran incapaces de adaptarse a los grandes cambios de clima y vegetación que tuvieron lugar en el Cretáceo. Al final de esa época todos habían muerto.

Todos menos yo —precisó Qfwfq—, porque también yo, durante un cierto periodo, había sido dinosaurio: digamos durante unos cincuenta millones de años, y no me arrepiento: entonces al ser dinosaurio se tenía la consciencia de ser lo correcto, y nos hacíamos respetar.

Más tarde la situación cambió. Es inútil que os cuente los particulares, comenzaron desgracias de todo tipo, derrotas, errores, dudas, traiciones, pestes. Una nueva población enemiga nuestra crecía en la Tierra. Recibíamos golpes por todos lados, nada nos salía bien. Ahora hay quien dice que el gusto por desaparecer, la pasión por ser destruidos formaban parte del espíritu de los dinosaurios ya desde antes. No sé: yo este sentimiento nunca lo había tenido; si otros lo tenían es porque ya se sentían perdidos.

Prefiero no volver con la memoria a la época de la gran mortandad. Nunca habría creído que me salvaría. La larga migración que me puso a salvo, la cumplí a través de un cementerio de esqueletos descarnados, en los que sólo una cresta o un cuerno o una placa de coraza o un jirón de piel toda astillas recordaba el esplendor antiguo del ser viviente. Y ahora en estos restos trabajaban los picos, los espolones, las garras, las ventosas de los nuevos amos del planeta. Cuando ya no vi más huellas de vivos ni de muertos me detuve.

En aquellas altiplanicies desiertas pasé muchos, muchos años. Había sobrevivido a las asechanzas, a las epidemias, a las hambres, al hielo: pero estaba solo. Continuar allá arriba eternamente, no podía. Me puse en camino para descender.

El mundo había cambiado. Ya no reconocía ni los montes ni los ríos ni las plantas. La primera vez que vi a seres vivientes me escondí; era una manada de los Nuevos, ejemplares pequeños pero fuertes.

—¡Eh, tú! —me habían avistado, y enseguida me asombró ese modo familiar de apostrofarme. Huí; me persiguieron. Estaba acostumbrado desde hacía milenios a suscitar terror a mi alrededor y a sentir terror de las relaciones ajenas al terror que

suscitaba. Ahora, nada—: ¡Eh, tú! —se acercaban a mí como si tal cosa, ni hostiles ni atemorizados—. ¿Por qué corres? ¿En qué estás pensando? —sólo querían que les señalase el camino para llegar a no sé dónde. Tartamudeando dije que no era del lugar.

—¿Por qué empezaste a huir? —dijo uno—. Parecía que hubieras visto... a un dinosaurio —y los demás se rieron. Pero en aquella risa sentí por primera vez un punto de aprensión. Reían algo forzosamente. Y uno de ellos se puso serio y añadió:

—No lo digas ni en broma. Tú no sabes cómo son...

Así pues, todavía el terror de los dinosaurios continuaba en los Nuevos, pero quizá desde hacía bastantes generaciones no los habían visto y no sabían reconocerlos. Proseguí mi camino, alerta pero también impaciente por repetir el experimento. En una fuente bebía una joven de los Nuevos; estaba sola. Me acerqué despacito, alargué el cuello para beber junto a ella; ya presentía su grito desesperado en cuanto me viera, su huida afanosa. Habría dado la alarma, los Nuevos habrían venido en grupo a darme caza... Al momento, me había arrepentido de mi gesto; si quería salvarme debía descuartizarla enseguida: volver a empezar...

La joven se volvió y dijo:

—¿A que está fresca?

Empezó a conversar amablemente con frases un poco de circunstancias, como se hace con los extranjeros, a preguntar si venía de lejos y si había encontrado lluvia o buen tiempo durante el viaje. Yo nunca me habría imaginado que se pudiera hablar así con los no-dinosaurios, y me quedaba intranquilo y casi mudo.

—Yo siempre vengo a beber aquí —dijo ella—, al Dinosaurio.

Levanté de golpe la cabeza, abrí los ojos de par en par.

—Sí, sí, la llaman así, la Fuente del Dinosaurio, desde los tiempos antiguos. Dicen que una vez aquí se escondió un dinosaurio, uno de los últimos, y a quien venía a beber le saltaba encima y lo descuartizaba, ¡madre mía!

Habría querido desaparecer. «Ahora sabe quién soy —pensaba—, ahora me observa mejor y me reconoce», y como hace el que quiere que no le miren, tenía la mirada baja y me retorcía la cola como para esconderla. Tanto era el esfuerzo nervioso que cuando ella, toda sonriente, se despidió de mí y prosiguió su camino, me sentí cansado como si hubiera librado una batalla de las de los tiempos en que nos defendíamos con uñas y dientes. Me di cuenta de que ni siquiera había sido capaz de responderle buenos días.

Llegué a la orilla de un río, donde los Nuevos tenían sus madrigueras y vivían de la pesca. Para crear un recodo en el río donde las aguas menos rápidas retuvieran los peces, construían una presa de ramas. Apenas me vieron, levantaron la cabeza del trabajo y se pararon; me miraron a mí, se miraron entre ellos, como interrogándose siempre en silencio. «Ya está —pensé—, ya no me queda más que vender cara la piel», y me preparé para dar el salto.

Afortunadamente, supe parar a tiempo. Aquellos pescadores no tenían nada en

contra mía: al verme robusto, querían preguntarme si podía quedarme con ellos y trabajar en el transporte de la leña.

—Éste es un lugar seguro —insistieron al ver mi aire perplejo—. Desde la época de los abuelos de nuestros abuelos no se ven dinosaurios...

Nadie sospechaba quién podía ser yo. Me quedé, tenían un buen clima, comida no ciertamente para nuestros gustos pero discreta, y un trabajo no excesivamente pesado, dada mi fuerza. Me llamaban con un mote: «el Feo», porque era distinto a ellos, no por otra cosa. Estos Nuevos, no sé cómo diablos los llamáis vosotros, pantoterios o qué, eran de una especie todavía un poco informe, de la cual de hecho salió todo el resto de su especie, y ya en ese tiempo entre individuo e individuo se pasaba a través de las más variadas semejanzas y desemejanzas posibles, de modo que yo, aunque fuera de otro tipo, debí convencerme de que no me distinguía tanto.

No es que me acostumbrase enteramente a esta idea: me sentía siempre un dinosaurio en medio de enemigos, y cada atardecer, cuando empezaban a contar historias de dinosaurios, transmitidas de generación en generación, yo me quedaba detrás en la sombra, con los nervios a flor de piel.

Eran historias terroríficas. Los oyentes, pálidos, estallando de vez en cuando en gritos de espanto, pendían de los labios del narrador, el cual, a su vez, traicionaba en su voz una emoción no menor. Pronto me quedó claro que aquellas historias ya eran conocidas por todos (a pesar de que formaran un repertorio bastante copioso), pero al oírlas el espanto se renovaba cada vez. Los dinosaurios aparecían en ellas como monstruos, descritos con detalles que nunca habrían permitido reconocer a uno, e interesados sólo en hacer daño a los Nuevos, como si los Nuevos hubieran sido desde el principio los más importantes habitantes de la Tierra, y nosotros no hubiéramos tenido otra cosa que hacer que correr tras ellos de la mañana a la noche. Para mí, pensar en los dinosaurios era en cambio regresar con la mente a una larga serie de peripecias, de agonías, de lutos; las historias que de nosotros contaban los Nuevos estaban tan lejos de mi experiencia que habrían debido dejarme indiferente, como si hablaran de extraños, de desconocidos, y sin embargo al escucharlas me daba cuenta de que jamás había pensado en cómo nosotros les parecíamos a los demás, y de que entre muchas mentiras aquellos cuentos, en algún detalle y desde su punto de vista, decían algo de verdad. En mi mente sus historias de terror infligidas por nosotros se confundían con mis recuerdos de terror sufrido. Cuanto más cuenta me daba de cuánto habíamos hecho temblar, más temblaba.

Contaban una historia cada uno, por turnos, hasta que alguien dijo:

—¿Y el Feo, siempre silencioso? ¿Tú no tienes historias que contar? ¿En tu familia no tuvisteis aventuras con los dinosaurios?

—Sí, pero... —farfullaba—, ha pasado tanto tiempo... Si supierais...

Quien venía en mi ayuda en aquellos apuros era Flor de Helecho, la joven de la fuente.

—Dejadlo en paz... Es forastero, todavía no se ha adaptado, habla mal nuestra

lengua.

Acababan por cambiar de conversación. Yo respiraba aliviado.

Entre Flor de Helecho y yo se había establecido una especie de confianza. Nada demasiado íntimo: nunca me habría atrevido a rozarla. Pero hablábamos largo y tendido. O sea, era ella la que me contaba muchas cosas de su vida; yo por miedo a traicionarme, a hacerle sospechar de mi identidad, me mantenía siempre en cuestiones superficiales. Flor de Helecho me narraba sus sueños:

—Esta noche he visto a un dinosaurio enorme, espantoso, que soltaba fuego por las narices. Se acerca, me toma por la nuca, se me lleva, quiere comerme viva. Era un sueño terrible, terrible, pero yo, qué extraño, no estaba asustada, no, ¿cómo decirte? Me gustaba...

De aquel sueño habría debido comprender muchas cosas y sobre todo una: que Flor de Helecho no deseaba otra cosa que ser agredida. Era el momento, para mí, de abrazarla. Pero el dinosaurio que ellos imaginaban era demasiado distinto del dinosaurio que yo era, y este pensamiento me hacía todavía más distinto y más tímido. En suma, perdí una buena ocasión. Luego el hermano de Flor de Helecho regresó de la temporada de pesca en la llanura, la joven estaba mucho más vigilada y nuestras conversaciones comenzaron a espaciarse.

Este hermano, Zahn, desde el primer momento en que me vio lo hizo con un aire de sospecha.

—¿Y ése quién es? ¿De dónde viene? —preguntó a los demás señalándome.

—Es el Feo, un forastero que trabaja en la leña —le dijeron—. ¿Por qué? ¿Qué tiene de extraño?

—Quisiera preguntárselo a él —dijo Zahn, con aire torvo—. Eh, tú, ¿qué tienes de extraño?

¿Qué debía responder?

—¿Yo? Nada...

—Porque tú no eres extraño, ¿eh? —y se reía. Por esa vez todo quedó allí, pero yo no me esperaba nada bueno.

Este Zahn era uno de los tipos más resueltos del poblado. Había recorrido el mundo y demostraba saber muchas más cosas que los demás. Cuando escuchaba las consabidas conversaciones sobre los dinosaurios se apoderaba de él una especie de fastidio.

—Fábulas —dijo una vez—, vosotros contáis fábulas. Me gustaría veros si aquí llegase un verdadero dinosaurio.

—Hace ya mucho tiempo que no existen... —dijo un pescador.

—No tanto... —se rió Zahn—, y quién dice que todavía no haya alguna manada recorriendo los campos... En la llanura, los nuestros hacen turnos de guardia día y noche. Pero allí pueden fiarse de cada uno de ellos, no acogen a tipos que no conocen... —y detuvo su mirada en mí, con intención.

Era inútil esperar más: mejor si cogía al toro por los cuernos enseguida. Me

adelanté un paso.

—¿Te pasa algo conmigo? —pregunté.

—Me pasa con quien no sabemos de quién ha nacido ni de dónde viene y pretende comer de lo nuestro y hacer la corte a nuestras hermanas.

Alguno de los pescadores salió en mi defensa:

—El Feo se gana la vida; es alguien que trabaja duro...

—Será capaz de llevar troncos a la espalda, no lo niego —insistió Zahn—, pero en un momento de peligro, ¿quién nos garantiza que se comportará como se debe?

Se entabló una discusión general. Lo raro era que la posibilidad de que yo fuera un dinosaurio no la tomaban en consideración; la acusación que se me hacía era la de ser un Distinto, un Extranjero, como alguien poco de fiar; y el punto más controvertido era que mi presencia aumentara el peligro de un posible retorno de los dinosaurios.

—Me gustaría verlo en combate con esa boca de lagarto... —sigue provocándome Zahn, despectivo.

Me lancé hacia él, brusco, nariz contra nariz.

—Si no te doy miedo, también puedes verme ahora.

No se lo esperaba. Miró a su alrededor. Los otros nos hicieron círculo. Ahora no nos quedaba más remedio que pelearnos. Avancé, le lancé un mordisco torciendo el cuello, le di con una pata que le dejó tumbado boca arriba, y me puse encima de él. Era un movimiento equivocado, como si no lo supiera, como si no hubiera visto morir dinosaurios a zarpazos y mordiscos en el vientre mientras creían haber inmovilizado al enemigo. Pero todavía sabía usar la cola para mantenerme firme, no quería dejarme dar la vuelta a mi vez, me esforzaba, pero me daba cuenta de que estaba a punto de ceder...

Entonces fue cuando alguien del público gritó:

—¡Venga, ánimo, dinosaurio! —darme cuenta de que me habían desenmascarado y volver a ser el de otros tiempos fue todo uno: perdido por perdido, tanto valía que les hiciera probar su antiguo espanto. Y golpeé a Zahn una, dos, tres veces...

Nos separaron.

—Ya te lo habíamos dicho, Zahn: el Feo tiene músculos. No se puede bromear con el Feo —y se reían y me felicitaban, me daban golpes en la espalda. Yo, que ya me creía descubierto, no entendía nada; sólo más tarde comprendí que el apóstrofe «dinosaurio» era sólo una expresión para animar a los contendientes en una pelea, como decir: «¡Vamos, que eres el más fuerte!», y tampoco estaba claro si me lo habían gritado a mí o a Zahn.

A partir de aquel día fui más respetado por todos. El propio Zahn me animaba, me seguía para verme dar nuevas pruebas de fuerza. Debo decir que también sus habituales conversaciones sobre dinosaurios habían cambiado algo, como sucede cuando uno se cansa de juzgar las cosas de la misma manera y la moda empieza a tomar otra dirección. Ahora, si querían criticar algo en el poblado, habían tomado la

costumbre de decir que entre dinosaurios ciertas cosas no habrían sucedido, que los dinosaurios en muchas cosas podían dar ejemplo, que sobre el comportamiento de los dinosaurios en esta o aquella situación (por ejemplo en su vida privada) no había nada que reprocharles, y así sucesivamente. Resumiendo, parecían sentir casi una admiración póstuma por estos dinosaurios de los cuales nadie sabía nada en concreto.

A mí una vez se me ocurrió decir:

—No exageremos: además, ¿qué creéis que era un dinosaurio?

Me hicieron callar:

—Calla, ¿qué sabes tú si nunca los has visto?

Quizá había llegado el momento adecuado de empezar a llamar pan al pan.

—Sí que los he visto —exclamé—, y si queréis también puedo explicar cómo eran.

No me creyeron; pensaban que quería tomarles el pelo. Para mí, este nuevo modo de hablar de los dinosaurios era casi tan insoportable como el de antes. Porque —aparte del dolor que sentía por el cruel destino que se había cebado en mi especie— yo la vida de los dinosaurios la conocía desde dentro, sabía cuánto dominaba entre nosotros una mentalidad limitada, llena de prejuicios, incapaz de seguir el paso de las situaciones nuevas. Y ahora tenía que ver a éstos tomar como modelo aquel pequeño mundo nuestro tan retrógrado, tan —digamos— aburrido. Debía dejarme imponer precisamente por ellos una especie de sagrado respeto por mi especie, que yo nunca había sentido. Pero en el fondo era justo que fuera así: ¿estos Nuevos qué tenían que fuera tan diferente de los dinosaurios de los buenos tiempos? Seguros en su poblado con sus presas y sus pesquerías, también ellos alardeaban de una jactancia, de una presunción... Me ocurría que sentía hacia ellos el mismo fastidio que había vivido en mi ambiente, y cuanto más les oía admirar a los dinosaurios, más detestaba a los dinosaurios y a ellos a la vez.

—¿Sabes? Esta noche soñé que un dinosaurio debía pasar por delante de mi casa —me dijo Flor de Helecho—, un dinosaurio magnífico, un príncipe o un rey de los dinosaurios. Yo me estaba poniendo guapa, me ponía un lazo en la cabeza y me asomaba a la ventana. Trataba de llamar la atención del dinosaurio, le hacía una reverencia, pero él ni siquiera parecía reparar en mí, no me dedicaba ni una mirada...

Este sueño me proporcionó una nueva clave para comprender el estado de ánimo de Flor de Helecho en relación conmigo. La joven debía de haber confundido mi timidez con una desdeñosa soberbia. Ahora, pensándolo bien, comprendo que me habría bastado con insistir en esa actitud todavía durante un cierto tiempo, alardear de un altivo desapego, y la habría conquistado por completo. En cambio su revelación me conmovió tanto que me arrojé a sus pies con lágrimas en los ojos, diciendo:

—No, no, Flor de Helecho, no es como tú crees, tú eres mejor que cualquier dinosaurio, cien veces mejor, y yo me siento tan inferior a ti...

Flor de Helecho se puso rígida, dio un paso atrás.

—Pero ¿qué dices? —no era eso lo que ella se esperaba: estaba desconcertada y

encontraba la escena algo desagradable. Lo comprendí demasiado tarde; me recompuse deprisa pero una atmósfera de malestar pesaba ya entre nosotros.

No hubo tiempo para volver a pensar en ello, con todo lo que sucedió más tarde. Mensajeros sin aliento llegaron al poblado.

—¡Vuelven los dinosaurios! —una manada de monstruos desconocidos había sido avistada mientras corría enfurecida por la llanura. Siguiendo su marcha, al día siguiente al amanecer habrían atacado el poblado. Se dio la alarma.

Ya podéis imaginar la plenitud de sentimientos que se me desató en el pecho al oír la noticia: mi especie no se había extinguido, ¡podría reunirme con mis hermanos, volver a empezar la antigua vida! Pero el recuerdo de la antigua vida que volvía a mi mente era una serie interminable de derrotas, de fugas, de peligros; volver a empezar significaba quizá sólo una momentánea prolongación de aquella agonía, el regreso a una fase que ya creía haber cerrado. Había alcanzado ya, aquí en el poblado, una especie de nueva tranquilidad y me dolía perderla.

También el ánimo de los Nuevos se dividía entre sentimientos encontrados. Por una parte el pánico, por otra el deseo de triunfar sobre el viejo enemigo, por otra todavía la idea de que si los dinosaurios habían sobrevivido y ahora avanzaban buscando venganza era señal de que nadie podía detenerlos, y de que una victoria suya, por despiadada que fuera, no significaba que no pudiera constituir un bien para todos. En suma, los Nuevos querían a la vez defenderse, huir, exterminar al enemigo, ser vencidos; y esta incertidumbre se reflejaba en el desorden de sus preparativos para la defensa.

—¡Un momento! —gritó Zahn—. Entre nosotros sólo hay uno capaz de tomar el mando. El más fuerte de nosotros, ¡el Feo!

—¡Es verdad! Debe ser el Feo el que nos mande —le hicieron coro los demás—. ¡Sí, sí, el mando al Feo! —y se ponían a mis órdenes.

—Pero no, cómo queréis que yo, un extranjero, no estoy a la altura... —me defendía. No hubo manera de convencerlos.

¿Qué debía hacer? Esa noche no pude pegar ojo. La voz de la sangre me exigía desertar y unirme a mis hermanos; la lealtad a los Nuevos que me habían acogido y hospedado y dado confianza pedía en cambio que me considerase de parte suya; además sabía muy bien que ni los dinosaurios ni los Nuevos se merecían que nadie moviera un dedo por ellos. Si los dinosaurios trataban de restablecer su dominio con invasiones y estragos, era señal de que no habían aprendido nada de la experiencia, de que habían sobrevivido sólo por error. Y estaba claro que los Nuevos, al haberme dado el mando a mí, habían optado por la solución más cómoda: dejar todas las responsabilidades a un extranjero, que podía ser tanto su salvador como, en caso de derrota, un chivo expiatorio que entregar al enemigo para calmarlo, incluso un traidor que poniéndolos en manos del enemigo realizase sus sueños inconfesables de ser dominados por los dinosaurios. En suma, no quería saber nada ni de los unos ni de los otros; ¡que se descuartizaran entre ellos!; yo me desentendía de todos. Tenía que

escaparme lo más rápidamente posible, dejándoles cocer en su propio jugo, sin tener nada que ver con estas viejas historias.

Esa misma noche, arrastrándome en la oscuridad, abandoné el poblado. Mi primer impulso fue alejarme lo más posible del campo de batalla, regresar a mis refugios secretos; pero la curiosidad pudo más: volver a ver a mis semejantes, saber que habrían vencido. Me escondí en algunas rocas que dominaban el recodo del río, y esperé el amanecer.

Con la luz, en el horizonte aparecieron unas figuras. Avanzaban a la carga. Ya antes de distinguirlas bien, podía asegurar que ningún dinosaurio habría corrido nunca con tan poca gracia. Cuando los reconocí no sabía si echarme a reír o avergonzarme. Rinocerontes, una manada de los primeros, gordos y torpes y toscos, con apéndices de materia córnea, pero sustancialmente inofensivos, dedicados a mordisquear hierba: ésos eran a los que habían confundido con los antiguos Reyes de la Tierra.

La manada de rinocerontes galopó con ruido de trueno, se detuvo a lamer algunos arbustos, y siguió corriendo hacia el horizonte sin percatarse siquiera de la existencia del poblado de los pescadores.

Volví corriendo al poblado.

—No habéis entendido nada. ¡No eran dinosaurios! —anuncié—. Rinocerontes, eso es lo que eran. Ya se han ido. Ya no hay peligro —y añadí, parajustificar mi desertión nocturna—: Yo había salido de exploración para espiarlos y decíroslo.

—Nosotros podemos no haber sabido que no eran dinosaurios —dijo calmo Zahn—, pero hemos comprendido que tú no eres un héroe —y me dio la espalda.

Sí, estaban desilusionados: de los dinosaurios y de mí. Ahora sus historias de dinosaurios se convirtieron en chistes, en los que los terribles monstruos parecían personajes ridículos. Yo ya no me veía afectado por este espíritu suyo tan mezquino. Ahora reconocía la grandeza de espíritu que nos había hecho elegir desaparecer antes que habitar un mundo que ya no era para nosotros. Si yo sobrevivía era sólo para que un dinosaurio siguiera sintiéndose tal en medio de esta gentecilla que disfrazaba con banales bromas el miedo que aún los dominaba. ¿Y qué otra cosa podían elegir los Nuevos si no entre burla y miedo?

Flor de Helecho manifestó una actitud distinta contándome un sueño:

—Había un dinosaurio, ridículo, verde verde, y todos se burlaban de él, le tiraban de la cola. Entonces yo me adelanté, lo protegí, me lo llevé, lo acaricié. Y me di cuenta de que, siendo tan ridículo como era, era la más triste de las criaturas, y de sus ojos amarillos y rojos manaba un río de lágrimas.

¿Qué se apoderó de mí al oír aquellas palabras? ¿Una repulsión a identificarme con las imágenes del sueño?, ¿el rechazo de un sentimiento que parecía ser de piedad, la inquietud ante la idea disminuida que todos ellos se hacían de la dignidad dinosauria? Tuve un momento de soberbia, me puse rígido y le arrojé a la cara unas cuantas frases despectivas:

—¿Por qué me aburres con estos sueños tuyos cada vez más infantiles? ¡No sabes soñar más que necedades!

Flor de Helecho estalló en llanto. Yo me alejé encogiéndome de hombros.

Esto ocurrió en la presa; no estábamos solos; los pescadores no habían escuchado nuestro diálogo, pero habían advertido mi actitud y las lágrimas de la joven.

Zahn se sintió en la obligación de intervenir.

—Pero ¿quién te crees que eres —dijo con voz airada— para faltarle al respeto a mi hermana?

Me detuve y no respondí. Si quería pelearse yo estaba preparado. Pero el estilo del poblado en los últimos tiempos había cambiado: se lo tomaban todo a broma. Del grupo de pescadores salió un gritito en falsete:

—¡Anda allá, anda allá, dinosaurio! —yo ya sabía que ésta era una expresión bromista que había entrado últimamente en uso para decir: «Baja la cresta, no exageres», y así sucesivamente. Pero a mí se me removió algo en la sangre.

—Sí, lo soy, si queréis saberlo —grité—, un dinosaurio, ¡de verdad! Si nunca habéis visto dinosaurios, ¡miradme!

Estalló una carcajada general.

—Yo vi uno ayer —dijo un viejo—, salió de la nieve —enseguida, a su alrededor se hizo el silencio.

El viejo regresaba de un viaje a las montañas. El deshielo había derretido un viejo nevero y un esqueleto de dinosaurio había salido a la luz.

El rumor se propagó por el poblado.

—¡Vamos a ver al dinosaurio! —todos corrieron montaña arriba y yo con ellos.

Superada una morrena de piedras, troncos revueltos, fango y esqueletos de pájaros, se abría un vallecito en forma de cuenca. Un primer velo de líquenes enverdeía las rocas liberadas por el hielo. En medio, tumbado como si durmiera, con el cuello alargado por los intervalos de las vértebras, la cola diseminada en una larga línea serpentina, yacía un esqueleto de dinosaurio gigantesco. La caja torácica se arqueaba como una vela, y cuando el viento batía contra los listeles planos de las costillas parecía que todavía le latiera dentro un corazón invisible. El cráneo estaba vuelto en una postura forzada, con la boca abierta como en un extremo grito.

Los Nuevos corrieron hasta allí voceando alegres: ante el cráneo se sintieron mirados fijamente por las órbitas vacías, se detuvieron a unos pasos de distancia, silenciosos; luego se dieron la vuelta y continuaron su estúpida fiesta.

Habría bastado con que uno de ellos pasara con su mirada del esqueleto a mí, mientras estaba quieto contemplándolo, para darse cuenta de que éramos idénticos. Pero ninguno lo hizo. Aquellos huesos, aquellas garras, aquellos miembros exterminadores, hablaban un lenguaje ya ilegible, ya no decían nada a nadie, salvo aquel vago nombre que había permanecido sin vínculos con las experiencias del presente.

Yo seguía mirando el esqueleto, el Padre, el Hermano, el igual a mí, el Yo Mismo;

reconocía mis miembros descarnados, mis rasgos grabados en la roca, todo lo que habíamos sido y ya no éramos, nuestra majestad, nuestras culpas, nuestra ruina.

Ahora estos despojos habrían servido a los nuevos distraídos ocupantes del planeta para señalar un punto del paisaje, habrían seguido el destino del nombre «dinosaurio» convertido en un opaco sonido sin sentido. No debía permitirlo. Todo lo que se refería a la verdadera naturaleza de los dinosaurios debía permanecer oculto. De noche, mientras los Nuevos dormían alrededor del esqueleto empavesado, transporté y enterré, vértebra por vértebra, a mi Muerto.

Por la mañana los Nuevos ya no encontraron restos del esqueleto. No se preocuparon mucho tiempo. Era un nuevo misterio que se añadía a los muchos misterios sobre los dinosaurios. Enseguida lo borraron de sus mentes.

Pero la aparición del esqueleto dejó una huella, en tanto que en todos ellos la idea de los dinosaurios quedó unida a la de un triste fin, y en las historias que contaban ahora dominaba un tono de conmiseración, de pena por nuestros sufrimientos. Esta piedad no me interesaba. ¿Piedad de qué? Si alguna vez una especie había tenido una evolución plena y rica, un reinado largo y feliz, éstos habíamos sido nosotros. Nuestra extinción había sido un epílogo grandioso, digno de nuestro pasado. ¿Qué podían saber estos majaderos? Cada vez que les oía expresar sentimentalismos acerca de los pobres dinosaurios me daban ganas de tomarles el pelo, de contar historias inventadas e inverosímiles. La verdad de los dinosaurios ya no sería comprendida por nadie, era un secreto que yo habría custodiado sólo para mí.

Una tropa de vagabundos se detuvo en el poblado. Entre ellos había una joven. Me sobresalté al verla. Si mi vista no me engañaba, aquélla no tenía en sus venas sólo la sangre de los Nuevos: era una mulata, una mulata dinosauria. ¿Era consciente? Seguro que no, a juzgar por su desenvoltura. Quizá no uno de sus padres sino uno de sus abuelos o de sus bisabuelos o de sus tatarabuelos había sido un dinosaurio, y las características, los movimientos de nuestra progenie volvían a mostrarse en ella de una manera casi descarada, ya irreconocible a todos, incluida ella. Era una criatura graciosa y alegre; enseguida tuvo un grupo de cortejadores tras ella, y de ellos el más constante y enamorado era Zahn.

Comenzaba el verano. La juventud daba una fiesta en el río.

—Ven con nosotros —me invitó Zahn, que después de tantas peleas intentaba hacerse amigo mío; luego enseguida siguió nadando al lado de la Mulata.

Me acerqué a Flor de Helecho. Quizá había llegado el momento de explicarnos, de alcanzar un acuerdo.

—¿Qué soñaste anoche? —pregunté para pegar la hebra.

Permaneció con la cabeza baja.

—He visto a un dinosaurio herido que se retorecía en su agonía. Inclina su cabeza noble y delicada, y sufría, sufría... Yo le miraba, no sabía apartar la vista de él, y me di cuenta de que sentía un sutil placer en verlo sufrir...

Los labios de Flor de Helecho se tensaban en una mueca maligna, que nunca

había observado en ella. Habría querido sólo demostrarle que en aquel juego suyo de sentimientos ambiguos y sombríos yo no tenía nada que ver: yo era uno que gozaba de la vida, era el heredero de una estirpe feliz. Me puse a bailar a su alrededor, la salpiqué con el agua del río moviendo la cola.

—Sólo sabes hablar de cosas tristes —dije, frívolo—, déjalo ya, ven a bailar.

No me entendió, hizo una mueca.

—Pues si no bailas conmigo bailaré con otra —exclamé. Agarré por una pata a la Mulata llevándomela bajo la nariz de Zahn, que primero la miró alejarse sin entender, tan absorto estaba en su contemplación amorosa, y luego tuvo un sobresalto de celos. Demasiado tarde: la Mulata y yo ya nos habíamos zambullido en el río y nadábamos hacia la otra orilla, para escondernos entre los matorrales.

Quizá sólo quería dar a Flor de Helecho una muestra de quién era yo verdaderamente, desmentir las ideas siempre equivocadas que se había hecho de mí. Y quizá también me movía un viejo rencor hacia Zahn, quería ostentosamente rechazar su nueva oferta de amistad. O bien, más que nada eran las formas familiares y sin embargo insólitas de la Mulata las que me daban ganas de una relación natural, directa, sin pensamientos secretos, sin recuerdos.

La caravana de los vagabundos partiría por la mañana. La Mulata consintió en pasar la noche entre los matorrales. Me quedé retozando con ella hasta el amanecer.

Éstos no eran más que episodios efímeros de una vida por otra parte tranquila y escasa de acontecimientos. Había dejado hundirse en el silencio la verdad sobre mí y sobre la era de nuestro reinado. De los dinosaurios ya no se hablaba casi nunca; quizá nadie creyera que hubieran existido. La propia Flor de Helecho había dejado de soñar con ellos.

Cuando ella me contó:

—Soñé que en una caverna estaba el único superviviente de una especie cuyo nombre nadie recordaba, y yo iba a preguntárselo, y estaba oscuro, y sabía que estaba allí, y no lo veía, y sabía bien quién era y cómo estaba hecho pero no habría sabido decirlo, y no sabía si era él quien respondía a mis preguntas o yo a las suyas... —para mí fue la señal de que finalmente había comenzado un entendimiento amoroso entre nosotros, como había deseado cuando me detuve la primera vez en la fuente y aún no sabía si se me había concedido sobrevivir.

Desde entonces había aprendido muchas cosas, y sobre todo el modo en que los dinosaurios vencen. Antes, había creído que su desaparición había sido para mis hermanos la magnánima aceptación de una derrota; ahora sabía que cuanto más desaparecen los dinosaurios tanto más extienden su dominio, y sobre bosques mucho más extensos que los que cubren los continentes: en la maraña de los pensamientos de quien permanece. De la penumbra de los miedos y de las dudas de generaciones ya olvidadas, seguían alargando sus cuellos, sus garras armadas, y cuando la última sombra de su imagen se había borrado, su nombre seguía superponiéndose a todos los significados, perpetuando su presencia en las relaciones entre los seres vivos. Ahora,

borrado hasta su nombre, les esperaba ser una sola cosa con las improntas mudas y anónimas del pensamiento, a través de las cuales adquieren forma y sustancia las cosas pensadas: por los Nuevos, y por aquellos que vendrían después de los Nuevos y por aquellos que vendrían todavía más tarde.

Miré a mi alrededor: al poblado que me había visto llegar extranjero, ahora podía llamarlo mío, y llamar mía a Flor de Helecho: en la manera en que un dinosaurio puede decirlo. Por eso, con un silencioso saludo, me despedí de Flor de Helecho, abandoné el poblado, me marché para siempre.

Por el camino miraba los árboles, los ríos y las montañas y ya no sabía distinguir los que había en tiempos de los dinosaurios y los que habían venido después. En torno a algunas madrigueras estaban acampados los vagabundos. Reconocí de lejos a la Mulata, siempre atractiva, apenas algo más gorda. Para que no me viera me escondí en el bosque y la espí. La seguía un bebé apenas capaz de correr sobre sus patas moviendo la cola. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía a un pequeño dinosaurio tan perfecto, tan pleno de la esencia de dinosaurio, y tan ignorante de lo que el nombre «dinosaurio» significa?

Lo esperé en un claro del bosque para verle jugar, perseguir una mariposa, golpear una piña contra una piedra para sacarle los piñones. Me acerqué. Era precisamente mi hijo.

Me miró curioso.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Nadie —respondí—. ¿Y tú, sabes quién eres?

—¡Ésta sí que es buena! Todos lo saben: soy un Nuevo —dijo.

Era precisamente lo que esperaba oírme decir. Le acaricié la cabeza, le dije «buen chico», y me marché.

Recorrí valles y llanuras. Llegué a una estación, tomé el tren, me confundí con la multitud.

La forma del espacio

Las ecuaciones del campo gravitacional que relacionan la curvatura del espacio con la distribución de la materia ya están comenzando a formar parte del sentido común.

Caer en el vacío como caía yo, ninguno de vosotros sabe qué quiere decir. Para vosotros caer es caer a lo mejor desde el vigésimo piso de un rascacielos, o de un avión que se avería en vuelo: precipitarse cabeza abajo, braceando un poco en el aire, y la tierra llega enseguida y os estrelláis. Yo os hablo en cambio de cuando debajo no había ninguna tierra ni nada sólido, ni siquiera un cuerpo celeste en la lejanía capaz de atraerte a su órbita. Se caía así, indefinidamente, durante un tiempo indefinido. Ibas hacia abajo en el vacío hasta el extremo límite en el fondo del cual se puede pensar que se pueda ir más abajo, y una vez allí veías que ese extremo límite debía de estar mucho pero que mucho más abajo, lejanísimo, y seguías cayendo para alcanzarlo. Al no haber puntos de referencia, no tenía ni idea de si mi caída era precipitada o lenta. Pensándolo bien, ni siquiera había pruebas de que estuviera verdaderamente cayendo: a lo mejor había permanecido inmóvil en el mismo sitio, o me movía en sentido ascendente; dado que no había ni un arriba ni un abajo, éstas sólo eran cuestiones nominales y tanto daba seguir pensando que caía, como era natural pensar.

Admitiendo pues que se caía, todos caíamos a la misma velocidad sin sobresaltos; efectivamente estábamos siempre más o menos a la misma altura, Úrsula H'x, el teniente Fenimore y yo. No le quitaba los ojos de encima a Úrsula H'x porque era muy hermosa de ver, y tenía al caer una compostura desenvuelta y relajada: yo esperaba poder alguna vez interceptar su mirada, pero Úrsula H'x sólo se dedicaba a limarse y pintarse la uñas o a pasarse el peine por sus cabellos largos y lisos, y nunca dirigía su mirada hacia mí. Tampoco miraba al teniente Fenimore, a pesar de que él hiciera de todo para llamar su atención.

Una vez lo sorprendí —creía que yo no lo veía— mientras hacía señales a Úrsula H'x: primero entrechocaba los dos índices uno contra otro, luego hacía un gesto rotatorio con una mano, luego señalaba hacia abajo. En suma, parecía aludir a un entendimiento con ella, a una cita para más tarde, en alguna localidad allá abajo donde se encontrarían. No eran más que historias, lo sabía muy bien: entre nosotros

no había encuentros posibles porque nuestras caídas eran paralelas y entre nosotros había siempre la misma distancia. Pero que el teniente Fenimore se metiera en la cabeza ideas de ese tipo —e intentara metérselas en la cabeza a Úrsula H'x— bastaba para ponerme nervioso; a pesar de que ella no le hiciera caso, es más, le chasqueara la lengua burlándose —me parecía que no había duda— precisamente de él. (Úrsula H'x caía revolviéndose sobre sí misma con movimientos perezosos como si diera vueltas en su cama y era difícil decir si un gesto suyo se dirigía a alguien o más bien a cualquier otro o si estaba jugueteando por su cuenta como tenía por costumbre).

También yo, naturalmente, no soñaba en otra cosa que en encontrarme con Úrsula H'x, pero dado que en mi caída seguía una recta absolutamente paralela a la que seguía ella, me parecía fuera de lugar manifestar un deseo irrealizable. Ciertamente, queriendo ser optimista, siempre había la posibilidad de que, continuando nuestras dos paralelas hasta el infinito, llegara el momento en que se tocaran. Es más, esta eventualidad bastaba para darme alguna esperanza, para mantenerme en una continua excitación. Os diré que un encuentro de nuestras paralelas yo lo había soñado tanto, en todos sus detalles, que ya formaba parte de mi experiencia, como si ya lo hubiera vivido. Todo habría sucedido de un momento a otro, con sencillez y naturalidad: después de tanto tiempo de andar separados sin poder acercarnos ni un palmo, después de tanto haberla sentido extraña, prisionera de su trayecto paralelo, he aquí que la consistencia del espacio, de impalpable que siempre había sido, se habría vuelto más tensa y al mismo tiempo más blanda, un adensamiento del vacío que parecería venir no desde fuera sino desde dentro de nosotros, y nos habría unido a Úrsula H'x y a mí (ya me bastaba con cerrar los ojos para verla acercarse, en una actitud que sabía suya pero distinta a todas las actitudes habituales en ella: los brazos tendidos hacia abajo, pegados a sus costados, doblando las muñecas como si se despedazara y al mismo tiempo insinuase una contorsión que era también una manera casi serpentina de acercarse), y entonces la línea invisible que recorría yo y la que ella recorría se habrían convertido en una sola línea, ocupada por una mezcla de ella y de mí en la que cuanto en ella era mórbido y secreto sería penetrado, es más, envolvería y casi diría aspiraría todo lo que de mí con más tensión había ido hasta allí, sufriendo por estar solo y separado y a dos velas.

A los sueños más hermosos les ocurre que de repente se transforman en pesadillas, y así yo ahora imaginaba que el punto de encuentro de nuestras dos paralelas podía ser aquel en el que se encuentran todas las paralelas existentes en el espacio, y entonces no habría significado el encuentro de Úrsula H'x y yo solos sino también —¡perspectiva execrable!— del teniente Fenimore. En el mismo momento en el que Úrsula H'x hubiera dejado de serme extraña, un extraño con su fino bigotito negro estaría compartiendo nuestras intimidades de manera inextricable: este pensamiento bastaba para arrojarme a las más desgarradoras alucinaciones de los celos: oía el grito que nuestro encuentro —de ella y mío— nos arrancaba fundirse en un unísono espasmódicamente jubiloso y he aquí que —¡el presentimiento me dejaba

helado!— de él se alzaba lacerante el grito de ella violada —como en mi rabiosa parcialidad imaginaba— a mis espaldas, y al mismo tiempo el grito de vulgar triunfo del teniente, pero quizá —y aquí mis celos llegaban hasta el delirio— esos gritos suyos —de ella y de él— también podían no ser tan distintos y disonantes, podían alcanzar ellos también un unísono, sumarse en un único grito hasta de placer, distinguiéndose del grito roto y desesperado que habría brotado de mis labios.

En esta alternancia de esperanzas y aprensiones seguía mi caída, pero sin dejar de escudriñar en las profundidades del espacio por si algo anunciara un cambio actual o futuro de nuestra condición. Un par de veces conseguí avistar un universo, pero estaba lejos y se veía pequeño pequeño, mucho más allá a la derecha o a la izquierda; apenas me daba tiempo a distinguir un cierto número de galaxias como puntitos brillantes reagrupados en montones superpuestos que rodaban con un quejumbroso zumbido, y ya todo se había disuelto como había aparecido, hacia arriba o a un lado, hasta el punto de quedarme con la duda de que hubiera sido un deslumbramiento de la vista.

—¡Allí! ¡Mira! ¡Allí hay un universo! ¡Mira allí! ¡Allí hay algo! —gritaba a Úrsula H'x señalando en aquella dirección, pero ella, con la lengua entre los dientes, estaba toda dedicada a acariciarse la piel lisa y tersa de sus piernas en busca de rarísimos y casi invisibles pelos superfluos que arrancar de un seco tirón con sus uñas en pinza, y la única señal de que había entendido mi llamada podía ser el modo en que extendía una pierna hacia arriba, como para aprovechar, se habría dicho, para su metódica inspección la poca luz que reverberaba de aquel lejano firmamento.

Es inútil decir cuánto desdén ostentaba el teniente Fenimore en estos casos ante lo que yo podía haber descubierto: se encogía de hombros —lo cual le hacía saltar las hombreras, la bandolera y las condecoraciones con que iba inútilmente enjaezado— y se volvía hacia otro lado riéndose. Salvo cuando era él (cuando estaba seguro de que yo miraba a otro lado) el que para despertar la curiosidad de Úrsula H'x (y entonces era mi turno de reírme al ver que ella, por toda respuesta, se revolvía sobre sí misma en una especie de cabriola mostrándole el trasero: un movimiento indudablemente poco respetuoso pero bonito de ver, hasta el punto de que yo, después de alegrarme por ello como de una humillación a mi rival, me sorprendía envidiándolo como un privilegio) señalaba un lábil punto en fuga por el espacio gritando:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Un universo! ¡Muy grande! ¡Lo he visto! ¡Es un universo!

No digo que mintiera: afirmaciones de ese tipo, por lo que sé, podían ser verdaderas o falsas. Que de vez en cuando pasáramos cerca de un universo estaba demostrado (o bien que un universo pasara cerca de nosotros), pero no se entendía si eran muchos universos diseminados por el espacio o si era siempre el mismo universo con el que seguíamos cruzándonos rodando en una misteriosa trayectoria, o si en cambio no era ningún universo y lo que creíamos ver era el espejismo de un universo que quizá había existido una vez y cuya imagen seguía rebotando en las paredes del espacio como el retumbar de un eco. Pero también podía ser que los universos

hubieran estado siempre allí, apretados a nuestro alrededor, y no soñasen en moverse, y nosotros tampoco nos movíamos, y todo estaba quieto para siempre, sin tiempo, en una oscuridad punteada sólo por rápidos centelleos cuando algo o alguien conseguía por un momento despegarse de aquella lenta ausencia de tiempo e insinuar la apariencia de un movimiento.

Hipótesis todas igualmente dignas de ser tomadas en consideración, y de las que sólo me interesaba aquello que se refería a nuestra caída y lograr o no tocar a Úrsula H'x. En suma, nadie sabía nada de nada. Y entonces, ¿por qué ese presumido de Fenimore alardeaba a veces con aire superior, como el que está seguro de lo que hace? Se había dado cuenta de que cuando quería hacerme rabiar el modo más seguro era fingir que tenía con Úrsula H'x una familiaridad de hacía tiempo. En un determinado momento, Úrsula H'x comenzaba a bajar columpiándose, con las rodillas juntas, desplazando el peso del cuerpo aquí o allá, como ondeando en un zigzag cada vez más amplio: y todo para engañar el aburrimiento de aquella interminable caída; y entonces también el teniente se ponía a ondear, tratando de alcanzar el mismo ritmo que ella, como si siguiera la misma pista invisible, mejor dicho, como si bailara al son de una misma música audible sólo por ellos dos, que él incluso fingía silbar, e insinuando, sólo él, una especie de sobreentendido, de alusión a un juego entre viejos compañeros de farra. Todo era un bluff, figurémonos si no lo sabía, pero bastaba para meterme en la cabeza la idea de que un encuentro entre Úrsula H'x y el teniente Fenimore ya podía haberse dado, quién sabe cuánto tiempo antes, en el origen de sus trayectorias, y esta idea era como un mordisco doloroso, como una injusticia cometida contra mí. Pero, reflexionando sobre ello, si Úrsula H'x y el teniente habían ocupado un tiempo el mismo punto del espacio, era señal de que sus respectivas líneas de caída se habían ido alejando y de que presumiblemente seguirían alejándose. Ahora, en este lento pero continuo alejamiento del teniente, nada más fácil que Úrsula H'x se acercara a mí; en consecuencia el teniente no podía presumir de sus pasadas intimidaciones: era a mí a quien el futuro sonreía.

El razonamiento que me llevaba a esta conclusión no era suficiente para tranquilizarme íntimamente: la eventualidad de que Úrsula H'x se hubiera ya encontrado con el teniente era por sí sola un agravio que si se me había hecho no podía ser devuelto. Debo añadir que para mí pasado y futuro eran términos vagos, entre los cuales no lograba hacer distinción: mi memoria no iba más allá del interminable presente de nuestra caída paralela, y lo que pudo haber sucedido antes, dado que no se podía recordar, pertenecía al mismo mundo imaginario del futuro, y con el futuro se confundía. Así yo podía incluso suponer que si alguna vez dos paralelas habían partido del mismo punto, éstas fueran las líneas que seguíamos Úrsula H'x y yo (en este caso era la nostalgia de una mismidad perdida la que alimentaba mi ansioso deseo de encontrarme con ella); pero yo me resistía a dar crédito a esta hipótesis, porque podría implicar nuestro alejamiento progresivo y quizá una llegada de ella entre los brazos galoneados del teniente Fenimore, pero

sobre todo porque no sabía salir del presente sino para imaginarme un presente distinto, y todo lo demás no contaba.

Quizá éste era el secreto: ensimismarse tanto en el propio estado de caída que llegara a comprender que la línea seguida al caer no era la que parecía sino otra, o sea conseguir cambiar esa línea de la única manera en que podía ser cambiada, es decir haciéndola ser la que verdaderamente siempre había sido. Pero no fue concentrándome en mí mismo como me vino esta idea, sino observando con mirada enamorada lo hermosa que era Úrsula H'x incluso vista por detrás, y notando, en el momento en que pasábamos a la vista de un lejanísimo sistema de constelaciones, un encurvamiento de la espalda y una especie de respingo de su trasero, pero no tanto de su trasero en sí como un deslizamiento externo que parecía restregarse contra el trasero y provocar una reacción nada desagradable por parte del trasero mismo. Bastó esta huidiza impresión para hacerme ver la situación de otra manera: si era verdad que el espacio con algo dentro es distinto del espacio vacío porque la materia provoca en él una curvatura o tensión que obliga a todas las líneas en él contenidas a tensarse o curvarse, entonces la línea que cada uno de nosotros seguía era una recta en el único modo en que una recta puede ser recta, es decir deformándose de cuanto la límpida armonía del vacío general está deformada por el estorbo de la materia, o sea retorciéndose en torno a este ñoqui o puerro o excrecencia que es el universo en medio del espacio.

Mi punto de referencia seguía siendo Úrsula H'x y, en efecto, un cierto modo suyo de andar como dando vueltas podía hacer más familiar la idea de que nuestra caída fuese un atornillamiento y desatornillamiento y una especie de espiral que un poco se estrechaba y un poco se alargaba. Pero estas bromas Úrsula H'x las gastaba —bien mirado— ora en un sentido ora en otro, por lo que el dibujo que trazábamos era más complicado. Así pues, había que considerar el universo no como una hinchazón grosera plantada allí como un nabo, sino como una figura angulosa y puntiaguda en la que a cada entrante o saliente o tallado correspondían cavidades y salientes y dentelladas del espacio y de las líneas por nosotros recorridas. Pero ésta todavía era una imagen esquemática, como si nos las tuviéramos que ver con un sólido de paredes lisas, una compenetración de poliedros, un añadido de cristales; en realidad el espacio en que nos movíamos estaba todo almenado y horadado, con agujas y pináculos que se irradiaban desde cualquier parte, con cúpulas y balaustradas y peristilos, con bíforos y triforios y rosetones, y nosotros, mientras nos parecía caer verticalmente, discurríamos por el borde de molduras y frisos invisibles, como hormigas que para atravesar una ciudad siguen itinerarios trazados no en el adoquinado de las calles sino a lo largo de las paredes y los techos y las cornisas y las lámparas. Ahora bien, decir ciudad equivale a tener todavía en la mente figuras en cierto modo regulares, con ángulos rectos y proporciones simétricas, mientras en cambio deberíamos tener siempre presente que el espacio se quiebra alrededor de cada cerezo o de cada hoja de cada rama que se mueve al viento, y en toda dentellada

del borde de cada hoja, y también se modela en cada nervio de cada hoja y en la red de las venas dentro de la hoja y de los flechazos con que las acribillan a cada momento las saetas de la luz, todo estampado en negativo en la pasta del vacío, de modo que no hay nada que no deje en ella su huella, cada huella posible de cada cosa posible, y al mismo tiempo cada transformación de estas huellas instante a instante, de modo que el forúnculo que crece en la nariz de un califa o la burbuja de jabón que se posa en el seno de una lavandera cambian la forma general del espacio en todas sus dimensiones.

Me bastó comprender que el espacio estaba hecho de este modo para darme cuenta de que en él se embolsaban ciertas cavidades mórbidas y acogedoras como hamacas en las que yo me podía encontrar junto a Úrsula H'x y columpiarme junto a ella mordiéndonos el uno al otro en toda la persona. En efecto, las propiedades del espacio eran tales que una paralela tomaba de una parte y una de la otra, yo por ejemplo me precipitaba dentro de una caverna tortuosa mientras Úrsula H'x venía absorbida en una galería que comunicaba con la misma caverna, de modo que volvíamos a encontrarnos rodando juntos en una alfombra de algas en una especie de isla subespacial entrelazándonos en todas las poses y volteretas, hasta que de repente nuestras dos trayectorias reanudaban su camino rectilíneo y proseguía cada una por su cuenta como si tal cosa.

La textura del espacio era porosa y accidentada de grietas y dunas. Prestando atención, podía saber cuándo el recorrido del teniente Fenimore pasaba por el fondo de un cañón estrecho y tortuoso; entonces me situaba en lo alto de un acantilado y en el momento justo me lanzaba sobre él tratando de golpearle con todo mi peso en las vértebras cervicales. El fondo de estos precipicios del vacío era pedregoso como el lecho de un torrente seco, y entre dos puntas de roca que sobresalían el teniente Fenimore desplomándose quedaba con la cabeza encajada y yo ya le hundía una rodilla en el estómago pero él mientras tanto estaba aplastándose las falanges contra las espinas de un cactus —¿o el lomo de un puercoespín?— (espinas en cualquier caso de las que corresponden a ciertas aguzadas contracciones del espacio) para que no pudiera apoderarme de su pistola que le había tirado al suelo. No sé cómo me encontré un instante después con la cabeza hundida en la granulosidad sofocante de los estratos en que el espacio cede desmoronándose como arena; escupí, aturdido y cegado; Fenimore había conseguido recuperar su pistola, una bala me silbó en la oreja, desviada por una proliferación del vacío que se elevaba en forma de hormiguero. Y yo ya estaba encima de él con mis manos en su garganta para estrangularlo, pero las manos me chocaron la una contra la otra con un «¡paff!»; nuestros caminos habían vuelto a ser paralelos y el teniente Fenimore y yo descendíamos manteniendo nuestras acostumbradas distancias y dándonos ostentosamente la espalda como dos que fingen no haberse nunca visto ni conocido.

Aquellas que también podían ser consideradas líneas rectas unidimensionales eran semejantes en efecto a líneas de escritura en cursiva trazadas en una página blanca

que mueve palabras y fragmentos de frase de una línea a la otra con inserciones y notas en la prisa de acabar una exposición llevada a través de aproximaciones sucesivas y siempre insatisfactorias, y así nos perseguíamos, el teniente Fenimore y yo, ocultándonos tras los ojales de las «l», especialmente las «l» de la palabra «paralelas», para disparar y ponernos a cubierto de las balas y fingirnos muertos y esperar a que pase Fenimore para ponerle la zancadilla y arrastrarlo por los pies haciéndole dar con la barbilla contra el fondo de las «v» y de las «u» y de las «m» y de las «n» que escritas en cursiva todas iguales son una saltarina sucesión de agujeros en el adoquinado por ejemplo en la expresión «universo unidimensional» dejándolo tumbado en un punto todo maltrecho por los borrones y de allí levantarme sucio de tinta en grumos y correr hacia Úrsula H'x la cual quiere pasarse de lista metiéndose dentro de los lazos de la «efe» que se afinan hasta que se vuelven filiformes, pero yo la agarro por el pelo y la doblo contra una «d» o una «t» así como las escribo yo ahora deprisa, inclinadas hasta el punto de que uno se puede tumbar encima de ellas, luego nos cavamos un nicho abajo en la «j», en la «j» de «abajo», una madriguera subterránea que a placer se puede adaptar a nuestras dimensiones o hacerla más recogida y casi invisible o bien disponer en un sentido más horizontal para estar bien tumbados. Mientras naturalmente las mismas líneas en vez de sucesiones de letras y de palabras muy bien pueden desenrollarse en su hilo negro y tensarse en líneas rectas continuas que no significan otra cosa más que sí mismas en su continuo discurrir sin encontrarse nunca así como no nos encontramos nunca en su continua caída Úrsula H'x, el teniente Fenimore, yo y todos los demás.

Los años luz

Cuanto más distante está una galaxia, tanto más rápidamente se aleja de nosotros. Una galaxia que se encontrara a diez mil millones de años luz de nosotros tendría una velocidad de fuga igual a la de la luz, 300.000 kilómetros por segundo. Ya las «quasi estrellas» (quásares) descubiertas recientemente se acercarían a este umbral.

Una noche observaba como siempre el cielo con mi telescopio. Noté que de una galaxia a una distancia de cien millones de años luz sobresalía un cartel. En él estaba escrito: TE HE VISTO. Hice rápidamente el cálculo: la luz de la galaxia había empleado cien millones de años en alcanzarme, y como allá arriba veían lo que sucedía aquí con cien millones de años de retraso, el momento en que me habían visto debía de remontarse a doscientos millones de años.

Antes aún de consultar mi agenda para saber qué había hecho ese día, se apoderó de mí un presentimiento estremecedor: precisamente doscientos millones de años antes, me había sucedido algo que siempre había tratado de ocultar. Esperaba que con el tiempo el episodio fuera completamente olvidado, estaba netamente en contradicción —al menos así me parecía— con mi comportamiento habitual de antes y después de tal fecha: de modo que, en el caso de que alguien hubiera intentado remover aquella historia, me sentía capaz de desmentirlo con toda tranquilidad, y no sólo porque le habría sido imposible aportar pruebas, sino también porque un hecho determinado por casos tan excepcionales —aunque efectivamente se hubiera verificado— era tan poco probable como para poder ser considerado de buena fe no verdadero también por mí mismo. Y en cambio, he aquí que desde un lejano cuerpo celeste alguien me había visto y la historia volvía a salir precisamente ahora.

Naturalmente era capaz de explicar todo lo que había sucedido y cómo había podido suceder, y hacer comprensible, si no del todo justificable, mi modo de actuar. Pensé responder enseguida yo también con un cartel, empleando una fórmula defensiva como DEJAD QUE OS LO EXPLIQUE o bien ME GUSTARÍA VEROS A VOSOTROS EN MI LUGAR, pero esto no habría sido suficiente y el discurso requerido habría sido demasiado largo para un escrito sintético que resultase legible a tanta distancia. Y sobre todo debía tener cuidado en no dar pasos en falso, o sea no destacar con una explícita admisión mía, lo que el TE HE VISTO se limitaba a aludir. En suma, antes de

hacer cualquier declaración tendría que haber sabido exactamente qué habían visto desde la galaxia y qué no: y para ello no había más que preguntarlo con un cartel del tipo: PERO ¿LO VISTE TODO O APENAS ALGO? O bien: A VER SI DICES LA VERDAD: ¿QUÉ ESTABA HACIENDO?, luego esperar el tiempo necesario para que allí vieses mi escrito, y el tiempo igualmente largo para que yo viera su respuesta y pudiera proceder a las necesarias rectificaciones. Todo tardaría otros doscientos millones de años, mejor dicho algún millón de años de más, porque las imágenes iban y venían a la velocidad de la luz, las galaxias seguían alejándose entre ellas de modo que ahora aquella constelación ya no estaba donde la veía yo sino un poco más allá, y la imagen de mi cartel debía correr tras ella. En suma, era un sistema lento, que me habría obligado a volver a discutir, después de más de cuatrocientos millones de años desde que habían sucedido, acontecimientos que hubiera querido hacer olvidar en el más breve tiempo posible.

La mejor línea de conducta que se me ofrecía era hacer como si nada, minimizar el alcance de lo que podían haber llegado a saber. Por ello me apresuré a poner bien a la vista un cartel en el que había escrito sencillamente: ¿Y ENTONCES, QUÉ? Si los de la galaxia habían creído ponerme en apuros con su TE HE VISTO, mi calma los desconcertaría, y se convencerían de que no había razón para detenerse en aquel episodio. Si en cambio no tenían a mano muchos elementos contra mí, una expresión indeterminada como ¿Y ENTONCES, QUÉ? serviría de cauto sondeo sobre la importancia que dar a su afirmación TE HE VISTO. La distancia que nos separaba (desde su muelle de cien millones de años luz la galaxia ya habría zarpado hace un millón de siglos adentrándose en la oscuridad) quizá habría hecho menos evidente que mi ¿Y ENTONCES, QUÉ? replicaba a su TE HE VISTO de doscientos millones de años antes, pero no me pareció conveniente incluir en el cartel referencias más explícitas, porque si la memoria de aquel día, pasados tres millones de siglos, se había ido ofuscando, no quería ser precisamente yo el que la refrescara.

En el fondo, la opinión que podían haberse formado de mí en aquella única ocasión no debía preocuparme excesivamente. Los actos de mi vida, los que se habían sucedido desde aquel día en adelante durante años y siglos y milenios, hablaban —al menos en su mayoría— a mi favor; así pues sólo tenía que dejar hablar a los hechos. Si desde aquel lejano cuerpo celeste habían visto lo que hacía un día de doscientos millones de años atrás, también me habrían visto al día siguiente y al otro y al otro y todavía al otro, y se habría modificado poco a poco la opinión negativa que de mí podían haberse formado al juzgar apresuradamente un episodio aislado. Es más, bastaba con pensar en el número de años que ya habían pasado desde el TE HE VISTO para convencerme de que aquella mala impresión ya había quedado borrada hacía tiempo y sustituida por una valoración probablemente positiva, y en cualquier caso más acorde con la realidad. Pero esta certidumbre racional no bastaba para aliviarme: hasta que tuviera la prueba de un cambio de opinión en mi favor, me

quedaría con el disgusto de haber sido sorprendido en una situación embarazosa e identificado con ella, clavado en ella.

Diréis que muy bien podía desentenderme de qué pensaban de mí unos desconocidos habitantes de una constelación aislada. De hecho, lo que me preocupaba no era la opinión circunscrita al ámbito de este o aquel cuerpo celeste sino la sospecha de que las consecuencias de haber sido visto por ellos pudieran no tener límite. Alrededor de aquella galaxia había muchas más, algunas en un radio más corto de cien millones de años luz, con observadores que tenían los ojos bien abiertos: el cartel TE HE VISTO, antes de que yo pudiera avistarlo, seguramente había sido leído por habitantes de otros cuerpos celestes, y lo mismo habría ocurrido más tarde en las constelaciones cada vez más distantes. Aunque nadie pudiera saber con precisión a qué situación específica se refería aquel TE HE VISTO, tal indeterminación no habría jugado en mi favor. Al contrario, dado que la gente está siempre dispuesta a dar crédito a las peores conjeturas, lo que de mí podía haber sido visto en efecto a cien millones de años luz de distancia era en el fondo algo sin importancia comparado con lo que en otro lugar podían imaginar que había sido visto. La mala impresión que podía haber dejado durante aquella momentánea desconsideración de dos millones de siglos atrás venía por tanto agigantada y multiplicada refractándose a través de todas las galaxias del universo, y no me era posible desmentirla sin empeorar la situación, dado que, al no saber a qué extremas calumniosas deducciones podían haber llegado aquellos que no me habían visto directamente, no tenía ni idea de por dónde comenzar ni dónde poner fin a mis desmentidos.

En este estado de ánimo, seguía cada noche mirando a mi alrededor con el telescopio. Y después de dos noches me di cuenta de que también en una galaxia distante cien millones de años y un día luz habían colocado el cartel TE HE VISTO. No cabía duda de que también ellos se referían a aquella vez: lo que yo había siempre intentado ocultar había sido descubierto no sólo por un cuerpo celeste sino también por otro, situado en otra zona del espacio. Y todavía por otros más: en las noches posteriores seguí viendo nuevos carteles con el TE HE VISTO alzarse cada vez más de nuevas constelaciones. Calculando los años luz resultaba que la vez en que me habían visto era siempre la misma. A cada uno de los TE HE VISTO respondía con carteles cargados de desdeñosa indiferencia, como ¿AH, SÍ? ENCANTADO, o bien ME IMPORTA UN BLEDIO, o incluso una jactancia casi provocadora como QUÉ SE LE VA A HACER, o bien CUCÚ, SOY YO, pero siempre manteniendo mis posiciones.

Por mucho que la lógica de los hechos me hiciera mirar el futuro con razonable optimismo, la convergencia de todos aquellos TE HE VISTO en un único punto de mi vida, convergencia seguramente fortuita, debida a particulares condiciones de visibilidad interestelar (una única excepción: un cuerpo celeste en el que, siempre en correspondencia con aquella fecha, apareció un cartel NO SE VE TRES EN UN BURRO), me hacía estar en ascuas.

Era como si en el espacio que contenía todas las galaxias la imagen de lo que había hecho aquel día se proyectase en el interior de una esfera que se dilataba continuamente a la velocidad de la luz: los observadores de los cuerpos celestes que poco a poco se hallaban dentro del radio de la esfera podían ver lo que había sucedido. A su vez cada uno de estos observadores podía estar en el centro de una esfera que también ella se dilataba a la velocidad de la luz proyectando el escrito TE HE VISTO de sus carteles todo alrededor. Al mismo tiempo todos estos cuerpos celestes formaban parte de galaxias que se alejaban la una de la otra en el espacio a velocidad proporcional a la distancia, y cada observador que daba señales de haber recibido un mensaje, antes de poder recibir un segundo ya se había alejado en el espacio a una velocidad cada vez mayor. En un determinado punto las más alejadas galaxias que me habían visto (o que habían visto el cartel TE HE VISTO de una galaxia más cercana a nosotros, o que habían visto el cartel HE VISTO EL TE HE VISTO de una un poco más allá) habrían alcanzado el umbral de los diez mil millones de años luz, pasado el cual se habrían alejado a 300.000 kilómetros por segundo, tan veloces como la luz, y ninguna imagen habría podido alcanzarlas. Por lo tanto se corría el riesgo de que se quedasen con su provisional opinión errónea de mí, que desde ese momento habría sido definitiva, no rectificable, inapelable, y por ello, en cierto sentido, justa, es decir correspondiente a la verdad.

Así pues era indispensable que lo más rápidamente posible el equívoco quedara aclarado. Y para aclararlo, sólo podía esperar una cosa: que, después de aquella vez, hubiera sido visto otras veces, mientras daba de mí una imagen distinta, es decir la que era —no tenía dudas al respecto— la auténtica imagen de mí que había que tener presente. Ocasiones, a lo largo de los últimos doscientos millones de años, no habían faltado, y a mí me habría bastado con una sola, muy clara, para no crear confusión. Así, por ejemplo, recordaba un día durante el cual había sido verdaderamente yo mismo, es decir yo mismo en el modo en que quería que los demás me vieran. Ese día —calculé rápidamente— había sido exactamente cien millones de años atrás. Así pues, de la galaxia distante cien millones de años luz me estaban viendo precisamente ahora en aquella situación tan favorable a mi prestigio, y seguramente su opinión sobre mí estaba cambiando, corrigiendo, es más, desmintiendo aquella primera fugaz impresión. Precisamente ahora, o casi: porque ahora la distancia que nos separaba debía de ser no ya de cien millones de años luz sino al menos de ciento uno; de todos modos, no tenía más que esperar un igual número de años para dar tiempo a la luz de allá a llegar aquí (la fecha exacta en que ocurriría fue rápidamente calculada, teniendo también en cuenta la «constante de Hubble») y me percataría de su reacción.

Quien hubiera logrado verme en el momento x con mayor motivo me habría visto en el momento y , y dado que mi imagen en y era mucho más persuasiva que en la de x —es más, diré: sugerente, hasta el punto de que una vez vista ya no se olvidaba—, era en y donde habría sido recordado, mientras que cuanto de mí había sido visto en x habría sido inmediatamente olvidado, borrado, a lo mejor después de haberlo

fugazmente reclamado a la memoria, a modo de despedida, como para decir: fijaos, a uno que es como en y puede ser que se le vea como en x y creer que sea precisamente como x mientras que está claro que es completamente como y.

Casi me alegraba de la cantidad de TE HE VISTO que aparecían por todas partes, porque era señal de que la atención sobre mí seguía despierta y por lo tanto no se les escaparía mi jornada más luminosa. Ésta habría tenido —o sea, estaba ya teniendo, sin yo saberlo— una resonancia mucho más amplia que aquélla —limitada a un determinado ambiente, y además, debo reconocer, bastante periférico— que yo entonces en mi modestia me había esperado.

Es necesario pues considerar aquellos cuerpos celestes de los que —por descuido o por mala ubicación— no me habían visto a mí sino sólo un cartel TE HE VISTO en las cercanías, y que también habían mostrado sus carteles que decían: PARECE QUE TE HAN VISTO, o bien: DESDE ALLÍ SÍ QUE TE HAN VISTO (expresiones en las que sentía reflejar ora curiosidad ora sarcasmo); también allí había ojos fijos en mí que precisamente por haber perdido una oportunidad no se dejarían escapar una segunda, y habiendo tenido de x sólo una noticia indirecta y coyuntural habrían estado todavía más dispuestos a aceptar y como la única verdadera realidad a mi respecto.

Así el eco del momento ya se habría propagado a través del tiempo y el espacio, habría alcanzado las galaxias más lejanas y más veloces, y éstas se habrían sustraído a toda imagen ulterior corriendo los 300.000 kilómetros por segundo de la luz y llevando de mí aquella imagen ya definitiva, más allá del tiempo y el espacio, convertida en la realidad que contiene en su esfera de radio ilimitado todas las demás esferas de verdades parciales y contradictorias.

Además un centenar de miles de siglos no son una eternidad, pero a mí me parecía que nunca pasarían. Finalmente llega la noche adecuada: hacía rato que había apuntado mi telescopio en dirección a la galaxia de la primera vez. Ajusto el ojo derecho al objetivo con el párpado entrecerrado, levanto poco a poco el párpado, y he aquí la constelación encuadrada perfectamente; hay un cartel plantado allí en medio, no se lee bien, enfoco mejor... Está escrito: TRA-LA-LA-LA. Solamente eso: TRA-LA-LA-LA. En el momento en que había expresado la esencia de mi personalidad, con palmaria evidencia y sin riesgo de equívocos, en el momento en que había dado la clave para interpretar todos los gestos de mi vida pasada y futura y para dar un juicio global y ecuánime, quien tenía no sólo la posibilidad sino también la obligación moral de observar cuanto yo hacía y tomar nota ¿qué había visto? Nada de nada, no se había dado cuenta de nada, no había observado nada de particular. Descubrir que gran parte de mi reputación estaba a merced de un tipo tan poco de fiar me dejó anonadado. La prueba de quien yo fuera, que por las muchas circunstancias favorables que la habían acompañado podía considerar irrepetible, había pasado como si nada, inadvertida, despilfarrada, definitivamente perdida para toda una zona del universo, sólo porque aquel señor se había permitido sus cinco minutos de descuido, de distracción, digamos también de irresponsabilidad, a la bartola como un

necio, a lo mejor con la euforia de quien ha bebido un vaso de más, y en su cartel no había encontrado nada mejor que escribir que unos signos carentes de sentido, quizá el fatuo motivo que estaba silbando, olvidado de sus obligaciones, TRA-LA-LA-LA.

Una sola idea me daba consuelo: que en las demás galaxias no hubieran faltado observadores más diligentes. Nunca como en ese momento me satisfizo tanto el gran número de espectadores que el viejo episodio molesto había tenido y que ahora estarían dispuestos a poner de relieve la novedad de la situación. Volví a ponerme en el telescopio cada noche. Una galaxia en la dirección adecuada se me presentó unas noches más tarde en todo su esplendor. Tenía su cartel. Y en él estaba escrita esta frase: LLEVAS UNA CAMISETA DE LANA.

Con lágrimas en los ojos me devanaba los sesos para hallar una explicación. Quizá en aquel lugar, con el paso de los años, habían perfeccionado talmente los telescopios que se divertían observando los detalles más insignificantes, la camiseta que uno llevaba puesto, si era de lana o de algodón, y todo lo demás no les importaba nada, ni siquiera se fijaban en ello. Y de mi honorable acción, de mi acción —digamos— magnánima y generosa, no habían retenido más elemento que mi camiseta de lana, magnífica camiseta, nada que objetar, quizá en otro momento no me habría molestado que reparasen en ella, pero no entonces, no entonces.

De todos modos, tenía otros muchos testimonios que me esperaban: era natural que sobre su número alguno viniera a faltar: yo no era de esos que pierden la calma por tan poco. De hecho, desde una galaxia un poco más allá, tuve finalmente la prueba de que alguien había visto perfectamente cómo me había comportado y le había dado su justo valor, es decir, entusiasta. En efecto, en su cartel había escrito: ESTE TIPO SÍ QUE ES GRANDE. Había tomado nota con plena satisfacción —una satisfacción, obsérvese bien, que no hacía más que confirmar mi espera, es más, mi certeza de ser reconocido en mis justos méritos—, cuando la expresión ESTE TIPO llamó mi atención. ¿Por qué me llamaban ESTE TIPO, si ya me habían visto, aunque sólo fuera en aquella circunstancia desfavorable, y por tanto no podía no ser bien conocido por ellos? Con alguna maniobra mejoré el enfoque de mi telescopio y descubrí al pie del mismo cartel una línea en caracteres más pequeños: ¿QUIÉN SERÁ? VETE TÚ A SABER. ¿Se puede imaginar una mala suerte peor? Aquellos que tenían en su mano los elementos para comprender verdaderamente quién era yo, ni siquiera me habían reconocido. No habían relacionado este episodio laudable con aquel reprochable suceso de doscientos millones de años antes; por lo tanto el episodio reprochable se me seguía atribuyendo, y eso no, eso seguía siendo una anécdota impersonal, anónima, que no formaba parte de la historia de nadie.

Mi primer impulso fue mostrar un cartel: ¡PERO SI SOY YO! Renuncié: ¿de qué habría servido? Lo habrían visto dentro de más de cien millones de años y con otros trescientos y pico que habían pasado desde el momento x íbamos hacia los quinientos millones de años; para estar seguro de hacerme comprender habría debido especificar,

volver a sacar aquella vieja historia, es decir, justo lo que más quería evitar.

Ya no estaba tan seguro de mí mismo. Me temía que tampoco de las otras galaxias obtendría mayores satisfacciones. Los que me habían visto, me habían visto de modo parcial, fragmentario, distraído, o habían comprendido sólo hasta cierto punto qué sucedía, sin captar lo esencial, sin analizar los elementos de mi personalidad que caso por caso se ponían de relieve.

Un único cartel decía lo que verdaderamente me esperaba: ¿SABES QUE ERES GRANDE? Me apresuré a ojear mi cuaderno para ver qué reacciones había habido en aquella galaxia en el momento x. Por combinación, era precisamente allí donde apareció el cartel NO SE VE TRES EN UN BURRO. Seguro que en aquella zona del universo yo gozaba de la mejor consideración, nada que objetar, habría debido finalmente alegrarme, en cambio no experimentaba ninguna satisfacción. Me di cuenta de que, así como estos admiradores míos no estaban entre los que primero podían haberse hecho de mí una imagen equivocada, de ellos no me importaba absolutamente nada. La prueba de que el momento y desmintiese y cancelase el momento x, ellos no podían dármele, y mi desazón continuaba, agravada por la larga duración y por el no saber si sus causas hubieran o habrían desaparecido.

Naturalmente, para los observadores diseminados por el universo, el momento x y el momento y sólo eran dos entre los innumerables momentos observables, y de hecho cada noche en las constelaciones situadas a las más variadas distancias aparecían carteles que se referían a otros episodios, carteles que decían: SIGUE ASÍ QUE VAS BIEN, SIEMPRE ESTÁS ALLÍ, MIRA LO QUE HACES, YA TE LO HABÍA DICHO. Para cada uno de ellos podía hacer un cálculo, los años luz desde aquí hasta allí, los años luz desde allá hasta acá, y establecer a qué episodio se referían: todos los gestos de mi vida, todas las veces que me había metido un dedo en la nariz, todas las veces que había conseguido saltar del tranvía en marcha, todavía seguían allí viajando de una galaxia a otra y eran tomados en consideración, comentados, juzgados. Comentarios y juicios no siempre eran pertinentes: el escrito TZZ, TZZ correspondía a aquella vez en que había gastado una tercera parte de mi sueldo en una suscripción de beneficencia; el escrito ESTA VEZ ME HAS GUSTADO a cuando olvidé en el tren el manuscrito del tratado que me había costado tantos años de estudios; mi famosa lección en la Universidad de Gotinga había sido comentada con el escrito: CUIDADO CON LAS CORRIENTES DE AIRE.

En cierto modo, podía estar tranquilo: nada de lo que hacía, bien o mal, se perdía por completo. Siempre se salvaba un eco: mejor dicho, varios ecos, que variaban de una punta a otra del universo, en aquella esfera que se dilataba y generaba otras esferas, pero eran noticias discontinuas, desarmónicas, no esenciales, de las cuales no se deducía el nexo entre mis acciones, y una nueva acción no lograba explicar o corregir la otra, de modo que seguían añadidas la una a la otra, con signo positivo o negativo, como en un larguísimo polinomio que no es posible reducir a una expresión

más sencilla.

Llegado a este punto, ¿qué podía hacer? Seguir ocupándome del pasado era inútil; hasta ahora las cosas habían ido como habían ido; debía hacer que las cosas fueran mejor en el porvenir. Lo importante era que, de todo lo que hacía, quedase claro qué era lo esencial, dónde había que poner el acento, qué se debía notar y qué no. Me procuré un enorme cartel con una señal indicadora de dirección, de esos con la mano y el índice hacia arriba. Cuando realizaba una acción sobre la que quería llamar la atención no tenía más que alzar aquel cartel, intentando hacerlo de modo que el índice apuntara al detalle más importante de la escena. Para los momentos en que en cambio prefería pasar inadvertido me hice otro cartel con una mano de la que sobresalía el pulgar en la dirección opuesta a aquella a la que yo me dirigía, para desviar la atención.

Bastaba con que llevara conmigo aquellos carteles allá adonde fuera y alzara el uno o el otro según las ocasiones. Era una operación a largo plazo: los observadores distantes situados a centenares de millares de milenios luz habrían tardado centenares de millares de milenios en percibir lo que yo hacía ahora, y yo habría tardado otros tantos centenares de millares de milenios en leer sus reacciones. Pero esto era un retraso inevitable; desgraciadamente, había otro inconveniente que no había previsto: ¿qué debía hacer cuando me daba cuenta de que había levantado el cartel equivocado?

Por ejemplo, en un determinado momento estaba seguro de que iba a realizar algo que me habría dado dignidad y prestigio; me apresuraba a blandir el cartel con el índice apuntado hacia mí; y precisamente en ese momento me perdía en una fea figura, en una metedura de pata imperdonable, en una manifestación de miseria humana hasta el punto de hundirme bajo tierra de la vergüenza. Pero el juego ya estaba hecho: esa imagen con el cartel indicador apuntando allí navegaba por el espacio, nadie podía ya pararla, devoraba los años luz, se propagaba por las galaxias, provocaba en los millones de siglos venideros comentarios y risas y fruncimientos de nariz, que desde el fondo de los milenios habrían vuelto a mí y me habrían obligado a justificaciones más ridículas, a embarazosas tentativas de rectificación...

En cambio, otro día tenía que hacer frente a una situación desagradable, a uno de esos casos de la vida a través de los cuales uno se ve obligado a pasar sabiendo ya que, vaya como vaya, no hay manera de salir bien. Me escudé con el cartel del pulgar que señalaba hacia la parte contraria, y anduve. Inesperadamente, en aquella situación tan delicada y espinosa di pruebas de una prontitud de espíritu, un equilibrio, una elegancia, una resolución en mis decisiones que nadie —y mucho menos yo— jamás había sospechado en mí: de improviso, saqué una reserva de dotes que presuponían la larga maduración de un carácter; y mientras, el cartel distraía las miradas de los observadores haciéndolas converger en una maceta de peonías allí al lado.

Casos como éstos, que al principio sólo consideraba excepciones y fruto de la inexperiencia, me sucedían cada vez con más frecuencia. Demasiado tarde me di

cuenta de que habría debido indicar lo que no había querido hacer ver, y ocultar lo que había indicado: no había manera de llegar antes que la imagen y avisar de que no había que tener en cuenta el cartel.

Intenté hacerme un tercer cartel con el escrito NO VALE para levantarlo cuando quería desmentir el cartel precedente. Pero en cada galaxia esta imagen habría sido vista sólo después de la que habría debido corregir, y el mal ya estaba hecho y sólo podía añadir una figura ridícula más, para neutralizar la cual el nuevo cartel NO VALE EL NO VALE habría sido igualmente inútil.

Seguía viviendo esperando el momento remoto en que de las galaxias habrían llegado los comentarios a los nuevos episodios cargados para mí de apuros y malestar y yo habría podido contraatacar lanzándoles mis mensajes de respuesta, que ya estudiaba, graduados según los casos. Entretanto, las galaxias con las que estaba más comprometido ya estaban rodando a través de los umbrales de los miles de millones de años luz, a tales velocidades que, para alcanzarlas, mis mensajes habrían debido pasar a través del espacio agarrándose a su aceleración de fuga: y una a una habrían desaparecido del último horizonte de los diez mil millones de años luz más allá de los cuales ningún objeto visible puede ser visto, y se llevarían consigo un juicio irrevocable.

Y pensando en este juicio suyo que jamás habría podido cambiar, de repente tuve como una sensación de alivio, como si una pacificación pudiese venirme sólo del momento en que a aquel arbitrario registro de malentendidos ya no hubiera nada que añadir ni quitar, y las galaxias que poco a poco se reducían a la última cola del rayo luminoso sacado fuera de la esfera de la oscuridad me parecía que se llevasen con ellas la única verdad posible sobre mí mismo, y no veía la hora de que una a una todas siguieran ese camino.

La espiral

Para la mayoría de los moluscos, la forma orgánica visible no tiene mucha importancia en la vida de los miembros de una especie, dado que no pueden verse el uno al otro o sólo tienen una vaga percepción de los demás individuos y del ambiente. Ello no excluye que estrías de colores vivos y formas que parecen bellísimas a nuestra mirada (como en muchas caracolas de gasterópodos) existan independientemente de cualquier relación con la visibilidad.

I

¿Queréis decir como yo cuando estaba pegado a aquel escollo? —preguntó Qfwfq—, ¿con las olas que subían y bajaban, y yo quieto, aplastado, chupando aquello que había que chupar pensando en ello todo el tiempo? Si es de entonces de lo que queréis saber, poco puedo deciros. Forma no tenía, es decir, no sabía que tenía una, o sea no sabía que se pudiera tener una. Crecí un poco por todos lados, como quien no quiere la cosa; si esto es lo que llamáis simetría irradiada, quiere decir que tenía la simetría irradiada, pero la verdad es que nunca le presté atención. ¿Por qué habría debido crecer más por una parte que por otra? No tenía ni ojos ni cabeza ni ninguna parte del cuerpo que fuera diferente de ninguna otra parte; ahora quieren convencerme de que de los dos agujeros que tenía uno era la boca y el otro el ano, y que por lo tanto ya entonces tenía mi simetría bilateral ni más ni menos que como los trilobites y todos vosotros, pero en mi recuerdo estos agujeros no los distinguía, hacían pasar cosas por donde me daba la gana, hacia dentro o hacia fuera daba lo mismo, las diferencias y los melindres vinieron mucho tiempo después. De vez en cuando se apoderaban de mí fantasías, eso sí; por ejemplo, rascarme bajo las axilas, o cruzar las piernas, incluso una vez dejarme crecer los bigotes en forma de cepillo. Uso estas palabras con vosotros para explicarme: entonces no podía prever muchos detalles: tenía células, más o menos iguales la una a la otra, y que siempre hacían el mismo trabajo, en un tira y afloja. Pero dado que no tenía forma sentía dentro de mí todas las formas posibles, y todos los gestos y las muecas y las posibilidades de hacer ruidos incluso inconvenientes; en suma, no tenía límites a mis pensamientos, que además no eran pensamientos porque no tenía un cerebro con que pensarlos y cada célula pensaba por su cuenta todo lo pensable todo de una vez, no a través de

imágenes, ya que no las teníamos a disposición de ningún modo, sino sencillamente de esa manera indeterminada de sentirse allí que no excluía ningún modo de sentirse allí de otro modo.

La mía de entonces era una condición rica y libre y satisfecha, todo lo contrario de lo que podáis creer. Era soltero (el sistema de reproducción de entonces no requería acoplamientos siquiera temporales), sano, sin demasiadas pretensiones. Cuando uno es joven tiene ante sí la evolución entera con todas sus vías abiertas, y al mismo tiempo puede disfrutar del hecho de estar allí en el escollo, pulpa de molusco aplastada y húmeda y feliz. Si se compara con las limitaciones que vinieron después, si se piensa en lo que el tener una forma hace excluir de otras formas, en la rutina sin imprevistos en que en un determinado punto se acaba por sentirse embotellado, pues bien, puedo decir que la de entonces era una buena vida.

Claro, vivía algo concentrado en mí mismo, eso es cierto, no hay comparación con la vida de relación que se lleva ahora; y también reconozco haber sido —un poco por la edad, un poco por influencia del ambiente— lo que se dice ligeramente narcisista; estaba allí observándome todo el tiempo, veía en mí todas las virtudes y todos los defectos, y me gustaba, ya sea en las unas ya sea en los otros; puntos de comparación no tenía, también hay que tener en cuenta eso.

Pero no estaba tan atrasado como para no saber que además de mí existían otras cosas: el escollo encima del cual me había pegado, por supuesto, y también el agua que me alcanzaba en cada ola, sino también otras cosas más allá, es decir el mundo. El agua era un medio de información fiable y preciso: me traía sustancias comestibles que yo sorbía a través de toda mi superficie, y otras incomibles pero por las cuales me hacía una idea de lo que había por ahí. El sistema era el siguiente: llegaba una ola, y yo, pegado al escollo, me alzaba un poquito, pero una cosa imperceptible, me bastaba con moderar un poco la presión, plaff, el agua me pasaba por debajo llena de sustancias y sensaciones y estímulos. No sabías nunca qué provocaban estos estímulos, a veces unas cosquillas que te morías de risa, a veces un escalofrío, una quemazón, un picor, de modo que era una continua alternancia de diversión y de emociones. Pero no creáis que yo estuviera allí pasivo, aceptando con la boca abierta todo lo que venía: después de un tiempo ya tenía experiencia y era rápido en analizar qué tipo de cosas me estaban llegando y decidiendo cómo debía comportarme para aprovecharlas de la mejor manera o para evitar las consecuencias más desagradables. Todo consistía en jugar con contracciones con cada una de las células que tenía o en relajarme en el momento justo: y podía elegir, rechazar, atraer y hasta escupir.

Así supe que existían *los otros*, el elemento que me circundaba rezumaba de sus huellas, *otros* hostilmente distintos de mí o bien fastidiosamente semejantes. No, ahora os estoy dando de mí una idea de un carácter antipático y no es verdad; claro, cada uno seguía ocupándose de sus cosas, pero la presencia de los *otros* me daba seguridad, describía a mi alrededor un espacio habitado, me liberaba de la sospecha de constituir una excepción alarmante, por el hecho de que a mí sólo me tocara

existir, como en un exilio.

Y estaban *las otras*. El agua transmitía una vibración especial, algo así como un frin frin frin, recuerdo cuando reparé en ellas la primera vez, o sea: no la primera, recuerdo cuando reparé en que me daba cuenta de ellas como de algo que siempre había sabido. Al descubrir su existencia, se apoderó de mí una gran curiosidad, no tanto por verlas, y ni siquiera por hacerme ver por ellas —dado que, primero, no teníamos vista y, segundo, los sexos todavía no estaban diferenciados, cada individuo era idéntico a otro individuo y mirando a otro o a otra habría sentido el mismo gusto que al mirarme a mí mismo—, sino curiosidad por saber si entre ellas y yo habría sucedido algo. Una desazón se apoderó de mí, no para hacer nada de especial, que no habría sido el caso, sabiendo que no había nada especial que hacer, y ni siquiera nada especial, sino de alguna manera para responder a aquella vibración con una vibración correspondiente, o mejor dicho: una vibración mía personal, porque ahí sí que resultaba algo que no era exactamente lo mismo que la otra, es decir, ahora podéis decir algo sobre las hormonas pero para mí era muy hermoso.

Resumiendo, he aquí que una de ellas, sflif sflif sflif, ponía sus huevos, y yo sfluff sfluff sfluff, los fecundaba: todo en el fondo del mar, mezclado, en el agua tibia bajo el sol, no os he dicho que el sol yo lo sentía, entibiaba el mar y calentaba la roca.

He dicho una de ellas. Porque, entre todos los mensajes femeninos que el mar me lanzaba, al principio como una sopa indiferenciada en la que para mí todo era bueno y en medio de la cual me regodeaba sin fijarme en cómo era la una o la otra, he aquí que en un determinado punto había comprendido qué respondía mejor a mis gustos, gustos que, bien entendido, no conocía antes de ese momento. Resumiendo, me había enamorado. Vale decir: había comenzado a reconocer, a aislar, las señales de una de las otras, es más, esperaba estas señales que había empezado a reconocer, las buscaba, es más, respondía a estas señales que esperaba con otras señales que hacía yo, es más, era yo quien provocaba estas señales de ella a las cuales yo respondía con otras señales mías, vale decir: yo estaba enamorado de ella y ella de mí, ¿qué más se podía desear de la vida?

Ahora las costumbres han cambiado y a vosotros ya os parece inconcebible que uno pudiera enamorarse así de una cualquiera, sin conocerla. Y sin embargo, a través de ese tanto suyo inconfundible que quedaba en solución en el agua marina y que las olas ponían a mi disposición, recibía una cantidad de informaciones sobre ella que no os podéis imaginar: no las informaciones superficiales y genéricas que ahora se reciben al ver y al oler y al tocar y al escuchar la voz, sino informaciones de lo esencial, con las cuales podía trabajar con mi imaginación durante mucho tiempo. La podía imaginar con una precisión minuciosa, y no sólo imaginar cómo estaba hecha, que habría sido un modo banal y grosero de imaginarla, sino imaginar cómo algo sin forma como era se habría transformado si hubiera adquirido una de las infinitas formas posibles, pero permaneciendo siempre ella. O sea, no es que me imaginara las formas que ella habría podido adoptar sino que me imaginaba la particular cualidad

que ella, al adoptarlas, habría dado a esas formas.

Resumiendo, la conocía bien. Y no estaba seguro de ella. De vez en cuando me asaltaban sospechas, ansias, desasosiegos. No dejaba ver nada, ya conocéis mi carácter, pero debajo de esa máscara de impasibilidad pasaban suposiciones que ni siquiera ahora puedo confesar. Más de una vez sospeché que ella me traicionaba, que dirigía mensajes no sólo a mí sino también a otros, más de una vez creí haber interceptado uno, o haber descubierto en uno dirigido a mí tonos no sinceros. Estaba celoso, ahora puedo decirlo, celoso no tanto por desconfianza hacia ella sino porque estaba inseguro de mí mismo: ¿quién me garantizaba que ella hubiera comprendido bien quién era yo?, es más: ¿que hubiera comprendido que yo era? Esta relación que se establecía entre nosotros mediante el agua marina —una relación plena, completa, ¿qué más podía pretender?— era para mí absolutamente personal, entre dos individualidades únicas y diferentes; pero ¿para ella?, ¿quién me garantizaba que lo que ella podía encontrar en mí no lo encontrase también en otro, o en otros dos o tres o diez o cien como yo?, ¿quién me aseguraba que el abandono con el que ella participaba en la relación conmigo no fuera un abandono indiscriminado, a la buena de dios, un jolgorio —hagan juego— colectivo?

Que estas sospechas no correspondieran a la verdad, me lo confirmaba la liberación sumisa, privada, por momentos incluso temblorosa de pudor que tenían nuestras correspondencias; pero ¿y si precisamente por timidez e inexperiencia ella no prestara bastante atención a mis características y otros se aprovecharan para entremeterse?, ¿y ella, novata, creyera que siempre era yo, no distinguiera a uno de otro, y así nuestros juegos más íntimos se extendieran a un entorno de desconocidos...?

Fue entonces cuando me puse a segregar material calcáreo. Quería hacer algo que señalara mi presencia de modo inequívoco, que defendiera esa presencia individual mía de la labilidad indiferenciada de todo lo demás. Ahora es inútil que intente explicar acumulando palabras la novedad de esa intención mía, ya con la primera palabra que dije basta y sobra: *hacer*, quería *hacer*, y considerando que nunca había hecho nada ni pensado que se pudiera hacer nada, esto ya era un gran acontecimiento. Así comencé a hacer lo primero que se me ocurrió, y era una caracola. Del margen de aquel manto carnosos que tenía en el cuerpo, mediante ciertas glándulas, comencé a expulsar secreciones que tomaban una curvatura que daba vueltas, hasta cubrirme con un escudo duro y abigarrado, escabroso por fuera y liso y brillante por dentro. Naturalmente, yo no podía controlar qué forma tenía lo que estaba haciendo: estaba siempre acurrucado sobre mí mismo, callado y torpe, y segregaba. Continué incluso después de que la caracola me hubiera recubierto todo el cuerpo, y así comencé otra vuelta; resumiendo, me salía una caracola de ésas toda retorcida en espiral, que vosotros al verlas creéis que son muy difíciles de hacer; en cambio basta con insistir y segregar poquito a poco siempre el mismo material sin interrupción y así crece una vuelta tras otra.

Desde el momento en que fue, esta caracola fue también un lugar necesario e indispensable para estar dentro de ella, una defensa para mi supervivencia que ¡ay si no me la hubiera hecho!, pero mientras la hacía no se me ocurría hacerla porque me sirviera, sino, al contrario, como a uno se le ocurre lanzar una exclamación que muy bien pudiera no lanzar y sin embargo la lanza, como uno que dice «¡Bah!» o bien «¡Uff!», así hacía yo la caracola, es decir, sólo para expresarme. Y en este expresarme ponía todos los pensamientos que tenía por ella, el desahogo de la rabia que me daba, el modo amoroso de pensar en ella, la voluntad de ser para ella, de ser yo que fuera yo, y para ella que fuese ella, y el amor por mí mismo que ponía en el amor por ella, todas las cosas que sólo se podían decir en aquel caparazón de caracola atornillado en espiral.

A intervalos regulares la materia calcárea que segregaba se coloreaba, así se formaban muchas bellas rayas que continuaban derechas a través de las espirales, y esa caracola era algo distinto a mí, pero también la parte más auténtica de mí, la explicación de quién era yo, mi retrato traducido a un sistema rítmico de volúmenes y rayas y colores y materia dura, y también era el retrato de ella traducido a ese sistema, pero a su vez el verdadero e idéntico retrato de ella tal como era, porque al mismo tiempo ella estaba fabricándose una caracola idéntica a la mía y yo sin saberlo estaba copiando lo que ella hacía y ella sin saberlo estaba copiando lo que hacía yo, y todos los demás estaban copiando a todos los demás y construyéndose caracolas todas iguales, de manera que nos habríamos quedado en el punto de partida si no fuera por el hecho de que en estas caracolas es muy fácil decir iguales; luego si vas a mirar se descubren muchas pequeñas diferencias que más tarde podrían ser grandísimas.

Así pues, puedo decir que mi caracola se hacía a sí misma, sin que yo prestara una particular atención a que saliera de una manera más que de otra, pero esto no quiere decir que entretanto yo estuviera distraído, con la mente libre; en cambio, me dedicaba a ese acto de segregar, sin distraerme un segundo, sin pensar nunca en otra cosa, o sea: pensando siempre en otra cosa dado que no sabía pensar la caracola, como por lo demás no sabía pensar en ninguna otra cosa, pero acompañando el esfuerzo de hacer la caracola al esfuerzo de pensar hacer alguna cosa, o sea cualquier cosa, o sea todas las cosas que se habrían podido hacer. De modo que no era ni siquiera un trabajo monótono, porque cada esfuerzo de pensamiento que lo acompañaba se ramificaba hacia innumerables tipos de pensamientos, cada uno de los cuales se ramificaba hacia innumerables tipos de acciones que podían servir para que cada uno hiciera innumerables cosas, y el hacer cada una de estas cosas estaba implícito en hacer crecer la caracola vuelta tras vuelta...

II

(Hasta el punto de que ahora, quinientos millones de años más tarde, miro a mi alrededor y por encima del escollo veo el terraplén ferroviario y el tren que pasa por encima con una comitiva de muchachas holandesas asomadas a las ventanillas y en el último compartimento a un viajero solo que lee a Heródoto en una edición bilingüe, y desaparece en el túnel por encima del cual corre la carretera con el cartelón «Vuele con Egypt-air» que representa las pirámides, y una furgoneta de helados intenta adelantar a un camión cargado de ejemplares de los fascículos «Rh-Stijl» de una enciclopedia en fascículos pero después frena y vuelve a la cola porque la visibilidad se ve entorpecida por una nube de abejas que cruza la carretera procedente de una fila de colmenas situadas en un campo del que ciertamente una abeja reina está volando llevándose tras ella todo un enjambre en sentido contrario al humo del tren, que vuelve a salir por la otra punta del túnel, de modo que ya no se ve nada por culpa de este estrato nuboso de abejas y humo de carbón, salvo unos metros más arriba un campesino que rompe la tierra a golpes de azadón y sin darse cuenta saca a la luz y vuelve a enterrar un fragmento de azadón neolítico semejante al suyo, en un huerto que rodea un observatorio astronómico con sus telescopios apuntados al cielo y en cuyo umbral la hija del guardián está sentada leyendo los horóscopos de un semanario que en su cubierta lleva el rostro de la protagonista de la película Cleopatra; veo todo esto y no me maravilla porque hacer la caracola implicaba también hacer la miel en el panal de cera y el carbón y los telescopios y el reinado de Cleopatra y la película sobre Cleopatra y las pirámides y el dibujo del zodíaco de los astrólogos caldeos y las guerras y los imperios de que habla Heródoto y las palabras escritas por Heródoto y las obras escritas en todas las lenguas incluidas las de Spinoza en holandés y el resumen en catorce líneas de la vida y las obras de Spinoza en el fascículo «Rh-Stijl» de la enciclopedia en el camión adelantado por la furgoneta de los helados y así al hacer la caracola me parece haber hecho también todo lo demás.

Miro a mi alrededor y ¿a quién busco? Siempre es a ella a la que busco enamorado desde hace quinientos millones de años y en la playa veo a una bañista holandesa a la que un socorrista con su cadenita de oro muestra para asustarla el enjambre de abejas en el cielo, y la reconozco, es ella, la reconozco por su modo inconfundible de alzar el hombro hasta casi tocarse una mejilla, estoy casi seguro, es más, diría absolutamente seguro si no fuera por una cierta semejanza que veo también en la hija del guardián del observatorio astronómico, y en la fotografía de la actriz maquillada de Cleopatra, o quizá en Cleopatra tal como realmente era en persona, por ese tanto de la Cleopatra verdadera que sobrevive en cada representación de Cleopatra, o en la abeja reina que vuela a la cabeza del enjambre con el ímpetu inflexible con el que avanza, o en la mujer de papel recortada y pegada en el parabrisas de plástico de la furgoneta de los helados, en un traje de baño igual al de la bañista de la playa que ahora escucha en una radio una voz de mujer que canta, la misma voz que oye en su radio el camionero de la enciclopedia, y también

la misma que estoy seguro de haber escuchado durante quinientos millones de años, ciertamente es ella a la que oigo cantar y de la que busco una imagen en torno y no veo otra cosa que gaviotas planear sobre la superficie del mar donde aflora el centelleo de un banco de anchoas y por un momento estoy convencido de haberla reconocido en una gaviota hembra y un momento después tengo la duda de que en cambio sea una anchoa, pero podría ser igualmente una reina cualquiera o una esclava nombrada por Heródoto o solamente sobreentendida en las páginas del volumen dejado para guardar el sitio del lector salido al pasillo del tren para pegar la hebra con las turistas holandesas, o una cualquiera de las turistas holandesas, de cada una de ellas puedo considerarme enamorado y al mismo tiempo seguro de estar enamorado siempre y sólo de ella.

Y cuanto más me estremezco de amor por cada una de ellas, menos me atrevo a decirles: «¡Soy yo!» temiendo equivocarme y todavía más temiendo que sea ella la que se equivoque y me tome por algún otro, por alguien que por lo que ella sabe de mí también podría ser confundido conmigo, por ejemplo el socorrista con su cadenita de oro, o el director del observatorio astronómico, o una gaviota, o una anchoa macho, o el lector de Heródoto, o Heródoto en persona, o el heladero motorizado que ahora ha bajado a la playa por un sendero polvoriento en medio de las chumberas y está rodeado por las turistas holandesas en traje de baño, o Spinoza, o el camionero que lleva en su cargamento la vida y la obra de Spinoza resumidas y repetidas dos mil veces o uno de los zánganos que agonizan en el fondo de la colmena después de haber cumplido con su acto de continuidad de la especie).

III

Esto no quita que la caracola fuera sobre todo caracola, con su forma particular, que no podía ser diferente porque era precisamente la forma que yo le había dado, es decir la única que yo sabía y quería darle. Al tener la caracola una forma, también la forma del mundo había cambiado, en el sentido de que ahora comprendía la forma del mundo como era sin la caracola más la forma de la caracola.

Y eso tenía grandes consecuencias: porque las vibraciones ondulatorias de la luz, al golpear los cuerpos, producen particulares efectos, sobre todo el color, es decir, lo que yo usaba para hacer las rayas y que vibraba de manera distinta en el resto, pero además también el hecho de que un volumen entra en una especial relación de volúmenes con los otros volúmenes, todos ellos fenómenos de los que yo no podía ser consciente y sin embargo ahí estaban.

Así, la caracola era capaz de producir imágenes visuales de caracolas, que son cosas muy semejantes —por lo que se sabe— a la caracola misma, sólo que mientras la caracola está aquí, ellas se forman en otra parte, posiblemente en una retina. Así pues, una imagen suponía una retina, la cual a su vez presupone un sistema

complicado que comienza en un encéfalo. Es decir, al producir yo la caracola también producía su imagen —es más, no una sino muchísimas, porque con una caracola sola se pueden hacer cuantas imágenes de caracola se quiera—, pero sólo imágenes potenciales, porque para formar una imagen hay que tener todo lo necesario, como dije antes: un encéfalo con sus correspondientes ganglios ópticos, y un nervio óptico que lleve las vibraciones de afuera hasta allá dentro, nervio óptico cuya otra extremidad termina en algo hecho aposta para ver qué hay fuera, que sería el ojo. Ahora bien, es ridículo pensar que alguien que tenga un encéfalo extienda un nervio como si fuera un sedal lanzado en la oscuridad y hasta que no le despunten los ojos no pueda saber si fuera hay algo que ver o no. De este material yo no tenía nada, por lo tanto era el menos autorizado para hablar; pero me había hecho una cierta idea, es decir que lo importante era constituir imágenes visuales, y luego los ojos vendrían por añadidura. Así pues, me concentraba en hacer que todo lo que estaba fuera de mí (y también lo que de mí en el interior condicionaba lo exterior) pudiera dar lugar a una imagen, es más, a aquella que a continuación se podría definir como una bella imagen (comparándola con otras imágenes definidas como menos bellas, feúchas, o feas hasta más no poder).

Un cuerpo que puede emitir o reflejar vibraciones luminosas en un orden distinto y reconocible —pensaba yo—, ¿qué hace con estas vibraciones?, ¿se las echa al bolsillo? No, se las echa encima al primero que pase por allí cerca. Y ¿cómo se comportará éste ante vibraciones que no puede utilizar y que tomadas así a lo mejor son algo molestas? ¿Esconderá la cabeza en un hoyo? No, la levantará en esa dirección hasta que el punto más expuesto a las vibraciones ópticas se sensibilice y desarrolle el dispositivo para utilizarlas en forma de imágenes. En suma, la conexión ojo-encéfalo yo la imaginaba como un túnel excavado desde fuera, por la fuerza de lo que estaba listo para convertirse en imagen, más que desde dentro, o sea, por la intención de captar una imagen cualquiera.

Y no me equivocaba: todavía hoy estoy seguro de que el proyecto —en sus grandes líneas— era correcto. Pero mi error estaba en pensar que la vista habría llegado a nosotros, es decir a ella y a mí. Elaboraba una imagen de mí armoniosa y colorida para poder entrar en la receptividad visual de ella, ocupar su centro, establecerme en él, para que ella pudiera disfrutar de mí continuamente, en el sueño o en el recuerdo y con la idea además de con la vista. Y sentía que al mismo tiempo ella irradiaba una imagen de sí tan perfecta que se habría impuesto a mis sentidos brumosos y lentos, desarrollando en mí un campo visual interior donde definitivamente habría fulgurado.

Así, nuestros esfuerzos nos llevaban a ser esos perfectos objetos de un sentido que todavía no se sabía bien qué fuera y que luego fue perfecto precisamente en función de la percepción de su objeto, que éramos precisamente nosotros. Hablo de la vista, hablo de los ojos; sólo no había previsto una cosa: los ojos que finalmente se abrieron para vernos no eran nuestros sino de otros.

Seres informes, incoloros, sacos de vísceras metidas de cualquier manera poblaban el ambiente en derredor, sin pensar mínimamente en qué hacer de sí mismos, en cómo expresarse y representarse en una forma estable y completa y capaz de enriquecer las posibilidades visuales de cualquiera que la viera. Van, vienen, se hunden un poco, emergen un poco, en ese espacio entre aire y agua y escollo, dan vueltas distraídos; y mientras tanto nosotros, ella y yo y todos los que estábamos dedicados a expresar una forma de nosotros mismos, seguimos afanados en nuestro oscuro trabajo. Gracias a nosotros, ese espacio mal diferenciado se convierte en un campo visual: ¿y quién lo aprovecha? Estos intrusos, estos que antes nunca habían pensado en la posibilidad de la vista (porque, feos como eran, al verse entre ellos no habrían ganado nada), los que habían sido los más sordos a la vocación de la forma. Mientras nosotros estábamos doblados realizando el grueso del trabajo, es decir haciendo que hubiera algo que ver, ellos a la chita callando se quedaban con la parte más cómoda: adaptar sus perezosos, embrionarios órganos receptivos a lo que había que recibir, es decir nuestras imágenes. Y que no se me diga que el suyo también fue un trabajo laborioso. De aquella papilla mucilaginosa de que estaban llenas sus cabezas todo podía salir, y no se necesita mucho para tener un dispositivo fotosensible. Pero perfeccionarlo, ¡ahí os quiero ver! ¿Cómo hacer, si no tienes objetos visibles que ver, es más, vistosos, es más, capaces de imponerse a la vista? Resumiendo, se hicieron los ojos a costa nuestra.

Así la vista, *nuestra* vista, que nosotros oscuramente esperábamos, fue la vista que los demás recibieron de nosotros. De una manera u otra, la gran revolución se había producido: de repente a nuestro alrededor se abrieron ojos y córneas e iris y pupilas: ojos hinchados y descoloridos de pulpos y sepias, ojos atónitos y gelatinosos de doradas y salmonetes, ojos salientes y pedunculados de gambas y langostas, ojos hinchados y tallados de moscas y hormigas. Una foca avanza negra y brillante guiñando sus ojos pequeños como cabezas de alfiler. Un caracol expone ojos en forma de pelota en la punta de largas antenas. Los ojos inexpresivos de una gaviota exploran la superficie del agua. Más allá de una máscara de vidrio los ojos fruncidos de un pescador submarino exploran el fondo. Tras unos lentes de catalejo los ojos de un capitán de alta mar y tras unas gafas negras los ojos de una bañista convergen sus miradas en mi caracola, luego las entrelazan entre sí olvidándome. Enmarcados por lentes de présbita siento sobre mí los ojos présbitas de un zoólogo que intenta encuadrarme en el ojo de una Rolleiflex. En ese momento un banco de diminutas anchoas recién nacidas me pasa por delante, tan pequeñas que en cada pececillo blanco parece que sólo hubiera sitio para el puntito negro del ojo, y es una nubecilla de ojos que cruza el mar.

Todos esos ojos eran los míos. Yo los había hecho posibles, yo había desempeñado la parte activa, yo les proporcionaba la materia prima, la imagen. Con los ojos había venido todo lo demás, por lo tanto todo lo que los otros, al tener ojos, habían llegado a ser, en cada una de sus formas y sus funciones, y la cantidad de

cosas que al tener ojos habían conseguido hacer, en cada una de sus formas y funciones, surgía de aquella que yo había hecho. No por nada estaban implícitas en mi estar allí, en mi tener relaciones con los otros y con las otras etcétera, en mi ponerme a hacer la caracola etcétera. Resumiendo, lo había previsto todo.

Y en el fondo de cada uno de aquellos ojos habitaba yo, o sea habitaba otro yo, una de las imágenes de mí, y se encontraba con la imagen de ella, la más fiel imagen de ella, en el ultramundo que se abre al atravesar la esfera semilíquida de los iris, la oscuridad de las pupilas, el palacio de espejos de las retinas, en nuestro auténtico elemento que se extiende sin orillas ni confines.

Tiempo cero

PRIMERA PARTE

Otros Qfwfq

La blanda Luna

Según los cálculos de H. Gerstenkorn, desarrollados por H. Alfven, los continentes terrestres no serían más que fragmentos de la Luna caídos en nuestro planeta. En su origen la Luna también habría sido un planeta que gravitaba alrededor del Sol hasta el momento en que la proximidad de la Tierra la hizo desviarse de su órbita. Capturada por la fuerza de gravedad terrestre, la Luna se acercó cada vez más, estrechando su órbita alrededor de nosotros. En un determinado momento la recíproca atracción empezó a deformar la superficie de los dos cuerpos celestes, alzando olas altísimas de las que se separaban fragmentos que giraban en el espacio entre la Tierra y la Luna, sobre todo fragmentos de materia lunar que acababan cayendo en la Tierra. Más tarde, por la influencia de nuestras mareas, la Luna se vio obligada a alejarse aún más, hasta alcanzar su órbita actual. Pero una parte de la masa lunar, quizá la mitad, se quedó en la Tierra, formando los continentes.

Se acercaba —recordó Qfwfq—, me di cuenta cuando volvía a casa, al levantar la mirada entre las paredes de vidrio y acero, y la vi, ya no como una luz como tantas brillando en la noche: las que se encienden en la Tierra cuando a una determinada hora en la central bajan una palanca, y las del cielo, más lejanas pero no diferentes, o que en cualquier caso no desentonan con el estilo de todo lo demás —hablo en presente, pero me refiero siempre a aquellos tiempos remotos—, la vi que se separaba de todas las demás luces celestes y de la calle, y adquiría relieve en el mapa cóncavo de la oscuridad ocupando no ya un punto, a lo mejor incluso grueso, del tipo Marte y Venus, como un agujero del que la luz se irradia, sino una verdadera y auténtica porción de espacio, y tomaba forma, una forma no bien definible porque los ojos todavía no estaban acostumbrados a definirla sino también porque sus contornos no eran lo bastante precisos para delimitar una figura regular. Resumiendo, vi que se convertía en una cosa.

Y me impresionó. Porque era una cosa que aunque no se comprendiera de qué estaba hecha, o quizá precisamente porque no se comprendía, parecía distinta a todas las cosas de nuestra vida, nuestras buenas cosas de plástico, de nailon, de acero cromado, de barniz, de resinas sintéticas, de plexiglás, de aluminio, de polivinilo, de formica, de zinc, de asfalto, de amianto, de cemento, las viejas cosas entre las que habíamos nacido y crecido. Era algo incompatible, extraño. La veía acercarse como si estuviera a punto de enfilear los rascacielos de Madison Avenue (hablo de la de entonces, no comparable con la Madison Avenue de ahora), en aquel corredor de cielo nocturno aureolado de luz más allá de la línea segmentada de las cornisas; y

dilatarse imponiendo en este paisaje familiar nuestro no sólo su luz de un color inconveniente, sino su volumen, su peso, su incongruente sustancia. Y entonces, por toda la faz de la Tierra —superficies de chapa, estructuras de hierro, suelos de goma, cúpulas de cristal—, por todo lo que de nosotros estaba expuesto hacia el exterior, sentí pasar un escalofrío.

Tan rápido como me lo permitía el tráfico, entré en el túnel, conduje hacia el Observatorio. Sibyl estaba allí, con el ojo pegado al telescopio. Habitualmente no quería que fuera a verla en su horario de trabajo, y en cuanto me veía ponía un gesto contrariado; esa noche no, ni siquiera alzó la cara, estaba claro que se esperaba mi visita. «¿Has visto?» habría sido una pregunta estúpida, pero tuve que morderme la lengua para no hacerla, de tan impaciente como estaba por saber qué pensaba.

—Sí, el planeta Luna se ha acercado todavía más —dijo Sibyl antes de que yo hubiera preguntado nada—, es un fenómeno previsto.

Me sentí algo aliviado.

—¿También está previsto que vuelva a alejarse? —pregunté.

Sibyl seguía entrecerrando un párpado y escudriñando en el telescopio.

—No —dijo—, ya no se alejará.

No comprendía.

—¿Quieres decir que Tierra y Luna se han convertido en planetas gemelos?

—Quiero decir que Luna ya no es un planeta y que la Tierra tiene una Luna.

Sibyl tenía una manera de plantear las cuestiones que siempre conseguía irritarme.

—Pero ¿qué modo de razonar es éste? —protesté—. Todo planeta es planeta como los demás, ¿no?

—¿Y tú llamarías planeta a esto? Quiero decir: ¿un planeta como es planeta la Tierra? ¡Mira! —y Sibyl se separó del telescopio indicándome que me acercara—. Luna nunca habría conseguido ser un planeta como el nuestro.

Yo no escuchaba su explicación: la Luna, aumentada por el telescopio, se me aparecía en todos sus detalles, o sea se me aparecían muchos detalles a la vez, tan mezclados que cuanto más la observaba menos seguro estaba de cómo estaba hecha, y sólo podía testimoniar el efecto que esa vista provocaba en mí, un efecto de fascinado malestar. En primer lugar podría referirme a las venas verdes que la recorrían, más densas en ciertas zonas, como una retícula, pero esto, en verdad, era el detalle más insignificante, menos vistoso, porque las que eran, digamos, sus propiedades generales escapaban a la vista, quizá por el brillo un poco viscoso que trasudaba de una miríada de poros, se diría, u opérculos, y también en ciertos puntos por amplias tumefacciones de la superficie, como bubones o ventosas. Vuelvo a fijarme en los detalles, método de descripción más sugestivo en apariencia, pero en realidad de eficacia limitada, porque sólo considerándolos en su conjunto —como sería la hinchazón de la pulpa sublunar que extendía sus pálidos tejidos externos, pero también los hacía replegarse sobre sí mismos, en ansas o entrantes con aspecto de

cicatrices (de modo que esta Luna también podía estar compuesta de trozos apretados juntos y mal pegados)—, es, digo, en su conjunto, como enfermo de vísceras, como hay que considerar cada uno de los detalles: por ejemplo un bosque denso como de pelo negro que sobresalía de un desgarrón.

—¿Te parece justo que siga girando alrededor del Sol como nosotros, igual que nosotros? —decía Sibyl—. La Tierra es mucho más fuerte: acabará desplazando a la Luna de su órbita y haciéndola girar a su alrededor. Tendremos un satélite.

Me guardé muy mucho de expresar la angustia que sentía. Sabía cómo reaccionaba Sibyl en esos casos: alardeando de una actitud de superioridad, si no incluso de cinismo, como quien no se maravilla nunca de nada. Se comportaba así para provocar, creo (es más: espero; ciertamente habría sentido todavía más angustia al pensar que lo hacía por verdadera indiferencia).

—Y... y... —empecé a decir, intentando formular una pregunta que no manifestara nada más que una curiosidad objetiva y que también obligara a Sibyl a decirme algo para aplacar mi ansiedad (así pues, todavía esperaba eso de ella, todavía pretendía que su calma me tranquilizara)—, ¿y siempre la tendremos así a la vista?

—Eso no es nada —respondió—. Todavía se acercará más —y por primera vez sonrió—. ¿No te gusta? Sin embargo, viéndola así, tan distinta, tan lejana de toda forma conocida, sabiendo que es nuestra, que la Tierra la ha capturado y la mantiene ahí, no sé, a mí me gusta, me parece bella.

En este punto ya no me importó ocultar mi estado de ánimo.

—Pero ¿no será peligroso para nosotros? —pregunté.

Sibyl tensó los labios en su expresión que menos amaba.

—Nosotros estamos en la Tierra, la Tierra tiene una fuerza que puede por su cuenta mantener a su alrededor planetas, como hace el Sol. ¿Qué puede oponer la Luna como masa, campo de gravedad, gravidez de órbita, consistencia? ¿No querrás comparar? Luna es blanda blanda, la Tierra es dura, sólida, la Tierra aguanta.

—¿Y si la Luna no aguanta?

—Entonces será la fuerza de la Tierra la que la haga estar en su sitio.

Esperé a que Sibyl acabara su turno en el Observatorio para acompañarla a casa. Apenas fuera de la ciudad está ese nudo desde el que las autopistas se separan lanzándose sobre puentes que se encabalgan los unos a los otros con recorridos en espiral elevados por pilastras de cemento de distintas alturas y nunca se sabe en qué dirección se está yendo al seguir las flechas blancas pintadas en el asfalto, y en algunos momentos en que estás dejando a tus espaldas la ciudad te la encuentras de frente acercándose cuadrículada de luces entre las pilastras y las volutas de la espiral. La Luna estaba justo encima, y la ciudad me pareció frágil, suspendida como una telaraña, con todos sus cristalitos tintineantes, sus filiformes encajes de luz, bajo aquella excrecencia del cielo.

Ahora he usado la palabra excrecencia para designar la Luna, pero enseguida debo echar mano de la misma palabra para designar la novedad que en ese momento

descubrí: o sea que una excrecencia estaba sobresaliendo de aquella Luna-excrecencia, y se estaba extendiendo hacia la Tierra como el goteo de una vela.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? —preguntaba, pero ya una nueva curva había colocado a nuestro coche en viaje hacia la oscuridad.

—Es la atracción terrestre, que provoca mareas sólidas en la superficie lunar —dijo Sibyl—. Ya te lo había dicho: ¡vaya consistencia!

La salida de la autopista volvió otra vez a situarnos la Luna de frente, y aquel goteo se había alargado hacia la Tierra, rizándose en punta como un bigote, y luego adelgazando su juntura, como en un pedúnculo, dándole casi el aspecto de un hongo.

Vivíamos en un chalet, alineado con los demás a lo largo de uno de los muchos viales de un cinturón verde ilimitado. Nos sentamos como siempre en las mecedoras del porche que daba al *backyard*, pero esta vez no mirábamos el medio acre de losetas vetrificadas que constituían nuestra parcela de espacio verde; nuestros ojos seguían mirando hacia arriba, imantados por aquella especie de pulpo que nos dominaba. Porque ahora los goteos de la Luna eran muchos, y se extendían hacia la Tierra como tentáculos viscosos, y cada uno de ellos parecía a punto de rezumar a su vez una materia hecha de gelatina y pelo y moho y baba.

—Dime tú si un cuerpo celeste puede disgregarse así —insistía Sibyl—. Ahora te darás cuenta de la superioridad de nuestro planeta. Que la Luna se acerque, que se acerque: llegará un momento en el que se parará. El campo gravitacional de la Tierra tiene tanta fuerza que después de haber atraído al planeta Luna hasta casi encima de nosotros, de golpe lo detiene, lo devuelve a una distancia justa y lo mantiene allí, haciéndolo dar vueltas, comprimiéndolo en una pelota compacta. La Luna deberá darnos las gracias por no deshacerse.

Los razonamientos de Sibyl me parecían convincentes, ya que también a mí la Luna me parecía algo inferior y repugnante; pero no conseguían calmar mi aprensión. Veía las puntas lunares retorcerse en el cielo con movimientos sinuosos, como si intentaran alcanzar o envolver algo: allí abajo estaba la ciudad, en correspondencia de un halo de luz que veíamos aflorar en el horizonte dentellado por la sombra de la *skyline*.

¿Se habría detenido a tiempo la Luna, tal como decía Sibyl, antes de que uno de sus tentáculos llegase a arrebatarse la aguja de un rascacielos? ¿Y si, antes aún, una de esas estalactitas que seguían alargándose y afinándose se separara y nos cayera encima?

—Puede ser que caiga algo —admitió Sibyl sin esperar una pregunta mía—, ¿pero qué nos importa? Toda la Tierra está recubierta de materiales impermeables, indeformables, lavables; aunque nos caiga encima un poco de esa papilla lunar, se limpia rápido.

Como si la seguridad que me daba Sibyl me hubiera puesto en condiciones de ver algo que hacía un rato se estaba verificando, exclamé:

—¡Ahí cae algo! —y levanté el brazo para indicar una suspensión de densas gotas

de una papilla cremosa en el aire. Pero justo en el mismo momento una vibración partió de la Tierra, un tintineo: y a través del cielo, en dirección contraria a las secreciones planetarias que caían, se alzó un vuelo menudísimo de fragmentos sólidos, las esquirlas de la coraza terrestre que se hacían migas: cristales irrompibles y chapas de acero y revestimientos de material aislante, aspirados por la atracción de la Luna como en un torbellino de granitos de arena.

—Daños mínimos —dijo Sibyl—, y sólo en superficie. Podremos reparar los desperfectos en poco tiempo. Que la captura de un satélite nos cueste alguna pérdida es lógico: pero vale la pena, no se puede comparar.

Fue entonces cuando oímos el primer chasquido de meteorito lunar que caía sobre la Tierra: un «¡splash!» fortísimo, un ruido ensordecedor y al mismo tiempo fastidiosamente blando, que no se quedó aislado sino que fue seguido de una serie de desprendimientos explosivos, de latigazos caramelosos que caían por todas partes. Antes de que los ojos se acostumbraran a percibir lo que caía pasó algo de tiempo: para ser sinceros, fui yo el que se atrasó porque me esperaba que los fragmentos de la Luna también fueran luminosos; mientras Sibyl ya los veía, y comentaba con su tono despectivo pero al mismo tiempo con una insólita indulgencia:

—Meteoritos blandos, me pregunto si alguna vez se dio algo semejante, cosas de la Luna... Pero interesante a su manera...

Uno se quedó colgado de la red metálica del seto a medias arrugado bajo su peso, derramándose en el suelo y enseguida amalgamándose con él, y comencé a comprender de qué se trataba; o sea comencé a captar sensaciones que me habrían permitido formarme una imagen visual de lo que tenía delante, y entonces advertí otras manchas más pequeñas diseminadas por todo el pavimento de losetas: algo como un fango de moco ácido que penetraba en los estratos terrestres, o, mejor, como un parásito vegetal que absorbía todo lo que tocaba incorporándolo a su pulpa mucilaginosa, o bien como un suero en el que se aglomeraban colonias de microorganismos vertiginosos y voracísimos, o un páncreas cortado en pedazos que tendía a soldarse de nuevo abriendo en ventosa las células de los bordes cortados, o...

Habría querido cerrar los ojos y no podía; pero cuando escuché la voz de Sibyl que decía: «Pues sí, a mí también me da asco, pero si piensas que finalmente ha quedado establecido que la Tierra es distinta y superior y que nosotros estamos de este lado, creo que por un momento también podemos darnos el gusto de hundirnos dentro, porque además...», me volví de golpe hacia ella. Su boca estaba abierta en una sonrisa que nunca le había visto: una sonrisa húmeda, algo animal...

La sensación que tuve al verla así se confundió con el susto provocado casi en el mismo momento por la caída del gran fragmento lunar, el que sumergió y destruyó nuestro chalet y todo el vial y el barrio residencial y gran parte de la comarca, en un único aturdimiento caliente y dulzón.

Excavando en la materia lunar toda la noche, conseguimos volver a ver la luz. Era al amanecer; la tempestad de meteoritos había acabado; la Tierra a nuestro alrededor

era irreconocible, recubierta por un altísimo estrato de fango amalgamado de proliferaciones verdes y de organismos escurridizos. De nuestras antiguas materias terrestres no se veía ningún rastro. La Luna se estaba alejando en el cielo, pálida, irreconocible también ella: aguzando la vista se la vislumbraba cubierta de un denso manto de escombros y esquiras y pedazos brillantes, cortantes, limpios.

Lo que vino luego es conocido. Después de centenares de millares de siglos intentamos devolver a la Tierra su aspecto natural de otros tiempos, reconstruimos la primitiva corteza terrestre de plástico y cemento y chapa y vidrio y esmalte y pegamoide, pero qué lejos estamos. Durante quién sabe cuánto tiempo todavía estaremos condenados a chapotear en la deyección lunar empapada de clorofila y jugos gástricos y rocío y grasas nitrogenadas y nata y lágrimas. Cuánto nos falta todavía antes de soldar las placas lisas y exactas del primigenio escudo terrestre para borrar —o al menos esconder— las aportaciones extrañas y hostiles. Y además con los materiales de ahora, juntados al azar, producidos por una Tierra corrupta, que en vano intentan imitar las primeras inigualables sustancias.

Los verdaderos materiales, los de entonces, dicen que ya sólo se encuentran en la Luna, inutilizados y amontonados, y que sólo por eso valdría la pena ir a ella: para recuperarlos. No me gustaría hacer el papel del que siempre dice cosas desagradables, pero todos sabemos en qué estado se encuentra la Luna, expuesta a las tempestades cósmicas, agujereada, corroída, gastada. Si vamos a ella sólo nos quedará la desilusión de saber que también nuestro material de entonces —la gran razón y prueba de la superioridad terrestre— era algo caduco, de corta duración, que ni siquiera sirve como chatarra. En otro tiempo me habría guardado muy mucho de manifestar a Sibyl sospechas como ésta. Pero ahora —gorda, despeinada, perezosa, glotona de pastelillos de crema—, ¿qué más puede decirme Sibyl?

El origen de los pájaros

La aparición de los pájaros es relativamente tardía en la historia de la evolución: posterior a la de todas las demás clases del reino animal. El progenitor de los pájaros —o al menos el primero del que los paleontólogos hayan encontrado restos—, el Archaeopteryx (todavía dotado de algunas características de los reptiles de los que desciende), se remonta al Jurásico, decenas de millones de años después de los primeros mamíferos. Ésta es la única excepción a la sucesiva aparición de grupos animales cada vez más evolucionados en la escala zoológica.

Eran días en que no nos esperábamos más sorpresas —contó Qfwfq—, cómo habrían ido las cosas ya estaba claro. Había lo que había, teníamos que vérnoslas entre nosotros: quién llegaría más lejos, quién se habría quedado donde estaba, quién no lograría sobrevivir. La elección estaba entre un número limitado de posibilidades.

En cambio, una mañana oigo un canto desde fuera que nunca había escuchado. O mejor (puesto que el canto no se sabía aún qué podía ser): oigo un sonido que nadie había hecho nunca. Me asomo. Veo un animal desconocido que cantaba en una rama. Tenía alas garras cola uñas espolones plumas plumones aletas punzones picos dientes buche cuernos cresta barbas y una estrella en la frente. Era un pájaro, ya lo habéis comprendido; yo no; nunca los habíamos visto. Cantó: «Koaxpf... Koaxpf... Koaacchch...», batió sus alas estriadas de colores cambiantes, alzó el vuelo, volvió a posarse un poco más allá, reanudó su canto.

Ahora bien, estas historias se cuentan mejor con viñetas que con un relato de frases una tras otra. Pero para dibujar la viñeta con el pájaro en la rama y yo asomado y todos los demás con la nariz respingona, debería recordar mejor cómo estaban hechas muchas cosas que he olvidado hace tiempo: primera, lo que yo ahora llamo pájaro; segunda, lo que yo ahora llamo «yo»; tercera, la rama; cuarta, el lugar donde yo estaba asomado; quinta, todos los demás. De estos elementos recuerdo sólo que eran muy distintos a como los representaríamos ahora. Es mejor que vosotros mismos intentéis imaginar la serie de viñetas con todas las figuritas de los personajes en su sitio, en un fondo eficazmente trazado, pero intentando al mismo tiempo no imaginaros las figuritas, y ni siquiera el fondo. Cada figurita tendrá su bocadillo con las palabras que dice, o con los ruidos que hace, pero no es necesario que leáis letra a letra todo lo que esté escrito; basta con que tengáis una idea general conforme a lo que os diré.

Para empezar, podéis leer muchos signos de admiración y signos de interrogación que brotan de nuestras cabezas, y eso quiere decir que estábamos mirando el pájaro maravillados —alegre maravilla, también en nosotros con ganas de cantar, de imitar aquel primer gorjeo, y de saltar al verlo levantar el vuelo—, pero también llenos de zozobra, porque la existencia de los pájaros hacía saltar por los aires el modo de razonar en que habíamos crecido.

En la tira de viñetas que sigue a continuación, se ve al más sabio de todos nosotros, el viejo U(h), que se aparta de los otros y dice: «¡No lo miréis! ¡Es un error!», y extiende las manos como si quisiera tapar los ojos de los presentes. «¡Ahora lo borro!», dice, o piensa, y para representar este deseo suyo podríamos hacerle trazar una línea en diagonal que cruza la viñeta. El pájaro aletea, esquiva la diagonal y se pone a salvo en el rincón opuesto. U(h) se alegra porque con esa diagonal en medio ya no lo ve. El pájaro le da un picotazo a la línea, la rompe, y vuela hacia el viejo U(h). El viejo U(h), para borrarlo, intenta trazarle encima dos rayas cruzadas. En el punto en que las dos líneas se encuentran, el pájaro se posa para poner un huevo. El viejo U(h) se lo quita de debajo, el huevo se cae, el pájaro se va volando. Hay una viñeta toda empapada de yema de huevo.

Contar con viñetas me gusta mucho, pero habría necesitado alternar viñetas de acción con viñetas ideológicas, y explicar por ejemplo esa obstinación de U(h) en no querer admitir la existencia del pájaro. Así pues, imaginaos un cuadradito de esos que están todos escritos, que sirven para informar sintéticamente sobre los precedentes de la acción: *Después del fracaso de los pterosaurios, hacía millones y millones de años que se había perdido todo rastro de animales con alas* («Aparte los insectos», puede aclarar una nota al pie).

El de los volátiles se consideraba un capítulo ya cerrado. ¿No se había dicho y repetido que todo lo que podía nacer de los reptiles había nacido? A lo largo de millones de años no había forma de ser viviente que no hubiera tenido oportunidad de nacer, de poblar la Tierra, y luego —en noventa y nueve casos de cien— de decaer y desaparecer. En eso todos estábamos de acuerdo: las especies que quedaban eran las únicas merecedoras, destinadas a dar vida a progenies cada vez más seleccionadas y adaptadas al ambiente. Durante mucho tiempo nos había atormentado la duda de quién era un monstruo y quién no lo era, pero hacía tiempo que podía decirse que estaba resuelta: no-monstruos somos los que existimos y monstruos son todos aquellos que podían ser y en cambio no son, porque la sucesión de las causas y los efectos nos había favorecido claramente a nosotros, a los no-monstruos, en lugar de a ellos.

Pero si ahora se volvía a empezar con los animales extraños, si los reptiles, anticuados como eran, volvían a sacar miembros y tegumentos cuya necesidad nunca se había sentido, si, en suma, una criatura imposible por definición como un pájaro en cambio era posible (y además podía ser un hermoso pájaro como éste, agradable a la vista cuando se situaba en las hojas de helecho, y al oído cuando emitía sus gorjeos),

entonces la barrera entre monstruos y no-monstruos saltaba por los aires y todo volvía a ser posible.

El pájaro voló lejos. (En la viñeta se ve una sombra negra contra las nubes del cielo: no porque el pájaro sea negro sino porque los pájaros lejanos se representan así). Y yo lo seguí. (Se me ve de espaldas, adentrándome en un ilimitado paisaje de montañas y bosques). El viejo U(h) grita detrás de mí:

—¡Vuelve, Qfwfq!

Atravesé comarcas desconocidas. Más de una vez me creí perdido (en la viñeta basta representarlo una vez), pero escuchaba un «Koaxpf...» y al levantar la vista veía al pájaro posado en una planta, como si me esperase.

Siguiéndolo así, llegué a un punto en el que los arbustos me impedían ver. Me abrí paso: a mis pies vi el vacío. La Tierra acababa allí; yo me mantenía en equilibrio en el borde. (La espiral que se alza de mi cabeza representa el vértigo). Abajo no se veía nada; alguna nube. Y en aquel vacío el pájaro se alejaba volando, y de vez en cuando torcía el cuello hacia mí como invitándome a seguirlo. ¿Seguirlo adónde, si más allá no había nada?

Y he aquí que de la blanca lejanía afloró una sombra, como un horizonte de niebla, que poco a poco se iba dibujando con contornos cada vez más precisos. Era un continente que se adelantaba en el vacío: se vislumbraban sus orillas, sus valles, sus alturas, y el pájaro ya las estaba sobrevolando. Pero ¿qué pájaro? Ya no estaba solo, todo el cielo allá arriba era un batir de alas de todos los colores y todas las formas.

Asomándome por el borde de nuestra Tierra, veía acercarse el continente a la deriva.

—¡Nos va a caer encima! —grité, y en ese momento tembló el suelo. (Un «¡bang!» en letras grandes). Después de haberse tocado, los dos mundos volvieron a alejarse, de rebote, y luego a unirse, a separarse de nuevo. En uno de esos choques me encontré arrancado de allí, mientras el abismo vacío volvía a abrirse y a separarme de mi mundo.

Miré a mi alrededor: no reconocía nada. Árboles, cristales, animales, hierbas, todo era distinto. No sólo pájaros poblaban las ramas sino peces (es una forma de decir) con patas de araña o (digamos) gusanos con plumas. No es que yo ahora quiera describiros cómo eran las formas de la vida allí; imagináoslas como os venga en gana, más raras o menos raras, poco importa. Lo que importa es que alrededor de mí se desplegaban todas las formas que el mundo habría podido adoptar en sus transformaciones y en cambio no había adoptado por algún motivo ocasional o por una incompatibilidad de fondo, las formas descartadas, irre recuperables, perdidas.

(Para que la idea quede clara sería necesario que esta tira de viñetas se dibujara en negativo: con figuras no distintas de las otras pero en blanco y negro; o bien cabeza abajo —admitiendo que se pueda decidir en cualquiera de estas figuras qué es el arriba y qué es el abajo).

La desazón me helaba los huesos (en el dibujo, gotas de sudor frío que brotan de

mi figura) al ver aquellas imágenes siempre de algún modo familiares y siempre de algún modo trastocadas en sus proporciones o en sus combinaciones (mi figura pequeñísima en blanco, superpuesta a sombras negras que ocupan toda la viñeta), pero no me impedía explorar ávidamente en derredor. Se habría dicho que mi mirada, en lugar de evitar a esos monstruos, los buscaba, como para convencerse de que no eran monstruos en el fondo y de que en un determinado punto el horror daría paso a una sensación no desagradable (representada en el dibujo por rayos luminosos que cruzan el fondo negro): la belleza que también existía allí, si se sabía reconocer.

Esta curiosidad me había alejado de la costa y adentrado entre colinas espinosas como enormes erizos de mar. Ya estaba perdido en el corazón del continente ignoto. (La figurita que me representa ahora es minúscula). Los pájaros que hasta hace poco eran para mí la aparición más extraña se estaban transformando ya en presencias más familiares. Eran muchos, hasta el punto de formar a mi alrededor algo parecido a una cúpula, levantando y bajando sus alas todos a la vez (viñeta llena de pájaros; mi silueta apenas se entrevé). Otros estaban posados en el suelo, apoyados en los arbustos, y a medida que yo avanzaba se desplazaban. ¿Era su prisionero? Me di la vuelta para huir, pero estaba rodeado por paredes de pájaros que no me dejaban ninguna salida, salvo en una dirección; me estaban empujando adonde ellos querían, todos sus movimientos llevaban a un punto. ¿Qué había allí, al final? No conseguía vislumbrar nada más que una especie de enorme huevo tumbado a lo largo, que se abría lentamente, como una concha.

De repente se abrió. Sonreí. Mis ojos se llenaron de lágrimas de emoción. (Estoy representado yo solo, de perfil; lo que veo está fuera de la viñeta). Ante mí tenía una criatura de una belleza nunca vista. Una belleza *distinta*, sin posibilidad de comparación con todas las formas en que nosotros reconocíamos la belleza (en la viñeta sigue situada de manera que sólo yo la tengo de frente, nunca el lector), y sin embargo *nuestra*, todo lo que era más *nuestro* en nuestro mundo (en la viñeta se podría recurrir a una representación simbólica: una mano femenina, o un pie, o un pecho, que despuntan en un gran manto de plumas), de tal modo que sin ella a nuestro mundo siempre le habría faltado algo. Sentía que había llegado al punto en el que todo convergía (un ojo, se podría dibujar, un ojo de largas pestañas irradiadas que se transforman en un torbellino) y en el que estaba a punto de ser deglutido (o una boca, el entreabrirse de dos labios finamente dibujados, tan altos como yo, y yo que vuelo aspirado hacia la lengua que se asoma desde la oscuridad).

A mi alrededor, pájaros: estruendo de picos, aleteos que bracean, garras extendidas, y el grito: «Koaxpf... Koaxpf... Koaaaccch...».

—¿Quién eres? —pregunté.

Una nota explica: *Qfwfq ante la bella Org-Onir-Ornit-Or, y hace que mi pregunta sea inútil: al bocadillo que la contiene se superpone otro, también salido de mi boca, con las palabras: «¡Te amo!», afirmación igualmente superflua, enseguida apremiada por otro bocadillo con la pregunta: «¿Estás presa?», a la que no espero*

respuesta, y en un cuarto bocadillo que se abre camino encima de los otros, añadido: «Te salvaré. Esta noche huiremos juntos».

La tira que sigue está dedicada por entero a los preparativos de la fuga, al sueño de los pájaros y de los monstruos, en una noche aclarada por un ignoto firmamento. Un cuadradito oscuro, y mi voz: «¿Me sigues?». La voz de Or respondió: «Sí».

Aquí podéis imaginaros una serie de tiras de aventuras: Qfwfq y Or en fuga cruzan el Continente de los Pájaros. Alarmas, persecuciones, peligros: lo que queráis. Para contarlos debería describir de alguna manera cómo era Or: y no puedo hacerlo. Imaginaos una figura que en cierto modo domina la mía, pero que en cierto modo yo oculto y protejo.

Llegamos al borde del abismo. Amanecía. El sol se alzaba, pálido, descubriendo en la lejanía nuestro continente. ¿Cómo llegar a él? Me volví hacia Or: Or abrió sus alas. (No os habíais dado cuenta, en las viñetas precedentes, de que las tenía: dos alas anchas como velas). Me agarré a sus plumas. Or voló.

En las viñetas siguientes se ve a Or volando entre las nubes, con mi cabeza que se asoma en su seno. Luego, un triángulo de triangulillos negros en el cielo: es una bandada de pájaros que nos sigue. Todavía estamos en medio del vacío, nuestro continente se acerca, pero la bandada es más veloz. Son pájaros rapaces de picos curvos, ojos de fuego. Si Or se da prisa en llegar a tierra estaremos entre los nuestros antes de que las rapaces nos asalten. Ánimo, Or, unos pocos golpes de ala más: en la próxima tira estamos a salvo.

Pero qué va: la bandada nos ha rodeado. Or vuela entre las rapaces (un triangulito blanco inscrito en otro triángulo lleno de triangulitos negros). Estamos sobrevolando mi pueblo: bastaría con que Or plegase sus alas y se dejase caer y seríamos libres. Pero Or seguía volando alto, junto a los pájaros. Yo grité:

—¡Or, baja! —ella entreabrió su manto y me dejó precipitar. («¡Slaff!»). La bandada, con Or en medio, se da la vuelta en el cielo, vuelve atrás, se empequeñece en el horizonte. Volví a encontrarme caído en tierra, solo.

(Nota: *Durante la ausencia de Qfwfq, muchas cosas habían cambiado*). Desde que se había descubierto la existencia de los pájaros, las ideas que regulaban nuestro mundo estaban en crisis. Lo que antes todos creían comprender, el modo sencillo y regular por el que las cosas eran como eran, ya no era válido; o sea: ésta no era más que una de las innumerables posibilidades; nadie excluía que las cosas pudieran ser de otras maneras completamente distintas. Se habría dicho que ahora cada cual se avergonzaba de ser como se esperaba que fuera, y se esforzaba en ostentar un aspecto irregular, imprevisto: un aspecto un poco de pájaro, o si no precisamente de pájaro, capaz de no quedar mal ante lo extraño de los pájaros. Ya no reconocía a mis vecinos. No es que hubieran cambiado mucho: pero quien tenía alguna particularidad inexplicable, mientras antes trataba de ocultarla, ahora hacía alarde de ella. Y todos tenían el aire de quien espera de un momento a otro algo: no la sucesión concreta de causas y efectos, como en otros tiempos, sino lo inesperado.

Yo no entendía nada. Los demás me consideraban alguien anclado en las viejas ideas, de los tiempos anteriores a los pájaros; no comprendían que a mí sus veleidades pajariles sólo me hacían reír: había visto muchas cosas, había visitado el mundo de las cosas que habrían podido ser y no podía quitármelo de la cabeza. Y había conocido la belleza prisionera en el corazón de aquel mundo, la belleza perdida para mí y para todos nosotros, y me había enamorado de ella.

Pasaba los días en lo alto de un monte, escudriñando el cielo por si acaso un pájaro lo cruzaba en vuelo. Y en la cima de otro monte allí cerca, estaba el viejo U(h), también él mirando el cielo. El viejo U(h) siempre había sido considerado el más sabio de todos nosotros, pero su actitud hacia los pájaros había cambiado. Creía que los pájaros eran no ya el error sino la verdad, la única verdad del mundo. Se había dedicado a interpretar el vuelo de los pájaros tratando de leer en él el futuro.

—¿No has visto nada? —me gritaba desde su monte.

—Nada a la vista —decía yo.

—¡Ahí va uno! —gritábamos a veces, o él o yo.

—¿De dónde venía? No me dio tiempo a ver en qué parte del cielo apareció. Dime: ¿de dónde? —preguntaba él, jadeante. De la procedencia del vuelo, U(h) extraía sus auspicios.

O bien era yo el que preguntaba:

—¿Hacia dónde volaba? No lo he visto. ¿Desapareció por aquí o por allá? —porque yo esperaba que los pájaros me enseñaran el camino para llegar a Or.

Es inútil que cuente detalladamente la astucia con la que conseguí volver al Continente de los Pájaros. Las viñetas lo habrían contado con uno de esos trucos que quedan bien sólo con dibujarlos. (El cuadradito está vacío. Llego yo. Unto de cola el ángulo superior derecho. Me siento en el ángulo inferior izquierdo. Entra un pájaro, volando, por la izquierda. Al salir del cuadradito su cola se queda pegada. Sigue volando y se lleva detrás todo el cuadradito pegado en la cola, conmigo sentado en el fondo que me dejo transportar. Así llego al País de los Pájaros. Si ésta no os gusta podéis imaginaros otra historia. Lo importante es hacerme llegar allí).

Llegué y sentí que me aferraban brazos y piernas. Estaba rodeado de pájaros, uno se había posado en mi cabeza, otro me picoteaba el cuello.

—¡Qfwfq, estás detenido! ¡Por fin te hemos agarrado!

Me encerraron en una celda.

—¿Me mataréis? —pregunté al pájaro carcelero.

—Mañana te llevaremos ante el juez y lo sabrás —dijo posado en los barrotes.

—¿Quién me juzgará?

—La Reina de los Pájaros.

A la mañana siguiente me llevaron al salón del trono. Pero aquel enorme huevo —concha que se entreabría yo lo había visto ya. Me sobresalté.

—¡Entonces no eres prisionera de los pájaros! —exclamé.

Un picotazo me golpeó el cuello.

—Inclínate ante la reina Org-Onir-Ornit-Or.

Or hizo una señal. Todos los pájaros se detuvieron. (En el dibujo se ve una sutil mano con anillos que se alza de un trofeo de plumas).

—Cásate conmigo y te salvarás —dijo Or.

Se celebró la boda. Tampoco puedo contar nada de esto: todo lo que me quedó en la memoria es un desplumamiento de imágenes cambiantes. Tal vez pagaba mi felicidad con mi renuncia a comprender lo que estaba viviendo.

Le pregunté a Or.

—Me gustaría comprender.

—¿Qué?

—Todo, todo esto —señalé a mi alrededor.

—Comprenderás cuando hayas olvidado lo que comprendías antes.

Vino la noche. La concha-huevo servía de trono y de tálamo nupcial.

—¿Has olvidado?

—Sí. ¿Qué? No sé qué, no recuerdo nada.

(Bocadillo con el pensamiento de Qfwfq: *No, todavía recuerdo, estoy a punto de olvidarlo todo, pero me esfuerzo en recordar*).

—Ven.

Nos acostamos juntos.

(Bocadillo con el pensamiento de Qfwfq: *Olvido... Es bello olvidar... No, quiero recordar... Quiero olvidar y recordar al mismo tiempo... Un segundo más y siento que habré olvidado... Espera... ¡Oh! Un relámpago con el escrito «¡Flash!» o «¡Eureka!» en letras mayúsculas*).

Por una fracción de segundo entre la pérdida de todo lo que sabía antes y la adquisición de todo lo que habría sabido después, logré abrazar en un solo pensamiento el mundo de las cosas como eran y el de las cosas como habrían podido ser, y me di cuenta de que un único sistema lo abarcaba todo. El mundo de los pájaros, de los monstruos, de la belleza de Or era el mismo que el mundo en el que yo había vivido siempre y que ninguno de nosotros había comprendido a fondo.

—¡Or! ¡He comprendido! ¡Tú! ¡Qué hermoso! ¡Viva! —exclamé y me levanté en la cama.

Mi esposa lanzó un grito.

—Ahora te lo explico —dije, exultante—. Ahora se lo explico todo a todos.

—¡Calla! —gritó Or—. ¡Debes callar!

—El mundo es uno y lo que hay no se explica sin... —proclamaba. Or estaba encima de mí, intentaba sofocarme (en el dibujo: un pecho que me aplasta):

—¡Calla! ¡Calla!

Cientos de picos y garras laceraban el dosel del tálamo nupcial. Los pájaros se lanzaban sobre mí, pero más allá de sus alas reconocía mi paisaje natal que se iba fundiendo con el continente extraño.

—¡No hay diferencia! ¡Monstruos y no-monstruos siempre han estado cerca! Lo

que no ha sido sigue siendo... —y hablaba no sólo a los pájaros y a los monstruos sino también a los que conocía desde siempre y que acudían de todas partes.

—¡Qfwfq! ¡Me has perdido! ¡Pájaros! ¡Haced vuestro trabajo! —y la reina me rechazó.

Demasiado tarde me di cuenta de que los picos de los pájaros intentaban separar los dos mundos que mi revelación había reunido.

—No, Or, espera, no te vayas, sigamos los dos juntos, Or, ¿dónde estás? —pero estaba rodando en el vacío entre pedazos de papel y plumas.

(Los pájaros desgarran a picotazos y arañazos la página del tebeo. Se van volando cada uno con un jirón de papel impreso en el pico. La página que hay debajo también está dibujada con viñetas; representa el mundo como era antes de la aparición de los pájaros y sus sucesivos previsibles desarrollos. Estoy en medio de los demás, con aire extraviado. En el cielo seguía habiendo pájaros, pero nadie les hacía caso).

De lo que había comprendido entonces, he olvidado todo. Lo que os he contado es todo lo que puedo reconstruir ayudándome de conjeturas en los pasajes borrosos. Que los pájaros puedan volverme a llevar un día con la reina Or nunca dejé de esperarlo. Pero ¿los que se han quedado con nosotros serán los verdaderos pájaros? Más los observo y menos me recuerdan lo que quisiera recordar. (La última tira de viñetas es toda de fotografías: un pájaro, ese mismo pájaro en primer plano, la cabeza del pájaro aumentada, un detalle de la cabeza, el ojo...).

Los cristales

Si las sustancias que constituían el globo terrestre en estado incandescente hubieran tenido a su disposición un tiempo lo suficientemente largo para enfriarse y una suficiente libertad de movimientos, cada una de ellas se habría separado de las otras en un único y enorme cristal.

Habría podido ser diferente, lo sé —comentó Qfwfq—, decídmelo a mí: he creído tanto en ese mundo de cristal que debía aflorar que no puedo resignarme a vivir en éste, amorfo y desmenuzado y gomoso, como en cambio nos ha tocado. Yo también corro como hacemos todos, tomo el tren cada mañana (vivo en Nueva Jersey) para meterme en el aglomerado de prismas que veo emerger más allá del Hudson, con sus cúspides agudas; allí paso mis días, allí dentro, arriba y abajo por los ejes horizontales y verticales que atraviesan ese sólido compacto, o a lo largo de los recorridos obligados que rozan los lados y las esquinas. Pero no caigo en la trampa: sé que me obligan a correr entre lisas paredes transparentes y entre esquinas simétricas para que me crea que estoy dentro de un cristal, para que reconozca en él una forma regular, un eje de rotación, una constancia en los diedros, mientras no existe nada de todo esto. Lo contrario, existe: el vidrio; son sólidos de vidrio los que flanquean las calles, no de cristal, es una pasta de moléculas a granel que ha invadido y cimentado el mundo, un manto de lava enfriada de repente, endurecida en formas impuestas desde el exterior, mientras dentro está el magma tal como en los tiempos de la Tierra incandescente.

Está claro que no echo de menos esos tiempos: si porque me sienta descontento de las cosas tal como son esperáis que recuerde con nostalgia el pasado, os equivocáis. Era horrible, la Tierra sin corteza, un eterno invierno incandescente, un pantano mineral, con negros remolinos de hierro y níquel que caían de cada grieta hacia el centro del globo, y chorros de mercurio que reventaban en altísimos surtidores. Nos abríamos paso en una hirviente neblina, Vug y yo, y no lográbamos tocar nunca un punto sólido. Una barrera de rocas líquidas que nos encontrábamos de frente se evaporaba de repente ante nosotros, se deshacía en una ácida nube; nos lanzábamos para superarla, y ya la sentíamos condensarse y atropellarnos como una tormenta de lluvia metálica que hinchaba las densas olas de un océano de aluminio. La sustancia de las cosas cambiaba a nuestro alrededor minuto a minuto, o sea que

los átomos, de un estado de desorden pasaban a otro estado de desorden y luego a otro más: es decir, en la práctica todo seguía siempre igual. El único verdadero cambio habría sido la disposición de los átomos en un orden cualquiera: esto era lo que Vug y yo intentábamos al movernos en la mescolanza de los elementos sin puntos de referencia, sin un antes ni un después.

Ahora la situación es distinta, lo reconozco: tengo un reloj de pulsera, comparo el ángulo de sus agujas con el de todas las agujas que veo; tengo una agenda en la que está marcado el horario de mis compromisos de trabajo; tengo un talonario en cuyas matrices resto y sumo números. En Penn Station bajo del tren, tomo el metro, estoy de pie sujetándome con una mano al asidero y con la otra sosteniendo en alto el periódico doblado en el que consulto los números de las cotizaciones de bolsa: en suma, sigo el juego, el juego de fingir un orden en el pulvíscolo, una regularidad en el sistema, o una compenetración de sistemas distintos pero en cualquier caso mensurables aunque incongruentes, hasta el punto de unir a cada granulosidad del desorden el tallado de un orden que enseguida se desmigaja.

Antes era peor, claro. El mundo era una solución de sustancias en las que todo estaba disuelto en todo y era disolvente de todo. Vug y yo seguíamos perdiéndonos allí en medio, perdiéndonos como los perdidos que éramos, como los perdidos que siempre habíamos sido, sin tener ni idea de qué habríamos podido encontrar (o de qué habría podido encontrarnos) para no seguir estando perdidos.

De repente nos dimos cuenta. Vug dijo:

—¡Allí!

Señalaba, en medio de una colada de lava, algo que estaba tomando forma. Era un sólido de caras regulares y lisas y aristas cortantes: y estas caras y aristas iban aumentando lentamente, como a expensas de la materia a su alrededor, y la forma del sólido también cambiaba pero manteniendo siempre simétricas sus proporciones... Y no era sólo la forma lo que se distinguía de todo lo demás; era también el modo en que la luz entraba en su interior, atravesándola y refractándose. Vug dijo:

—¡Brillan! ¡Son muchos!

Efectivamente no era el único. En la superficie incandescente donde una vez afloraban sólo efímeras burbujas de gas expulsadas por las entrañas terrestres, ahora salían a flote cubos, octaedros, prismas, figuras diáfanas hasta parecer casi aéreas, vacías por dentro, y que en cambio, como pronto se vio, concentraban en sí una increíble compacidad y dureza. El centelleo de esta angulosa floración invadía la Tierra, y Vug dijo:

—¡Es primavera! —yo la besé.

Ya lo habréis comprendido: si yo amo el orden, no es como para tantos otros la señal de un carácter sometido a una disciplina interior, a una represión de los instintos. En mí la idea de un mundo absolutamente regular, simétrico, metódico, se asocia a este primer ímpetu y eclosión de la naturaleza, a la tensión amorosa, a lo que llamáis eros, mientras todas vuestras otras imágenes, las que según vosotros asocian

la pasión y el desorden, el amor y el desbordamiento excesivo —río fuego torbellino volcán—, para mí son los recuerdos de la nada y de la inapetencia y del aburrimiento.

Lo mío era un error, no tardé mucho en comprenderlo. Estamos en el punto de llegada: Vug se perdió; del eros de diamante no queda más que polvo; el presunto cristal que me aprisiona ahora es vil vidrio. Sigo las flechas en el asfalto, me detengo en el semáforo y arranco (hoy vine a Nueva York en coche) cuando se pone verde (como todos los miércoles porque acompaño) metiendo la primera (a Dorothy a ver a su psicoanalista), intento mantener una velocidad constante que me permita pasar en verde la Segunda Avenida. Lo que vosotros llamáis orden es un deshilachado remiendo de la disgregación; he encontrado un sitio en el aparcamiento, pero dentro de dos horas tendré que bajar para meter una moneda en el parquímetro; si se me olvida se llevarán el coche con una grúa.

En aquellos tiempos soñaba con un mundo de cristal: no lo soñé, lo vi, una indestructible y gélida primavera de cuarzo. Crecían poliedros altos como montañas, diáfanos: a través de su espesor se vislumbraba la sombra de quien estaba más allá.

—¡Vug, eres tú! —para alcanzarla me lanzaba sobre paredes lisas como espejos; me deslizaba hacia atrás; me agarraba a las aristas, hiriéndome; corría a lo largo de perímetros engañosos, y cada vez había una distinta luz —radiante, lechosa, opaca— que la montaña contenía.

—¿Dónde estás?

—En el bosque.

Los cristales de plata eran árboles filiformes, con ramificaciones en ángulo recto. Esqueléticas espesuras de estaño y de plomo llenaban el bosque de una vegetación geométrica.

En medio corría Vug.

—¡Qfwfq! Aquí es distinto —gritó—. ¡Oro, verde, azul!

Un valle de berilio se abría al aire libre rodeado de cuevas de todos los colores, del aguamarina a la esmeralda. Yo seguía a Vug con el ánimo dividido entre la felicidad y el temor: felicidad de ver cómo cada sustancia que componía el mundo encontraba su forma definitiva y sólida, y un temor todavía indeterminado de que este triunfo del orden en formas tan variadas pudiera reproducir a otra escala el desorden que acabábamos de dejar a nuestras espaldas. Yo soñaba un cristal total, un topacio —mundo que no dejase nada fuera: estaba impaciente porque nuestra Tierra se separara de la rueda de gas y polvo en la que se arremolinan todos los cuerpos celestes, porque fuese la primera en escapar de esa dispersión inútil que es el universo.

Pues sí, si uno quiere también puede empeñarse en encontrar un orden en las estrellas, en las galaxias, un orden en las ventanas iluminadas de los rascacielos vacíos donde el personal de limpieza entre las nueve y las doce de la noche limpia las oficinas. Justificar, ésa es la gran tarea; justificad si no queréis que todo se deshaga. Esta noche cenamos en la ciudad, en un restaurante en la terraza de un vigésimo

cuarto piso. Es una cena de negocios; somos seis; también nos acompañan Dorothy y la mujer de Dick Bemberg. Tomo ostras, miro una estrella que se llama (si es ésa) Betelgeuse. Conversamos: nosotros, de producción; las mujeres, de compras. Por otra parte, ver el firmamento es difícil: las luces de Manhattan se dilatan en un halo que se amasa con la luminosidad del cielo.

La maravilla de los cristales es la retícula de los átomos que se repite continuamente: esto es lo que Vug no quería entender. Lo que le gustaba a ella — pronto lo comprendí— era descubrir en los cristales diferencias incluso mínimas, irregularidades, imperfecciones.

—¿Pero qué quieres que cuente un átomo fuera de su sitio, una exfoliación un poco torcida —decía yo—, en un sólido destinado a aumentar de tamaño infinitamente según un esquema regular? A lo que tendemos es al cristal único, al cristal gigante...

—A mí me gusta cuando hay muchos pequeños —decía. Para contradecirme, naturalmente; pero también porque era verdad que los cristales despuntaban a millares al mismo tiempo y se compenetraban el uno con el otro deteniendo su crecimiento allí donde entraban en contacto, y nunca llegaban a apropiarse por entero de la roca líquida de la que tomaban forma: el mundo no tendía a componerse en una figura cada vez más simple sino que cuajaba en una masa vidriosa de la que prismas y octaedros y cubos parecía que estuvieran luchando para liberarse y atraer a sí toda la materia...

Un cráter estalló: se propagó una cascada de diamantes.

—¡Mira! ¡Qué grandes! —exclamó Vug.

Por todas partes había erupciones de volcanes: un continente de diamante refractaba la luz del Sol en un mosaico de esquirlas de arco iris.

—¿No habías dicho que los que más te gustan son los más pequeños? —le recordé.

—¡No! ¡Ésos! ¡Enormes! ¡Los quiero! —y se lanzó.

—Los hay mucho más grandes —dije yo señalando hacia arriba. El centelleo cegaba: yo ya veía una montaña-diamante, una cadena tallada e iridiscente, una gema-altiplanicie, un Himalaya-Koh-i-Noor.

—¿Para qué los quiero? A mí me gustan los que se pueden coger. ¡Quiero tenerlos! —y ya Vug era presa de la ansiedad de la posesión.

—Será el diamante el que nos tenga: el más fuerte es él —dije.

Me equivocaba, como siempre: el diamante fue capturado, no por nosotros. Cuando paso por delante de Tiffany's me paro a mirar los escaparates, contemplo los diamantes prisioneros, astillas de nuestro reino perdido. Yacen en féretros de terciopelo, encadenados con plata y platino; con la imaginación y la memoria los agiganto, les devuelvo dimensiones de roca, de jardín, de lago, imagino la sombra azulada de Vug que se refleja en ellos. No la imagino: es la propia Vug la que ahora avanza entre los diamantes. Me vuelvo: es la muchacha que mira el escaparate a mis

espaldas, bajo sus cabellos oblicuos.

—¡Vug! —digo—. ¡Nuestros diamantes!

Ríe.

—¿Eres tú? —pregunto—. ¿Cómo te llamas?

Me da su teléfono.

Estamos entre lastras de vidrio: querría decirle que yo vivo en el falso orden, que tengo un despacho en East-Side, que vivo en Nueva Jersey, que este fin de semana Dorothy ha invitado a los Bemberg, que contra el falso orden nada puede el falso desorden; sería necesario el diamante, no que lo tuviéramos nosotros sino que el diamante nos tuviera, el libre diamante en el que éramos libres Vug y yo...

—Te llamaré —le digo, sólo por las ganas de volver a pelearme con ella.

Donde en un cristal de aluminio el azar dispersa átomos de cromo, allí la transparencia se colorea de rojo oscuro: así, bajo nuestros pasos florecían los rubíes.

—¿Has visto? —decía Vug—. ¿No son bellos?

No podíamos recorrer un valle de rubíes sin volver a pelearnos.

—Sí —decía yo—, porque la regularidad del hexágono...

—¡Uf! —decía ella—. Dime si sin la intrusión de átomos extraños serían rubíes.

Yo me enfadaba. Más o menos bello, podíamos discutir hasta el infinito. Pero la única cosa segura era que la Tierra iba al encuentro de las preferencias de Vug. El mundo de Vug eran las fisuras, las grietas por donde la lava sube disolviendo la roca y mezclando los minerales en concreciones imprevisibles. Al verla acariciar paredes de granito, yo echaba de menos todo lo que en aquella roca se había perdido de la exactitud de los feldespatos, de las micas, de los cuarzos. Vug sólo parecía alegrarse de cuán minuciosamente abigarrada se presentaba la faz del mundo. ¿Cómo ponernos de acuerdo? Para mí sólo valía lo que era crecimiento homogéneo, inseparabilidad, quietud alcanzada; para ella, lo que era separación y mescolanza, la una o la otra, o las dos juntas. También nosotros dos debíamos tener un aspecto (todavía no poseíamos ni forma ni futuro): yo imaginaba una lenta expansión uniforme, siguiendo el ejemplo de los cristales, hasta el punto en que el cristal-yo se hubiera compenetrado y fundido con el cristal-ella y tal vez juntos habríamos sido una única cosa con el cristal-mundo; ella parecía ya saber que la ley de la materia viviente habría sido separarnos y unirnos hasta el infinito. Entonces, ¿era Vug la que tenía razón?

Es lunes; la llamo por teléfono. Es casi verano. Pasamos juntos un día en Staten Island tumbados en la playa. Vug observa los granitos de arena que se escurren entre sus dedos.

—Muchos cristales minúsculos... —dice.

El mundo roto que nos rodea sigue siendo para ella el de entonces, el que esperábamos que naciera del mundo incandescente. Ciertamente, los cristales todavía dan su forma al mundo, quebrándose, reduciéndose a fragmentos casi imperceptibles que las olas hacen rodar, incrustados de todos los elementos disueltos en el mar que

los amasa en rocas abruptas, en escolleras de arenisca, cien veces disueltas y recompuestas, en esquistos, pizarras, mármoles de lustroso candor, simulacros de lo que habrían podido ser y nunca más podrán ser.

Y vuelve a mí la obstinación de cuando comenzó a quedar claro que la partida estaba perdida, que la corteza terrestre se estaba convirtiendo en un cúmulo de formas disparatadas, y yo no quería resignarme, y ante cada discontinuidad del pórvido que Vug me indicaba alegre, ante cada vidriosidad que afluía del basalto, quería convencerme de que eran sólo irregularidades aparentes, de que eran parte de una estructura regular mucho más vasta, en la que a cada asimetría que creíamos observar le correspondía en realidad una red de simetrías tan complicada que no podíamos advertirla, e intentaba calcular cuántos miles de millones de lados y de ángulos diedros debía tener ese cristal laberíntico, ese supercristal que contenía en sí cristales y no-cristales.

Vug se llevó a la playa un pequeño transistor.

—Todo procede del cristal —digo—, también la música que escuchamos —pero sé muy bien que el del transistor es un cristal pantanoso, contaminado, atravesado por impurezas, por desgarrones en la malla de los átomos.

Ella dice:

—Estás obsesionado —y es nuestra vieja pelea que continúa: quiere que reconozca que el verdadero orden es el que lleva dentro de sí la impureza, la destrucción.

El barco atraca en la Battery, anochece, de la retícula iluminada de los prismas-rascacielos ahora miro sólo sus estrías oscuras, sus brechas. Acompaño a Vug a casa; subo. Vive en la Downtown, tiene un estudio de fotografía. Al mirar a mi alrededor no veo más que perturbaciones en el orden de los átomos: los tubos fluorescentes, el vídeo, la condensación de mínimos cristales de plata en las placas fotográficas. Abro la nevera, saco hielo para el whisky. Del transistor viene el sonido de un saxofón. El cristal que logró ser el mundo, hacer el mundo transparente a sí mismo, refractarlo en infinitas imágenes espectrales, no es el mío: es un cristal gastado, manchado, mezclado. La victoria de los cristales (y de Vug) fue lo mismo que su derrota (y la mía). Ahora espero a que acabe el disco de Thelonious Monk y se lo digo.

La sangre, el mar

Las condiciones de cuando la vida todavía no había nacido de los océanos no han cambiado mucho en las células del cuerpo humano, bañadas por la ola primordial que sigue circulando en las arterias. En efecto, nuestra sangre tiene una composición química análoga a la del mar de los orígenes, del que las primeras células vivientes y los primeros seres pluricelulares obtenían el oxígeno y los demás elementos necesarios para la vida. Con la evolución de organismos más complejos el problema de mantener el máximo número de células en contacto con el ambiente líquido ya no pudo ser resuelto simplemente a través de la expansión de la superficie exterior: se vieron aventajados los organismos dotados de estructuras cóncavas, dentro de las cuales el agua del mar podía fluir. Pero fue sólo con la ramificación de estas cavidades en un sistema de circulación sanguínea cuando la distribución del oxígeno fue garantizada al conjunto de las células, haciendo así posible la vida terrestre. El mar en el que un tiempo los seres vivientes estaban sumergidos, ahora está encerrado dentro de sus cuerpos.

En el fondo no es que se haya cambiado mucho: nado, sigo nadando en el mismo cálido mar —dijo Qfwfq—, o sea no ha cambiado el adentro, lo que antes era el afuera en que nadaba bajo el sol, y en el que nado en la oscuridad todavía ahora que está dentro; lo que ha cambiado es el afuera, el afuera de ahora que antes era el adentro de antes; eso sí que ha cambiado, pero poco importa. He dicho que poco importa y vosotros enseguida: ¿cómo, el afuera importa poco? Quería decir que, bien mirado, desde el punto de vista del afuera de antes, es decir del adentro de ahora, ¿el afuera de ahora qué es?; es allí donde está seco, nada más que eso, allí donde no llegan ni flujo ni reflujo, e importar claro que importa eso también, en cuanto afuera, desde el momento en que está fuera, desde el momento en que ese afuera de allí está fuera, y se cree más digno de consideración que el adentro; pero a fin de cuentas también cuando era adentro importaba, aunque fuera en un ámbito —así parecía entonces— más restringido, esto es lo que quería decir, menos digno de consideración. Resumiendo, enseguida hablaremos de los demás, de los que no son yo, es decir, del prójimo, visto que planteáis el problema en estos términos: uno sabe que el prójimo está fuera, estamos de acuerdo, fuera como el afuera de ahora, pero antes, cuando el afuera era aquello en lo que se nadaba, el océano denso denso y cálido cálido, entonces también los demás estaban, deslizantes, en aquel afuera de antes, y entonces digamos que también se puede llegar a saber que los demás están mediante un afuera como el afuera de antes, es decir como el adentro de ahora, y así, ahora tenemos que el doctor Cècere se ha puesto al volante, en la gasolinera de

Codogno, y delante, junto a él, fue a sentarse Jenny Fumagalli, y yo voy detrás con Zylphia, el afuera, ¿qué es el afuera? Un ambiente seco, escaso de significados, un poco apretado (somos cuatro en un Volkswagen), donde todo es diferente y sustituible, Jenny Fumagalli, Codogno, el doctor Cècere, la gasolinera, y por lo que se refiere a Zylphia, en el momento en que puse una mano, más o menos a 15 km de Casalpuusterlengo, en su rodilla, o fue ella la que empezó a tocarme, no lo recuerdo, pues los hechos de fuera tienden a confundirse, lo que yo he sentido, me refiero a la sensación que venía de fuera, era verdaderamente poca cosa en comparación con lo que me pasaba por la sangre y que había sentido desde entonces, desde el tiempo en que nadábamos en el mismo océano tórrido y llameante, Zylphia y yo.

Las profundidades marinas eran de un color rojo como el que ahora vemos sólo en el interior de los párpados, y los rayos del Sol llegaban a iluminarlas con llamaradas o rociadas. Fluctuábamos sin sentido de la dirección, arrastrados por una corriente oscura pero ligera hasta el punto de parecer impalpable y al mismo tiempo tan fuerte como para llevarnos arriba en oleadas altísimas y abajo en remolinos. Zylphia se había ido a pique debajo de mí en un remolino violeta, casi negro; ahora me sobrevolaba subiendo hacia las estrías más escarlata que corrían bajo la bóveda luminosa. Sentíamos todo eso a través de los estratos de nuestra superficie dilatados para mantener un contacto lo más extenso posible con ese mar sustancioso, porque a cada subida y bajada de las olas todo eran cosas que pasaban desde fuera hasta dentro de nosotros, sustancias de todas las calidades, incluso hierro, en suma, cosas sanas, tanto es así que nunca estuve tan bien como entonces. O mejor dicho: estaba bien en la medida en que al dilatar mi superficie aumentaba las posibilidades de contacto entre mí y ese fuera de mí tan precioso, pero al mismo tiempo, a medida que se extendían las zonas de mi cuerpo empapadas de solución marina, mi volumen también crecía, y una zona cada vez más voluminosa en el interior de mí mismo se volvía inalcanzable por el elemento de fuera, árida, sorda, y el peso de este espesor seco y torpe que llevaba dentro de mí era la única sombra en mi felicidad, en nuestra felicidad, de Zylphia y mía, porque cuanto más espléndidamente ella ocupaba sitio en el mar, también en ella crecía más un espesor inerte y opaco, no lamido ni lamible, perdido en el flujo vital, no alcanzado por los mensajes que yo le transmitía a través de la vibración de las olas. Así pues, podría decir que ahora estoy mejor que entonces, ahora que los estratos de la superficie de antes, entonces desplegados en el exterior, se volvieron hacia dentro como se vuelve un guante, ahora que todo el afuera se ha vuelto adentro y ha entrado invadiéndonos a través de ramificaciones filiformes; sí, bien podría decirlo, si no fuera por el hecho de que la zona sorda se ha proyectado afuera, se ha dilatado como la distancia entre mi terno de *tweed* y el paisaje huidizo de la Bassa Lodigiana, y me rodea plena de presencias no deseadas como la del doctor Cècere, con todo el espesor que antes el doctor Cècere habría contenido dentro de sí —en su modo estúpido de dilatarse uniformemente como una pelota—, ahora desplegado ante mí en una superficie injustificadamente irregular y

minuciosa, sobre todo en su nuca regordeta y cubierta de granitos, comprimida en el cuello semirrígido en el momento en que él, diciendo: «¡Je, je, a ver qué hacéis ahí detrás!», movió levemente el retrovisor y vio lo que estaban haciendo nuestras manos, mis manos y las de Zylphia, nuestras exiguas manos externas, nuestras exiguamente sensibles manos que buscan el recuerdo de nosotros nadando, o sea el recuerdo que nos nada, o sea la presencia de cuanto de mí y de Zylphia sigue nadando o siendo nadado, al mismo tiempo, como entonces.

Ésta es una distinción que podría introducir para hacer más evidente la idea del antes y del ahora: antes nadábamos y ahora somos nadados, pero pensándolo mejor prefiero no hacer nada, porque en realidad también cuando el mar estaba fuera yo nadaba en él de la misma manera que ahora, sin que mi voluntad interviniera; es decir, era nadado también entonces, ni más ni menos que ahora; había una corriente que me envolvía y me llevaba de aquí para allá, un fluido dulce y blando en el que Zylphia y yo nos regodeábamos dando vueltas sobre nosotros mismos, flotando sobre abismos de transparencias color rubí, escondiéndonos entre filamentos color turquesa que se desanudaban del fondo; pero estas sensaciones de movimiento se debían solamente —esperad que os lo explique—, se debían solamente ¿a qué? Se debían a una especie de pulsación general; no, no querría confundirla con cómo es ahora, porque desde que al mar lo tenemos encerrado dentro de nosotros es natural que al moverse haga este efecto de émbolo, pero en aquel tiempo naturalmente no se podía hablar de émbolo, porque habría debido imaginarse un émbolo sin paredes, una cámara de combustión de volumen infinito como nos parecía infinito el mar, mejor dicho el océano, en el que estábamos inmersos, mientras que ahora todo es pulsación y latido y ruido y petardeo, dentro de las arterias y fuera, el mar dentro de las arterias que acelera su marcha apenas siento la mano de Zylphia que me busca, o mejor, apenas siento la aceleración de la circulación en las arterias de Zylphia que siente mi mano que la busca (las dos circulaciones que todavía son la misma circulación de un mismo mar y que se unen más allá del contacto de las yemas de los dedos sedientas); y también fuera, en el opaco sediento afuera que intenta sordamente imitar el latido y ruido y petardeo del adentro, y vibra en el acelerador bajo el pie del doctor Cècere, y toda la fila de coches parada en la salida de la autopista intenta repetir la pulsación del océano ahora sepultado dentro de nosotros, del rojo océano antaño sin orillas bajo el sol.

Es una falsa sensación de movimiento la que esta fila de coches ahora parada transmite, petardeando; luego se mueve y es lo mismo que si estuviera parada, el movimiento es falso, no hace otra cosa que repetir carteles y rayas blancas y terraplenes; y todo el viaje no fue más que un falso movimiento en la inmovilidad e indiferencia de todo lo que está fuera. Sólo el mar se movía y se mueve, fuera o dentro, sólo en ese movimiento Zylphia y yo éramos conscientes el uno de la presencia del otro, aunque entonces ni siquiera nos rozábamos, aunque fluctuábamos yo aquí y ella allá, pero bastaba con que el mar acelerase su ritmo y yo advertía la

presencia de Zylphia, su presencia distinta por ejemplo a la del doctor Cècere, el cual sin embargo también entonces estaba allí, y lo notaba sintiendo una aceleración del mismo tipo que la otra pero con una carga contraria; es decir la aceleración del mar (y ahora de la sangre) en función de Zylphia era (es) como nadar a su encuentro o como nadar persiguiéndonos en un juego, mientras que la aceleración (del mar y ahora de la sangre) en función del doctor Cècere era (y es) como huir nadando para evitarlo, o bien como nadar contra él para hacerle huir, todo ello sin que nada cambie en la relación entre nuestras distancias.

Ahora es el doctor Cècere el que acelera (las palabras empleadas son las mismas pero sus significados cambian) y adelanta a un Flaminia en una curva, y acelera en función de Zylphia, para distraerla con una maniobra arriesgada, una falsa maniobra arriesgada del auténtico nadar que nos une a ella y a mí: digo falsa como maniobra, no como arriesgada, porque a lo mejor el riesgo es auténtico, es decir, afecta al adentro de nosotros que en un choque podría brotar; mientras que como maniobra no cambia nada; las distancias entre el Flaminia, la curva, el Volkswagen pueden asumir valores y relaciones distintos y no pasa nada esencial, como nada esencial le ocurre a Zylphia, a la que le importan un bledo los adelantamientos del doctor Cècere; todo lo más será Jenny Fumagalli la que se alegre: «¡Dios, cómo corre este cochecito!», y su regocijo, en la presunción de que sean para ella las fanfarronadas automovilísticas del doctor Cècere, está injustificado por partida doble; primero porque el adentro de ella no le transmite nada que justifique regocijo; segundo, porque se equivoca sobre las intenciones del doctor Cècere, el cual a su vez se equivoca creyendo hacer quién sabe qué haciéndose el chulito, de la misma manera en que antes se equivocaba Jenny Fumagalli sobre mis intenciones cuando yo iba al volante y ella a mi lado, y atrás, sentado con Zylphia, también el doctor Cècere se equivocaba, ambos concentrados — Fumagalli y él— en la falsa disposición de los estratos de espesor seco, ignorantes — crecidos en forma de pelota como eran— de que sólo ocurre verdaderamente lo que ocurre en el nadar de cuanto de nosotros está inmerso; y así, esta estúpida historia de adelantamientos que no significan nada como un adelantarse de objetos fijos inmóviles clavados sigue superponiéndose a la historia de nuestro libre y verdadero nadar, buscando un significado que interfiera en ésta, del único estúpido modo que sabe, del riesgo referido a la sangre, de la posibilidad de nuestra sangre de volver a ser mar de sangre, de un falso regreso a un mar de sangre que ya no sería ni sangre ni mar.

Aquí hay que especificar deprisa, antes de que con un adelantamiento desconsiderado de un camión con remolque el doctor Cècere haga inútil cualquier especificación, el modo en que el común antiguo sangre-mar era común y a la vez individual de cada uno de nosotros y cómo se puede seguir nadando en él como tal y cómo en cambio no se puede: un discurso que dicho deprisa no sé si se entiende, porque, como siempre cuando se habla de esta sustancia general, el discurso no se puede hacer en términos generales sino que debe variar según la relación que haya

entre uno y los demás, y tanto vale volver a empezar desde el principio. Así pues, esta historia de tener en común el elemento vital era única en cuanto que la separación entre Zylphia y yo estaba, por así decirlo, colmada y podíamos sentirnos al mismo tiempo dos individuos distintos y un todo único, lo que siempre tiene sus ventajas, pero cuando se sabe que este todo único comprendía también presencias absolutamente desabridas como Jenny Fumagalli o, peor, insoportables como el doctor Cècere, entonces, muchas gracias, el asunto pierde bastante interés. Y es en ese punto donde entra en juego el instinto de la reproducción: a Zylphia y a mí, o por lo menos a mí, me daban ganas, y creo que a ella también visto que no le disgustaba, de multiplicar nuestra presencia en el mar-sangre de manera que los que se aprovecharan fuésemos cada vez más nosotros y cada vez menos el doctor Cècere; y como las células reproductivas las teníamos para eso, procedíamos con ahínco a la fecundación, es decir yo fecundaba todo lo que de ella era fecundable, para que nuestra presencia aumentara en cifras absolutas y en porcentaje, y el doctor Cècere — aunque también él se dedicara ridículamente a reproducirse— se quedara en minoría, en una —ése era el sueño, casi delirio que se apoderaba de mí— minoría cada vez más exigua, insignificante, cero coma cero cero etcétera por ciento, hasta desaparecer en la densa nube de nuestra progenie como en un banco de anchoas voracísimas y fulmíneas que lo habrían devorado cachito a cachito, sepultándolo en el interior de nuestros secos estratos internos, cachito a cachito, allí donde la corriente marina nunca le habría alcanzado, y entonces el mar-sangre habría sido una sola cosa con nosotros, es decir por fin toda la sangre habría sido nuestra sangre.

Éste es precisamente el deseo secreto que siento, al mirar el cogote del doctor Cècere allí delante: hacerlo desaparecer, comérmelo, o sea no comérmelo yo, porque me da un poco de asco (vistos sus granitos), sino emitir, proyectar fuera de mí (fuera del conjunto Zylphia-yo) un banco de anchoas voracísimas (de yo —sardinas, de Zylphia-yo-sardinas) y devorar al doctor Cècere, privarlo del uso de un sistema sanguíneo (además de un motor de explosión, así como del ilusorio uso de un motor estúpidamente de explosión), y visto que ya estamos en ello, devorar también a esa pesada de Jenny Fumagalli, que por el hecho de que antes yo estaba sentado junto a ella se ha empeñado en que yo le hiciera a saber qué galanterías, yo que ni siquiera me fijaba en ella, y que ahora dice con su vocecita: «Cuidado, Zylphia...» —todo para fastidiar—, «a ese señor lo conozco...» —todo para hacer creer que yo ahora con Zylphia igual que antes con ella—. Pero ¿qué puede saber ella de lo que verdaderamente sucede entre Zylphia y yo, de cómo Zylphia y yo continuamos nuestro antiguo nado en los abismos escarlata?

Vuelvo a tomar el hilo porque tengo la impresión de que se ha creado algo de confusión: devorar al doctor Cècere, tragármelo, era la mejor manera de separarlo de la sangre-mar cuando precisamente la sangre era mar, cuando el adentro de ahora era afuera, y el afuera adentro; pero en realidad ahora mi deseo secreto es convertir al doctor Cècere en puro afuera, privarle del adentro del que disfruta fraudulentamente,

hacerle expulsar el mar perdido dentro de su pleonástica persona; en suma, mi sueño es soltar contra él no tanto un banco de yo-anchoas como una ráfaga de yo-proyectiles, un ra-ta-ta-ta que lo acribille de los pies a la cabeza, haciendo salir su sangre negra hasta la última gota, lo que también se relaciona con la idea de reproducirme junto a Zylphia, de multiplicar junto a Zylphia nuestra circulación sanguínea en un pelotón o batallón de descendientes vindicativos armados de fusiles automáticos para acribillar al doctor Cècere; precisamente esto me sugiere el instinto sanguinario (en el mayor secreto, dada mi constante actitud de persona civilizada y educada igual que vosotros), el instinto sanguinario unido al sentido de la sangre como «nuestra sangre» que yo llevo conmigo igual que vosotros, educada y civilizadamente.

Hasta aquí puede parecer que todo está claro: pero debéis tener en cuenta que para aclararlo he simplificado tanto las cosas que no estoy seguro de que el paso adelante que he dado sea de verdad un paso adelante. Porque desde el momento en que la sangre se convierte en «nuestra sangre», la relación entre nosotros y la sangre cambia, es decir, lo que cuenta es la sangre en cuanto «nuestra», y todo lo demás, incluidos nosotros, cuenta menos. De modo que en mi impulso hacia Zylphia, además del deseo de tener todo el océano para nosotros, también estaba el impulso de perderlo, de anularnos en el océano, de destruirnos, de destrozarnos, o sea —para empezar— de destrozar a Zylphia mi amada, de hacerla pedazos, de comérmela, y ella lo mismo: lo que quería era destrozarme, devorarme, deglutirme, nada más. La mancha naranja del Sol vista desde las profundidades marinas ondeaba como una medusa y Zylphia se deslizaba a través de los filamentos luminosos devorada por el deseo de devorarme, y yo me retorcí entre las envolturas de oscuridad que se alargaban desde el fondo como largas algas anilladas por los reflejos de añil, muriéndome de ganas de morderla. Y por fin en el asiento trasero del Volkswagen, en un brusco volantazo caí encima de ella y hundí mis dientes en su piel allí donde el corte «a la americana» de las mangas descubre el hombro, y ella me clavó sus puntiagudas uñas entre los botones de mi camisa, y esto sigue siendo el impulso de antes, el que quería sustraerla (o sustraerme) de la ciudadanía marina y ahora en cambio tiende a sustraer el mar de ella, de mí, en cualquier caso a cumplir el tránsito del elemento flameante de la vida al pálido y opaco que es nuestra ausencia del océano o del océano de nosotros.

Así pues, el mismo impulso actúa con encarnizamiento amoroso entre ella y yo y con encarnizamiento hostil contra el doctor Cècere: para cada uno de nosotros no hay otra manera de entrar en relación con los demás, quiero decir: siempre es este impulso el que nutre la propia relación con los demás en las formas más diversas e irreconocibles, como cuando el doctor Cècere adelanta coches de cilindrada superior a la suya, incluso un Porsche, con aires de superioridad respecto a estos coches superiores y con intenciones desconsideradamente amorosas hacia Zylphia y al mismo tiempo vindicativas hacia mí y a la vez autodestructivas hacia sí mismo. Así, a

través del riesgo, la insignificancia del afuera logra interferir en el elemento esencial, en el mar en el que Zylphia y yo seguimos cumpliendo nuestros vuelos nupciales de fecundación y destrucción: dado que el riesgo apunta directamente a la sangre, a nuestra sangre, porque si se tratara sólo de la sangre del doctor Cècere (conductor poco respetuoso, además, del código de circulación) habría que desearle por lo menos que se saliera de la carretera, pero en efecto se trata de todos nosotros, del riesgo del posible regreso de nuestra sangre de la oscuridad al Sol, de lo separado a lo mezclado, falso regreso, como todos nosotros en nuestro ambiguo juego fingimos olvidar, porque el adentro de ahora, una vez que se derrama, se convierte en el afuera de ahora y ya no puede volver a ser el afuera de entonces.

Así, Zylphia y yo lanzándonos encima el uno del otro en las curvas jugamos a provocar vibraciones en la sangre, es decir a permitir que los falsos escalofríos del insulso afuera se sumen a los que vibraban desde el fondo de los milenios y de los abismos marinos, y entonces el doctor Cècere dijo: «Vamos a tomarnos una sopa en el restaurante de los camioneros», disfrazando de generoso amor de vida su constante y torpe violencia, y Jenny Fumagalli añadió astutamente: «Pero tienes que llegar antes que los camioneros, si no no se la comen toda», astuta y siempre trabajando al servicio de la más negra destrucción, y el negro camión con matrícula de Udine 38 96 21 estaba allí delante zumbando sus sesenta por hora en la carretera toda curvas, y el doctor Cècere pensó (y quizá dijo): «Lo adelanto», y se echó a la izquierda, y todos nosotros pensamos (y no dijimos): «No podrás», y en efecto de más atrás en la curva llegaba disparado el DS, y para esquivarlo el Volkswagen rozó el muro y de rebote chocó contra el curvado parachoques cromado y otra vez de rebote el plátano, luego la vuelta sobre sí mismo en el precipicio, y el mar de sangre común que inunda la chapa machacada no es la sangre-mar de los orígenes sino sólo un detalle del afuera, del insignificante y árido afuera, un número para las estadísticas de los accidentes de fin de semana.

SEGUNDA PARTE

Priscila

En la reproducción asexual, ese sencillísimo ser que es la célula, llegado a un determinado punto de su crecimiento, se divide. Forma dos núcleos, y de un solo ser salen dos. Pero no podemos decir que un ser ha dado vida a un segundo. Los dos nuevos seres son por derecho producidos por el primero. El primero ha desaparecido. Podemos decir que ha muerto, dado que no sobrevive en ninguno de los dos seres que ha producido. No se descompone como sucede a los animales sexuales cuando mueren, sino que deja de ser. Deja de ser en cuanto ser discontinuo. La continuidad se dio sólo en un punto de la reproducción. Existe un punto en el que el uno primitivo se ha transformado en dos. Desde el momento en que hay dos, se da de nuevo la discontinuidad de cada uno de los seres. Pero la transformación implica un instante de continuidad entre los dos. El primero muere, pero en su muerte se manifiesta un instante fundamental de continuidad.

GEORGES BATAILLE,
L'érotisme (de la introducción)

Las células germinales son inmortales, las células somáticas sólo tienen una duración de vida limitada. Por medio de la línea de las células germinales los organismos de hoy se relacionan con las formas vivientes más antiguas, cuyos cuerpos han muerto. [...] Las divisiones precoces de las células germinales —oogonios y espermatogonios— tienen lugar mediante divisiones cariocinéticas comunes. En esta fase cada célula contiene el doble del repertorio de cromosomas y en cada división cada cromosoma se hiende longitudinalmente en dos partes iguales, que se separan y pasan a las células hijas. Después de un determinado número de divisiones ordinarias se encaminan a dos divisiones particulares, en una de las cuales el número de cromosomas se divide por la mitad. Éstas se llaman divisiones de maduración o meiosis, en oposición a la mitosis o proceso ordinario de división. [...] Inmediatamente antes de la división de maduración de las células espermáticas vuelven a aparecer los cromosomas como sutiles filamentos que se desdobl原因 en el núcleo voluminoso; de ellos alguno tiene forma de lazo, otros en cambio de bastón. Se pegan el uno al otro longitudinalmente, parece que se fusionan pero la experiencia genética demuestra que no se fusionan. Es probable que en este estadio o en los ovocitos o en los espermatozoos o en ambos los cromosomas intercambien fragmentos de partes perfectamente equivalentes. El proceso recibe el nombre de *crossing-over*. [...] Durante las divisiones de maduración, tanto en los ovocitos como en las células espermáticas, se produce una redistribución de los cromosomas de origen paterno y materno.

T. H. MORGAN,
Embryology and Genetics, cap. III

... au milieu des Enéas qui portent sur le dos leurs Anchises, je passe d'une rive à l'autre seul et détestant ces géniteurs invisibles à cheval sur leurs fils pour toute la vie...

J.-P. SARTRE,
Les mots

Pero ¿de qué modo un componente de la célula, un ácido nucleico, construye otro, una proteína tan distinta en estructura y función? El descubrimiento de Avery, que se podría denominar ADN = información hereditaria, fue una revolución en biología [...]. Antes de que la célula se divida, debe duplicar su contenido de ADN de manera que las dos células hijas contengan dos copias exactas del material genético total. Un ADN constituido por dos hélices idénticas unidas por «enlaces de hidrógeno» proporciona un modelo ideal para esta duplicación. Si los dos filamentos se separan como las dos mitades de una cremallera y cada espiral sirve de modelo para que se forme una espiral complementaria, ya está garantizada la duplicación exacta del ADN y por tanto del gen.

ERNEST BOREK,
The Code of Life

Tout nous appelle à la mort; la nature, comme si elle était presque envieuse du bien qu'elle nous a fait, nous déclare souvent et nous fait signifier qu'elle ne peut pas nous laisser longtemps ce peu de matière qu'elle nous prête, qui ne doit pas demeurer dans les mêmes mains, et qui doit être éternellement dans le commerce: elle en a besoin pour d'autres formes, elle le redemande pour d'autres ouvrages.

BOSSUET,
Sermon sur la mort

No hay que devanarse los sesos sobre cómo un autómata de este tipo pueda producir otros más grandes y complejos que él. En este caso las mayores dimensiones y la mayor complejidad del objeto que hay que construir se reflejarán en una amplitud presumiblemente también mayor que las instrucciones I que es necesario proporcionar. [...] A continuación, todos los autómatas contruidos por un autómata del tipo A compartirán con A esta propiedad. Todos ellos tendrán un lugar en el que se pueda aplicar la instrucción I. [...] Está muy claro que la instrucción I realiza *grosso modo* las funciones de un gen. También está claro que el mecanismo de copia de B cumple el acto fundamental de la reproducción, la duplicación del material genético, que evidentemente es la operación fundamental en la multiplicación de las células vivas.

JOHANN VON NEUMANN,
The General and Logical Theory of Automata

Los que tanto exaltan la incorruptibilidad, la inalterabilidad, creo que se reducen a decir estas cosas por su gran deseo de vivir muchos años, y por el terror que le tienen a la muerte. Y no consideran que, si los hombres fueran inmortales, a ellos no les correspondería venir al mundo. Merecerían encontrarse en una cabeza de Medusa, que los convirtiera en estatuas de jaspe o de diamante, para ser más perfectos de lo que son. [...] Y no cabe la menor duda de que la Tierra es mucho más perfecta, siendo, como es, alterable, mudable, que si fuera una masa de piedra, aun cuando fuera un diamante durísimo e impasible.

GALILEO GALILEI,
Dialogo sopra i due massimi sistemi, jornada I

I. Mitosis

... Y cuando digo «morir de amor» —*prosiguió Qfwfq*—, quiero decir algo de lo que vosotros no tenéis ni idea, vosotros que creéis que enamorarse quiere decir forzosamente enamorarse de otra persona o cosa, o de lo que demonios sea. Resumiendo, yo estoy aquí y aquello de lo que estoy enamorado está allá; es decir, una relación vinculada a la vida de relación; en cambio, yo os hablo de antes de que me pusiera en relación con nada; había una célula y esa célula era yo, y basta, no miremos ahora si alrededor también había otras, no importa, había esa célula que era yo y ya es mucho, algo así basta y sobra para llenarte la vida; precisamente de esta sensación de plenitud quiero hablar, plenitud no gracias al protoplasma que tenía, que aun habiendo crecido en proporciones notables no era en cualquier caso nada excepcional; se sabe que las células están llenas de protoplasma, si no de qué queréis que estén llenas; yo hablo de una sensación de plenitud, digamos, si me permitís la palabra, abrir comillas, espiritual, cerrar comillas; es decir el hecho de la consciencia de que aquella célula era yo, esa consciencia era la plenitud. Esa plenitud era la consciencia, algo que no te dejaba dormir por la noche, algo que no cabía en su pellejo, es decir precisamente la situación que os he dicho: «morir de amor».

Ahora ya sé que me responderéis que un enamoramiento presupone no sólo la consciencia de sí sino también del otro, etcétera etcétera, y yo os respondo que qué bien, hasta ahí yo también llego, pero si no tenéis un poco de paciencia es inútil que intente explicaros, y sobre todo debéis olvidar por un momento el modo en que os enamoráis ahora, el modo en que yo también, si me permitís confidencias de este tipo, me enamoro; digo confidencias porque sé muy bien que si os hablara de un enamoramiento mío de ahora podríais decir que soy indiscreto, mientras que de cuando era un organismo unicelular puedo hablar sin ningún escrúpulo, o sea hablar, como se dice, objetivamente, porque ya es agua pasada, y en mi caso ya es mucho si me acuerdo; sin embargo lo que recuerdo basta para sacudirme de pies a cabeza, por lo tanto si decía objetivamente lo decía por decir algo, como ocurre cuando se dice objetivamente, que luego, dale que te dale, siempre se acaba por caer en lo subjetivo; y así este discurso que quiero haceros me resulta difícil precisamente porque da de lleno en lo subjetivo, en lo subjetivo de entonces que por poco que lo recuerde es algo que sacude de pies a cabeza tal como lo subjetivo de ahora, y por eso he empleado

expresiones que tendrán la desventaja de crear confusión con lo que ahora hay de distinto, pero también tienen la ventaja de arrojar luz sobre aquello que hay de común.

En primer lugar, debo especificar mejor lo que decía sobre acordarme poco, es decir advertir que si algunas partes de mi narración estarán desarrolladas con menos amplitud que otras no quiere decir que sean menos importantes sino sólo que están sostenidas en menor medida por mi memoria, ya que lo que recuerdo bien es la fase, digamos, inicial de mi historia de amor, casi diría la fase precedente, es decir que en lo más bello de la historia de amor la memoria se deshace se deshilacha se desmenuza y ya no hay manera de recordar lo que sucede después; digo esto no para justificarme, no con la pretensión de haceros oír una historia de amor que ni siquiera recuerdo, sino para aclarar el hecho de que no recordarla es hasta cierto punto necesario para que la historia sea ésta y no otra, es decir, mientras habitualmente una historia consiste en el recuerdo que se tiene de ella, aquí no recordar la historia se convierte en la historia misma.

Así pues, hablo de una fase inicial de historia de amor que a continuación probablemente vuelve a repetirse en una multiplicación interminable de fases iniciales iguales a la primera y que se identifican con la primera, una multiplicación o, mejor, una elevación al cuadrado, un crecimiento exponencial de historias que siempre es como si fuesen la misma historia, pero de todo eso no es que esté muy seguro, lo presumo como podéis presumirlo vosotros; me refiero a una fase inicial que precede a las demás fases iniciales, una primera fase que tiene que haber habido; primero, porque es lógico esperar que la haya habido, y, en segundo lugar, me acuerdo muy bien de ella, y cuando digo que es la primera no quiero decir la primera en sentido absoluto, os gustaría que así fuera pero en cambio no; digo la primera en el sentido de que a una cualquiera de estas fases iniciales siempre iguales la podemos considerar la primera, y aquella a la que me referiré es la que recuerdo yo, la que yo recuerdo como primera en el sentido de que antes de ella no me acuerdo de nada, y la primera en sentido absoluto vete tú a saber cuál es; a mí no me interesa.

Entonces empezaremos así: hay una célula y esa célula es un organismo unicelular y ese organismo unicelular soy yo, y yo lo sé, y me alegro. Hasta aquí nada de especial. Ahora intentemos representarnos esta situación en el espacio y en el tiempo. Pasa el tiempo y yo cada vez más contento de estar allí y de ser yo; también estoy cada vez más contento de que el tiempo sea y de que en el tiempo esté yo; o sea de que el tiempo pase y yo pase el tiempo y el tiempo me pase a mí; es decir contento de ser contenido en el tiempo, de ser yo el contenido del tiempo, mejor aún el continente; en resumen, de marcar con ser yo el paso del tiempo, y esto debéis reconocer que empieza a echarse encima la sensación de espera, de una alegre y esperanzada espera, es más, de impaciencia, una alegre impaciencia, una alegre y excitada impaciencia juvenil, y al mismo tiempo una ansiedad, una juvenil ansiedad excitada y en el fondo dolorosa, una dolorosa e insostenible tensión de impaciencia.

Además, hay que tener en cuenta que ser quiere decir también estar en el espacio, y en efecto yo había sido echado en el espacio todo lo largo que era, con el espacio todo a mi alrededor que, aunque yo no lo supiera, se sabía que continuaba por todos lados, el espacio que ahora no importa estar allí mirando si contenía alguna otra cosa; yo estaba cerrado sobre mí mismo y me dedicaba a mis asuntos y ni siquiera tenía una nariz para meter la nariz, o un ojo para interesarme por el afuera, por lo que había y lo que no había, pero la sensación de ocupar espacio en el espacio yo la tenía, así como la de regodearme en medio de él, de crecer con mi protoplasma en distintas direcciones; pero como decía no quiero insistir en este aspecto cuantitativo y material; quiero hablar sobre todo de la satisfacción y las ganas de hacer algo con el espacio, de tener tiempo para obtener disfrute del espacio, de tener espacio para hacer pasar algo en el paso del tiempo.

Hasta aquí he mantenido separado tiempo y espacio para que me entendáis mejor, o mejor para entender yo mejor lo que debería haceros entender, pero en esa época no es que se distinguiera muy bien lo que era uno de lo que era otro: en ese punto y en ese momento estaba yo, ¿de acuerdo?, y después un afuera que me parecía como un vacío que yo habría podido ocupar en otro momento o punto, en una serie de otros puntos o momentos; en suma, una potencial proyección de mí pero en la cual yo no estaba, y en consecuencia un vacío que era, resumiendo, el mundo y el futuro, pero yo todavía no lo sabía; vacío porque todavía se me negaba la percepción y en cuanto a imaginación estaba todavía muy atrás y como categorías mentales era un desastre, pero tenía esa alegría de que fuera de mí estuviera ese vacío que no era yo, que a lo mejor habría podido ser yo porque yo era la única palabra que conocía, la única palabra que habría sabido declinar, un vacío que habría podido ser yo, pero en ese momento no lo era y en el fondo nunca lo sería; era el descubrimiento de otra cosa que todavía no era alguna cosa pero en cualquier caso no era yo, o mejor no era yo en ese momento y en ese punto y en consecuencia era otro; y este descubrimiento me provocaba un entusiasmo hilarante, no, desgarrador, un desgarrar vertiginoso, el vértigo de un vacío que era todo lo posible, todo otro lugar otra vez otro modo posible, el complemento de ese todo que para mí era el todo, y me desbordaba de amor por ese otro lugar otra vez otro modo posible mudo y vacío.

Así pues, veis que al decir «enamorado» no decía algo tan fuera de lugar, y vosotros que siempre estabais a punto de interrumpirme y decir: «Enamorado de sí mismo, ja ja, enamorado de sí mismo»; hice bien en no haceros caso y en no usar ni dejaros usar esa expresión; ya veis que el enamoramiento ya entonces era desgarradora pasión para el fuera de mí, era el forcejeo de quien anhela huir de sí mismo así como yo estaba entonces revolviéndome en el tiempo y en el espacio enamorado hasta la muerte.

Para contar bien cómo se desarrollaron las cosas debo recordaros cómo estaba hecho: una masa de protoplasma que sería algo así como una especie de ñoqui de pulpa con un núcleo en medio. Ahora bien, no es que quiera hacerme el interesante,

pero en el núcleo yo tenía una vida muy intensa. Físicamente era un individuo en su plena lozanía, y vale, sobre este punto no me parece discreto llamar la atención: era joven, sano, estaba en la plenitud de mis fuerzas, pero con ello no quiero excluir que otro que se hallase en peores condiciones, con el citoplasma delgado o aguado, pudiera exhibir dotes incluso mayores. Lo importante para lo que quiero contar es cuánto de esta vida física mía se reflejaba en el núcleo: digo física no porque se distinguiera entre vida física y vida de otra clase, sino para que comprendáis cómo la vida física tenía en el núcleo su punto de mayor concentración sensibilidad y tensión, de modo que mientras a lo mejor yo por ahí iba tan tranquilo y feliz en mi pulpa blanquecina, el núcleo participaba de esa tranquilidad y felicidad citoplasmática en su modo nucleico, es decir acentuando y adensando la enmarañada granulación y salpicadura que lo adornaba, y yo guardaba en mí una intensa fatiga nucleica que luego no correspondía a otra cosa más que a mi bienestar exterior; de modo que, digamos, cuanto más contento estaba de ser yo, mi núcleo más se cargaba de su densa impaciencia, y todo lo que yo era y todo lo que yo iba poco a poco siendo acababa por situarse en el núcleo y ser absorbido registrado acumulado en una serpentina contorsión de espirales, en el modo poco a poco diferente en que ellas se iban ovillando y devanando, de modo que también podría decir que todo lo que yo sabía lo sabía en el núcleo, si no corriera el peligro de haceros pensar en una fusión separada o, mejor, contraria del núcleo con respecto a lo demás, mientras que si hay un organismo ágil e impulsivo en el que no se puedan hacer muchas distinciones, ése es el organismo unicelular; pero tampoco querría exagerar en sentido contrario, como para daros la idea de una homogeneidad química de gota inorgánica dejada allí; sabéis mejor que yo cuántas distinciones hay en el interior de la célula y también en el interior del núcleo, que yo precisamente había picoteado, pecoso, cubierto de filamentos o ramitas o bastones, y cada uno de estos filamentos o ramitas o bastones o cromosomas tenía una relación específica con alguna particularidad de lo que yo era. Ahora podría intentar una afirmación un poco aventurada, y decir que yo no era más que la suma de esos filamentos o ramitas o bastones, afirmación que puede ser discutida por el hecho de que yo era yo todo entero y no una parte de mí mismo, pero que también puede ser mantenida precisando que aquellos bastones eran yo mismo traducido a bastones, es decir lo que de mí era posible traducir a bastones, para luego eventualmente volver a traducirlo a mí. Y, por lo tanto, cuando hablo de intensa vida del núcleo quiero decir no tanto el rumor o el chirrido de todos esos bastones en el interior del núcleo como el nerviosismo de un individuo que sabe que tiene todos esos bastones, que es todos esos bastones, pero también sabe que hay algo que no se puede representar con esos bastones, un vacío del que esos bastones sólo pueden oír el vacío; es decir, esa tensión hacia el afuera el otro lugar el otro modo, que es además lo que se dice un estado de deseo.

Sobre este estado de deseo es mejor ser más preciso: se da un estado de deseo cuando de un estado de satisfacción se pasa a un estado de creciente satisfacción y

después, inmediatamente después, a un estado de insatisfactoria satisfacción, es decir de deseo. No es verdad que el estado de deseo se dé cuando falta algo; si falta algo, paciencia, se pasa sin ello, y si es algo indispensable, al pasar sin ello se deja de ejercitar alguna función vital, y por lo tanto se va rápidamente a una segura extinción. Quiero decir que de un estado de carencia puro y simple no puede nacer nada, nada bueno ni tampoco nada malo, sólo otras carencias hasta la carencia de la vida, condición notoriamente ni buena ni mala. Pero un estado de carencia puro y simple, que yo sepa, no existe en la naturaleza: el estado de carencia se experimenta siempre en oposición a un precedente estado de satisfacción, y es en el estado de satisfacción donde crece todo lo que puede crecer. Y no es verdad que un estado de deseo presuponga necesariamente algo deseado; el algo deseado comienza a ser sólo cuando existe el estado de deseo; no porque antes ese algo no fuera deseado sino porque antes ¿quién sabía que existía?; así pues, una vez que se da el estado de deseo es precisamente el algo lo que empieza a ser, algo que si todo va bien será el algo deseado, pero que podría seguir siendo un algo y nada más por carencia del que desea, cuyo no desear también podría dejar de ser, como en el caso en cuestión de «morir de amor», que todavía no se sabe cómo puede acabar. Entonces, para volver al punto en que nos habíamos quedado, diré que mi estado de deseo tendía sencillamente a otro lugar otra vez otro modo que también habría podido contener algo (o, digamos, el mundo) o contenerme sólo a mí mismo, o a mí mismo en relación con algo (o con el mundo), o algo (el mundo) ya sin mí mismo.

Para precisar este punto me doy cuenta de que he vuelto a hablar en términos generales, perdiendo el terreno ganado con las precisiones anteriores, lo cual ocurre a menudo en las historias de amor. Estaba dando cuenta de lo que me sucedía a mí a través de lo que sucedía en el núcleo y en particular en los cromosomas del núcleo, la consciencia que a través de ellos se concretaba en mí de un vacío más allá de mí y más allá de ellos, la espasmódica consciencia de que a través de ellos me obligaba a algo, a un estado de deseo que, por poco que se pueda mover, se transforma inmediatamente en movimiento de deseo. Este movimiento de deseo seguía siendo en el fondo un deseo de movimiento, como sucede cuando uno no puede moverse hacia algún lugar porque el mundo no existe o no se sabe que exista, y en esos casos el deseo impulsa a hacer, a hacer algo, o sea a hacer cualquier cosa. Pero cuando no se puede hacer ninguna cosa por falta del mundo exterior, el único hacer que nos podemos permitir disponiendo de poquísimos medios es ese especial tipo de hacer que es el decir. En suma, yo me veía impulsado a decir; mi estado de deseo, mi estado-movimiento-deseo de movimiento-deseo-amor me impulsaba a decir, y como la única cosa que tenía que decir era yo mismo, me veía impulsado a decirme a mí mismo, es decir a expresarme. Seré más preciso: primero, cuando decía que para decir bastan poquísimos medios no decía exactamente la verdad, y por lo tanto me corrijo: para decir se necesita un lenguaje, y perdón si es poco. Por lenguaje yo tenía todas aquellas menudencias o bastoncillos llamados cromosomas, por lo tanto bastaba

con repetir esas menudencias o bastoncillos para repetirme a mí mismo, se entiende que para repetirme a mí mismo en cuanto a lenguaje, que como se verá es el primer paso para repetirme a mí mismo en cuanto tal, que luego como se verá no es en absoluto repetir. Pero lo que se vaya a ver es mejor que lo veáis a su debido tiempo, porque si continuó haciendo precisiones dentro de otras precisiones no saldré de ellas.

Es cierto que aquí es necesario proceder con mucho cuidado para no caer en inexactitudes. Toda esta situación que he intentado contar y que al principio definí como «enamoramiento» explicando a continuación cómo se haya de entender esta palabra, resumiendo, todo esto repercutía en el interior del núcleo en un enriquecimiento cuantitativo y energético de los cromosomas, mejor dicho en su jubiloso desdoblamiento, porque cada uno de los cromosomas se repetía en un segundo cromosoma. Al hablar del núcleo resulta natural hacer de él una sola cosa con la consciencia, lo que es sólo una simplificación un tanto grosera. Pero aunque las cosas fueran realmente así, ello no implicaría la consciencia de poseer un número doble de bastoncillos, porque al tener cada bastoncillo una función, al ser cada uno, volviendo a la metáfora del lenguaje, una palabra, el hecho de que una misma palabra figurase dos veces no cambiaba lo que yo era, dado que yo consistía en el surtido o vocabulario de las distintas palabras o funciones que tenía a mi disposición, y el hecho de tener palabras dobles se dejaba sentir en esa sensación de plenitud que antes llamé, abrir comillas, espiritual, cerrar comillas, y ahora se ve cómo las comillas aludían al hecho de que se trataba de un asunto en el fondo completamente material de filamentos o bastoncillos o palitos, pero no por eso menos jubiloso y energético.

Hasta aquí recuerdo muy bien, porque los recuerdos del núcleo, con consciencia o sin ella, conservan una mayor evidencia. Pero esta tensión de la que os hablaba, a la larga se había ido transmitiendo al citoplasma: se había apoderado de mí una necesidad de estirarme cuan largo era, hasta una especie de rigidez espasmódica de los nervios que no tenía: y así, el citoplasma se había ido ahusando como si sus dos extremidades quisieran escapar la una de la otra en un haz de materia fibrosa que temblaba igual que temblaba el núcleo. Mejor dicho, seguir distinguiendo entre núcleo y citoplasma era difícil: el núcleo era como si se hubiera disuelto y los bastoncillos se habían liberado allí a mitad de ese huso de fibras tensas y espasmódicas, aunque sin dispersarse, dando vueltas sobre sí mismos todos a la vez como en un carrusel.

En verdad, casi no me había dado cuenta del estallido del núcleo: sentía ser todo yo mismo de una manera más que nunca total, y al mismo tiempo no serlo; que este todo yo mismo era un lugar en el que estaba todo menos yo mismo: es decir, tenía la sensación de ser habitado, no: de habitarme, no: de habitar un yo habitado por otros, no: tenía la sensación de que otro era habitado por otros. En cambio, de lo que me di cuenta sólo entonces fue de ese hecho del desdoblamiento que antes, como decía, no había visto claro: en ésas me encontré con un número de cromosomas exorbitante, ya todos mezclados porque las parejas de cromosomas gemelos se habían despegado y

yo ya no comprendía nada. O sea, ante el vacío mudo ignoto en el que me había ido sumergiéndome amorosamente, necesitaba decir algo que restaurase mi presencia, pero en ese momento las palabras que tenía a mi disposición me parecían muchísimas, demasiadas, como para ordenarlas en algo que decir que todavía fuera yo mismo, mi nombre, mi nuevo nombre.

Todavía recuerdo algo: cómo de ese estado de congestión caótica tendía a pasar, en la vana búsqueda de un alivio, a una congestión más equilibrada y ordenada, es decir a hacer que un surtido completo de cromosomas se dispusiera de una parte y otro de otra parte, de modo que el núcleo, o sea ese carrusel de pajuelas que había ocupado el lugar del núcleo estallado, en un cierto momento acabó por adoptar un aspecto simétrico y especular, como dividiendo sus propias fuerzas para apoderarse de la provocación del vacío mudo ignoto, de modo que el desdoblamiento que antes afectaba a cada uno de los bastoncillos ahora comprendía el núcleo en su conjunto, es decir, lo que yo seguía considerando todavía un núcleo único y como tal haciéndolo funcionar, si bien sólo era un remolino de cosas que se estaba separando en dos remolinos distintos.

Aquí es necesario precisar que esta separación no lo era en el sentido de cromosomas viejos de una parte y cromosomas nuevos de otra, porque si no os lo he explicado antes os lo explico ahora, cada bastoncillo después de haberse espesado se había dividido todo lo largo que era, por lo tanto todos eran igualmente viejos e igualmente nuevos. Esto es importante porque antes empleé el verbo repetir, que como siempre era un poco aproximado y podía dar la falsa idea de que hubiera un bastoncillo original y un bastoncillo copia, y también el verbo decir estaba bastante fuera de lugar, aun cuando esa frase del decirme a mí mismo me salió particularmente bien, fuera de lugar en cuanto que para decir se necesita uno que diga y algo que sea dicho, y entonces ése no era precisamente el caso.

Difícil, en suma, definir en términos precisos la indeterminación de los estados de ánimo amorosos, que consisten en una jubilosa impaciencia por poseer un vacío, en una golosa expectativa de lo que podía venir a mi encuentro del vacío, y también en el dolor de estar todavía privado de aquello por lo que estoy en impaciente y golosa expectativa, en el desgarrador dolor de sentirme ya potencialmente desdoblado para potencialmente poseer algo potencialmente mío, y todavía obligado a no poseer, a considerar no mío, por lo tanto potencialmente ajeno, lo que potencialmente estoy poseyendo. El dolor de tener que soportar que lo potencialmente mío sea potencialmente ajeno, o, por lo que yo sabía, ajeno incluso de hecho, ese goloso y celoso dolor es un estado de tal plenitud que hace creer que el enamoramiento consiste todo solamente en el dolor, es decir que la golosa impaciencia no es más que celosa desesperación, y el movimiento de la impaciencia no es más que el movimiento de la desesperación que se atornilla dentro de sí misma haciéndose cada vez más desesperada, con la facultad que cada partícula de desesperación tiene de desdoblarse y disponerse simétricamente con la partícula análoga y tender a salir de

su propio estado para entrar en otro estado a lo mejor peor pero que desgarre y destroce éste.

En este tira y afloja entre los dos remolinos, se iba formando un intervalo, y ése fue el momento en que mi estado de desdoblamiento comenzó a quedarme claro, al principio como una separación de la consciencia, como una especie de estrabismo de la presencia, de la sensación de presencia de todo yo mismo, porque el núcleo no era el único interesado en estos fenómenos, ya sabéis que todo lo que ocurría allí, en los bastoncillos del núcleo, se reflejaba en la extensión de mi ahusada persona física, ordenada precisamente por esos bastoncillos. Así, también mis fibras de citoplasma se iban concentrando en dos direcciones opuestas y adelgazándose en su mitad hasta el punto de que parecía que yo tuviera dos cuerpos iguales uno de una parte uno de otra unidos por un adelgazamiento que se afinaba se afinaba hasta ser filiforme, y en ese instante tuve por primera vez la consciencia de la pluralidad, por primera y última vez, porque ya era tarde; sentí la pluralidad en mí como imagen y destino de la pluralidad del mundo, y la sensación de ser parte del mundo, de estar perdido en el mundo innumerable, y todavía al mismo tiempo aguda la sensación de ser yo, digo la sensación y no la consciencia porque si hemos convenido en llamar consciencia a lo que sentía en el núcleo, ahora los núcleos eran dos, y cada uno arrancaba las últimas fibras que lo mantenían unido al otro, y ya cada uno transmitía por su cuenta, ya por mi cuenta por mi cuenta de manera repetida cada uno independientemente la consciencia casi balbuceante arrancaba las últimas fibras la memoria las memorias.

Digo que la sensación de ser yo ya no venía del núcleo sino de ese poco de plasma destrozado y estrujado allí en medio, y todavía era como un vértice filiforme de plenitud, como un delirio en el que veía todas las diversidades del mundo plural filiformemente irradiadas por mi continuidad primera y singular. Y en el mismo momento me daba cuenta de que salirme de mí mismo era una salida sin retorno, sin restitución posible del yo que ahora soy consciente de estar tirando sin que jamás me pueda ser restituido; y entonces es la agonía que se precipita triunfal porque la vida ya está en otra parte; ya deslumbramientos de memoria ajena desdoblados no superpuestos de la célula ajena establecen la relación de la célula nueva, la relación consigo misma nueva y con lo demás.

Todo el después se pierde en la memoria rota y multiplicada como el propagarse y repetirse en el mundo de los individuos desmemoriados y mortales, pero un instante antes de que comenzara el después ya comprendí todo lo que debía venir, el futuro o soldadura de anillo que ahora o ya entonces tiene lugar o tiende desesperadamente a venir, comprendí que este decidirse a salir de sí mismo que es nacimiento-muerte habría cumplido su ciclo, se habría transformado de estrangulamiento y fractura en compenetración y mescolanza de células asimétricas que suman los mensajes repetidos a través de trillones de trillones de enamoramientos mortales; vi mi mortal enamoramiento regresar en busca de la soldadura original o final, y todas las palabras que no eran exactas en el relato de mi historia de amor volverse exactas y también su

sensación seguir siendo la sensación exacta de antes, y los enamoramientos encenderse en el bosque de la pluralidad de los sexos y de las especies, el vértigo vacío llenarse de la forma de las especies y de los individuos y de los sexos, y sin embargo repetir siempre aquel desgarró de mí mismo, ese decidirse y salir, decidirme yo mismo y salir de mí mismo, delirio de ese hacer imposible que lleva a decir, de ese decir imposible que lleva a decirse a sí mismo, incluso cuando el sí mismo se divide en un sí mismo que dice y en un sí mismo que es dicho, en un sí mismo que dice y que seguramente morirá y en un sí mismo que es dicho y que a veces corre el riesgo de vivir, en un sí mismo pluricelular y único que conserva entre sus células aquella que al repetirse repite las palabras secretas del vocabulario que nosotros somos, y en un sí mismo unicelular e innumerablemente plural que puede ser gastado en innumerables células palabras de las que sólo la que encuentra la célula palabra complementaria, o sea el otro sí mismo asimétrico, intentará proseguir la historia continua y fragmentaria, pero si no la encontrara no importa, es más, en el caso de que ahora hablaré no estaba previsto que la encontrase en absoluto; es más, en principio se intentará evitar que suceda, porque lo que importa es la fase inicial, mejor dicho preferente, que repite cada fase inicial, mejor dicho preferente, el encuentro de los sí mismos enamorados y mortales, en el mejor de los casos enamorados y en todo caso mortales, lo que importa es el momento en que arrancándose a sí mismo se siente en un deslumbramiento la unión de pasado y futuro, así como yo al arrancarme de mí mismo que precisamente acabo de contar vi lo que debía ocurrir al encontrarme hoy enamorado, en un hoy quizá del futuro quizá del pasado, pero también claramente contemporáneo de ese último instante unicelular y contenido en él, vi que del vacío venía a mi encuentro el otro lugar la otra vez el de otro modo con nombre apellido dirección abrigo rojo botitas negras flequillo pecas: Priscila Langwood, chez Madame Lebras, cent-quatre-vingt-treize Rue Vaugirard, Paris quinzisième.

II. Meiosis

Contar las cosas como son quiere decir contarlas desde el principio, e incluso si se toma la historia en un punto en el que los personajes son organismos pluricelulares, por ejemplo la historia de mis relaciones con Priscila, es necesario empezar por definir bien qué quiero decir cuando digo: yo, y qué quiero decir cuando digo: Priscila, para a continuación pasar a establecer cuáles fueron esas relaciones. Entonces diré que Priscila es un individuo de mi misma especie y de sexo opuesto al mío, pluricelular como ahora yo también soy; pero dicho esto, todavía no he dicho nada, porque debo especificar que por individuo pluricelular se entiende un conjunto de unos cincuenta trillones de células muy diferentes entre sí pero que se distinguen por algunas cadenas de ácidos idénticas en los cromosomas de cada célula de cada individuo, ácidos que determinan varios procesos en las proteínas de las células mismas.

Así pues, contar la historia mía y de Priscila quiere decir ante todo definir las relaciones que se establecen entre mis proteínas y las proteínas de Priscila, ya sea separadamente ya en su conjunto, guiadas tanto las mías como las suyas por cadenas de ácidos nucleicos dispuestos en series idénticas en cada una de sus células y en cada una de las mías. Y entonces contar nuestra historia resulta todavía más complicado que cuando se trataba de una célula sola, no sólo porque la descripción de las relaciones debe tener en cuenta muchas cosas que suceden a la vez, sino sobre todo porque es necesario establecer quién mantiene relaciones con quién, antes de especificar de qué relaciones se trata. Es más, pensándolo bien, definir el tipo de relaciones no es tampoco tan importante como parece, porque decir que tenemos relaciones por ejemplo mentales o relaciones por ejemplo físicas no cambia mucho, ya que una relación mental es la que afecta a algunos miles de millones de células especiales llamadas neuronas, las cuales, sin embargo, funcionan recogiendo los estímulos de un número tan grande de otras células que entonces da lo mismo considerar todos los trillones de células del organismo en bloque, como cuando hablamos de relación física.

Sin embargo, al decir que es difícil establecer quién mantiene relaciones con quién debemos evitar un argumento que a menudo se presenta en la conversación: es decir, que de momento en momento yo ya no soy el mismo yo y Priscila ya no es la

misma Priscila, debido a la continua renovación de las moléculas de proteínas en nuestras células a través, por ejemplo, de la digestión o incluso de la respiración que fija el oxígeno en la sangre. Ése es el tipo de razonamiento que lleva a un callejón sin salida, porque es verdad que las células se renuevan pero al renovarse siguen el programa establecido por las que había antes y, por lo tanto, en este sentido muy bien se puede sostener que yo sigo siendo yo y Priscila Priscila. Resumiendo, el problema no es éste, pero quizá plantearlo no haya sido inútil porque sirve para hacernos comprender que las cosas no son tan sencillas como parecen, y así nos acercamos lentamente al punto en el que comprenderemos lo complicadas que son.

Entonces, cuando digo: yo, o digo: Priscila, ¿qué quiero decir? Quiero decir la especial configuración que toman mis células y las suyas por una especial relación con el ambiente de un especial patrimonio genético que desde el principio parecía puesto allí aposta para hacer que mis células fueran las mías y las células de Priscila las de Priscila. Siguiendo adelante veremos que no hay nada hecho aposta, que nadie situó allí nada, que de cómo somos Priscila y yo en realidad a nadie le importa nada: todo lo que un patrimonio genético tiene que hacer es transmitir lo que le ha sido transmitido para transmitir, sin importarle cómo se reciba. Pero por ahora limitémonos a la pregunta de si yo, entre comillas, y Priscila, entre comillas, somos nuestro patrimonio genético, entre comillas, o nuestra forma, entre comillas. Y al decir forma quiero decir tanto la que se ve como la que no se ve, es decir todo su modo de ser Priscila, el hecho de que le siente bien el color fucsia o el naranja, el perfume que exhala su piel no sólo porque nació con una constitución glandular adecuada para exhalar ese perfume sino también por todo lo que comió en su vida y las marcas de jabón que usó, es decir, por lo que se llama, entre comillas, la cultura, y también su modo de caminar y de sentarse que le viene de cómo se movió entre los que se mueven en las ciudades y casas y calles donde vivió; todo esto pero también las cosas que conserva en la memoria por haberlas visto a lo mejor sólo una vez y a lo mejor sólo en el cine, así como las cosas olvidadas que, sin embargo, quedan registradas en algún sitio en la parte posterior de las neuronas a la manera de todos los traumas psíquicos que uno se traga desde pequeño.

Ahora bien, sea en la forma que se ve y que no se ve, sea en el patrimonio genético, Priscila y yo tenemos elementos iguales idénticos —comunes a nosotros dos, o al ambiente o a la especie— o elementos que marcan una diferencia. Y entonces comienza a plantearse el problema de si la relación entre Priscila y yo sea la relación entre sólo los elementos diferenciales, porque los comunes se pueden desechar de una parte y de otra —es decir si por «Priscila» hay que entender «lo que hay de particular en Priscila con respecto a los demás miembros de la especie»—, o bien si hay una relación entre los elementos comunes, y entonces es necesario ver si se trata de los comunes a la especie o al ambiente o a nosotros dos como distintos del resto de la especie y a lo mejor más bellos que los demás.

Mirándolo bien, que individuos de sexo opuesto establezcan una relación

particular no somos nosotros los que lo decidimos sino la especie, al contrario, más que la especie la condición animal, es más, la condición animal-vegetal de los animal-vegetales distintos en sexos distintos. Ahora bien, en la elección que hago de Priscila para mantener con ella relaciones que todavía no sé cuáles son —y en la elección que Priscila hace de mí, admitiendo que me elija y que luego no cambie de idea en el último momento—, no se sabe qué orden de prioridades actúa primero; por lo tanto no se sabe cuántos yoes están por encima del yo que creo ser yo, ni cuántas Priscilas por encima de la Priscila hacia la cual creo que estoy corriendo.

Resumiendo, cuanto más se simplifican los términos de la cuestión más vuelven a complicarse: una vez establecido que lo que llamo «yo» consiste en un determinado número de aminoácidos que se ponen en fila de una determinada manera, se deduce que en el interior de estas moléculas ya están previstas todas las posibles relaciones y desde fuera no nos llega más que la exclusión de algunas entre las posibles relaciones en forma de ciertos enzimas que bloquean determinados procesos. Por lo tanto, puede decirse que todo lo posible es como si ya me hubiera sucedido, también la posibilidad de que no me suceda: desde el momento en que yo soy yo la suerte está echada, dispongo de un número finito de posibilidades y basta; lo que ocurre fuera, para mí cuenta sólo si se resuelve en operaciones ya previstas por mis ácidos nucleicos, estoy emparedado dentro de mí, encadenado a mi programa molecular: fuera de mí no tengo ni tendré relaciones con nada ni con nadie. Ni tampoco Priscila; me refiero a la *verdadera* Priscila, pobrecita. Si a mi alrededor y a su alrededor hay algo que parece mantener relaciones con otro algo, son cosas que no nos afectan: en realidad para mí y para ella nada sustancial puede suceder.

Así pues, situación nada alegre: y no porque me esperara tener una individualidad más completa que la que me ha tocado en suerte, partiendo de una especial disposición de un ácido y cuatro sustancias básicas que a su vez deciden la disposición de una veintena de aminoácidos en los cuarenta y seis cromosomas de cada célula que tengo; sino porque esta individualidad repetida en cada una de mis células es una individualidad mía, por así decir, dado que de cuarenta y seis cromosomas veintitrés proceden de mi padre y veintitrés de mi madre, es decir, sigo llevando conmigo a los progenitores en todas mis células y nunca podré liberarme de esta carga.

Lo que los progenitores me dijeron que fuera al principio, eso soy yo, y nada más. Y en las instrucciones de los progenitores están contenidas las instrucciones de los progenitores de los progenitores a su vez heredadas de progenitor en progenitor en una interminable cadena de obediencia. Así pues, la historia que quería contar es imposible no sólo contarla sino sobre todo vivirla, porque ya está toda allí, contenida en un pasado que no se puede contar ya que a su vez está comprendida en el propio pasado, en los muchos pasados individuales que no se sabe hasta qué punto sean en cambio el pasado de la especie y de lo que había antes de la especie, un pasado general al que todos los pasados individuales remiten pero que, por mucho que se

remonte atrás, no existe sino bajo la forma de casos individuales como seríamos Priscila y yo, pero entre los cuales no sucede nada ni individual ni general.

Lo que verdaderamente cada uno de nosotros es y tiene es el pasado; todo lo que somos y tenemos es el catálogo de las posibilidades no fallidas, de los ensayos listos para repetirse. No existe un presente, marchamos ciegos hacia el afuera y el después, desarrollando un programa establecido con materiales que nos fabricamos siempre iguales. No tendemos a ningún futuro, no hay nada que nos espere, estamos atrapados entre los engranajes de una memoria que no prevé otro trabajo que recordarse a sí misma. Lo que ahora nos impulsa a Priscila y a mí a buscarnos no es un impulso hacia el después: es el último acto del pasado que se cumple a través de nosotros. Adiós, Priscila; el encuentro, el abrazo son inútiles; seguimos estando lejos, o ya cerca de una vez por todas, es decir inacercables.

La separación, la imposibilidad de encontrarse está ya con nosotros desde el principio. Hemos nacido no de una fusión sino de una yuxtaposición de cuerpos distintos. Dos células pasan cerca la una de la otra: una es perezosa y toda pulpa, la otra es sólo una cabeza y una cola asaeteadora. Son el huevo y el semen: primero experimentan un titubeo, luego se lanzan —con sus distintas velocidades— y se precipitan hacia el encuentro. El semen entra en el huevo de cabeza; la cola se queda fuera; la cabeza —toda llena de núcleo— va disparada contra el núcleo del huevo; los dos núcleos se hacen pedazos: era de esperar quién sabe qué fusión o mescolanza o intercambio de sí mismos. En cambio, lo que estaba escrito en uno y otro núcleo, esas líneas separadas, se disponen alineadas las unas con las otras en el nuevo núcleo grabado apretadamente; las palabras de ambos núcleos están todas, enteras y bien separadas; en suma, ninguna se ha perdido en la otra ninguna, no ha dado ni se ha dado; las dos células convertidas en una se hallan empaquetadas juntas pero exactamente igual que antes: lo primero que sienten es algo de desilusión. Mientras tanto, el doble núcleo ha iniciado la secuela de sus duplicaciones, grabando los mensajes emparejados del padre y de la madre en cada una de las células hijas, perpetuando no tanto la unión como la distancia insalvable que separa en cada pareja a los dos compañeros, el fracaso, el vacío que permanece en medio de la pareja ya lograda.

Efectivamente, en todo punto controvertido nuestras células pueden seguir las instrucciones de uno solo de los progenitores y así sentirse libres del mando del otro; pero lo que pretendemos ser en nuestra forma exterior sabemos que cuenta poco en comparación con el programa secreto que llevamos grabado dentro de cada célula y donde continúan haciéndose frente las órdenes contradictorias del padre y de la madre. Lo que realmente cuenta es este litigio sin arreglo de padre y madre que cada uno lleva consigo, con el rencor de cada punto en el que un cónyuge ha debido rendirse ante el otro que se deja sentir todavía más fuerte que la victoria del cónyuge dominante. De modo que los caracteres que determinan mi forma interior y exterior, cuando no son la suma o la media de las órdenes recibidas de padre y madre a la vez,

son órdenes desmentidas en lo más hondo de las células, equilibradas por una orden distinta que permanece latente, minadas por la duda de que quizá la otra orden era la mejor. Hasta tal punto que a veces se apodera de mí la incertidumbre de si yo soy verdaderamente la suma de los caracteres dominantes del pasado, el resultado de una serie de operaciones que daban siempre un número mayor que cero, o si, en cambio, mi verdadera esencia no es más bien la que desciende de la sucesión de los caracteres derrotados, el total de los términos con signo menos, de todo lo que en el árbol de las derivaciones quedó excluido sofocado interrumpido: el peso de lo que no fue me cae encima no menos aplastante que lo que fue y no podía no ser.

Vacío separación y espera, somos esto. Y así seguimos incluso el día en que el pasado dentro de nosotros vuelve a encontrar las formas originarias, el adensamiento en enjambres de células-semillas o la concentrada maduración de células-huevos, y finalmente las palabras escritas en los núcleos ya no son las mismas de antes pero tampoco son ya parte de nosotros; son un mensaje más allá de nosotros, que ya no nos pertenece. En un punto oculto de nosotros mismos la doble serie de las órdenes del pasado se divide en dos y las células nuevas se vuelven a encontrar con un pasado simple, ya no doble, que les da ligereza y la ilusión de ser nuevas de verdad, de tener un pasado nuevo que casi parece un futuro.

Ahora lo he dicho como quien no quiere la cosa, pero es un proceso complicado, allí en la oscuridad del núcleo, en el fondo de los órganos del sexo, una sucesión de fases algo embarulladas las unas con las otras pero de las cuales no se puede volver atrás. Al principio las parejas de mensajes maternos y paternos hasta ahora separadas parecen recordar que son parejas y se unen de dos en dos, muchas sutiles hilachas que se entrelazan y se enmarañan; y he aquí que el deseo de acoplarme fuera de mí me lleva a acoplarme dentro de mí, en lo profundo de las extremas raíces de la materia de que estoy hecho, a acoplar el recuerdo de la antigua pareja que llevo dentro de mí, es decir, la primera pareja, tanto la que viene inmediatamente antes que yo, la madre y el padre, como la primera absoluta, la pareja de los orígenes animal-vegetales del primer acoplamiento sobre la Tierra, y así los cuarenta y seis filamentos que una oscura y secreta célula lleva en su núcleo se anudan de dos en dos, aunque sin abandonar su vieja disputa; tanto es así que inmediatamente intentan desanudarse, pero permanecen pegadas en algún punto del nudo, de modo que cuando al final consiguen, de un tirón, separarse —porque mientras tanto el mecanismo de la separación se ha apoderado de toda la célula tensando su pulpa—, cada cromosoma vuelve a encontrarse cambiado, hecho de segmentos que antes eran quién del uno y quién del otro, y se aleja del otro también ya cambiado, marcado por los intercambios alternos de los segmentos, y ya dos células se están separando cada una con veintitrés cromosomas, distintos los de la una y los de la otra, y distintos de lo que había en la célula de antes; y en el próximo desdoblamiento serán cuatro las células completamente distintas con veintitrés cromosomas cada una, en las que lo que era del padre y de la madre, mejor dicho de los padres y de las madres, está mezclado.

Así, finalmente el encuentro de los pasados que nunca puede darse en el presente de los que creen encontrarse se cumple como pasado de quien viene después y no podrá vivirlo en su presente. Creemos ir hacia nuestras nupcias y siguen siendo las nupcias de los padres y las madres que se cumplen a través de nuestra espera y nuestro deseo. Esta que a nosotros nos parece nuestra felicidad quizá sea solamente la felicidad de una historia ajena que acaba allí donde nosotros creíamos que comenzaba la nuestra.

Y ya podemos correr, Priscila, para encontrarnos y perseguirnos: el pasado dispone de nosotros con indiferencia ciega y una vez que ha desplazado esos fragmentos suyos y nuestros no se preocupa de cómo los gastaremos. Nosotros no éramos más que la preparación, la envoltura, para el encuentro de los pasados que se produce a través de nosotros pero que ya forma parte de otra historia, de la historia del después: los encuentros siempre se producen antes y después de nosotros y en ellos actúan los elementos de lo nuevo a nosotros vedados: el azar, el riesgo, lo improbable.

Así vivimos, nosotros los no libres, rodeados de libertad, impulsados, agitados por esa ola continua que es la combinación de los casos posibles y que pasa a través de esos puntos del espacio y del tiempo en que el nimbo radiado de los pasados se une al nimbo radiado de los futuros. El mar primordial era un caldo de moléculas anilladas recorrido a intervalos por los mensajes de lo igual y de lo distinto que nos rodeaban e imponían combinaciones nuevas. Así, la antigua marea se alza a intervalos en Priscila y en mí siguiendo el recorrido de la Luna; así, las especies sexuadas responden al viejo condicionamiento que prescribe edad y estaciones de los amores y también concede suplementos y aplazamientos a las edades y a las estaciones y a veces se engolfa en obstinaciones y coacciones y vicios.

Resumiendo, Priscila y yo sólo somos lugares de encuentro de los mensajes del pasado, es decir, no sólo de los mensajes entre ellos sino de los mensajes con las respuestas a los mensajes. Y como los distintos elementos y moléculas responden a los mensajes de modo distinto —imperceptible o desmesuradamente distinto—, así los mensajes ya no son los mismos según el mundo que los recibe y los interpreta, o bien se ven, para seguir siendo los mismos, obligados a cambiar. Entonces puede decirse que los mensajes no son en absoluto mensajes, que un pasado que transmitir no existe, y sólo existen muchos futuros que corrigen el curso del pasado, que le dan forma, que lo inventan.

La historia que quería contar es el encuentro de dos individuos que no existen, en cuanto definibles sólo en función de un pasado o de un futuro, pasado y futuro cuya realidad es puesta en duda recíprocamente. O bien es una historia que no se puede separar de todo lo demás que existe, y por lo tanto de la historia de lo que no existe y que al no existir hace que lo que existe exista. Todo lo que podemos decir es que en algunos puntos y momentos ese intervalo de vacío que es nuestra presencia individual es rozado por la ola que sigue renovando las combinaciones de moléculas y

complicándolas o borrándolas, y esto basta para darnos la certeza de que alguien es «yo» y alguien es «Priscila» en la distribución espacial y temporal de las células vivientes, y de que algo sucede o no sucede o sucederá que nos afecta directamente y —me atrevería a decir— feliz y totalmente. Con esto es suficiente, Priscila, para alegrarme cuando alargo mi cuello curvo sobre el tuyo y te doy un leve mordisco en el pelo amarillo y tú abres las narices, descubres tus dientes y te arrodillas en la arena, bajando tu joroba a la altura de mi pecho para que yo pueda apoyarme en ella y empujarte por detrás haciendo fuerza con las patas traseras. ¡Oh, qué dulzura esos crepúsculos en el oasis! ¿Te acuerdas de cuando nos quitan la carga de la albarda y la caravana se dispersa y nosotros, los camellos, nos sentimos de repente ligeros y tú empiezas a correr y yo, trotando, te alcanzo en el palmeral?

III. Muerte

El riesgo que hemos corrido fue vivir: vivir siempre. La amenaza de continuar pesaba desde el principio sobre cualquiera que por casualidad hubiera comenzado. La corteza que rodea la Tierra es líquida: una gota entre muchas se vuelve densa, crece, poco a poco absorbe las sustancias a su alrededor, es una gota-isla, gelatinosa, que se contrae y se expande, que ocupa más espacio en cada pulsación, es una gota-continente que dilata sus extremos sobre los océanos, hace cuajar los polos, solidifica sus contornos verdes de moco en el ecuador, y que si no se para a tiempo engloba al globo. Será la gota la que viva, sólo ella, para siempre, uniforme y continua en el tiempo y el espacio, una esfera mucilaginosa con la Tierra como almendra, una papilla que contiene el material para las vidas de todos nosotros, porque todos estamos contenidos en esa gota que nunca nos dejará nacer ni morir; así, la vida será suya y de nadie más.

Menos mal que se hace pedazos. Cada fragmento es una cadena de moléculas dispuestas en un determinado orden, y sólo por el hecho de tener un orden, basta con que flote en medio de la sustancia desordenada para que se formen junto a él otras cadenas de moléculas puestas en fila de la misma manera. Cada cadena difunde orden a su alrededor, o sea se repite a sí misma muchas veces, y las copias a su vez se repiten, siempre en esa disposición geométrica. Una solución de cristales vivos todos iguales cubre la faz de la Tierra, nace y muere a cada momento sin darse cuenta; vive una vida discontinua y perpetua y siempre idéntica a sí misma en un tiempo y un espacio rotos. Cualquier otra forma queda excluida para siempre; también la nuestra.

Hasta el momento en que el material necesario para repetirse no da señales de escasear, y entonces cada cadena de moléculas empieza a formar a su alrededor algo así como una reserva de sustancias, a conservarla en una especie de paquete que tiene dentro todo lo que necesita. Esta célula crece; crece hasta cierto punto; se divide en dos; las dos células se dividen en cuatro, en ocho, en dieciséis; las células multiplicadas, en vez de fluctuar cada una por su cuenta se pegan unas a otras como colonias o bancos o pólipos. El mundo se cubre de un bosque de esponjas: cada esponja multiplica sus propias células en un retículo de llenos y vacíos que dilata sus mallas y se agita con las corrientes del mar. Cada célula vive para sí y todas juntas

viven juntas sus vidas. Con el hielo del invierno los tejidos de la esponja se desgarran, pero las células más nuevas siguen allí y vuelven a dividirse, repiten la misma esponja en primavera. Ahora falta poco y el juego se acabó: un número finito de esponjas eternas poseerá el mundo; el mar será bebido por sus poros, discurrirá por sus estrechos pasadizos; ellas vivirán para siempre, y no nosotros que esperamos inútilmente el momento de ser generados por ellas.

Pero en los monstruosos aglomerados de los abismos marítimos, en los viscosos hongos que empiezan a despuntar en la corteza blanda de las tierras emergidas, no todas las células siguen creciendo superpuestas: de vez en cuando se separa un enjambre, fluctúa, vuela, se posa más allá, vuelve a dividirse, repite esa esponja o pólipo u hongo de los que habían partido. Ahora el tiempo se repite en ciclos: las fases se alternan siempre iguales. Los hongos dispersan un poco sus esporas al viento, crecen un poco como perecedero micelio, hasta la maduración de otras esporas que morirán como tales al abrirse. Ha comenzado la gran división en el seno de los seres vivientes; los hongos que no conocen la muerte duran un día y renacen en un día, pero entre la parte que transmite las órdenes de la reproducción y la parte que las cumple se ha abierto una deformidad insalvable.

La lucha ya está entablada entre los que existen y querrían ser eternos y nosotros, que no existimos y querriamos ser, aunque fuera por poco tiempo. Temiendo que un error casual abra la vía a la diversidad, los que existen aumentan sus dispositivos de control: si las órdenes de reproducción resultan del choque de dos mensajes distintos e idénticos, los errores de transmisión son eliminados más fácilmente. Así, la alternancia de las fases se complica: de las ramas del pólipo fijado en el fondo del mar se separan medusas transparentes que flotan en medio del agua; empiezan los amores entre las medusas, efímero juego y lujo de la continuidad a través del cual los pólipos se confirmarán eternos. En las tierras emergidas monstruos vegetales abren abanicos de hojas, extienden alfombras de musgo, arquean ramas en las que brotan flores hermafroditas; así esperan dejar a la muerte sólo una pequeña y oculta parte de sí, pero ya el juego de los mensajes cruzados ha invadido el mundo: será ésa la brecha por la que la muchedumbre de nosotros que no existimos hará su entrada desbordante.

El mar se ha cubierto de una fluctuación de huevos; una ola los alza, los mezcla con oleadas de semen. Todo ser nadador que sale de un huevo fecundado repite no uno sino dos seres que estaban nadando allí antes que él; ya no será ni el uno ni el otro de esos dos sino otro más, un tercero; es decir, los dos primeros por primera vez morirán, y el tercero, por primera vez ha nacido.

En la invisible extensión de las células-programa donde todas las combinaciones se forman o se deshacen en el interior de la especie, todavía discurre la continuidad originaria; pero entre una combinación y otra el intervalo está ocupado por individuos mortales y sexuados y diferentes.

Los peligros de vida sin muerte han sido evitados —dicen— para siempre. No

porque del fango de los pantanos hirvientes no pueda emerger nuevamente el primer grumo de la vida indivisa sino porque ahora alrededor estamos nosotros —sobre todo aquellos de nosotros que funcionan como microorganismos y como bacterias—, listos para lanzársele encima y devorarlo. No porque las cadenas de los virus no sigan repitiéndose con su exacto orden cristalino, sino porque esto sólo puede ocurrir en el interior de nuestros cuerpos y tejidos, de nosotros, los animales y vegetales más complejos; es decir, el mundo de los eternos está englobado en el mundo de los perecederos, y su inmunidad a la muerte sirve para garantizarnos nuestra condición mortal. Todavía seguimos nadando en las profundidades de corales y anémonas marinas; todavía caminamos abriéndonos paso entre helechos y musgos bajo las ramas del bosque originario, pero la reproducción sexuada ya ha entrado de alguna manera en el ciclo de las especies, incluidas las más antiguas; el encantamiento se ha roto, los eternos han muerto, ya nadie parece dispuesto a renunciar al sexo, aunque sea a la poca parte de sexo que le toca, para recuperar una vida que se repite interminablemente a sí misma.

Los vencedores —por ahora— somos nosotros, los discontinuos. El pantano-bosque derrotado todavía está a nuestro alrededor; apenas nos hemos abierto paso a golpe de machete en la espesura de las raíces de mangle; finalmente, se abre un resquicio de cielo libre sobre nuestras cabezas; alzamos los ojos protegiéndolos del sol; sobre nosotros se extiende otro tejado, el cascarón de palabras que continuamente segregamos. Recién salidos de la continuidad de la materia primordial, estamos unidos en un tejido conjuntivo que llena la separación entre nuestras discontinuidades, entre nuestras muertes y nacimientos, un conjunto de signos, sonidos articulados, ideogramas, morfemas, números, perforaciones de fichas, magnetizaciones de cintas, tatuajes, un sistema de comunicación que comprende relaciones sociales, parentescos, instituciones, mercancías, carteles publicitarios, bombas de napalm, es decir todo lo que es lenguaje en sentido lato. El peligro aún no ha pasado. Estamos alerta en el bosque que pierde sus hojas. Como un duplicado de la corteza terrestre, el casquete se está solidificando sobre nuestras cabezas: será una envoltura enemiga, una prisión, si no encontramos el punto exacto por donde romperla, impidiéndole la repetición perpetua de sí misma.

El techo que nos cubre es todo de engranajes de hierro que sobresalen; es como el vientre de un coche bajo el cual me he arrastrado para reparar una avería, pero no puedo salir de allí, porque mientras estoy vuelto de espaldas allí abajo, el coche se dilata, se extiende hasta cubrir todo el mundo. No hay tiempo que perder; debo comprender el mecanismo, encontrar el punto en el que podamos meter las manos para detener este proceso incontrolado, poner en marcha los mandos que regulan el paso a la fase sucesiva: la de las máquinas que se autorreproducen a través de mensajes cruzados masculinos y femeninos, obligando a nuevos coches a nacer y a los viejos coches a morir.

Hasta cierto punto todo tiende a cerrarse por encima de mí, incluida esta página

en que mi historia está buscando un final que no la dé por concluida, una red de palabras en las que un yo escrito y una Priscila escrita al encontrarse se multipliquen en otras palabras y otros pensamientos, pongan en marcha la reacción en cadena por la que las cosas hechas o usadas por los hombres, es decir, las partes de su lenguaje, adquieran también la palabra, las máquinas hablen, se intercambien las palabras de las que están construidas, los mensajes que las hacen moverse. El circuito de la información vital que discurre desde los ácidos nucleicos hasta la escritura se prolonga en las cintas perforadas de los autómatas hijos de otros autómatas: generaciones de máquinas tal vez mejores que nosotros seguirán viviendo y hablando vidas y palabras que también han sido nuestras; y traducidas a instrucciones electrónicas, la palabra yo y la palabra Priscila volverán a encontrarse.

TERCERA PARTE

Tiempo cero

Tiempo cero

Tengo la impresión de que no es la primera vez que me encuentro en esta situación: con el arco recién aflojado en la mano izquierda tendida hacia delante, la mano derecha contraída hacia atrás, la flecha F suspendida en el aire a casi una tercera parte de su trayectoria, y, un poco más allá, también suspendido en el aire y también a casi una tercera parte de su trayectoria, el león L en el momento de saltar sobre mí con las fauces abiertas y las garras extendidas. Dentro de un segundo sabré si la trayectoria de la flecha y del león coincidirán o no en un punto X atravesado tanto por L como por F en el mismo segundo t_x , es decir si el león dará vueltas en el aire con un rugido ahogado por el chorro de sangre que inundará su negra garganta atravesada por la flecha, o bien caerá incólume sobre mí derribándome con un doble zarpazo que me rasgará el tejido muscular de los hombros y el tórax, mientras su boca, cerrándose con un simple movimiento de sus mandíbulas, arrancará mi cabeza del cuello a la altura de la primera vértebra.

Tantos y tan complejos son los factores que condicionan el movimiento parabólico tanto de las flechas como de los felinos que no puedo permitirme por el momento juzgar cuál de las dos eventualidades sea la más probable. Por ello, me encuentro en una de esas situaciones de incertidumbre y espera en las que no se sabe verdaderamente qué pensar. Y el pensamiento que me asalta es éste: me parece que no es la primera vez.

No quiero aquí referirme a otras experiencias mías de caza: en cuanto el arquero cree poseer una experiencia, está perdido; cada león que nos encontramos en nuestra breve vida es distinto a cualquier otro león; ay si nos detenemos a establecer comparaciones, a deducir nuestros movimientos a partir de normas y presuposiciones. Me refiero a este león L y a esta flecha F llegados ahora a una tercera parte de sus respectivas trayectorias.

Y tampoco se me puede incluir entre los que creen en la existencia de un primer y absoluto león, del que todos los distintos leones particulares y aproximados que se nos abalanzan sólo son sombras o apariencias. En nuestra dura vida no hay sitio para nada que no sea concreto y captable por los sentidos.

Igualmente me es ajena la opinión de quien dice que cada cual lleva consigo

desde que nació un recuerdo de león que amenaza sus sueños, heredado de padres a hijos, y así, cuando ve un león, enseguida dice: ¡esto es un león! Podría explicar por qué y cómo ha llegado a excluirlo pero no creo que éste sea el momento adecuado.

Bastará con decir que por «león» entiendo esa mancha amarilla que salta desde un matorral de la sabana, ese resoplido ronco que exhala olor de carne sanguinolenta, y el pelo blanco del vientre y el rosa de debajo de las garras y el ángulo agudo de las uñas retráctiles tal y como ahora los veo dominarme en una mescolanza de sensaciones a las que llamo «león», aunque sólo sea para darle un nombre si bien está claro que no tiene nada que ver con la palabra «león» y ni siquiera con la idea de león que uno podría hacerse en otras circunstancias.

Si digo que este instante que estoy viviendo no es la primera vez que lo vivo, es porque la sensación que tengo de él es como un ligero desdoblamiento de imágenes, como si al mismo tiempo viera no un león o una flecha entre dos o más leones y dos o más flechas superpuestos con apenas un perceptible desfase, de modo que los contornos sinuosos de la figura del león y el segmento de la flecha quedan subrayados o, mejor, aureolados por líneas más sutiles y de color más matizado. Pero el desdoblamiento podría ser sólo una ilusión con la que me represento una de otro modo indefinible sensación de espesor, por la cual león flecha matorral son algo más que este león esta flecha este matorral, es decir, la repetición interminable de león flecha matorral dispuestos en esa precisa relación con una interminable repetición de mí mismo en el momento en que acabo de aflojar la cuerda de mi arco.

Pero no quisiera que esa sensación, como la he descrito, se asemejara demasiado al reconocimiento de algo ya visto: flecha en esa posición y león en esa otra y recíproca relación entre las posiciones de la flecha y del león y de mí plantado aquí con el arco en la mano; preferiría decir que lo que he reconocido es sólo el espacio, el punto del espacio en que se encuentra la flecha y que estaría vacío si la flecha no estuviera allí, el espacio vacío que ahora contiene al león y el que ahora me contiene a mí, como si en el vacío del espacio que ocupamos o, mejor, atravesamos —es decir, que el mundo ocupa o, mejor, atraviesa— algunos puntos se me hicieran reconocibles en medio de todos los demás puntos igualmente vacíos e igualmente atravesados por el mundo. Y que quede bien claro: no es que ese reconocimiento se produzca en relación, por ejemplo, con la configuración del terreno, con la distancia del río o del bosque: el espacio que nos rodea es un espacio siempre distinto, lo sé bien; sé que la Tierra es un cuerpo celeste que se mueve en medio de otros cuerpos celestes que se mueven; sé que ningún signo, ni en la Tierra ni en el cielo, puede servirme como punto de referencia absoluto; siempre tengo presente que las estrellas giran en la rueda de la galaxia y que las galaxias se alejan unas de otras a velocidades proporcionales a la distancia. Pero la sospecha que se ha apoderado de mí es precisamente ésta: haber ido a parar a un espacio que no me resulta nuevo, haber vuelto a un punto por el que ya habíamos pasado. Y como no se trata sólo de mí sino también de una flecha y de un león, no es cuestión de pensar que sea un azar: aquí se

trata del tiempo, que sigue recorriendo una huella que ya ha recorrido. Así pues, podría definir como tiempo y no como espacio ese vacío que me pareció reconocer al atravesarlo.

La pregunta que ahora me hago es si un punto del recorrido del tiempo puede superponerse a puntos de recorridos anteriores. En ese caso, la impresión de espesor de las imágenes se explicaría con el latido repetido del tiempo en un idéntico instante. También podría haber, en algunos puntos, algún pequeño desfase entre un recorrido y otro: imágenes ligeramente duplicadas o desenfocadas serían, por lo tanto, el indicio de que el trazado del tiempo está un poco deteriorado por el uso y deja un sutil margen de maniobra alrededor de sus pasos obligados. Pero aunque no se tratara más que de un momentáneo efecto óptico, permanece el acento como de una cadencia que me parece oír latir en el instante que estoy viviendo. Sin embargo, no quisiera que lo que he dicho hiciera parecer este instante como dotado de una especial consistencia temporal en la serie de instantes que lo preceden y lo siguen: desde el punto de vista del tiempo es precisamente un instante que dura lo mismo que los demás, indiferente a su contenido, suspendido en su carrera entre el pasado y el futuro; lo que creo haber descubierto es sólo su recorrido concreto en una serie que se repite idéntica a sí misma cada vez.

En suma, todo el problema, ahora que la flecha traspasa el aire con un silbido y el león se arquea en su salto y todavía no se puede prever si la punta mojada en el veneno de serpiente atravesará el pelo leonado entre los ojos abiertos o fallará abandonando mis vísceras inermes al desgarrón que las separará del bastidor de huesos en el que ahora están ancladas y las arrastrará dispersas por el suelo sanguinolento y polvoriento hasta que antes de que caiga la noche los buitres y los chacales hayan borrado su última huella, todo el problema para mí es saber si la serie de la que este segundo forma parte está abierta o cerrada. Porque si, como creo haber oído sostener alguna vez, es una serie finita, es decir, si el tiempo del universo comenzó en cierto momento y prosigue en una explosión de estrellas y nebulosas cada vez más enrarecidas hasta el momento en que la dispersión alcance su límite extremo y estrellas y nebulosas continúen concentrándose, la consecuencia que debo deducir es que el tiempo volverá sobre sus pasos, que la cadena de los minutos se desenrollará en sentido contrario hasta llegar de nuevo al principio, para luego volver a empezar, todo esto infinitas veces —y entonces no se puede decir que haya habido un principio: el universo no hace otra cosa que pulsar entre dos momentos extremos, obligado a repetirse desde siempre—, así como infinitas veces se ha repetido y se repite este segundo en que ahora me encuentro.

Así pues, intentemos ver claro: yo me encuentro en cualquier punto espaciotemporal intermedio de una fase del universo; al cabo de cientos de millones de miles de millones de segundos la flecha y el león y yo y el matorral nos hemos encontrado tal como nos encontramos ahora, y este segundo será inmediatamente tragado y sepultado en la serie de los cientos de millones de miles de millones de

segundos que continúa, independientemente del resultado que tendrá dentro de un segundo el vuelo convergente o desfasado del león y de la flecha; luego, en un cierto punto la carrera invertirá su sentido, el universo repetirá su vivencia en sentido contrario, de los efectos resurgirán puntuales las causas, e incluso de esos efectos que me esperan y que no conozco, de una flecha que se clava en el suelo levantando una nube amarilla de polvo y menudas esquirlas de pedernal o bien que traspasa el paladar de la fiera como un nuevo diente monstruoso, se volverá al momento que ahora estoy viviendo: la flecha volviendo a colocarse en el arco tenso como absorbida, el león volviendo a caer detrás del matorral sobre sus patas posteriores contraídas como un resorte, y todo el después será poco a poco borrado segundo a segundo por el regreso del antes, será olvidado en la descomposición de miles de millones de combinaciones de neuronas dentro de los lóbulos de los cerebros, de modo que nadie sabrá que vive en el envés del tiempo como tampoco yo ahora estoy seguro de cuál es el sentido en que se mueve el tiempo en que me muevo, y si el después que espero no ha sucedido ya hace un segundo, llevando consigo mi salvación o mi muerte.

Lo que me pregunto es si, visto que llegados a este punto de cualquier manera hay que volver, no será preciso que yo me detenga, que me detenga en el espacio y en el tiempo, mientras la cuerda del arco apenas aflojada se curva en dirección contraria a aquella en la que anteriormente estaba tensa y mientras mi pie derecho apenas aligerado del peso de mi cuerpo se alza en una torsión de noventa grados, y que esté inmóvil así esperando que desde la oscuridad del espacio-tiempo vuelva a salir el león y a lanzarse sobre mí con sus cuatro garras por el aire, y la flecha vuelva a introducirse en su trayectoria en el punto exacto en que ahora se halla. En efecto, ¿de qué sirve continuar si antes o después deberemos volvernos a encontrar en esta situación? Tanto vale que me conceda un descanso de algunas decenas de miles de millones de años y deje al resto del universo proseguir su carrera espacial y temporal hasta el final, y espere el viaje de vuelta para saltar de nuevo dentro y luego volver atrás en mi historia y la del universo hasta sus orígenes, y luego volver a empezar para volverme a encontrar aquí de nuevo —o bien deje que el tiempo vuelva atrás por su cuenta y luego se me vuelva a acercar mientras yo sigo quieto esperando—, y ver entonces si es el momento de decidirme a dar el otro paso, para ir a echar un vistazo a lo que me ocurrirá dentro de un segundo, o si no me conviene quedarme definitivamente aquí. Para eso no es necesario que mis partículas materiales se sustraigan a su recorrido espaciotemporal, a la sangrienta efímera victoria del cazador o del león: estoy seguro de que una parte de nosotros en cualquier caso sigue envascada en cada una de las intersecciones del tiempo y el espacio, y por lo tanto bastaría con no separarse de esa parte, identificarse con ella, dejando que todo lo demás gire como debe girar hasta el fondo.

Resumiendo, se me ofrece esta posibilidad: constituir un punto fijo en las fases oscilantes del universo. ¿Debo aprovechar la ocasión o es mejor dejarla pasar?

Detenerme, a lo mejor me detendría no yo solo que soy consciente de que tendría poco sentido, sino yo junto con lo que sirve para definir este instante para mí, flecha león arquero suspendidos así como estamos para siempre. En efecto, me parece que si el león viera claramente cómo están las cosas, seguro que también él estaría de acuerdo en quedarse como se encuentra ahora, a casi una tercera parte de la trayectoria de su salto furioso, y separarse de esa proyección de sí mismo que dentro de un segundo irá al encuentro de los rígidos sobresaltos de la agonía o de la masticación rabiosa de un cráneo humano todavía caliente. Así pues, puedo hablar no sólo por mí, sino también en nombre del león. Y en nombre de la flecha, porque una flecha no puede querer nada más que ser flecha tal como lo es en este rápido momento, y aplazar el destino de chatarra despuntada que le espera cualquiera que sea el blanco en que dé.

Por tanto, una vez establecido que la situación en que ahora nos encontramos yo y león y flecha en este instante t_0 volverá a darse dos veces en cada vaivén del tiempo, idéntica a las otras veces, y así se había ya repetido cuantas veces el universo repitió su diástole y su sístole en el pasado —si es que tiene sentido hablar de pasado y de futuro en la sucesión de estas fases, mientras que sabemos que no tiene ninguno en el interior de las fases—, sigue existiendo la incertidumbre sobre la situación en los sucesivos segundos t_1 , t_2 , t_3 , etcétera, así como parecía incierta en los precedentes t_{-1} , t_{-2} , t_{-3} , etcétera.

Mirándolo bien, las alternativas son éstas:

o las líneas espaciotemporales que el universo sigue en las fases de su pulsación coinciden en todos sus puntos;

o bien coinciden sólo en algunos puntos excepcionales, como el segundo que estoy viviendo, para divergir luego en los otros.

Si esta última alternativa es la correcta, desde el punto espaciotemporal en que me encuentro se abre un abanico de posibilidades que cuanto más proceden en el tiempo más divergen en forma de cono hacia futuros completamente diferentes entre sí, y a cada ocasión en que me encuentre aquí con la flecha y el león en el aire corresponderá un diferente punto X de intersección de sus trayectorias, cada vez el león será herido de manera distinta, tendrá una distinta agonía o encontrará en medida distinta nuevas fuerzas para reaccionar, o no será herido y se abalanzará sobre mí cada vez de manera distinta dejándome o no dejándome posibilidades de defensa, y mis victorias y mis derrotas en mi lucha con el león se revelan potencialmente infinitas, y cuantas más veces sea desgarrado tantas más probabilidades tendré de dar en el blanco la próxima vez que me encuentre aquí de nuevo dentro de miles de millones y miles de millones de años, y sobre esta situación mía no puedo dar ninguna opinión porque en el caso de que yo esté viviendo la fracción de tiempo inmediatamente anterior al zarpazo de la fiera ése sería el último momento de una época feliz, mientras que si lo que me espera es el triunfo con que la tribu recibe al cazador de leones victorioso, esto que estoy viviendo es el colmo de la angustia, el

punto más negro de la bajada a los infiernos que debo atravesar para merecer la apoteosis. Así pues, me espere lo que me espere, me conviene huir de esta situación, porque si hay un intervalo de tiempo que no cuenta nada es precisamente éste, definible sólo en relación con el que lo sigue, es decir, en sí este segundo no existe, y por lo tanto no hay ninguna posibilidad no sólo de detenerse en él sino ni siquiera de atravesarlo durante un segundo; en suma, es un salto del tiempo entre el momento en que el león y la flecha han alzado su vuelo y el momento en que un chorro de sangre brotará de las venas del león o de las mías.

Añádase que si de este segundo se abren en cono infinitas líneas de posibles futuros, las mismas líneas provienen oblicuas de un pasado que también es un cono de posibilidades infinitas; por lo tanto, el yo mismo que se encuentra aquí con el león que le cae encima desde arriba y con la flecha que abre su vía en el aire es un yo mismo cada vez distinto porque el pasado la edad la madre el padre la tribu la lengua la experiencia son distintos cada vez; el león siempre es otro león aunque sea precisamente así como lo veo cada vez, con la cola que en el salto se ha doblado acercando el mechón al costado derecho en un movimiento que podría ser tanto un latigazo como una caricia, con la melena tan abierta que oculta a mi vista gran parte del pecho y el torso y deja sólo sobresalir lateralmente las zarpas anteriores alzadas como preparándose para un abrazo festivo, pero en realidad listas para clavarme las garras en los hombros con todas sus fuerzas, y la flecha está hecha de una manera siempre distinta, aguzada con distintos instrumentos, envenenada con diferentes serpientes, aunque siempre atravesando el aire con la misma parábola y con el mismo silbido. Lo que no cambia es la relación entre yo flecha león en este instante de incertidumbre que se repite igual, incertidumbre que tiene como apuesta la muerte, pero hay que reconocer que si esta muerte amenazadora es la muerte de un yo con distinto pasado, de un yo que ayer por la mañana no estuvo recogiendo raíces con mi prima, es decir, para ser exactos, de otro yo, de un extraño, a lo mejor de un extraño que ayer por la mañana estuvo recogiendo raíces con mi prima, por lo tanto de un enemigo, en cualquier caso, si aquí en lugar mío las otras veces en lugar de estar yo estaba otro, no es que me importe mucho saber si la primera vez o la siguiente vez la flecha atravesó o no al león.

Entonces, en ese caso queda excluido que detenerme en t_0 durante todo el desenvolvimiento del espacio y el tiempo tenga para mí ningún interés. Pero siempre queda la otra hipótesis: como en la vieja geometría a las rectas les bastaba con coincidir en dos puntos para coincidir en todos, así puede suceder que las líneas espaciotemporales trazadas por el universo en sus fases alternas coincidan en todos sus puntos y entonces no sólo t_0 sino también t_1 y t_2 y todo lo que vendrá más tarde coincidirá con sus respectivos t_1 , t_2 , t_3 de las otras fases, y así todos los segundos precedentes y siguientes, y yo me veré reducido a tener un solo pasado y un solo futuro repetidos infinitas veces antes y después de este momento. Pero hay que preguntarse si tiene sentido hablar de repetición cuando el tiempo consiste en una

serie única de puntos tal que no permite variaciones ni en su naturaleza ni en su sucesión: entonces, bastará con decir que el tiempo es finito y siempre igual a sí mismo, y, por lo tanto, puede ser considerado como dado contemporáneamente en toda su extensión formando una pila de estratos de presente; es decir, se trata de un tiempo absolutamente pleno, ya que cada uno de los instantes en que se puede descomponer constituye algo así como un estrato que está allí continuamente presente, insertado entre otros estratos también continuamente presentes. Resumiendo, el segundo t_0 en que está la flecha F_0 y un poco más allá el león L_0 y aquí mi yo mismo Q_0 es un estrato espaciotemporal que permanece quieto e idéntico para siempre, y junto a él se dispone t_1 con la flecha F_1 y el león L_1 y el yo mismo Q_1 que han cambiado levemente sus posiciones, y allí al lado está t_2 que contiene a F_2 y a L_2 y a Q_2 y así sucesivamente. En uno de esos segundos colocados en fila queda claro quién vive y quién muere entre el león L_n y el yo mismo Q_n , y en los segundos siguientes seguramente se están desarrollando: o los festejos de la tribu al cazador que regresa con los despojos del león, o los funerales del cazador mientras a través de la sabana se propaga el terror al paso del león asesino. Cada segundo es definitivo, cerrado, sin interferencias con los demás, y yo Q_0 aquí en mi territorio t_0 puedo estar absolutamente tranquilo y desinteresarme de lo que al mismo tiempo le está ocurriendo a Q_1 , Q_2 , Q_3 , Q_n en sus correspondientes segundos cercanos al mío, porque en realidad los leones L_1 , L_2 , L_3 , L_n nunca podrán ocupar el lugar del conocido y hasta ahora inofensivo pero amenazador L_0 , mantenido a raya por una flecha en vuelo F_0 que todavía contiene en sí esa potencia mortífera que podría parecer derrochada por F_1 , F_2 , F_3 , F_n en su disposición en segmentos de trayectoria cada vez más distantes del blanco, ridiculizándome como el arquero más torpe de la tribu o, mejor, ridiculizando como torpe a aquel Q_n que en t_n apunta con su arco.

Sé que la comparación con los fotogramas de una película resulta espontánea, pero si hasta ahora he evitado hacerlo he tenido mis buenas razones. De acuerdo en que cada segundo está encerrado en sí y es incomunicable con los demás al igual que un fotograma, pero para definir su contenido no bastan los puntos Q_0 , L_0 , F_0 , con los cuales lo limitaríamos a una escenita de caza del león, todo la dramática que se quiera pero seguramente no amplía de horizonte; lo que hay que tener en cuenta al mismo tiempo es la totalidad de los puntos contenidos en el universo t_0 , sin excluir ninguno, y entonces es mejor quitarse de la cabeza el fotograma porque no hace más que confundir las ideas.

De modo que ahora yo, que he decidido habitar para siempre este segundo t_0 —y si no lo hubiera decidido daría lo mismo porque como Q_0 no puedo habitar en ningún otro—, tengo todo el tiempo para mirar a mi alrededor y contemplar todo el segundo en su esplendor. Comprende, a mi derecha, un río hormigueante de hipopótamos, a mi izquierda la sabana blancohormigueante de cebras, y esparcidos en varios puntos del

horizonte algunos baobabs rojohormigueantes de buceros, cada uno de estos elementos marcados por las posiciones que ocupan respectivamente los hipopótamos $H(a)_0$, $H(b)_0$, $H(c)_0$, etcétera, las cebras $C(a)_0$, $C(b)_0$, $C(c)_0$, etcétera, los buceros $B(a)_0$, $B(b)_0$, $B(c)_0$, etcétera. Abarca además poblados de cabañas y almacenes de importación y exportación, plantaciones que esconden bajo tierra millares de semillas en momentos distintos de su proceso de germinación, desiertos ilimitados con la posición de cada granito de arena $G(a)_0$, $G(b)_0$... $G(n^n)_0$ arrastrado por el viento, ciudades nocturnas con ventanas encendidas y ventanas apagadas, ciudades diurnas con semáforos rojos y amarillos y verdes, curvas de productividad, índices de precios, cotizaciones de bolsa, propagaciones de enfermedades infecciosas con la posición de cada uno de los virus, guerras locales con ráfagas de proyectiles $P(a)_0$, $P(b)_0$... $P(z)_0$, $P(zz)_0$, $P(zzz)_0$... suspendidos en su trayectoria que quién sabe si acertarán a los enemigos $E(a)_0$, $E(b)_0$, $E(c)_0$ escondidos entre las hojas, aeroplanos con racimos de bombas recién lanzadas debajo de ellos, aeroplanos con racimos de bombas que esperan ser lanzadas, guerra total implícita en la situación internacional SI_0 que no se sabe en qué momento SI_x se convertirá en guerra total explícita, explosiones de estrellas supernovas que podrían cambiar radicalmente la configuración de nuestra galaxia...

Cada segundo es un universo, el segundo que yo vivo es el segundo en el que habito, *the second I live is the second I live in*, es necesario que me acostumbre a pensar mi discurso contemporáneamente en todas las lenguas posibles si quiero vivir extensamente mi instante-universo. A través de las combinaciones de todos los datos contemporáneos podría alcanzar un conocimiento objetivo del instante-universo t_0 en toda su extensión espacial incluido yo, dado que en el interior de t_0 yo, Q_0 , no estoy en absoluto determinado por mi pasado Q_{-1} , Q_{-2} , Q_{-3} , etcétera sino por el sistema constituido por todos los buceros B_0 , proyectiles P_0 , virus V_0 sin los que no podría establecerse que yo soy Q_0 . Es más, dado que ya no me preocupa qué le sucederá a Q_1 , Q_2 , Q_3 , etcétera, ya no es cuestión de que siga adoptando el punto de vista subjetivo que me ha guiado hasta aquí; es decir, puedo identificarme tanto conmigo mismo como con el león o con el granito de arena o con el índice del costo de la vida o con el enemigo o con el enemigo del enemigo.

Para hacer esto basta con establecer con exactitud las coordenadas de todos estos puntos y calcular algunas constantes. Por ejemplo, podría destacar todas las componentes de suspensión e incertidumbre que valen tanto para mí como para el león las flechas las bombas el enemigo y el enemigo del enemigo, y definir t_0 como un momento de suspensión e incertidumbre universal. Pero esto aún no me dice nada sustancial sobre t_0 , porque, admitiendo que se trata de un momento en cualquier caso terrible, como creo haber demostrado, podría ser tanto un momento terrible en una serie de momentos de creciente terribilidad como un momento terrible en una serie de

terribilidad decreciente y, por lo tanto, ilusoria. Dicho de otra manera, esta sólida pero relativa terribilidad de t_0 puede asumir valores completamente distintos, en cuanto t_1 , t_2 , t_3 pueden transformar la sustancia de t_0 de manera radical, o, para decirlo mejor, son los varios t_1 de Q_1 , L_1 , $E(a)_1$, $E(1/a)_1$ los que tienen el poder de determinar las cualidades fundamentales de t_0 .

Aquí me parece que las cosas empiezan a complicarse: mi línea de conducta es encerrarme en t_0 , y no saber nada de lo que ocurra fuera de ese segundo, renunciando a un punto de vista limitadamente personal para vivir t_0 en su global configuración objetiva, pero esta configuración objetiva se puede captar no desde el interior de t_0 sino sólo observándola desde otro instante-universo, por ejemplo desde t_1 o desde t_2 , y no desde toda su extensión contemporáneamente sino adoptando decididamente un punto de vista, el del enemigo o el del enemigo del enemigo, el del león o el de mí mismo.

Resumiendo: para detenerme en t_0 debo establecer una configuración objetiva de t_0 ; para establecer una configuración objetiva de t_0 debo desplazarme a t_1 ; para desplazarme a t_1 debo adoptar un punto de vista cualquiera subjetivo, así pues tanto vale que me quede con el mío. Resumiendo más: para detenerme en el tiempo debo moverme con el tiempo, para ser objetivo debo mantenerme subjetivo.

Veamos ahora cómo comportarme prácticamente: habiendo establecido que yo como Q_0 conservo mi residencia fija en t_0 , mientras tanto podría hacer una escapada lo más rápida posible a t_1 , y si no bastara seguir hasta t_2 y hasta t_3 , identificándome provisionalmente con Q_1 , Q_2 , Q_3 , todo esto naturalmente con la esperanza de que la serie Q continúe y no se vea prematuramente rota por las uñas curvas de L_1 , L_2 , L_3 , pues sólo así podría darme cuenta de cómo se configura mi posición de Q_0 en t_0 , que es lo único que debe importarme.

Pero el peligro que corro es que el contenido de t_1 , del instante-universo t_1 , sea de tal manera más interesante, de tal manera más rico que t_0 en emociones y sorpresas, no sé si triunfales o ruinosas, que me vea tentado a dedicarme por completo a t_1 , dando la espalda a t_0 , olvidándome de que he pasado a t_1 sólo para informarme mejor sobre t_0 . Y en esa curiosidad por t_1 , en ese ilegítimo deseo de conocimiento de un instante-universo que no es el mío, queriendo darme cuenta de si haría un buen negocio cambiando mi estable y segura ciudadanía en t_0 por ese algo de novedad que t_1 puede ofrecerme, podría acercarme a t_2 aunque sólo fuera para tener una idea más objetiva de t_1 ; y este acercamiento a t_2 , a su vez...

Si las cosas están así ahora me doy cuenta de que mi situación no cambiaría en nada incluso abandonando las hipótesis de las que he partido: es decir, suponiendo que el tiempo no conozca repeticiones y consista en una serie irreversible de segundos el uno distinto del otro, y que cada segundo suceda de una vez para

siempre, y que habitarlo en su duración exacta de un segundo quiera decir habitarlo para siempre, y que t_0 me interese sólo en función de los t_1 , t_2 , t_3 que lo siguen, con su contenido de vida o de muerte como consecuencia del movimiento que he realizado disparando la flecha, y del movimiento que el león ha realizado en su salto, y también de los demás movimientos que el león y yo haremos en los próximos segundos, y del miedo que durante toda la duración de un interminable segundo me tiene petrificado, tiene petrificados en vuelo al león y a la flecha ante mi vista, y el segundo t_0 , fulmíneo como ha llegado, fulmíneamente salte en el segundo sucesivo y delimite sin más dudas la trayectoria del león y de la flecha.

La persecución

El coche que me persigue es más veloz que el mío; en él va un hombre solo, armado con revólver, buen tirador, como he comprobado por los tiros que no me alcanzaron por unos pocos centímetros. En mi huida me dirijo hacia el centro de la ciudad; ha sido una decisión razonable; el perseguidor está siempre a mis espaldas, pero estamos separados por bastantes coches; estamos parados en un semáforo, en una larga cola.

El semáforo está regulado de manera que en nuestra parte la luz roja dure ciento ochenta segundos y la luz verde ciento veinte, seguramente basándose en la suposición de que el tráfico de la vía perpendicular es más denso y lento. Suposición errónea: llevando la cuenta de los coches que veo pasar transversalmente cuando es verde para ellos, diría que son casi el doble de los que en un intervalo de tiempo igual consiguen despegarse de nuestra columna y sobrepasar el semáforo. Esto no quiere decir que allí se corra: en realidad también ellos marchan con una lentitud exasperante, que puede considerarse velocidad sólo comparada con nosotros, que estamos prácticamente parados tanto en rojo como en verde. Y también por culpa de esa lentitud suya nosotros no conseguimos movernos, porque cuando el verde se apaga para ellos y se enciende para nosotros el cruce todavía está ocupado por su oleada bloqueada allí en medio, y así por lo menos treinta segundos de nuestros ciento veinte se pierden antes de que en esta parte se pueda hacer una sola vuelta de rueda. Hay que decir que sí, que el flujo transversal nos impone este retraso, pero luego lo debe pagar duplicado con una pérdida de cuarenta y a veces sesenta segundos antes de ponerse en marcha cuando para ellos vuelve el verde, dada la sucesión de atascos que arrastra cada lentísima oleada de los nuestros; pérdida suya que no significa en absoluto una ganancia nuestra, porque a cada retraso final de este lado (e inicial del otro) corresponde un mayor retraso final del otro (e inicial de éste), y ello en proporción creciente, de modo que el verde resulta intransitable durante un tiempo cada vez mayor por los dos lados, y esta intransitabilidad va en perjuicio más de nuestro flujo que del suyo.

Me doy cuenta de que cuando en estos razonamientos opongo «nosotros» y «ellos», comprendo en el término «nosotros» tanto a mí como al hombre que me persigue para matarme, como si la línea de la enemistad pasara no entre mí y él sino

entre nosotros, los de nuestra columna y los de la columna transversal. Pero para todos los que se hallan aquí inmovilizados e impacientes con el pie en el embrague, pensamientos y sentimientos no pueden seguir otro recorrido que el impuesto por las respectivas situaciones en las corrientes del tráfico; así pues, es lícito suponer que se establezca una comunión de intentos entre mí, que no veo la hora de escapar, y él, que está esperando que se repita la ocasión de antes, cuando en una calle de las afueras consiguió dispararme dos tiros que no me dieron por pura suerte, dado que una bala rompió el cristal del intermitente izquierdo y la otra se clavó en el techo.

Hay que decir que la comunión implícita en el término «nosotros» es sólo aparente, pues en la práctica mi enemistad se extiende tanto a los coches que se nos cruzan como a los de nuestra columna; pero dentro de nuestra columna me siento seguramente más enemigo de los coches que me preceden y me impiden avanzar que de los que me siguen, los cuales sólo se demostrarían enemigos si intentaran adelantarme, empresa difícil dada la densidad del tráfico en la que cada coche se halla atrapado entre nosotros con mínimas posibilidades de juego.

Resumiendo, el que en este momento es mi enemigo mortal se halla perdido en medio de otros muchos cuerpos sólidos sobre los que mi aversión y mi miedo se ven obligados a distribuirse y chocar, así como su voluntad homicida, por mucho que se dirija exclusivamente contra mí, se encuentra como desparramada y desviada entre un gran número de objetos intermedios. En cualquier caso, es seguro que también él, en los cálculos que está haciendo a la vez que yo, llama «nosotros» a nuestra columna y «ellos» a la columna que se nos cruza, de la misma manera que es seguro que nuestros cálculos, aun persiguiendo resultados opuestos, tienen en común muchos elementos y pasos.

Yo querría que nuestra columna tuviera un movimiento primero veloz y luego lentísimo, es decir que de repente los coches delante de mí echaran a correr y también yo tras ellos pudiera atravesar el cruce con el último relampagueo en verde; pero que enseguida a mis espaldas la cola se parase durante un tiempo lo suficientemente largo para hacerme desaparecer y salirme en un cruce secundario. Con toda probabilidad los cálculos de mi perseguidor tienden, en cambio, a prever si podrá pasar el semáforo en mi misma oleada, si podrá seguir detrás de mí hasta que los coches que nos separan se dispersen en varias direcciones o en cualquier caso sean menos y su auto pueda colocarse inmediatamente detrás o al lado del mío, por ejemplo en la línea de otro semáforo, en una buena posición para descargarme encima su pistola (yo estoy desarmado) un segundo antes de que el semáforo se ponga en verde dándole vía libre para escapar.

Resumiendo, confío en la irregularidad con que se alternan en la cola los periodos de parada y los periodos de movimiento; él, en cambio, confía en la regularidad que se da como media entre periodos de movimiento y periodos de parada para cada uno de los coches de la columna. En suma, el problema es si la columna es divisible en una serie de segmentos dotados cada uno de vida propia o si se la debe considerar

como un cuerpo único e inseparable, en el que el único cambio que se puede esperar es el descenso de la densidad en las horas de la noche, hasta un punto límite de velocidad libre en el que solamente nuestros dos coches conservarán la misma dirección y tenderán a anular la distancia... Lo que nuestros cálculos tienen seguramente en común es que en ellos los elementos que determinan el movimiento individual de nuestros coches —potencia de los respectivos motores y habilidad de los pilotos— no cuentan casi nada, y lo que decide todo es el movimiento general de la columna o, mejor, el movimiento combinado de las distintas columnas que se cruzan en la ciudad. Resumiendo, el hombre encargado de matarme y yo estamos como inmovilizados en un espacio que se mueve por su cuenta, soldados a este seudoespacio que se descompone y se recompone y de cuyas combinaciones depende nuestra suerte.

Para salir de esta situación el sistema más sencillo sería salir del coche. Si uno de nosotros o los dos dejáramos nuestros coches y prosiguiéramos a pie, volvería a existir un espacio y la posibilidad de movernos en el espacio. Pero estamos en una calle en la que está prohibido aparcar; deberíamos abandonar el coche en medio del tráfico (tanto el suyo como el mío son coches robados, destinados a ser abandonados donde se pueda en el momento en que ya no los necesitamos); yo podría deslizarme a cuatro patas entre los demás coches para no exponerme a su disparo, pero una fuga semejante llamaría la atención y enseguida tendría a la policía pegada a mis talones. Ahora bien, yo no sólo no puedo pedir la protección de la policía, sino que también debo evitar de cualquier manera llamar su atención; está claro que no debo salir del coche ni siquiera si él abandona el suyo.

Mi primer temor apenas nos encontramos aquí parados fue verlo acercarse a pie, solo y libre en medio de centenares de personas pegadas al volante, pasando revista tranquilamente a la fila de coches, y, llegado hasta el mío, dispararme todo lo que queda en su cargador para luego salir corriendo. Mis temores no eran infundados: en el retrovisor no tardé en ver la silueta de mi perseguidor que se asomaba por la puerta entreabierta de su coche y alargaba el cuello por encima de la extensión de techos de chapa como quien quiere averiguar el porqué de una parada que se prolonga desmesuradamente; es más, poco después vi su flaca persona salir del coche, dar algunos pasos entre los coches. Pero en ese momento la columna se vio sacudida por uno de sus intermitentes amagos de movimiento; de la cola de detrás de su coche vacío se levantó un trompeteo rabioso, y ya conductores y pasajeros salían fuera con gritos y gestos amenazadores. Seguro que lo habrían perseguido y obligado por la fuerza a inclinar la cabeza en el volante si no se hubiera apresurado a ocupar su puesto y a meter la marcha permitiendo que el resto de la cola se beneficiara del nuevo paso adelante por muy corto que fuera. Así pues, en este aspecto puedo estar seguro: del coche no podemos separarnos ni siquiera un minuto; mi perseguidor no se atreverá nunca a alcanzarme a pie, porque aunque tuviera tiempo para dispararme no habría podido después escapar del furor de los otros automovilistas, dispuestos quizá

incluso a lincharlo, no tanto por el homicidio en sí como por el atasco que provocarían los dos coches —el suyo y el del muerto— parados en medio de la calzada.

Intento plantear todas las hipótesis porque cuantos más detalles prevea más probabilidades tengo de salvarme. Por otra parte, ¿qué otra cosa podría hacer? No nos movemos ni siquiera un centímetro. Hasta ahora he considerado la columna como una continuidad lineal o bien como una corriente fluida en la que todos los coches discurren desordenadamente. Ha llegado el momento de especificar que en la columna los coches están dispuestos en tres carriles y que la alternancia de los tiempos de parada y de marcha en cada uno de los tres carriles no coincide con la de los otros, de modo que hay momentos en que avanza sólo el carril de la derecha, o el de la izquierda, o el del centro que es precisamente el carril en que nos encontramos tanto yo como mi posible matador. Si hasta ahora olvidé un aspecto tan vistoso no fue sólo porque los tres carriles se han ido disponiendo de modo regular poco a poco y yo mismo he tardado en darme cuenta, sino también porque en realidad la situación no se ha modificado ni para bien ni para mal. Seguramente la diferencia de velocidad entre los varios carriles sería decisiva si el perseguidor en un determinado momento pudiera, avanzando por ejemplo con el carril de la derecha, poner su coche junto al mío, disparar y seguir su camino. Pero también ésta es una eventualidad que hay que excluir: admitiendo que desde el carril central consiga entremeterse en uno de los carriles laterales (los coches marchan casi tocándose los parachoques pero basta con saber elegir el momento en el que en el carril de al lado, entre un morro y una cola, se abre un pequeño intervalo y allí meter el propio morro sin preocuparse de las protestas de decenas de cláxones), yo, que lo vigilo desde el retrovisor, me daría cuenta de la maniobra antes de que la terminara y habría tenido todo el tiempo, dada la distancia que nos separa, para protegerme con una maniobra análoga. Es decir, podría meterme en el mismo carril, a la derecha o a la izquierda, en que se metió él, y así seguiría delante de él a la misma velocidad; o bien podría meterme en el carril exterior por la otra parte, si él se metió a la izquierda yo a la derecha, y entonces al separarnos no habría solamente una separación en el sentido de la marcha sino también una división latitudinal que enseguida sería una barrera insuperable.

En cualquier caso, admitamos que terminemos encontrándonos uno al lado del otro en dos carriles adyacentes: disparar contra mí no es algo que pueda hacerse en cualquier momento, a menos de arriesgarse a quedar bloqueado en la cola esperando a la policía con un cadáver al volante en el coche de al lado. Antes de que se presente la ocasión de una acción rápida y segura el perseguidor debería estar pegado a mi lado por quién sabe cuánto tiempo; y mientras tanto, como la relación entre las velocidades de los distintos carriles cambia irregularmente, nuestros coches no permanecerían largo tiempo a la misma altura; yo podría recuperar mi ventaja y no estaría nada mal porque volveríamos a la situación anterior; el mayor riesgo para mi perseguidor sería avanzar por su carril mientras mi carril está parado.

Con un perseguidor que me precede, yo ya no sería un perseguido. Y para hacer definitiva mi nueva situación, también podría desplazarme a su mismo carril, situando un cierto número de coches entre él y yo. Se vería obligado a seguir la corriente, sin posibilidad de invertir la dirección de marcha, y yo colocándome detrás de él quedaría definitivamente a salvo. Al llegar al semáforo, al verlo girar hacia un lado yo giraría hacia el otro y nos separaríamos para siempre.

En cualquier caso, todas estas hipotéticas maniobras deberían tener en cuenta que al llegar al semáforo quien se encuentra en el carril de la derecha está obligado a girar a la derecha, y a la izquierda el que se encuentre a la izquierda (el atasco del cruce no permite dudas), mientras que quien esté en el centro puede elegir en el último momento lo que le conviene hacer. Ésta es la verdadera razón por la que tanto yo como él nos guardamos muy bien de dejar el carril central: yo para conservar mi libertad de elección hasta el último momento, él para estar listo para girar hacia el lado en que me vea girar a mí.

De repente, siento que se apodera de mí una ventolera de entusiasmo: de verdad somos los más hábiles, mi perseguidor y yo, al habernos metido en el carril central. Es hermoso saber que la libertad todavía existe y al mismo tiempo sentirse rodeados y protegidos por un bloque de cuerpos sólidos e impenetrables, y no tener más preocupación que la de levantar el pie izquierdo del pedal del embrague, apretar con el pie derecho por un instante el acelerador y enseguida levantarlo y volver a bajar el izquierdo sobre el embrague, acciones por lo demás no decididas por nosotros sino dictadas por el ritmo general del tráfico.

Estoy pasando un momento de bienestar y optimismo. En el fondo, nuestro movimiento equivale a cualquier otro movimiento, es decir, consiste en ocupar el espacio que hay delante y hacerlo discurrir a nuestras espaldas, y así, apenas delante de mí se forma un espacio libre lo ocupo, si no algún otro se apresuraría a ocuparlo; la única acción posible sobre el espacio es la negación del espacio; yo lo niego apenas empieza a formarse y luego dejo que vuelva a formarse detrás de mí donde enseguida alguien lo niega. En suma, a este espacio no se lo ve nunca y quizá no exista; sólo es extensión de las cosas y medida de las distancias; la distancia entre mi perseguidor y yo consiste en el número de coches de la fila entre él y yo, y como este número es constante nuestra persecución es una persecución por llamarla de alguna manera, así como sería difícil establecer que dos viajeros sentados en dos vagones del mismo tren se estén persiguiendo.

Pero si el número de estos coches-intervalo creciera o disminuyera, entonces nuestra persecución volvería a ser una verdadera persecución, independientemente de nuestras velocidades o libertad de movimientos. Debo volver a prestar toda mi atención: ambas eventualidades tienen alguna posibilidad de realizarse. Entre el punto en que ahora me encuentro y el cruce regulado por el semáforo me doy cuenta de que desemboca una vía secundaria, casi un callejón, del que procede un flujo de coches débil pero continuo. Bastaría con que algunos de estos coches afluyentes se situaran

entre él y yo, y enseguida mi separación aumentaría, es decir, sería como si yo hubiera saltado en una fuga inesperada. En cambio a nuestra izquierda, en medio de la calzada, comienza un estrecho espacio dedicado a aparcamiento; si hay o se crean plazas libres bastaría con que algunos de los coches-intervalo decidieran aparcar y mi perseguidor vería de repente reducirse la distancia que nos separa.

Tengo que apresurarme a encontrar una solución, y como el único campo que se me abre es el de la teoría, no me queda más que seguir profundizando en el conocimiento teórico de la situación. No me es posible cambiar la realidad por bonita o fea que sea: ese hombre tiene el encargo de alcanzarme y matarme mientras que a mí se me ha dicho que no puedo hacer otra cosa que huir; estas instrucciones siguen siendo válidas incluso en el caso de que el espacio sea anulado en una o en todas sus dimensiones y, por lo tanto, el movimiento resulte imposible; no por ello dejaríamos de ser yo el perseguido y él el perseguidor.

Debo tener presentes al mismo tiempo dos tipos de relación; por una parte, el sistema que comprende todos los vehículos contemporáneamente en marcha en el centro de una ciudad en la que la superficie total de los automóviles quizá supere la superficie total de las calzadas; por otra parte, el sistema que se crea entre un perseguidor armado y un perseguido desarmado. Ahora estos dos tipos de relación tienden a identificarse, en el sentido de que el segundo está contenido en el primero como en un recipiente que le da su forma y lo vuelve invisible, hasta el punto de que un observador externo no es capaz de distinguir en medio del río de coches todos iguales cuáles son los dos empeñados en una caza mortal, en una carrera alocada que se oculta en esta insoportable estasis.

Intentemos examinar cada elemento con calma: una persecución debería consistir en la comparación de las velocidades de dos cuerpos en movimiento en el espacio, pero como hemos visto que un espacio no existe independientemente de los cuerpos que lo ocupan, la persecución sólo consistirá en una serie de variaciones de las posiciones relativas de esos cuerpos. Así pues, son los cuerpos los que determinan el espacio circundante, y si esta afirmación parece contrastar tanto con mi experiencia como con la de mi perseguidor —dado que nosotros dos no logramos determinar nada de nada, ni espacio para huir ni espacio para perseguir— es porque se trata de una propiedad no de cada uno de los cuerpos sino de todo el conjunto de los cuerpos en sus relaciones recíprocas, en sus iniciativas e indecisiones y puestas en marcha, en sus destellos y bocinazos y mordimientos de uñas y continuos rabiosos tirones del cambio: punto muerto, primera, segunda, punto muerto; punto muerto, primera, segunda, punto muerto.

Ahora que hemos anulado el concepto de espacio (creo que mi perseguidor también en esta espera habrá llegado a mis propias conclusiones) y que el concepto de movimiento ya no significa la continuidad del paso de un cuerpo a través de una serie de puntos sino sólo intercambios discontinuos e irregulares de cuerpos que ocupan este o ese punto, quizá logre aceptar con menos impaciencia la lentitud de la

cola, porque lo que cuenta es el espacio relativo que se define y se transforma alrededor de mi coche como alrededor de cualquier otro coche de la cola. Resumiendo, cada coche se encuentra en el centro de un sistema de relaciones que en la práctica equivale a otro, es decir, los coches son intercambiables entre sí, me refiero a cada uno de los coches con su conductor dentro; cada conductor podría muy bien cambiar su lugar con otro conductor, incluso yo con mis vecinos y mi perseguidor con los suyos.

En estos cambios de posición se pueden identificar localmente direcciones privilegiadas: por ejemplo, el sentido de la marcha de nuestra columna, que aunque no implique que en realidad se esté marchando, excluye, sin embargo, que se pueda marchar en sentido contrario. Además, para nosotros dos, la de la persecución es una dirección privilegiada; en efecto, el único cambio de posiciones que no puede darse es el que hay entre nosotros dos, y cualquier otro cambio que esté en contradicción con nuestra persecución. Esto demuestra que en este mundo de apariencias intercambiables la relación perseguidor-perseguido sigue siendo la única realidad que podemos tener en cuenta.

La cuestión es ésta: si cada coche —dando por sentado el sentido de la marcha y el sentido de la persecución— equivale a cualquier otro coche, las propiedades de cualquier coche también pueden atribuirse a los otros. Por lo tanto, nada impide que esta columna esté toda ella formada por coches perseguidos, es decir, que cada uno de estos coches esté huyendo como yo estoy huyendo de la amenaza de una pistola en cualquiera de los coches que siguen. Y tampoco puedo excluir que cada coche de la columna esté persiguiendo a otro coche con propósitos homicidas, y que de repente el centro de la ciudad se transforme en un campo de batalla o en el escenario de una carnicería. Sea esto verdad o no, el comportamiento de los coches a mi alrededor no sería distinto del que es ahora; por lo tanto estoy autorizado a insistir en mi hipótesis y a seguir las posiciones respectivas de dos coches cualesquiera en sus varios momentos atribuyendo a uno el papel de perseguido y al otro el de perseguidor. Además, es un juego que puede servir muy bien para engañar la espera: basta con interpretar como episodios de una hipotética persecución cada cambio de posición en la columna. Por ejemplo, ahora que uno de los coches-intervalo enciende el intermitente izquierdo porque ha visto una plaza libre en el aparcamiento, yo, en lugar de preocuparme exclusivamente de mi separación que está a punto de reducirse, muy bien puedo pensar que se trata de una maniobra de otra persecución, el movimiento de un perseguido o de un perseguidor entre los innumerables otros que me rodean, y así la situación que hasta ahora he vivido subjetivamente, clavado a mi miedo solitario, es proyectada fuera de mí, extendida al sistema general del que todos formamos parte.

No es ésta la primera vez que un coche-intervalo abandona su posición; por una parte, el aparcamiento y, por otra, la fila de la derecha ligeramente más rápida parece que ejercen una gran atracción en los coches que van detrás de mí. Mientras yo

continúo siguiendo el hilo de mis deducciones, el espacio relativo que me rodea ha experimentado varios cambios: en un determinado momento mi perseguidor también se ha desplazado a la derecha y aprovechando un avance de esa fila ha adelantado a un par de coches de la fila central; entonces yo también me desplazo a la derecha; él ha regresado a la fila central y yo también me he desplazado al centro, pero he sido pasado por un coche mientras que él ha adelantado a tres. Todas éstas son cosas que antes me habrían provocado mucha ansiedad, mientras que ahora me interesan sobre todo como casos particulares del sistema general de persecuciones cuyas propiedades estoy intentando establecer.

Pensándolo bien, si todos los coches están implicados en persecuciones, sería necesario que la propiedad perseguidora fuera conmutativa, es decir, que quienquiera que persigue fuera a su vez perseguido y quienquiera que es perseguido fuera persiguiendo. Entre los coches se lograría así una uniformidad y simetría de relaciones en las que el único elemento difícil de determinar sería el del intervalo perseguido-perseguidor dentro de cada una de las cadenas de persecuciones. En efecto, ese intervalo podría ser, a lo mejor, de veinte o cuarenta coches, o bien de ninguno, como —por lo que veo en el retrovisor— me acaba de ocurrir a mí: precisamente en este momento mi perseguidor ha conquistado el sitio que está directamente detrás del mío.

Así pues, debería considerarme vencido y admitir que ya sólo me quedan pocos minutos de vida, a menos que desarrollando mi hipótesis no se presente una solución salvadora. Por ejemplo, supongamos que el coche que me sigue tenga tras de sí una cadena de coches perseguidores: exactamente un segundo antes de que mi perseguidor dispare, el perseguidor de mi perseguidor lo podría alcanzar y matar, salvándome la vida. Pero si dos segundos antes de que eso ocurra el perseguidor de mi perseguidor fuese alcanzado y muerto por su perseguidor, mi perseguidor estaría a salvo y libre para matarme. Un perfecto sistema de persecuciones debería basarse en una simple concatenación de funciones: cada perseguidor tiene la misión de impedir disparar a su víctima al perseguidor que lo precede, y sólo tiene un medio de hacerlo, es decir, disparando. Todo el problema consiste entonces en saber en qué eslabón se romperá la cadena, porque a partir del punto en el que un perseguidor consigue matar a otro, el siguiente perseguidor, al no tener ya que impedir ese homicidio pues ya ha sido cometido, renunciará a disparar, y el perseguidor que viene detrás ya no tendrá motivo para disparar ya que el homicidio que debía impedir no tendrá lugar, y así, descendiendo por la cadena, ya no habrá ni perseguidos ni perseguidores.

Pero si admito la existencia de una cadena de perseguidores detrás de mí no hay motivo para que esta cadena no se prolongue también a través de mí en la parte de la columna que me precede. Ahora que el semáforo se pone verde y es probable que en este mismo turno de vía libre yo logre llegar al cruce donde se decidirá mi suerte, me doy cuenta de que el elemento decisivo no está a mis espaldas sino en mi relación con quien me precede. Es decir, la única alternativa que cuenta es si mi condición de

perseguido está destinada a seguir siendo terminal y asimétrica (como parece comprobado por el hecho de que en la relación con mi perseguidor yo resulto desarmado) o si también soy yo a mi vez un perseguidor. Examinando mejor los datos de la cuestión, una de las hipótesis que se plantean es ésta: que se me haya dado la orden de matar a una persona y no usar armas contra ningún otro por ninguna razón: en ese caso yo estaría armado contra mi víctima y desarmado frente a todos los demás.

Para saber si esta hipótesis se corresponde con la verdad, no tengo más que alargar la mano: si en la guantera de mi coche hay una pistola es señal de que yo también soy un perseguidor. Tengo tiempo suficiente para comprobarlo: no he podido aprovechar el semáforo en verde pues el coche que me precede quedó bloqueado por el flujo diagonal y ahora vuelve a encenderse la luz roja. El flujo perpendicular reanuda su marcha; el coche que me precede se encuentra en una mala posición al haber superado la línea del semáforo; el conductor se vuelve para ver si puede dar marcha atrás, me ve, tiene una expresión de terror. Es el enemigo al que he dado caza por toda la ciudad y que he seguido pacientemente en esta lentísima cola. Apoyo en el cambio de marcha la mano derecha que empuña la pistola con silenciador. En el retrovisor veo a mi perseguidor que me está apuntando.

Se enciende el verde, meto la marcha acelerando el motor, tuerzo con la izquierda y al mismo tiempo levanto la derecha hasta la ventanilla y disparo. El hombre que persigo se inclina sobre el volante. El hombre que me perseguía baja la pistola ya inútil. Ya he tomado la calzada transversal. No ha cambiado absolutamente nada: la columna se mueve con pequeños desplazamientos discontinuos, yo sigo siendo prisionero del sistema general de los coches en marcha, en el que no se distinguen perseguidores ni perseguidos.

El conductor nocturno

En cuanto salgo de la ciudad me doy cuenta de que está oscuro. Enciendo los faros. Estoy yendo en coche de A a B, por una autopista de tres carriles, de esas con un carril central que sirve para los adelantamientos en las dos direcciones. Para conducir de noche, también los ojos deben desconectar una especie de dispositivo que tienen dentro y encender otro, porque ya no tienen que esforzarse en distinguir entre las sombras y los colores atenuados del paisaje nocturno la manchita de los coches lejanos que vienen al encuentro o que preceden, sino que tienen que controlar una especie de pizarra negra que requiere una lectura distinta, más precisa pero simplificada, dado que la oscuridad borra todos los detalles del cuadro que podrían distraer y sólo destaca los elementos indispensables: rayas blancas en el asfalto, luces amarillas de los faros y puntitos rojos. Es un proceso que se pone en marcha automáticamente, y si yo esta noche estoy reflexionando sobre ello es porque ahora que las posibilidades exteriores de distracción disminuyen, las interiores me dominan, mis pensamientos corren por su cuenta en un circuito de alternativas y de dudas que no consigo desconectar; resumiendo, debo hacer un esfuerzo particular para concentrarme en la conducción.

Subí al coche de repente después de una pelea por teléfono con Y. Yo vivo en A, Y vive en B. No contaba con ir a verla esta noche. Pero en nuestra llamada cotidiana nos dijimos cosas muy graves; al final, llevado por el resentimiento, le dije a Y que quería romper nuestra relación. Y respondió que no le importaba y que enseguida telefonaría a Z, mi rival. Llegados a este punto, uno de los dos —no recuerdo si ella o yo mismo— cortó la comunicación. No había pasado ni un minuto y ya me había dado cuenta de que el motivo de nuestra pelea era poca cosa en comparación con las consecuencias que estaba provocando. Volver a telefonar a Y habría sido un error; la única manera de resolver la cuestión era ir a B y tener unas explicaciones cara a cara con Y. Así pues, aquí estoy en esta autopista que he recorrido centenares de veces a todas las horas y en todas las estaciones pero que nunca me había parecido tan larga.

Mejor dicho, me parece que he perdido el sentido del espacio y el tiempo: los conos de luz proyectados por los faros hunden en lo indistinto el perfil de los lugares; las cifras de los kilómetros en los carteles y las que brillan en el cuadro de mandos son datos que no me dicen nada, que no responden a la urgencia de mis preguntas

sobre qué estará haciendo Y en este momento, en qué estará pensando. ¿Quería de verdad llamar a Z o era sólo una amenaza dejada caer por despecho? Y si hablaba en serio, ¿lo habrá hecho inmediatamente después de nuestra conversación por teléfono o habrá querido pensarlo un momento, dejar enfriar su rabia antes de decidir? Z vive como yo en A; hace años que ama a Y sin suerte; si ella le ha telefoneado invitándolo, seguro que se ha precipitado en coche hacia B; por lo tanto, él también está corriendo por esta autopista; cada coche que me adelanta podría ser el suyo, así como cualquier coche que adelante yo. Es difícil comprobarlo: los coches que van en mi misma dirección son dos luces rojas cuando me preceden y dos ojos amarillos cuando los veo seguirme en el espejo retrovisor. En el momento del adelantamiento todo lo más que puedo distinguir es qué tipo de coche es, y cuántas personas lleva, pero los coches en los que viaja sólo el conductor son la gran mayoría, y en cuanto al modelo no me parece que el coche de Z sea particularmente reconocible.

Como si no bastara con eso, se pone a llover. El campo visual se reduce al semicírculo del cristal barrido por el limpiaparabrisas; todo lo demás es oscuridad estriada u opaca, las noticias que me llegan de fuera sólo son centelleos amarillos y rojos deformados por un remolino de gotas. Todo lo que puedo hacer con Z es intentar adelantarlo y no dejar que me adelante, sea cual sea el coche en que vaya, pero no lograré saber si está ni cuál es. Siento igualmente como enemigos todos los coches que van hacia A: cada coche más rápido que el mío que llama la atención afanosamente con el indicador de dirección en el retrovisor pidiéndome paso provoca en mí una punzada de celos. Y cada vez que delante de mí veo disminuir la distancia que me separa de las luces traseras de un rival, con un salto de triunfo me lanzo al carril central para llegar a Y antes que él.

Me bastarían pocos minutos de ventaja: al ver con qué prontitud he corrido hacia ella, Y olvidará enseguida los motivos de la pelea; entre nosotros todo volverá a ser como siempre; al llegar, Z comprenderá que fue llamado a capítulo sólo por una especie de juego entre nosotros dos; se sentirá como un intruso. Es más, quizá ya en este momento Y se ha arrepentido de todo lo que me dijo, ha intentado llamarme por teléfono, o bien también ella ha pensado como yo que lo mejor era venir en persona, se ha puesto al volante y ahora está corriendo en dirección contraria a la mía por esta autopista.

Ahora he dejado de prestar atención a los coches que van en mi misma dirección y miro los que vienen hacia mí, que para mí consisten sólo en la doble estrella de los faros que se dilata hasta barrer la oscuridad de mi campo visual para luego desaparecer de golpe a mis espaldas arrastrando tras de sí una especie de luminiscencia submarina. Y tiene un coche de modelo muy común, como el mío, por lo demás. Cada una de estas apariciones luminosas podría ser ella que corre hacia mí; en cada una de ellas siento algo que se me mueve en la sangre como por una intimidad destinada a permanecer secreta; el mensaje amoroso dirigido exclusivamente a mí se confunde con todos los demás mensajes que corren por el

borde de la autopista, y, sin embargo, no sabría desear de ella un mensaje distinto a éste.

Me doy cuenta de que al correr hacia Y lo que más deseo no es encontrar a Y al final de mi recorrido: quiero que sea Y la que corra hacia mí; ésta es la respuesta que necesito, es decir necesito que ella sepa que estoy yendo hacia ella pero al mismo tiempo necesito saber que ella está viniendo hacia mí. El único pensamiento que me consuela es también el que más me atormenta: el pensamiento de que si en este momento Y está yendo en dirección de A, también ella cada vez que vea los faros de un coche corriendo hacia B se preguntará si soy yo que corro hacia ella, y deseará que sea yo, y nunca podrá estar segura. Ahora dos coches que van en direcciones contrarias se encuentran durante un segundo el uno al lado del otro, un resplandor ilumina las gotas de lluvia y el ruido de los motores se funde como en un brusco soplo de viento: quizá éramos nosotros, o sea, es seguro que yo era yo, si eso significa algo, y el otro podría ser ella, es decir la que yo quiero que sea ella, la señal de ella en la que quiero reconocerla, si bien es precisamente la señal misma lo que me la hace irreconocible. Correr por la autopista es el único modo que nos queda, a ella y a mí, para expresar lo que tenemos que decirnos, pero no podemos comunicarlo ni recibir ninguna comunicación mientras estamos corriendo.

Me puse al volante para llegar a ella lo más rápidamente posible; pero cuanto más adelante voy más me doy cuenta de que el momento de la llegada no es el verdadero final de mi viaje. Nuestro encuentro con todos los detalles no esenciales que la escena de un encuentro comporta, la menuda red de sensaciones y significados y recuerdos que se desplegaría ante mí —la habitación con el filodendro, la lámpara opalescente, sus zarcillos—, y las cosas que diría, algunas de ellas seguramente erróneas o equivocadas, y las cosas que ella diría, en alguna medida seguramente desentonadas o, en cualquier caso, no las que yo me espero, y toda la sucesión de consecuencias imprevisibles que cada gesto y cada palabra comportan, levantarían alrededor de las cosas que tenemos que decirnos, o, mejor, que queremos oír decir, una nube de ruidos tal que la comunicación, ya difícil por teléfono, resultaría todavía más perturbada, sofocada, sepultada como bajo un alud de arena. Por eso sentí la necesidad, en vez de seguir hablando, de transformar las cosas que había que decir en un cono de luz lanzado a ciento cuarenta por hora, de transformarme a mí mismo en este cono de luz que se mueve por la autopista, porque es seguro que una señal así puede ser recibida y comprendida por ella sin perderse en el desorden equívoco de las vibraciones secundarias, así como yo para recibir y comprender las cosas que ella tiene que decirme querría que no fueran más que (es más, querría que ella no fuera más que) este cono de luz que veo avanzar por la autopista a una velocidad (lo digo a ojo) de ciento diez-ciento veinte. Lo que importa es comunicar lo indispensable dejando de lado todo lo superfluo, reducirnos nosotros mismos a comunicación esencial, a señal luminosa que se mueve en una determinada dirección, anulando la complejidad en nuestras personas y situaciones y expresiones faciales, dejándolas en la caja de

sombra que los faros llevan tras de sí y esconden. La Y que yo amo en realidad es ese haz de rayos luminosos en movimiento, y todo el resto de ella puede permanecer implícito; y el yo mismo que ella puede amar, el yo mismo que tiene el poder de entrar en ese circuito de exaltación que es su vida afectiva, es el destello de este adelantamiento que, por su amor y no sin algún peligro, estoy intentando.

Y también con Z (no me he olvidado en absoluto de Z) la relación adecuada puedo establecerla sólo si él es para mí sólo destello y deslumbramiento que me persigue, o luces de posición que yo persigo: porque si empiezo a tomar en consideración su persona con ese tanto —digamos— de patético pero también de innegablemente desagradable, pero también —debo reconocerlo— de justificable, con toda esta historia aburrida suya del enamoramiento infeliz, y su modo de comportarse siempre un poco equívoco... bueno, ya no se sabe cómo terminar. En cambio, mientras todo continúe así está muy bien: Z que intenta adelantarme o se deja adelantar por mí (pero yo no sé si es él), Y que acelera hacia mí (pero no sé si es ella) arrepentida y de nuevo enamorada, yo que corro hacia ella celoso y ansioso (pero no puedo hacérselo saber ni a ella ni a nadie).

Naturalmente, si en la autopista estuviera solo, si no viera correr otros coches ni en un sentido ni en otro, entonces todo estaría mucho más claro, tendría la certeza de que ni Z se ha movido para suplantarme ni Y se ha movido para hacer las paces conmigo, datos que podría marcar en el activo o el pasivo de mi balance, pero que, en cualquier caso, no dejarían lugar a dudas. Y, sin embargo, si me fuera posible sustituir mi presente estado de incertidumbre por una tal certidumbre negativa, sin más rechazaría el cambio. La condición ideal para excluir toda duda sería que en toda esta parte del mundo sólo existieran tres coches: el mío, el de Y y el de Z: entonces ningún otro coche podría marchar en mi dirección sino el de Z, y el único coche en dirección contraria ciertamente sería Y. En cambio, entre los cientos de coches que la noche y la lluvia reducen a anónimos deslumbramientos, sólo un observador inmóvil y situado en una posición favorable podría distinguir un coche del otro, y a lo mejor quién va en él. Ésta es la contradicción en que me hallo: si quiero recibir un mensaje tendría que renunciar a ser mensaje yo mismo, pero el mensaje que querría recibir de Y —es decir que Y se haya hecho ella misma mensaje— tiene valor sólo si yo soy mensaje a mi vez; por otra parte, el mensaje en que me he convertido tiene sentido sólo si Y no se limita a recibirlo como una receptora cualquiera de mensajes, y es ella ese mensaje que yo espero recibir de ella.

Llegar a B, subir a casa de Y, ver que ella sigue allí con su dolor de cabeza rumiando los motivos de la pelea, ya no me proporcionaría ninguna satisfacción; si luego también llegase Z se montaría una escena teatral, detestable; y si, en cambio, llegase a saber que Z se ha cuidado mucho de venir o que Y no ha traducido en acto su amenaza de telefonearle, sentiría que habría hecho el papel del memo. Por otra parte, si yo me hubiera quedado en A, e Y hubiera venido a presentarme sus excusas, me habría encontrado en una situación embarazosa: habría visto a Y con otros ojos,

como una mujer débil que se aferra a mí, algo entre nosotros habría cambiado. Ya no puedo aceptar otra situación sino esta transformación de nosotros mismos en el mensaje de nosotros mismos. ¿Y Z? Tampoco Z debe escapar a nuestra suerte, también él debe transformarse en el mensaje de sí mismo; ay de mí si corro hacia Y celoso de Z y si Y viene hacia mí arrepentida para huir de Z mientras, en cambio, a Z no se le ha ocurrido moverse de casa...

A mitad de la autopista hay una estación de servicio. Me paro, corro al bar, compro un puñado de fichas, marco el prefijo de B, el número de Y. Nadie responde. Dejo caer la lluvia de fichas con júbilo: está claro que Y no ha soportado la impaciencia, ha subido al coche y ha corrido hacia A. Ahora vuelvo al coche por el otro lado, corro yo también hacia A. Todos los coches que adelanto podrían ser Y, o bien todos los coches que me adelantan. En el carril contrario todos los coches que van en sentido contrario podrían ser Z, el iluso. O bien: también Y se ha parado en una estación de servicio, ha telefonado a mi casa en A, y al no encontrarme ha comprendido que yo estaba yendo a B, ha invertido la dirección de la marcha. Ahora estamos corriendo en direcciones opuestas, alejándonos, y el coche que adelanto o que me adelanta es el de Z que también a medio camino ha intentado telefonar a Y...

Todo es aún más inseguro pero siento que ya he alcanzado un estado de tranquilidad interior: mientras podamos controlar nuestros números telefónicos y no haya nadie que responda, los tres seguiremos corriendo atrás y adelante a lo largo de estas líneas blancas, sin lugares de partida o de llegada que se ciernan llenos de sensaciones y significados sobre la univocidad de nuestra carrera, liberados finalmente del espesor embarazoso de nuestras personas y goces y estados de ánimo, reducidos a señales luminosas, único modo de ser adecuado para quien quiera identificarse con lo que dice sin el zumbido deformador que nuestra presencia o la ajena transmite a lo que decimos.

Ciertamente, el coste que hay que pagar es alto, pero debemos aceptarlo: no podemos distinguir entre las muchas señales que pasan por esta autopista, cada una con su significado que permanece oculto e indescifrable porque fuera de aquí ya no hay nadie capaz de recibarnos ni de entendernos.

El conde de Montecristo

1

Desde mi celda poco puedo decir de cómo esté hecho este castillo de If en el que me encuentro desde hace muchos años preso. La ventana enrejada está en el fondo de una galería que agujerea el espesor del muro: no enmarca ninguna vista; por la luminosidad más o menos intensa del cielo reconozco más o menos las horas y las estaciones; pero no sé si abajo se abre el mar o las murallas o uno de los patios interiores de la fortaleza. El túnel se estrecha en forma de tolva; para asomarme debería arrastrarme hasta el fondo; lo he intentado, es imposible, incluso para un hombre reducido a una larva, como yo. La salida quizá esté más lejos de lo que parece: el cálculo de las distancias se ve confundido por la perspectiva en embudo y el contraste de la luz.

Los muros son tan gruesos que podrían contener otras celdas y escaleras y cuerpos de guardia y polvorines; o bien toda la fortaleza podría ser muro, un sólido pleno y compacto, con un hombre vivo sepultado en medio. Las imágenes que uno se hace estando encerrado se persiguen y no se excluyen recíprocamente: la celda, la aspillera, los corredores por los que el carcelero viene dos veces al día con la sopa y el pan podrían no ser más que sutiles poros en una roca de consistencia esponjosa.

Se oye el ruido del mar, especialmente en las noches de tempestad: a veces parece como si las olas rompieran aquí contra la pared a la que pego mi oído; a veces parece que excavan desde abajo, bajo los escollos de los cimientos, y que mi celda esté encima de la torre más alta, y que el estruendo suba por la prisión, él también prisionero, como en la trompa de una caracola.

Aguzo el oído: los sonidos describen a mi alrededor formas y espacios variables y desflecados. Por las pisadas de los carceleros intento establecer el retículo de los corredores, las vueltas, los ensanchamientos, las rectas interrumpidas por el arrastrar del fondo de las perolas hasta el umbral de cada celda y por el ruido de los cerrojos: sólo consigo fijar una sucesión de puntos en el tiempo, sin correspondencia en el

espacio. De noche los sonidos llegan más claros, pero más inciertos al señalar lugares y distancias: en algún lugar roe un ratón, gime un enfermo, la sirena de un barco anuncia su arribada al puerto de Marsella, y la pala del abate Faria sigue excavando su vía entre estas piedras.

No sé cuántas veces el abate Faria haya intentado la fuga: en cada ocasión trabajó durante meses haciendo palanca bajo las losas de piedra, desmenuzando las juntas de cemento, perforando la roca con rudimentarios punzones; pero en el momento en que el último golpe de pico debería abrirle el paso sobre la escollera, se da cuenta de que ha ido a parar a una celda todavía más interior que aquella de donde había partido. Basta con un pequeño error en los cálculos, un leve desnivel en la inclinación del túnel y se adentra en las entrañas de la fortaleza sin posibilidad de volver a encontrar el camino. Después de cada empresa fracasada, vuelve a corregir los dibujos y las fórmulas con que ha ilustrado las paredes de su celda; vuelve a poner a punto su arsenal de instrumentos de fortuna y vuelve a raspar.

2

En la forma de evadirme también yo he pensado y pienso mucho; es más, he hecho tantas suposiciones sobre la topografía de la fortaleza, sobre el camino más corto y más seguro para alcanzar el bastión externo y arrojarme al mar, que ya no sé distinguir entre mis conjeturas y los datos que se basan en la experiencia. Trabajando a partir de hipótesis, consigo a veces hacerme una imagen de la fortaleza tan persuasiva y minuciosa que podría moverme en ella cómodamente con el pensamiento; mientras que los elementos que obtengo de lo que veo y siento son desordenados, lagunosos y cada vez más contradictorios.

En los primeros tiempos de mi prisión, cuando todavía mis desesperados actos de rebelión no me habían llevado a pudrirme aislado en esta celda, las tareas de la vida carcelaria me llevaron a subir y bajar escalinatas y bastiones, a atravesar zaguanes y poternas del castillo de If; pero de todas las imágenes conservadas en mi memoria, que ahora sigo descomponiendo y recomponiendo en mis conjeturas, ninguna encaja en la otra, ninguna me ayuda a explicar qué forma tiene la fortaleza y en qué punto me hallo. Muchos pensamientos me devanaban los sesos entonces —sobre cómo yo, Edmond Dantès, pobre pero honrado marinero, había podido caer atrapado en los rigores de la justicia y perder de repente la libertad— como para que mi atención pudiera concentrarse en la disposición de los lugares.

El golfo de Marsella y sus islotes me fueron familiares desde mi niñez; y en todos los embarques de mi no larga vida de marinero las partidas y las arribadas tuvieron ese fondo; pero cada vez que se encuentra con la oscura roca de If, la mirada de los

navegantes se aparta de ella con un estremecimiento de miedo. Así, cuando me trajeron aquí encadenado en una barca de gendarmes, y en el horizonte se perfiló este escollo y sus murallas, comprendí mi suerte e incliné la cabeza. No vi —o no recuerdo— de qué modo la barca atracó, qué escalones me hicieron subir, qué puerta se cerró a mis espaldas.

Ahora que, pasados los años, he dejado de devanarme los sesos sobre la cadena de infamias y fatalidades que provocó mi detención, he comprendido algo: que la única manera de escapar de la condición de preso es comprender cómo está hecha la prisión.

Si no siento el deseo de imitar a Faria es porque me basta con saber que alguien está buscando una vía de escape para convencerme de que tal vía existe; o, al menos, que se puede plantear el problema de buscarla. Así, el ruido de Faria excavando se ha convertido en un complemento necesario a la concentración de mis pensamientos. Siento que Faria no es sólo alguien que intenta su propia fuga sino que es parte de mi proyecto; y no porque espere una vía de salvación abierta por él —ya se ha equivocado tantas veces que he perdido toda confianza en su intuición—, sino porque las únicas informaciones de que dispongo sobre el lugar en que me encuentro me son dadas por la sucesión de sus errores.

3

Los muros y los cielos rasos están horadados en todas las direcciones por el pico del abate, pero sus itinerarios siguen envolviéndose sobre sí mismos como en un ovillo, y mi celda sigue siendo cruzada por él siguiendo cada vez una línea distinta. Hace tiempo que perdió el sentido de la orientación: Faria ya no reconoce los puntos cardinales, es más, ni siquiera el cenit y el nadir. A veces siento rascar en el techo; cae una lluvia de cascotes; se abre una brecha, de ella sobresale la cabeza de Faria boca abajo. Boca abajo para mí, no para él; sale de su túnel, camina cabeza abajo sin que nada se descomponga en su persona, ni su blanco cabello, ni su barba verde de moho, ni los jirones de tela de saco que cubren sus espaldas macilentas. Recorre como una mosca el techo y las paredes, se detiene, clava el pico en un punto, se abre un paso, desaparece.

A veces, apenas desaparece a través de una pared, vuelve a aparecer por la pared de enfrente: aún no ha retirado de aquí el talón cuando ya asoma por allí su barba. Reaparece más cansado, esquelético, envejecido, como si hubieran pasado años desde la última vez que le vi.

En cambio, otras veces, apenas se ha metido en el túnel y le escucho un grito aspirado como el que se prepara para un fragoroso estornudo: en los meandros de la

fortaleza hace frío y hay humedad, pero el estornudo no llega: yo espero: espero durante una semana, durante un mes, durante un año, Faria ya no vuelve; me convengo de que está muerto. De repente, la pared de enfrente tiembla como si hubiera un terremoto; del hueco asoma Faria terminando su estornudo.

Cada vez intercambiamos menos palabras, o continuamos conversaciones que no recuerdo haber nunca comenzado. He comprendido que a Faria le resulta difícil distinguir una celda de otra entre las muchas que atraviesa en sus recorridos equivocados. Cada celda contiene un jergón, una jarra, un cubo, un hombre en pie que mira el cielo a través de una estrecha aspillera. Cuando Faria sale por debajo, el preso se da la vuelta: siempre tiene la misma cara, la misma voz, los mismos pensamientos. Su nombre es el mismo: Edmond Dantès. La fortaleza no tiene puntos privilegiados: repite siempre en el espacio y en el tiempo la misma combinación de figuras.

4

Intento imaginar con Faria como protagonista cada una de mis hipótesis de fuga. No es que tienda a identificarme con él: Faria es un personaje necesario para que yo pueda representar en mi mente la evasión a una luz objetiva, como no podría hacer viviéndola: quiero decir, soñándola en primera persona. Ya no sé si el que oigo excavar como un topo es el verdadero Faria que abre brechas en los muros de la verdadera fortaleza de If o es la hipótesis de un Faria que se las tiene que ver con una fortaleza hipotética. De todos modos, el resultado es el mismo: gana la fortaleza, como si, en las partidas entre Faria y la fortaleza, yo llevase tan lejos mi imparcialidad apostando por la fortaleza contra él... no, ahora exagero: la partida no se juega sólo en mi mente, sino entre dos contendientes reales, independientemente de mí; mi esfuerzo tiende a verla con distancia —miento, en una representación sin angustia.

Si consigo observar la fortaleza y al abate desde un punto de vista perfectamente equidistante, conseguiré identificar no sólo los errores particulares que Faria comete una y otra vez, sino el error de método en que sigue incurriendo y que yo, gracias a mi correcto planteamiento, sabré evitar.

Faria procede de esta manera: encuentra una dificultad, estudia una solución, experimenta la solución, se topa con una nueva dificultad, proyecta una nueva solución, y así sucesivamente. Para él, una vez eliminados todos los posibles errores e imprevisiones, la evasión no puede fallar: todo consiste en proyectar y ejecutar la

evasión perfecta.

Yo parto del presupuesto contrario: existe una fortaleza perfecta de la que no es posible evadirse; sólo si en el proyecto o construcción de la fortaleza se cometió un error o un descuido, la evasión es posible. Mientras Faria sigue desmontando la fortaleza sondeando sus puntos débiles, yo sigo volviéndola a montar imaginando barreras cada vez más insuperables.

Las imágenes que de la fortaleza nos hacemos Faria y yo son cada vez más distintas. Faria, partiendo de una figura simple, la va complicando al extremo para comprender en ella cada uno de los imprevistos que encuentra en su camino; yo, partiendo del desorden de estos datos, veo en cada obstáculo aislado el indicio de un sistema de obstáculos, desarrollo cada segmento en una figura regular, sueldo estas figuras como caras de un sólido, poliedro o hiperpoliedro, inscribo estos poliedros en esferas o en hiperesferas, y así cuanto más cierro la forma de la fortaleza más la simplifico, definiéndola en una relación numérica o en una fórmula algebraica.

Pero para pensar una fortaleza así necesito que el abate Faria no deje de luchar contra corrimientos de tierra, pernos de acero, desagües de cloaca, garitas de centinelas, saltos en el vacío, entrantes de los muros maestros, porque la única manera de reforzar la fortaleza pensada es poner continuamente a prueba la verdadera.

5

Así pues: cada celda parece separada del exterior sólo por el espesor de una muralla, pero Faria, al excavar, descubre que en medio siempre hay otra celda, y entre ésta y el exterior otra más. La imagen que le queda es ésta: una fortaleza que crece a nuestro alrededor y en la que cuanto más tiempo estemos encerrados más nos alejaremos del afuera. El abate excava, excava, pero los muros aumentan de espesor, se multiplican las torres albarranas y las barbacanas. A lo mejor se consigue avanzar más rápido de cuanto se expande la fortaleza; en cierto momento, Faria se encontrará fuera sin darse cuenta. Sería necesario invertir la relación entre las velocidades para que la fortaleza, al contraerse, expulsara al abate como una bala de cañón.

Pero si la fortaleza crece con la velocidad del tiempo, para escapar hay que ir todavía más rápido, remontar el tiempo. El momento en que me encontraría fuera sería el mismo momento en que entré aquí: por fin me asomo al mar. ¿Y qué veo? Una barca llena de gendarmes está atracando en If; en medio está Edmond Dantès encadenado.

He vuelto a imaginarme a mí mismo como protagonista de la evasión, y enseguida me he jugado no sólo mi futuro sino mi pasado, mis recuerdos. Todo lo que no está claro en la relación entre un preso inocente y su prisión sigue proyectando sombra sobre las imágenes y sobre las decisiones. Si la prisión está rodeada por *mi* afuera, ese afuera me volvería a llevar adentro cada vez que lograra alcanzarlo: el afuera no es más que el pasado, es inútil intentar huir de él.

Debo pensar la prisión o como un lugar que está sólo dentro de sí mismo, sin un afuera —esto es, renunciar a salir de ella—, o debo pensarla no como *mi* prisión sino como un lugar sin relación conmigo ni en el interior ni en el exterior; es decir, estudiar un recorrido del adentro al afuera que prescinda del valor que «adentro» y «afuera» han adquirido en mis emociones; que valga también si en lugar de «afuera» digo «adentro» y viceversa.

6

Si fuera está el pasado, quizá el futuro se concentre en el punto más interior de la isla de If, es decir, el camino de salida es un camino hacia el adentro. En los dibujos con que el abate Faria cubre los muros, se alternan dos mapas de bordes quebrados, constelados de flechas y señales: uno debería ser el plano de If, el otro de una isla del archipiélago toscano donde está oculto un tesoro: Montecristo.

Es precisamente para buscar ese tesoro por lo que el abate Faria quiere evadirse. Para triunfar en su intento debe trazar una línea que en el mapa de la isla de If lo lleve del interior al exterior y en el mapa de la isla de Montecristo lo lleve del exterior a ese punto más interior de todos los demás puntos que es la gruta del tesoro.

Entre una isla de la que no se puede salir y una isla en la que no se puede entrar tiene que haber una relación: por ello, en los jeroglíficos de Faria los dos mapas se superponen hasta identificarse.

Pero ahora es difícil comprender si Faria está excavando en este momento para lanzarse al mar abierto o para penetrar en la gruta llena de oro. Mirándolo bien, en uno u otro caso, tiende al mismo punto de arribada: el lugar de la multiplicidad de las cosas posibles. A veces me represento esta multiplicidad concentrada en una esplendente celda subterránea, a veces la veo como una explosión que se irradia. El tesoro de Montecristo y la fuga de If son dos fases de un mismo proceso, quizá sucesivas, quizá periódicas, como un latido.

La búsqueda del centro de If-Montecristo no lleva a resultados más seguros que la marcha hacia su inalcanzable circunferencia: en cualquier punto en que me encuentre,

la hiperesfera se ensancha a mi alrededor en todas direcciones; su centro está en todos los lugares en que yo estoy; profundizar más quiere decir descender hacia mí mismo. Excavas excavas y no haces más que volver a recorrer el mismo camino.

7

Una vez entrado en posesión del tesoro, Faria pretende liberar al emperador de la isla de Elba, darle los medios para volver a ponerse a la cabeza de su ejército... El plan de la fuga-búsqueda en la isla de If-Montecristo no es, por lo tanto, completo si no incluye también la búsqueda-fuga de Napoleón de la isla donde está desterrado. Faria excava; vuelve a penetrar una vez más en la celda de Edmond Dantès; ve al preso de espaldas que mira como siempre el cielo por la aspillera; al oír el pico el preso se vuelve: es Napoleón Bonaparte. Faria y Dantès-Napoleón excavan juntos un túnel en la fortaleza. El mapa de If-Montecristo-Elba está diseñado de manera que al hacerlo girar un determinado número de grados se obtiene el mapa de Santa Elena: la fuga se invierte en un exilio sin retorno.

Los confusos motivos por los que tanto Faria como Edmond Dantès han sido apresados, por distintas vías, tienen que ver con la suerte de la causa bonapartista. La hipotética figura geométrica que se llama If-Montecristo coincide en algunos de sus puntos con otra figura que se llama Elba-Santa Elena. En ella hay puntos del pasado y del futuro en los que la historia napoleónica interviene en nuestra historia de pobres galeotes, y otros puntos en los que Faria y yo habríamos podido influir en una eventual revancha del Imperio.

Estas intersecciones complican aún más el cálculo de las previsiones; en ellas hay puntos en los que la línea que uno de nosotros está siguiendo se bifurca, se ramifica, se abre en abanico; cada rama puede encontrar ramas que parten de otras líneas. En un trazado anguloso pasa Faria excavando, y por pocos segundos no se topa con los carros y cañones del Ejército imperial que reconquista Francia.

Marchamos en la oscuridad; sólo el volverse sobre sí mismos de nuestros itinerarios nos advierte de que algo ha cambiado en los itinerarios ajenos. Llámese Waterloo el punto en que el recorrido del ejército de Wellington podría cruzarse con el recorrido de Napoleón; si las dos líneas se encuentran, los segmentos más allá de ese punto se quedan fuera; en el mapa en el que Faria excava su túnel, la proyección del ángulo en Waterloo le obliga a volver sobre sus pasos.

8

Las intersecciones entre las varias líneas hipotéticas definen una serie de planos que se disponen como las páginas de un manuscrito en el escritorio de un novelista. Llamemos Alejandro Dumas al escritor que debe entregar lo más rápidamente posible a su editor una novela en doce tomos titulada *El conde de Montecristo*. Su trabajo procede de este modo: dos ayudantes (Auguste Maquet y P. A. Fiorentino) desarrollan una a una las distintas alternativas que parten de cada punto, y proporcionan a Dumas la trama de todas las variantes de una desmesurada hipernovela; Dumas elige, descarta, recorta, pega, corta; si una solución tiene preferencia por fundados motivos pero excluye un episodio que le sería cómodo insertar, trata de juntar los troncones de proveniencia disparatada, los une con soldaduras aproximadas, se las ingenia para establecer una aparente continuidad entre segmentos de futuro que divergen. El resultado final será la novela *El conde de Montecristo*, lista para entregar a la imprenta.

Los diagramas que Faria y yo trazamos en las paredes de la prisión se asemejan a los que Dumas traza en sus pliegos para establecer el orden de las variantes seleccionadas. Un mazo de pliegos puede ya pasar a la imprenta: contiene la Marsella de mi juventud; al recorrer las líneas de apretada escritura puedo abrirme paso a través de los muelles del puerto, remontar la Rue de la Canebière en el sol de la mañana, llegar al barrio de los Catalanes colgado en la colina, volver a ver a Mercedes... Otro mazo de papeles espera los últimos retoques: Dumas todavía está poniendo a punto los capítulos de la prisión en el castillo de If; Faria y yo nos debatimos allí dentro, manchados de tinta, entre enmarañadas correcciones... A los lados del escritorio se amontonan las propuestas de continuación de la historia que los dos ayudantes van compilando metódicamente. En una de ellas, Dantès huye de la cárcel, encuentra el tesoro de Faria, se convierte en el conde de Montecristo de térreo rostro impenetrable, dedica su implacable voluntad y sus ilimitadas riquezas a la venganza; y el maquiavélico Villefort, el avaricioso Danglars, el torvo Caderousse pagan el precio de sus fechorías, tal como durante tantos años entre estos muros había previsto en mis rabiosas fantasías, en mis ansias de revancha.

Al lado de éste, otros esbozos de futuro están dispuestos en la mesa. Faria abre una brecha en la pared, penetra en el estudio de Alejandro Dumas, lanza una mirada imparcial y exenta de pasión sobre la extensión de pasados y presentes y futuros — como no podría hacerlo yo, que trataría de reconocerme con ternura en el joven Dantès recién ascendido a capitán, con piedad por el Dantès galeote, con delirios de grandeza por el conde de Montecristo que hace su entrada majestuosa en los más altos salones de París; yo que, con desazón, en lugar de ellos volvería a encontrar a otros tantos extraños—, toma un folio aquí un folio allá, mueve como un simio sus largos brazos peludos, busca el capítulo de la evasión, la página sin la cual todas las posibles continuaciones de la novela fuera de la fortaleza resultan imposibles. La fortaleza concéntrica If-Montecristo-escritorio de Dumas nos contiene a los prisioneros, al tesoro y a la hipernovela *Montecristo* con sus variantes y

combinaciones de variantes de miles de millones de miles de millones, pero siempre en número finito. A Faria le gusta una página entre tantas y no desespera de encontrarla; a mí me interesa ver crecer el cúmulo de folios descartados, de las soluciones que no hay que tener en cuenta, que ya forman una serie de pilas, un muro...

Disponiendo una tras otra todas las continuaciones que permiten alargar la historia, por probables o improbables que sean, se obtiene la línea en zigzag del *Montecristo* de Dumas; mientras que uniendo las circunstancias que impiden continuar la historia se diseña la espiral de una novela en negativo, de un *Montecristo* de signo menos. Una espiral puede girar sobre sí misma hacia el adentro o hacia el afuera: si se atornilla en el interior de sí misma, la historia se cierra sin desarrollo posible; si se desarrolla en espiras que se ensanchan en cada giro podría incluir un segmento del *Montecristo* de signo más, acabando por coincidir con la novela que Dumas dará a la imprenta, o, a lo mejor, para superarla en la riqueza de las ocasiones afortunadas. La diferencia decisiva entre los dos libros —capaz de permitir definir al uno como verdadero y al otro como falso aunque idénticos— estará toda en el método. Para proyectar un libro —o una evasión— lo primero es saber excluir.

9

Así seguimos ajustando cuentas con la fortaleza; Faria sondeando los puntos débiles de la muralla y topándose con nuevas resistencias; yo reflexionando sobre sus intentos fallidos para imaginar nuevos trazados de murallas que añadir al plano de mi fortaleza-imaginación.

Si con el pensamiento consigo construir una fortaleza de la que sea imposible escapar, esa fortaleza pensada o será igual a la verdadera —y en ese caso es seguro que de aquí no escaparemos nunca, pero al menos habremos alcanzado la tranquilidad de quien sabe que está aquí porque no podría estar en otro lugar— o será una fortaleza de la cual la fuga todavía es más imposible que de aquí —y entonces es señal de que aquí existe una posibilidad de fuga: bastará con identificar el punto en que la fortaleza pensada no coincida con la verdadera para encontrarla.

Otras historias cósmicas

La Luna como un hongo

Según George Darwin, la Luna se habría separado de la Tierra por efecto de una marea solar. La atracción del Sol actuó sobre el revestimiento de roca más ligera (granito) como sobre un fluido, elevando una parte de ella y arrancándola a nuestro planeta. Las aguas que entonces recubrían por entero la Tierra fueron en gran parte deglutidas por el remolino que la fuga de la Luna había abierto (o sea, el océano Pacífico), dejando al descubierto el restante granito, que se fragmentó y arrugó en los continentes. Sin la Luna, la evolución de la vida en la Tierra, aunque hubiera existido, habría sido muy distinta.

¡Sí, sí, ahora que lo decís, lo recuerdo! —exclamó el viejo Qfwfq—. ¿Cómo no? La Luna comenzó a despuntar como un hongo debajo del agua: yo estaba pasando en barca precisamente por ese punto, y de repente, me siento empujar desde abajo. «¡Caray! ¡Un bajío!», grito, pero ya estoy elevado encima de una especie de chichón blanco, la barca y yo, con el sedal colgando en seco, el anzuelo en el aire.

Contarlo ahora es fácil, pero me habría gustado veros entonces previendo esos fenómenos. Sí, también en aquellos tiempos había quien ponía en guardia contra los peligros que reservaba el porvenir; y ahora se puede decir que muchas cosas las había comprendido, no sobre la Luna, no, eso fue una sorpresa para todos, sino sobre las tierras que emergerían. El inspector Oo del Observatorio de Altas y Bajas Mareas dio varias conferencias, pero nadie le hizo caso nunca. Por suerte, porque luego cometió un gran error de cálculo y pagó personalmente por ello.

En ese tiempo la superficie del globo estaba toda recubierta por las aguas, sin tierras que emergieran. Todo en el mundo era plano y sin relieve; el mar era un agua baja y dulce, y nosotros, en canoas, íbamos a pescar lenguados.

De sus cálculos del Observatorio, el inspector Oo había llegado a la convicción de que grandes cambios estaban a punto de ocurrir en la Tierra. Su teoría era que el globo en poco tiempo se habría dividido en dos zonas: una continental y otra oceánica. En la zona continental se formarían montañas y cursos de agua y crecería una vegetación exuberante. A aquellos de nosotros que se hubieran encontrado en el continente se les abrirían infinitas posibilidades de riqueza; mientras tanto, los océanos se volverían inhabitables para todos, excepto para su especial fauna, y nuestras frágiles embarcaciones serían volcadas por enormes tempestades.

Pero ¿quién podía tomarse en serio estas apocalípticas profecías? En la exigua capa de agua se desarrollaba toda nuestra vida y no podíamos imaginarnos una

distinta. Cada uno navegaba en su barquita, yo en el paciente trabajo del pescador, el pirata Bm Bn tendiendo emboscadas a los pastores de ánades detrás de los brotes de los cañaverales, la muchacha Flw bogando ligera en su piragua. ¿Quién de nosotros podía imaginar que de aquella extensión lisa como un espejo se levantaría una ola, pero no de agua, una dura ola de granito, y nos llevaría consigo?

Pero vayamos por orden. El primero en encontrarse allá arriba en la cima fui yo, que me quedé con mi barca en seco de un momento a otro. Oía los gritos de mis compañeros que subían desde el mar; se estaban pasando la voz, señalándome, burlándose de mí, y sus palabras parecían llegarme de otro mundo:

—¡Mira allí a Qfwfq! ¡Ja, ja!

La joroba en la que me había quedado izado no estaba quieta: corría por el mar rodando como una canica; no, no me he explicado bien, era una ola subterránea que por donde corría levantaba la alfombra de roca y luego la dejaba descender en el punto de antes. Lo curioso era que yo, sostenido e impulsado por esta marea sólida, en lugar de volver a caer al agua en cuanto se desplazaba, permanecía en equilibrio allá arriba, avanzando con su avance, y alrededor de mí veía cada vez más peces en seco debatiéndose y boqueando en el suelo duro y blancuzco que emergía poco a poco.

¿En qué pensé? Seguro que no en las teorías del inspector Oo (a duras penas las había oído nombrar), sino sólo en las nuevas posibilidades de pesca que inesperadamente se me abrían: me bastaba con extender las manos y llenar la barca de lenguados. De las otras embarcaciones, los gritos de sorpresa y de burla se convirtieron en imprecaciones, en amenazas. Los pescadores me llamaban ladrón, pirata: entre nosotros regía la regla de que cada cual pescara en la zona que le había sido asignada; una incursión en zona ajena se consideraba un delito. Pero ahora ¿quién podía detener este bajío semoviente? No era culpa mía si mi barca se llenaba mientras las suyas permanecían vacías.

Así pues, la situación era ésta: la burbuja de granito que atravesaba la superficie de las aguas dilatándose, rodeada por una nube de lenguados culebreantes; yo que agarraba los peces al vuelo; detrás, la persecución de las barcas de mis compañeros envidiosos que intentaban ir al asalto de mi fortín; y además, cada vez más amplia, la separación que ninguna de las nuevas oleadas de perseguidores lograba superar, y el crepúsculo que descendía sobre ellos, y la oscuridad de la noche que se los tragaba poco a poco, mientras que, en cambio, allí donde yo estaba el Sol no dejaba de latir en un perpetuo mediodía.

No sólo los peces se quedaban varados en la ola de piedra; todo lo que flotaba alrededor acababa naufragando: flotillas de canoas cargadas de arqueros, lanchones de vituallas, bucentauros que transportaban reyes y princesas y sus séquitos. Al avanzar, ciudades de palafitos se perfilaban en el horizonte, por encima de las aguas; e inmediatamente eran arrolladas en un derrumbamiento de madera rota y paja y cacareos de gallinas. Éstos eran ya signos reveladores de la naturaleza del fenómeno:

el frágil estrato de cosas que cubría el mundo podía ser negado, sustituido por un desierto móvil a cuyo paso toda presencia viviente quedaba arrasada y excluida. Esto ya habría podido advertirnos a todos y especialmente al inspector. Pero yo, repito, no planteaba hipótesis sobre el futuro: tenía bastante con mantenerme en equilibrio y tratar de salvar un equilibrio más vasto, general, que veía sacudido desde sus cimientos.

A cada obstáculo que la ola de piedra hacía pedazos, me caía encima una lluvia de trastos, utensilios, diademas. En mi lugar, una persona sin escrúpulos (como se vio claramente más tarde) se habría precipitado a llenarse los bolsillos. En cambio, yo — ya me conocéis— no. Es más, se apoderó de mí una ansiedad opuesta: los lenguados que tan fácilmente había recogido, empecé a tirárselos a los pobres pescadores. No lo digo por presumir. La única manera que tuve de contrastar lo que estaba sucediendo era intentar reparar los daños, echar una mano a las víctimas. Desde lo alto de la montaña que avanzaba, gritaba: «¡Sálvese quien pueda! ¡Huid! ¡Marchaos de aquí!». Intentaba sostener los palafitos tambaleantes que lograba alcanzar con mis brazos, de manera que, pasada la ola, pudieran seguir estando todavía en pie, y a los náufragos abandonados que braceaban allí abajo les distribuía todo lo que las colisiones y derrumbamientos hacían caer al alcance de mis manos. Esperaba esto: que un nuevo equilibrio se creara por el hecho de que allí arriba estaba yo. Me habría gustado que la ola de piedra transportara a la vez lo malo de su sórdida emergencia y lo bueno de los actos en que yo me prodigaba, uno y otro aspectos del mismo fenómeno natural, superando mi voluntad y la de los demás.

En cambio, no conseguía nada: la gente no entendía mis gritos y no se apartaba, los palafitos quedaban reducidos a ruinas en cuanto los tocaba, las cosas arrojadas provocaban peleas en el agua y aumentaban los desórdenes.

La única buena acción que logré fue salvar un rebaño de ánades de ser presa del pirata Bm Bn. Un pobre pastor avanzaba entre las cañas en su plácida piragua sin ver la lanza que estaba a punto de atravesarlo. Llegué yo sobre la ola de piedra, justo a tiempo para detener el brazo del bandido. Dije «largo largo» a los ánades, que volaron a salvo. Pero apenas llegué donde estaba Bm Bn, se agarró a mí: a partir de entonces fuimos dos sobre la ola de piedra, y el equilibrio entre mal y bien que yo todavía esperaba salvar se vio definitivamente comprometido.

Para Bm Bn el hallarse allí era sólo una ocasión para nuevas piraterías, desmanes, devastaciones. La ola de granito proseguía su negación del mundo indiferente e impasible, pero en ella reinaba ahora una mente que convertía la negación en provecho. Yo era prisionero no ya de un ciego trastorno telúrico sino de aquel pirata; ¿qué podía hacer para parar aquellos dos impulsos unívocos? Entre la piedra y el bandido me sentía oscuramente del lado de la piedra, la sentía de alguna manera misteriosa como mi aliada, pero no sabía cómo sumarle mis débiles fuerzas para impedir que Bm Bn cometiera violencias y saqueos.

Las cosas tampoco cambiaron cuando sobre la ola de piedra también estuvo Flw.

Fui obligado a presenciar su rapto sin poder mover ni un dedo para impedirlo, pues Bm Bn me había atado como un salchichón. La muchacha Flw se acercaba en piragua entre las ninfeas y las juncáceas; Bm Bn hizo girar en el aire un largo lazo y lo lanzó; pero era una joven amable y sumisa, y consintió en quedar prisionera de aquel bruto.

En cambio, yo no me adaptaba, y lo dije:

—No estoy aquí para bailarle el agua, Bm Bn. Desátame y me iré.

Bm Bn apenas volvió la cabeza.

—¿Todavía estás ahí? —dijo—. Que tú estés o no para mí cuenta menos que una pulga. Venga, tírate al mar, ahógate —y me soltó.

—Me voy, pero volverás a oír hablar de mí —le dije, y, en voz baja, le susurré a Flw—: Espérame, vendremos a liberarte.

Estaba a punto de zambullirme. En ese momento avisté en el horizonte a uno que iba por el mar con zancos; al paso de nuestra ola no se movió, es más, vino a su encuentro. Los zancos volaron en pedazos; él cayó en el granito.

—Había calculado bien —dijo—. Permitan que me presente: inspector Oo, del Observatorio de Altas y Bajas Mareas.

—Llega en un buen momento, inspector, para que me aconseje qué hacer —dije—. La situación aquí arriba ha llegado a tal punto que iba a marcharme.

—Habría cometido un grave error —objetó el inspector—, y le explicaré por qué.

Comenzó a exponer su teoría, ya confirmada por los hechos: la esperada emergencia de los continentes estaba precisamente comenzando con esta hinchazón en la que nos encontrábamos; una era de nuevas e ilimitadas posibilidades se abría ante nosotros. Le escuchaba con la boca abierta: la situación cambiaba de aspecto; en lugar de estar en un núcleo de destrucción y desolación me hallaba en la gema de una nueva posibilidad de vida terrestre mil veces más lozana.

—Por esto —concluyó el inspector, triunfante—, quiero ser uno de los vuestros.

—Si yo te permito quedarte —se carcajeó Bm Bn.

—Estoy seguro de que seremos amigos —declaró Oo—. Nos encaminamos a grandes cataclismos y mis estudios y mis previsiones nos harán capaces de dominarlos; es más, de aprovecharlos en nuestro beneficio.

—No sólo nuestro, espero —exclamé yo—. Si lo que usted dice es verdad, inspector, si justamente nosotros hemos tenido esa suerte, ¿cómo podemos excluir a nuestros semejantes? Tenemos que avisar a todos los que encontremos y hacerles subir aquí con nosotros.

—Calla, gorrión —y Bm Bn me agarró por el estómago—, si no quieres que te devuelva cabeza abajo al fango de donde viniste. Aquí estoy yo y quien a mí me parezca y basta. ¿Tengo razón, inspector?

Me dirigí a Oo, seguro de hallar en él un aliado contra la prepotencia del bandido:

—Inspector, seguro que a sus estudios no le llevó el egoísmo. No permitirá que Bm Bn se aproveche de ellos para sus fines personales...

El inspector se encogió de hombros.

—La verdad es que no querría pronunciarme sobre vuestras peleas internas: no estoy al corriente de los precedentes. Yo soy un técnico. Si aquí, como me parece haber comprendido, es el señor el que tiene el mando —y señaló con la cabeza a Bm Bn—, querría someter a su atención los resultados de mis cálculos...

La desilusión que sentí al escuchar esas palabras, como la más inesperada traición, no era tanto por el inspector en sí como por sus previsiones del porvenir. Seguía describiendo la vida como se habría desarrollado en las tierras emergidas, las ciudades de cimientos de piedra que habrían surgido, las calles transitadas por camellos y caballos y carros y gatos y caravanas, y las minas de oro y plata, y los bosques de sándalo y caña malaya, y los elefantes, y las pirámides, y las torres, y los relojes, y los pararrayos, y los tranvías, las grúas, los ascensores, los rascacielos, las colgaduras y las banderas en los días de las fiestas nacionales, los anuncios luminosos de todos los colores en las fachadas de los teatros y los cines, que habrían reverberado sobre las perlas de los collares en las noches de gran gala. Todos lo escuchábamos, Flw con una sonrisa encantada, Bm Bn con las narices dilatadas por la avidez de posesión; pero en mí estas profecías fabulosas ya no despertaban ninguna esperanza, porque no significaban más que la perpetuación del reino de mi enemigo, y esto bastaba para extender sobre cada maravilla una pátina brillante y falsa y vulgar.

Se lo dije a Flw en un momento en que los demás se afanaban en sus proyectos.

—Mejor nuestra pobre vida acuática de pescadores de lenguados —le dije— que tantos esplendores pagados con la sumisión a Bm Bn —y le propuse huir juntos, abandonando al bandido y al inspector en el futuro continente—: Veremos cómo se las arreglan solos...

¿La convencí? Flw era, ya os lo he dicho, una criatura dócil, tenue como un ala de mariposa. Las perspectivas del inspector le fascinaban, pero rechazaba la brutalidad de Bm Bn. No me fue difícil excitar su resentimiento contra el bandido; consintió en seguirme.

La excrecencia de granito parecía más que nunca expulsada de las entrañas terrestres tendiendo con todas sus fuerzas hacia el Sol. Es más, la parte más expuesta a la atracción solar se dilataba continuamente, de modo que la zona inferior a ésta acababa por estrecharse en una especie de adelgazamiento o pedúnculo, escondida en un cono de sombra. Teníamos que aprovechar esa vía de escape al amparo de la luz meridiana.

—Llegó el momento —dije a Flw y, tomándola de la mano, resbalamos a lo largo del pedúnculo—. ¡Ahora o nunca!

Había pronunciado estas palabras como una exhortación enfática sin sospechar cuán literalmente respondían a la verdad. Apenas nos habíamos alejado a nado de la que ahora, viéndola desde fuera, nos parecía una monstruosa proliferación de nuestro planeta, cuando tierra y aguas comenzaron a verse sacudidas por un temblor. La masa de granito que el Sol atraía hacia sí se estaba desarraigando del fondo de basalto en el que hasta entonces estaba anclada. Y un peñasco de tamaño desmesurado —

descolorido y poroso en su parte superior, y por debajo todavía empapado por el moco de las entrañas terrestres, estriado de fluidos materiales y lava, barbudo de colonias de lombrices— se liberó en el cielo, ligero como una hoja. En la grieta abierta se precipitaban en cascadas las aguas del globo, dejando aflorar más allá islas y penínsulas y altiplanos.

Agarrándome a estas alturas emergidas, conseguí poner a salvo a Flw y a mí mismo, pero todavía no podía apartar la memoria de ese pedazo de mundo en vuelo que había comenzado a rodar por el cielo alejándose. Todavía tuve tiempo de sentir llover una imprecación de Bm Bn dirigida al inspector:

—¡Qué previsiones del demonio, imbécil...! —mientras ya en el movimiento rotatorio las aristas y las asperezas se iban suavizando en una bola de cáscara uniforme y caliza. Y ya el Sol estaba lejos, y la esfera, la que a partir de entonces sería llamada la Luna, era alcanzada por la noche, conservando un reflejo de pálido esplendor, como sobre un desierto.

—Esos dos tienen lo que se merecen —exclamé, y como no me parecía que Flw se diera cuenta bien del vuelco de la situación, expliqué—: No era ése el continente que el inspector preveía, sino, si mis sentidos no me engañan, este que se está formando bajo nuestros pies.

Montañas y ríos y valles y estaciones y alisios estaban dando relieve a las regiones emergidas. Ya los primeros iguanodontes, mensajeros del futuro, salían en descubierta de los bosques de secuoyas. A Flw todo le parecía natural: arrancó una piña de una rama, rompió su corteza contra un tronco, mordió su pulpa jugosa, se echó a reír.

Así marcharon las cosas, como sabéis, hasta hoy. No hay duda de que Flw está contenta. Pasa en la noche resplandeciente de anuncios de neón, se envuelve suavemente en el abrigo de pieles de chinchilla, sonríe a los *flashes* de los fotógrafos. Pero yo me pregunto si de verdad este mundo es mi mundo.

A veces, levanto mi mirada hacia la Luna y pienso en todo el desierto, el frío, el vacío que pesan en el otro plato de la balanza y sostienen este pobre alarde nuestro. Si he saltado a tiempo a este lado fue una casualidad. Sé que soy deudor de la Luna de todo lo que tengo en la Tierra, de lo que no hay de lo que hay.

Las hijas de la Luna

Carente como está de una envoltura de aire que le sirva de escudo, la Luna se encontró expuesta desde los orígenes a un continuo bombardeo de meteoritos y a la acción erosiva de los rayos solares. Según Tom Gold, de la Cornell University, las rocas de la superficie lunar se habrían reducido a polvo por el choque prolongado de las partículas meteóricas. Según Gerard Kuiper, de la Universidad de Chicago, la fuga de los gases del magma lunar habría dado al satélite una consistencia porosa y ligera, como piedra pómez.

La Luna está vieja —*asintió Qfwfq*—, agujereada, consumida. Al rodar desnuda por el cielo se deteriora y se descarna como un hueso roído. No es la primera vez que esto sucede; recuerdo Lunas aún más viejas y estropeadas que ésta; he visto muchas Lunas nacer y correr por el cielo y morir, una acribillada por el granizo de estrellas fugaces, otra explotando por todos sus cráteres, otra más cubriéndose de gotas de un sudor color topacio que se evaporaba enseguida, luego de nubes verdosas, y reduciéndose a un cascarón reseco y esponjoso.

Lo que ocurre en la Tierra cuando una Luna muere no es fácil de describir; intentaré hacerlo refiriéndome al último caso que recuerdo. Después de una larga evolución, ya entonces se podía decir que la Tierra había llegado al punto en que ahora estamos; o sea, había entrado en esa fase en que se desgastan más aprisa los automóviles que las suelas de los zapatos; seres más o menos humanos fabricaban y vendían y compraban; las ciudades recubrían los continentes de una pigmentación luminosa. Esas ciudades crecían más o menos en los mismos lugares que ahora, aunque la forma de los continentes fuera distinta. Había también una Nueva York en cierto modo semejante a la Nueva York que os es familiar a todos vosotros, pero mucho más nueva, o sea más desbordante de nuevos productos, de nuevos cepillos de dientes, una Nueva York con su Manhattan que se alarga tupida de rascacielos brillantes como cerdas de nailon de un cepillo de dientes nuevo nuevo.

En este mundo en el que todo objeto, a la mínima señal de avería o envejecimiento, al primer desconchón o manchita, era inmediatamente descartado y sustituido por otro nuevo e impecable, sólo había una sola cosa fuera de tono, sólo una sombra: la Luna. Vagaba por el cielo desnuda, carcomida y gris, cada vez más extraña al mundo de aquí abajo, residuo de un modo de ser ya incongruente.

Antiguas expresiones como luna llena media luna último cuarto seguían empleándose, pero sólo eran formas de hablar: ¿cómo se podía llamar «llena» a

aquella forma toda grietas y astillas que parecía siempre a punto de derrumbarse en una lluvia de cascotes sobre nuestras cabezas? ¡Por no hablar de cuando era tiempo de luna menguante! Se reducía a una especie de corteza de queso mordisqueada, y desaparecía siempre antes de lo previsto. En luna nueva, siempre nos preguntábamos si ya no volvería a mostrarse (¿esperábamos que desapareciera?), y cuando volvía a despuntar, cada vez más semejante a un peine que está perdiendo las púas, apartábamos la mirada con un escalofrío.

Era una vida deprimente. Caminábamos en medio de la multitud que con los brazos cargados de paquetes entraba y salía de los grandes almacenes abiertos día y noche, recorriamos con la mirada los anuncios luminosos que subiendo por los rascacielos avisaban una y otra vez de los nuevos productos lanzados al mercado, y entonces la veíamos avanzar, en medio de esas luces deslumbrantes, lenta, enferma, y no podíamos liberarnos del pensamiento de que cada cosa nueva, cada producto recién comprado podía desteñirse y echarse a perder, y el entusiasmo disminuía dando vueltas para comprar y por deslomarnos en el trabajo, y ello no dejaba de tener consecuencias en la buena marcha de la industria y el comercio.

Así empezó a plantearse el problema de qué hacer con este satélite contraproducente: ya no servía para nada. Al perder peso, iba inclinando su órbita hacia la Tierra; sobre todo, era un peligro. Y cuanto más se acercaba más moderaba su curso; ya no se podía mantener el cálculo de los cuartos; el mismo calendario, el ritmo de los meses se había convertido en un puro convencionalismo; la Luna avanzaba a saltos como si estuviera a punto de caerse.

En esas noches de luna baja las personas de temperamento más inestable se entregaban a hacer cosas raras. No faltaba nunca el sonámbulo que caminaba por las cornisas de un rascacielos con los brazos tendidos hacia la Luna, o el licántropo que se ponía a aullar en medio de Times Square, o el pirómano que le prendía fuego a los depósitos de los muelles. Ya eran fenómenos usuales y ni siquiera congregaban al habitual grupo de curiosos. Pero cuando vi a una muchacha completamente desnuda sentada en un banco de Central Park no pude por menos que detenerme.

Ya antes de verla había tenido la sensación de que algo indefinible iba a suceder. Atravesando Central Park al volante de un coche descubierto, me sentí inundado por una luz que vibraba como los tubos fluorescentes cuando antes de encenderse del todo emiten una serie de deslumbramientos lívidos y parpadeantes. La vista alrededor parecía la de un jardín hundido en un cráter lunar. Junto a un estanque que reflejaba una rodaja de Luna estaba sentada la muchacha desnuda. Frené. De entrada, me pareció reconocerla. Salí del coche y me dirigí a ella, pero me detuve como aturdido. No sabía quién era; sólo sentía que tenía que hacer algo por ella urgentemente.

Alrededor del banco estaban desparramados sobre la hierba sus ropas, medias y zapatos, una pieza por aquí y otra por allá, sus zarcillos y collares y pulseras, su bolso y la bolsa de la compra y su contenido vertido en un círculo de ancho radio, y numerosos paquetes y mercancías, como si regresando de una cuantiosa compra por

las tiendas de la ciudad aquella criatura hubiera oído que la llamaban e instantáneamente hubiera dejado caer todo al suelo, hubiera comprendido que debía liberarse de todo objeto o señal que la mantenía unida a la Tierra, y ahora estuviera allí esperando ser asumida en la esfera lunar.

—¿Qué le ocurre? —balbucí—. ¿Puedo ayudarla?

—*Help?* —preguntó ella con los ojos siempre abiertos hacia arriba—. *Nobody can help*. Nadie puede hacer nada —y estaba claro que no hablaba de sí sino de la Luna.

La teníamos encima, convexa, casi aplastándonos, como un tejado en ruinas, agujereada como un rallador. En ese momento los animales del zoo empezaron a rugir.

—¿Es el final? —pregunté maquinalmente, y ni siquiera sabía lo que quería decir. Ella respondió:

—Comienza —o algo semejante (hablaba casi sin abrir los labios).

—¿Qué quiere decir?, ¿que comienza el final o que comienza otra cosa?

Se levantó, caminó por el prado. Tenía largos cabellos cobrizos que le caían por la espalda. Estaba tan indefensa que sentía la necesidad de protegerla de algún modo, de hacerle de escudo, y tendía los brazos hacia ella como para estar preparado para sujetarla si se caía o para alejar de ella cualquier cosa que la pudiera herir. Pero mis manos no se atrevían a rozarla, se detenían siempre a unos centímetros de su piel. Y siguiéndola así entre los arriates me daba cuenta de que sus movimientos eran semejantes a los míos, de que también ella estaba intentando proteger algo frágil, algo que podía caer y acabar hecho pedazos y por ello era necesario llevarlo hacia lugares donde se pudiera posar delicadamente, algo que en cualquier caso ella no podía tocar sino sólo acompañar con gestos: la Luna.

La Luna parecía perdida; abandonado el surco de su órbita, ya no sabía adónde ir; se dejaba llevar como una hoja seca. Ora parecía caer en picado hacia la Tierra, ora atornillarse en una espiral, ora ir a la deriva. Perdía altura, eso era evidente: por un momento parecía que fuera a chocar con el hotel Plaza, en cambio enfiló el pasillo entre dos rascacielos, desapareció de nuestra vista hacia el Hudson. Reapareció poco después en la parte opuesta, despuntando por detrás de una nube, inundando de una luz caliza Harlem y el East River, y como alzada por una ráfaga de viento, rodó hacia el Bronx.

—¡Está allí! —grité—. Ahora se para.

—No puede pararse —exclamó la muchacha, y corrió desnuda y descalza sobre la hierba.

—¿Adónde vas? No puedes ir así. ¡Detente! ¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas?

Gritó un nombre como Daiana o Deanna, que también podía ser una invocación, y desapareció. Monté en el coche para seguirla y me puse a vigilar los paseos de Central Park.

La luz de los faros iluminaba setos pequeñas colinas obeliscos, pero la muchacha

Diana no se veía. Ya me había alejado demasiado: debió de quedarse atrás; di la vuelta para rehacer mi camino en sentido contrario. Una voz detrás de mí dijo:

—No, está allí, sigue.

Sentada tras de mí en la capota recogida de mi coche estaba la muchacha desnuda señalando en dirección a la Luna.

Habría querido decirle que se bajara, que no podía cruzar la ciudad con ella tan a la vista en aquel estado, pero no me atreví a distraerla, totalmente entregada como estaba a no perder de vista la mancha luminosa que ora desaparecía ora reaparecía al fondo de la Avenue. Y además —lo cual era más raro—, ningún transeúnte parecía haber reparado en esta aparición femenina erguida en un coche descubierto.

Cruzamos uno de los puentes que unen Manhattan con tierra firme. Ahora corríamos por una calle de varios carriles entre otros coches a los lados, y yo mantenía la mirada delante de mí, temiendo las carcajadas y las burlas que seguramente nuestra vista provocaba en los coches a nuestro alrededor. Pero cuando un coche nos adelantó, por poco no me salí de la calzada por la sorpresa: acurrucada en el techo de la berlina había una muchacha desnuda con los cabellos al viento. Durante un segundo tuve la idea de que mi pasajera había saltado de un coche en marcha a otro, pero me bastó con volver la vista un poco hacia atrás para ver que las rodillas de Diana seguían allí a la altura de mi nariz. Y no era sólo su figura la que nublaba mi vista: expuestas en las poses más extrañas, agarradas a los radiadores, a las portezuelas, a los guardabarros de los coches en marcha, veía por todas partes muchachas en las que sólo el ala dorada u oscura del cabello contrastaba con la claridad rosada o morena de la piel desnuda. En cada coche estaba posada una de esas misteriosas pasajeras, todas echadas hacia delante incitando a los conductores a perseguir a la Luna.

Habían sido llamadas por la Luna en peligro: estaba seguro. ¿Cuántas eran? Nuevos coches ocupados por las muchachas lunares afluían en cada cruce y en cada bocacalle; de todos los barrios de la ciudad convergían en el lugar sobre el que la Luna parecía haberse detenido. Al acabarse la ciudad nos hallamos ante un cementerio de coches.

La carretera se perdía en una zona montañosa con valles y cadenas y colinas y cumbres; pero lo que daba a los lugares esta conformación accidentada no eran los relieves del suelo sino la superposición de objetos arrojados al azar: en aquellos terrenos indeterminados acababa todo lo que la ciudad consumidora expulsaba una vez que ya se había servido velozmente, para enseguida volver a encontrar el placer de manejar cosas nuevas.

Durante muchos años, en torno a un ilimitado cementerio de coches se habían ido elevando montones de frigoríficos desfondados, de números de *Life* amarillentos, de bombillas fundidas. Sobre este territorio quebrado y oxidado se inclinaba ahora la Luna, y las superficies de chapa abollada se hinchaban como impulsadas por la marea alta. La Luna decrepita y aquella costra terrestre soldada en un conglomerado de

chatarra se asemejaban; las montañas de hierro formaban una cadena que se cerraba sobre sí misma como un anfiteatro, cuya forma era precisamente la de un cráter volcánico o la de un mar lunar. La Luna colgaba allí encima y era como si el planeta y el satélite hicieran el uno de espejo del otro.

Todos los motores de nuestros coches se habían parado; no hay nada que atemorice más a los coches que sus propios cementerios. Diana se bajó y todas las demás Dianas la imitaron. Pero su ímpetu parecía haber disminuido: daban pasos inseguros, como si al encontrarse entre aquellas ruinas de hierros retorcidos y cortantes se sintieran presas de repente por la consciencia de estar desnudas; muchas cruzaban los brazos tapándose el pecho como en un estremecimiento de frío. Mientras tanto, se dispersaban escalando la montaña de objetos muertos: superaron la cresta, bajaron al anfiteatro, formaron un gran círculo allí en medio. Entonces, todas a la vez levantaron los brazos.

La Luna sufrió un sobresalto, como si este gesto hubiera actuado sobre ella, y por un instante pareció recuperar fuerzas y elevarse. Las muchachas en círculo estaban con los brazos alzados, sus rostros y sus pechos dirigidos hacia la Luna. ¿Era esto lo que la Luna les había pedido? ¿Las necesitaba para sostenerse en el cielo? No tuve tiempo de preguntármelo. En ese momento entró en escena la grúa.

La grúa había sido proyectada y construida por las autoridades, decididas a limpiar el cielo de aquella molestia antiestética. Era un *bulldozer* del que se alzaba una especie de pinza de cangrejo; se adelantó sobre sus orugas, bajo y robusto, precisamente como un cangrejo; y cuando se encontró en el punto designado para la operación pareció aún más plano, para adherirse al terreno con toda su superficie. El cabrestante giró rápido; levantó su brazo en el cielo; nunca se había pensado que se pudiera construir una grúa con un brazo tan largo. La pinza dentada se abrió; ahora, más que una pinza de cangrejo se parecía a la boca de un tiburón. La Luna estaba justo allí; ondeó como si quisiera escapar, pero aquella grúa parecía imantada: se vio a la Luna acabar justamente en su boca como aspirada. Las mandíbulas se cerraron con un seco ¡crac! Durante un momento nos pareció que había terminado hecha migas como un merengue; en cambio, se quedó entre las dos valvas de la pinza, a medias dentro a medias fuera. Había adoptado una forma oblonga, como una especie de gran cigarro puro sujeto entre los dientes. Cayó una lluvia color ceniza.

Ahora la grúa se esforzaba por sacar a la Luna de su órbita y bajarla. El cabrestante se había puesto a girar en sentido contrario, ahora con gran fatiga. Diana y sus compañeras se habían quedado inmóviles con los brazos levantados, como si esperaran derrotar la agresión enemiga oponiéndole la fuerza de su círculo. Cuando las cenizas de la disgregación lunar llovieron sobre sus rostros y sus pechos, sólo entonces las vimos dispersarse. Diana lanzó un agudo grito de lamento.

En ese momento la Luna prisionera perdió el poco brillo que le quedaba y se convirtió en una roca negra e informe. Se habría precipitado sobre la Tierra de golpe si no hubiera estado agarrada por los dientes de la pinza. Abajo los de la empresa

habían preparado una red de acero fijándola en el terreno con largos clavos alrededor del lugar donde la grúa estaba depositando lentamente su cargamento.

Una vez en el suelo, la Luna era un peñasco agujereado y arenoso, tan opaco que parecía increíble que hubiera un día iluminado el cielo con su reflejo esplendente. La grúa abrió las valvas de la pinza, retrocedió sobre sus orugas y casi volcó aligerada de improviso. Los de la empresa habían sido rápidos con la red: envolvieron la Luna apretándola entre la red y el suelo. La Luna intentó liberarse de su camisa de fuerza: una sacudida como si se tratara de un terremoto derrumbó aludes de latas vacías de las montañas de desperdicios. Luego volvió la calma. El cielo ya libre era regado por los chorros de luz de los reflectores. Pero ya la oscuridad palidecía.

El alba encontró el cementerio de coches con una chatarra de más: esa Luna naufragada allí en medio casi no se distinguía de los demás objetos allí amontonados; tenía el mismo color, el mismo aire maldito, el mismo aspecto de una cosa que no se consigue imaginar cómo pudo ser cuando era nueva. Alrededor, en el cráter de los detritus terrestres, retumbó el eco de un murmullo: la luz del alba descubría un hormigueo de vida que se iba despertando. Entre las carcasas desventradas de los camiones, entre las ruedas retorcidas, las chapas acartonadas, avanzaban unos seres barbudos.

En medio de las cosas desechadas por la ciudad vivía una población de personas también desechadas, puestas al margen, o bien personas que se habían excluido voluntariamente, o que se habían cansado de correr por la ciudad vendiendo y comprando cosas nuevas destinadas enseguida a envejecer: personas que habían decidido que sólo las cosas desechadas eran la verdadera riqueza del mundo. Alrededor de la Luna, por toda la superficie del anfiteatro estaban erguidas o sentadas estas figuras esmirriadas, de rostro enmarcado por barbas y pelos en desorden. En medio de esta muchedumbre harapienta o vestida de forma extravagante, se hallaban Diana desnuda y todas las muchachas de la noche anterior. Se adelantaron, empezaron a soltar los hilos de acero de la red de los clavos hundidos en el terreno.

Enseguida, como un aerostato liberado de sus anclajes, la Luna se alzó sobre las cabezas de las muchachas, sobre la tribuna de los harapientos y se quedó suspendida, retenida por la red de acero cuyos hilos Diana y sus compañeras maniobraban ora tirando de ellos, ora aflojándolos, y cuando todas juntas tomaron carrerilla sujetando los extremos de los hilos, la Luna las siguió.

En cuanto la Luna se movió, de los valles de chatarra se alzó algo parecido a una ola: las viejas carrocerías aplastadas como acordeones se ponían en marcha, se disponían chirriando en cortejo, y una corriente de botes de lata desfondados rodaba con rumor de trueno, no se sabe si arrastrados o arrastrando todo lo demás. Siguiendo a esa Luna salvada de ser tirada como basura, todas las cosas y todos los hombres ya resignados a ser arrojados en un rincón reanudaban su camino, marchaban como un enjambre hacia los barrios más opulentos de la ciudad.

Esa mañana la ciudad celebraba el Día de Acción de Gracias del Consumidor.

Todos los años, en un día de noviembre, se celebraba esa fiesta, instituida para dar la posibilidad a los clientes de las tiendas para manifestar su gratitud a la Producción que no se cansaba de satisfacer cada uno de sus deseos. El mayor almacén de la ciudad organizaba cada año un desfile: un enorme globo, en forma de muñeco de colores chillones, desfilaba por la calle principal, sostenido por cintas que muchachas llenas de lentejuelas sostenían marchando tras una banda de música. Así también esa mañana el desfile corría por la Fifth Avenue: la *majorette* lanzaba al aire su maza, los bombos retumbaban y el muñeco gigante hecho de globos que representaba al Cliente Satisfecho volaba entre los rascacielos conducido dócilmente por las *girls* con quepis y galones y hombreras con cintas, montadas en brillantes motocicletas.

Al mismo tiempo, otro desfile estaba atravesando Manhattan. La Luna descortezada y enmohecida también navegaba entre los rascacielos tirada por las muchachas desnudas, y detrás avanzaba una fila de coches destrozados, de esqueletos de camiones, en medio de una multitud silenciosa que crecía poco a poco. Al desfile que desde las primeras horas de la mañana seguía a la Luna se habían ido añadiendo miles de personas de todos los colores, familias enteras con hijos de todas las edades, especialmente ahora que el desfile pasaba por los más atestados barrios negros y puertorriqueños alrededor de Harlem.

El desfile lunar giró en zigzag por la Uptown, tomó por Broadway, bajó rápido y silencioso convergiendo con el otro que arrastraba por la Fifth Avenue su gigante de globos.

En Madison Square un desfile se cruzó con el otro: o sea se fundió en un solo cortejo. El Cliente Satisfecho, quizá por un choque con la puntiaguda superficie de la Luna, desapareció, se transformó en un trapo de caucho. En las motocicletas ahora estaban las Dianas que tiraban de la Luna con cintas multicolores; o sea, como su número se había duplicado, hay que creer que las motociclistas habían tirado sus uniformes y quepis. Una transformación semejante habían experimentado también las motocicletas y los coches del séquito: ya no se sabía cuáles eran los viejos y cuáles los nuevos: las ruedas torcidas, los guardabarros oxidados se mezclaban con los cromados brillantes como espejos, con los barnizados de esmalte.

Y al paso del desfile los escaparates se recubrían de telarañas y de moho, los ascensores de los rascacielos se ponían a chirriar y a gemir, los carteles publicitarios amarilleaban, las hueveras de los frigoríficos se llenaban de pollitos como incubadoras, los televisores transmitían el remolinear de tempestades atmosféricas. La ciudad se había consumido a sí misma de golpe: era una ciudad para tirar a la basura que seguía a la Luna en su último viaje.

Al son de la banda que tamborileaba en bidones de gasolina vacíos, el desfile llegó al puente de Brooklyn. Diana levantó el bastón de *majorette*, sus compañeras hicieron ondear las cintas en el aire. La Luna tomó un último impulso, superó los curvados pretilos del puente, se desequilibró hacia el mar, cayó en el agua como un ladrillo y se hundió levantando hasta la superficie una miríada de burbujas.

Mientras tanto, las muchachas, en lugar de soltar las cintas se habían quedado agarradas a ellas, y la Luna las había levantado haciéndolas volar desde el puente, más allá de los pretilos: describieron en el aire trayectorias de saltadoras de trampolín y desaparecieron entre las olas.

Nosotros seguíamos asomados al puente de Brooklyn y en los muelles de las orillas, atónitos, divididos entre el impulso de zambullirnos tras ellas y la esperanza de verlas reaparecer como las otras veces.

No tuvimos que esperar mucho. El mar comenzó a vibrar con ondas que se ensanchaban en círculo. En el centro de este círculo apareció una isla, creció como una montaña, como un hemisferio, como un globo posado en el agua, mejor: levantado sobre el agua, no: como una nueva Luna que sube en el cielo. Hablo de una Luna aunque no se asemejara a una Luna más que la que habíamos visto hundirse poco antes; sin embargo, esta nueva Luna tenía un modo completamente distinto de ser distinta. Salía del mar levantando una cola de algas verdes y brillantes; surtidores de agua le brotaban de fuentes encajadas entre los prados que le daban un brillo de esmeralda; una vegetación vaporosa la recubría, pero más que de plantas parecía hecha de plumas de pavo real parpadeantes y cambiantes.

Éste fue el paisaje que apenas conseguimos vislumbrar, porque el disco que lo contenía se alejaba velozmente en el cielo, y los detalles más menudos se perdían en una general impresión de frescor y lozanía. Era el anochecer, el contraste de los colores se iba aplanando en un vibrante claroscuro; los prados y los bosques lunares ya no eran más que relieves en la lisa superficie del disco resplandeciente. Pero tuvimos tiempo de ver hamacas colgando de las ramas, agitadas por el viento, y allí tumbadas vi a las muchachas que nos habían llevado hasta allí, reconocí a Diana, por fin tranquila, que se daba aire con un abanico de plumas y quizá me mandaba una señal de despedida.

—¡Ahí están!, ¡ahí está! —grité; todos gritamos, y la felicidad de haberlas vuelto a encontrar ya vibraba del desgarró de haberlas ya perdido, porque la Luna, al subir en el cielo oscuro, no nos enviaba más que el reflejo del Sol sobre sus lagos y sobre sus prados.

La furia se apoderó de nosotros: nos echamos a galopar por el continente, por las sabanas y los bosques que habían recubierto la Tierra y sepultado ciudades y calles, y borrado todo signo de lo que había sido; y barritábamos alzando al cielo nuestras probóscides, nuestras garras largas y afiladas, sacudiendo el largo pelo de nuestras grupas con la angustia violenta que se apodera de todos nosotros, los jóvenes mamuts, cuando comprendemos que ahora es cuando la vida comienza y, sin embargo, está claro que no tendremos lo que deseamos.

Los meteoritos

Según las más recientes teorías, la Tierra en su origen habría sido un pequeñísimo cuerpo frío que luego habría aumentado englobando meteoritos y polvo meteórico.

Al principio creíamos que podíamos tenerla limpia —*contó el viejo Qfwfq*—, precisamente porque era pequeña y se podía barrer y desempolvar todos los días. Ciertamente, nos caía encima una cantidad de cosas: se diría que en sus vueltas la Tierra no tuviera otra misión que recoger todo el polvo y la basura del espacio. Ahora es distinto, hay atmósfera; ahora miráis el cielo y decís: oh qué terso es, oh qué puro es; pero tenéis que ver lo que volaba sobre nuestras cabezas cuando el planeta, siguiendo su órbita, se metía en una de esas nubes meteóricas y no podía salir de ella. Era un polvo blanco como naftalina, que se depositaba en menudos granitos y a veces en esquirlas más grandes, cristalinas, como si del cielo hubiera caído en pedazos una lámpara de cristal, y en medio también se encontraban guijarros más gruesos, trozos esparcidos de otros sistemas planetarios, corazones de pera, grifos, capiteles jónicos, viejos números del *Herald Tribune* y el *Paese Sera*: se sabe que los universos se hacen y se deshacen pero lo que da vueltas siempre es el mismo material. Al ser pequeña y también rápida (porque corría mucho más veloz que ahora), la Tierra conseguía esquivar muchas cosas: veíamos acercarse un objeto desde las profundidades del espacio, revoloteando como un pájaro —luego, a lo mejor, era una media— o navegando con un leve cabeceo —como una vez un piano de cola—, llegar a medio metro de nosotros, y nada, seguía su trayectoria sin habernos rozado: se perdía quizá para siempre en las oscuridades vacías que dejábamos a nuestras espaldas. Pero la mayoría de las veces la oleada meteórica nos caía encima, levantando una espesa polvareda y un ruido de botes vacíos; era el momento en que una saltarina agitación se apoderaba de mi primera mujer, Xha.

Xha quería tenerlo todo limpio y ordenado, y lo conseguía; claro que tenía que trabajar mucho, pero el planeta todavía era de dimensiones que permitían un control cotidiano, y el hecho de que sólo nosotros dos lo habitáramos —con la desventaja de que no había nadie que nos echara una mano— era también una ventaja, porque dos personas tranquilas y ordenadas como nosotros no crean desorden; cuando toman una cosa siempre la vuelven a colocar en su sitio: una vez reparados los daños de los

cascotes meteóricos, todo bien desempolvado, lavada y tendida la colada que continuamente se ensuciaba, no teníamos nada más que hacer.

Al principio, con las basuras Xha hacía paquetes que yo devolvía al espacio lanzándolos lo más alto que podía: al tener la Tierra todavía poca fuerza de atracción, y por otra parte al tener yo brazos fuertes y habilidad en los lanzamientos, también nos liberábamos de cuerpos de notable tamaño y peso, haciéndolos volver al espacio de donde habían venido. Con los granitos de pulvíscolo esta operación era imposible: incluso llenando con ellos cartuchos, no se conseguía arrojarlos lo bastante lejos como para que no pudieran regresar; casi siempre se rompían en el aire y nos encontrábamos empolvados de la cabeza a los pies.

Mientras le fue posible, Xha prefería hacer desaparecer el polvo dentro de unas grietas del suelo; luego las grietas se rellenaron o, mejor, se fueron ensanchando en cráteres desbordantes. El hecho era que la gran cantidad de material acumulado hinchaba la tierra desde dentro y esas grietas estaban provocadas precisamente por el aumento del volumen. Tanto valía extender el pulvíscolo en estratos uniformes sobre la superficie del planeta y hacer que se aglomerase en un costra lisa y continua para no dar la impresión de un arreglo dejado a medias, descuidado.

La habilidad y la tenacidad que Xha había demostrado al intentar quitar todo granito que viniera a perturbar la pulida armonía de nuestro mundo, ahora las aplicaba a hacer del picadillo meteórico la base de este mismo orden armonioso, acumulándolo en estratos regulares, escondiéndolo bajo una superficie pulimentable. Sin embargo, cada día un nuevo polvo se posaba en el pavimento terrestre en un velo ora sutil, ora espesado por gibosidades y montículos dispersos; inmediatamente volvíamos a poner manos a la obra para disponer una nueva estratificación.

El tamaño de nuestro planeta crecía, pero conservaba, gracias a los cuidados que mi mujer y yo —bajo su dirección— le prodigábamos, una forma carente de irregularidades, salientes o escorias, y ni una sombra ni una mancha perturbaba su nitidez blanco naftalina. Los estratos exteriores también ocultaban los objetos que nos llovían mezclados con el pulvíscolo y que ya no podíamos devolver a las corrientes del cosmos porque la masa de la Tierra, al crecer, había extendido a su alrededor un campo de gravedad demasiado vasto para ser superado con la fuerza de mis brazos. Allí donde los detritus eran más voluminosos, los sepultábamos bajo túmulos de polvo en forma de pirámides bien talladas, no demasiado altas, dispuestas en filas simétricas, de modo que cualquier intrusión de lo informal y de lo arbitrario era borrada a nuestra vista.

Al describir la rapidez de mi primera mujer no quisiera haberos dado la idea de que su solicitud tuviera un componente de nerviosismo, de ansiedad, casi de alarma. No, Xha estaba segura de que esas lluvias meteóricas eran un fenómeno accidental y provisional de un universo todavía en fase de asentamiento. No tenía dudas sobre el hecho de que nuestro planeta y los demás cuerpos celestes y todo lo que había dentro y fuera de ellos deberían seguir una geometría de rectas y curvas y superficies exacta

y regular; según eso, todo lo que no entraba en este diseño era un residuo irrelevante, y el intentar enseguida barrerlo o sepultarlo era su manera de minimizarlo, de negar hasta su existencia. Naturalmente, ésta era una interpretación mía de sus ideas: Xha era una mujer práctica que no se perdía en enunciaciones generales sino que sólo intentaba hacer bien lo que le parecía bien hacer, y lo hacía de mil amores.

A través de este paisaje terrestre defendido con tan meticuloso empeño, Xha y yo paseábamos todas las noches antes de acostarnos; era una superficie lisa, lustrosa, interrumpida sólo a intervalos regulares por las aristas netas de los relieves piramidales. Encima de nosotros, en el cielo, planetas y estrellas giraban a las adecuadas velocidades y distancias, enviándose rayos de luz que esparcían en nuestro suelo un uniforme brillo. Mi mujer agitaba un abanico de varillas para mover el aire siempre algo polvoriento en torno a nuestros rostros; para defendernos de posibles ráfagas de lluvia meteórica, yo sostenía una sombrilla. Una ligera mano de almidón daba a la ropa de Xha, toda plisada, un firme frescor; una cinta amarilla mantenía tirantes sus cabellos.

Éstos eran los momentos de mesurada contemplación que nos permitíamos, pero duraban poco. Por la mañana nos levantábamos pronto, y ya nuestras pocas horas de sueño habían bastado para dejar recubrir la Tierra de detritus.

—¡Rápido, Qfwfq, no hay tiempo que perder! —decía Xha poniéndome la escoba en la mano, y yo partía hacia mi habitual ronda, mientras el alba blanqueaba el estrecho y desnudo horizonte de la llanura. Mientras andaba, avistaba aquí y allá montañas de chatarra y trastos; a medida que la luz aumentaba, iba advirtiendo la polvareda opaca que velaba el brillante pavimento del planeta. A escobazos echaba todo lo que podía en un cubo de basura o en un saco que llevaba a la espalda, pero antes me detenía a observar los objetos raros que la noche nos había traído: un cráneo de buey, un cactus, una rueda de carro, una pepita de oro, un proyector de cinerama. Los sopesaba y les daba vueltas entre mis manos, me chupaba un dedo pinchado por el cactus, y me divertía imaginando que entre esos objetos incongruentes habría un vínculo misterioso que yo habría debido adivinar, fantasías a las que podía abandonarme cuando estaba solo, porque con Xha la pasión de barrer, de borrar, de tirar era tan devoradora que nunca nos parábamos a mirar lo que estábamos barriendo. En cambio, ahora, la curiosidad que me empujaba en mis inspecciones diarias se había convertido en el impulso más fuerte, y cada mañana partía casi con alegría, silbando.

Xha y yo nos habíamos repartido las tareas, los hemisferios que había que tener en orden. En el hemisferio que me tocaba a mí, algunas veces no apartaba enseguida el material, especialmente cuando era más pesado, sino que lo amontonaba en un rincón para recogerlo más tarde con una carretilla. Así, a veces se formaban como especies de aglomerados o montones: alfombras, dunas de arena, ediciones del Corán, pozos de petróleo, un revoltijo absurdo de trastos disparatados. Naturalmente Xha no habría aprobado mi sistema, pero yo, si debo decir la verdad, sentía un cierto

placer al ver elevarse en el horizonte estas sombras compuestas. A veces dejaba el material amontonado incluso de un día para otro (la Tierra comenzaba a ser tan grande que no todos los días Xha tenía tiempo de recorrerla entera), y por la mañana la sorpresa consistía en ver cuántas cosas nuevas se habían añadido a las otras.

Un día estaba contemplando un montón de cajas rotas y bidones oxidados, dominado por una grúa que sostenía una retorcida chatarra de automóvil, cuando al bajar la vista vi, en el umbral de una cabaña construida con trozos de chapa y conglomerado, a una muchacha que estaba pelando patatas. Iba vestida, creo, de harapos: jirones de celofán, trozos de bufanda deshilachados; entre sus largos cabellos tenía hilos de heno y virutas. Tomaba las patatas de un saco y, rascándolas con una navajita, sacaba tiras de corteza que se acumulaban en un montoncito gris.

Sentí la necesidad de disculparme:

—Lo siento, ha encontrado un gran desorden, ahora enseguida limpio y lo dejo todo arreglado...

La muchacha echó una patata pelada en un cuenco y dijo:

—Qué más da...

—Quizá si usted me echara una mano... —dije, o mejor, dijo la parte de mí mismo que seguía razonando como siempre había razonado. (Precisamente la noche anterior lo había hablado con Xha: «Claro, si encontráramos alguien que nos ayudara, sería otra cosa»).

—Mejor —dijo la muchacha bostezando y desperezándose—, ayúdame tú a pelar.

—Ya no sabemos cómo desembarazarnos de todo esto que nos cae encima... —le expliqué—. Mire esto —y levanté un barril destapado que había visto en ese momento—. Quién sabe lo que tiene dentro...

La muchacha olfateó y dijo:

—Anchoas. Comeremos *fish and chips*.

Quiso que me sentase con ella a cortar las patatas en tiras muy finas. En medio de aquel basurero encontró un bote negruzco lleno de aceite. Encendió un fuego en el suelo con material de embalaje y se puso a freír pescaditos y tiras de patatas en una sartén oxidada.

—Aquí no se puede, está sucio... —dije pensando en los utensilios de cocina de Xha, brillantes como espejos.

—Qué va, vamos... —decía ella sirviendo la fritura hirviendo en cucuruchos de papel de periódico.

Después me pregunté muchas veces si hice mal en no decir a Xha ese día que sobre la Tierra también había llovido otra persona. Pero habría tenido que confesar mi pereza al dejar acumular tanta basura. «Primero limpiaré bien», pensé, aun comprendiendo que todo se había vuelto más difícil.

Cada día iba a visitar a la muchacha Wha en medio de la avalancha de nuevos objetos que ya desbordaba todo el hemisferio. No comprendía cómo Wha podía vivir en esa confusión dejando amontonar una cosa sobre otra, las lianas sobre los baobabs,

las catedrales románicas sobre las criptas, los montacargas sobre los yacimientos de carbón y otras cosas que se posaban encima: chimpancés colgados de las lianas, autocares del *sight-seeing-tour* aparcados en las plazas de las catedrales románicas, exhalaciones de grisú en las galerías de las minas. Siempre me enfurecía; bendita muchacha, tenía una mentalidad precisamente contraria a la mía.

Sin embargo, en algunos momentos tenía que admitir que me gustaba verla moverse allí en medio, con sus gestos atolondrados, como si todo lo que hacía lo hiciera por casualidad; y en cada ocasión la sorpresa era ver que lo conseguía inesperadamente bien. Wha ponía a hervir en la misma olla lo primero que caía en sus manos, por ejemplo alubias y torreznos de cerdo: ¿quién lo hubiera dicho? Le salía un magnífico potaje; amontonaba pedazos de monumentos egipcios uno encima del otro como si fueran platos para lavar —una cabeza de mujer, dos alas de ibis, un cuerpo de león— y el resultado era una bellísima esfinge. Resumiendo, me sorprendí pensando que con ella —una vez que me hubiera acostumbrado— me habría sentido a gusto.

Lo que no conseguía perdonarle eran su distracción, su desorden, su no saber nunca dónde dejaba las cosas. Olvidaba el volcán mexicano Paricutín entre los surcos de un campo arado y el teatro romano de Luni entre las filas de un viñedo. El hecho de que siempre los encontrara en el momento adecuado no bastaba para calmar mi irritación, porque era una nueva circunstancia casual que se añadía a las demás, como si ya no fueran bastantes.

Naturalmente, mi vida no estaba aquí, era la otra, la que pasaba al lado de Xha manteniendo plana y limpia la superficie del otro hemisferio. Sobre esta cuestión yo opinaba como Xha, no había duda; trabajaba para que la Tierra se mantuviera en su estado perfecto; podía pasar horas con Wha sólo porque estaba seguro de que luego podría regresar al mundo de Xha, donde todo marchaba como debía marchar, donde se comprendía todo lo que había que comprender. Debería decir que con Xha alcanzaba una calma interior en una continua actividad exterior; en cambio, con Wha podía conservar una calma exterior, hacer sólo lo que tenía ganas de hacer en ese momento, pero esta paz la pagaba con un continuo desasosiego, porque estaba seguro de que ese estado de cosas no podía durar.

Me equivocaba. Al contrario, los más disparatados fragmentos meteóricos iban, si bien de manera aproximada, uniéndose los unos a los otros, componiéndose en un mosaico por lagunoso que fuera. Las anguilas de Comacchio, un manantial en el Monviso, una serie de palacios ducales, muchas hectáreas de arrozal, las tradiciones sindicales de los asalariados agrícolas, algunos sufijos celtas y lombardos, un determinado índice de crecimiento de la productividad industrial, eran materiales dispersos y aislados que se fundían en un conjunto densamente tejido de relaciones recíprocas en el mismo momento en que de repente cayó sobre la Tierra un río, y era el Po.

Así, cada nuevo objeto que llovía sobre nuestro planeta acababa por encontrar su

lugar como si siempre hubiera estado allí, su relación de interdependencia con los demás objetos, y la razonable presencia del uno encontraba su razón en la irrazonable presencia de los demás, hasta el punto de que el desorden general empezaba a poder considerarse como el orden natural de las cosas. Es en este marco donde hay que considerar otros hechos en los que apenas me detengo porque pertenecen a mi vida privada: habréis comprendido que estoy aludiendo a mi divorcio de Xha y a mi segundo matrimonio con Wha.

Bien mirada, la vida con Wha también tenía su armonía. Alrededor suyo las cosas parecían seguir su mismo estilo de disponerse y sumarse y hacerse sitio, su misma carencia de método e indiferencia por los materiales e inseguridad de gestos que culminaba al final en una elección instantánea y neta sobre la que no había nada que decir. En el cielo volaba el Erecteion todo agrietado por los naufragios cósmicos, perdiendo sus piezas, se remontaba un instante sobre la cumbre del Licabeto, seguía planeando, rozaba la explanada de la Acrópolis donde más adelante caería el Partenón, y se posaba ligero un poco más allá.

A veces se necesitaba una pequeña intervención por nuestra parte para pegar piezas separadas, para poder encajar elementos superpuestos, y en estos casos Wha, aun con el aire de querer sólo chapucear, demostraba que tenía buena mano. Jugueteando, organizaba los estratos de las rocas sedimentarias en sinclinales y anticlinales, cambiaba la orientación de las facetas de los cristales obteniendo paredes de feldespatos o cuarzo o mica o pizarra; entre estrato y estrato escondía fósiles marinos a distintas alturas por orden de fecha.

Así, la Tierra adquiriría poco a poco las formas que conocéis. La lluvia de fragmentos meteóricos todavía continúa, añade nuevos detalles al cuadro, lo enmarca en una ventana, una cortina, un retículo de hilos de teléfono, llena los espacios vacíos de piezas que encajan al azar, semáforos, obeliscos, bares, estancos, ábsides, aluviones, la clínica de un dentista, una portada de la *Domenica del Corriere* con un cazador que muerde a un león, y siempre añade un exceso en la ejecución de los detalles superfluos, por ejemplo en la pigmentación de las alas de las mariposas, y algún elemento incongruente, como una guerra en Cachemira, y siempre tengo la impresión de que todavía falta algo que está a punto de llegar, quizá sólo saturnios de Nevio para llenar el intervalo entre dos fragmentos de poemas, o la fórmula que regula las transformaciones del ácido desoxirribonucleico en los cromosomas, y entonces el cuadro estará completo; tendré ante mí un mundo preciso y denso, volveré a tener al mismo tiempo a Xha y a Wha.

Ahora que hace tanto tiempo que perdí a ambas —Xha vencida por la lluvia de pulvísculo, desaparecida a la vez que su exacto reino; Wha quizá todavía acurrucada jugando en un escondrijo del atestado depósito de objetos encontrados, y ya inencontrable—, todavía estoy esperando que vuelvan, que reaparezcan quizá en un pensamiento atravesándome la mente, en una mirada con los ojos cerrados o con los ojos abiertos, pero juntas las dos en el mismo momento; bastaría con volver a tenerlas

a las dos juntas un solo momento para comprender.

El cielo de piedra

La velocidad de propagación de las ondas sísmicas en el interior del globo terrestre varía según las profundidades y las discontinuidades entre los materiales que constituyen la corteza, el manto y el núcleo.

Vosotros vivís ahí fuera, en la corteza —*se oyó la voz de Qfwfq desde el fondo del cráter*—, o casi fuera, porque encima tenéis esa otra corteza hecha de aire, pero siempre fuera para quien os mira desde las esferas concéntricas que la Tierra contiene, como yo os miro moviéndome en los intersticios entre una esfera y otra. Ni siquiera os preocupáis por saber que la Tierra, por dentro, no es compacta: es discontinua, hecha de cáscaras superpuestas de densidad distinta, hasta abajo, hasta el núcleo de hierro y níquel, que también es un sistema de núcleos el uno dentro del otro, cada uno de los cuales gira independientemente del otro según la mayor o menor fluidez del elemento.

Os hacéis llamar terrestres, no se sabe con qué derecho, pues vuestro verdadero nombre sería el de extraterrestres, gente que está fuera: terrestre es el que vive dentro, como yo y como Rdix, hasta el día en que me la arrebatasteis, engañándola, en ese vuestro afuera desolado.

Aquí dentro es donde siempre he vivido, junto a Rdix antes, y luego solo, en una de estas tierras interiores. Un cielo de piedra giraba sobre nuestras cabezas, más límpido que el vuestro, y atravesado, como el vuestro, por nubes, allá donde se condensan suspensiones de cromo o de magnesio. Sombras aladas alzan el vuelo: los cielos interiores tienen sus pájaros, concreciones de roca ligera que describen espirales, discurriendo hacia arriba hasta que desaparecen de la vista. El tiempo cambia de improviso: cuando descargas de lluvia plúmbea caen, o cuando granizan cristales de zinc, no hay más remedio que infiltrarse en las porosidades de la roca esponjosa. A ratos, la oscuridad es surcada por un zigzag llameante. No es un rayo, es metal incandescente que serpentea hacia abajo por una vena.

Considerábamos Tierra a la esfera que nos contenía y cielo a la esfera que rodea esa esfera: tal como hacéis vosotros, en suma, pero entre nosotros estas distinciones siempre eran provisionales, arbitrarias, dado que la consistencia de los elementos cambiaba continuamente, y en un determinado momento nos dábamos cuenta de que nuestro cielo era duro y compacto, una rueda de molino que nos trituraba, mientras la

tierra era una cola viscosa, agitada por remolinos, pululante de burbujas que estallaban. Yo intentaba aprovechar las coladas de elementos más pesados para acercarme al verdadero centro de la Tierra, al núcleo que es el núcleo de todo núcleo, y llevaba de la mano a Rdix, guiándola en el descenso. Pero cada infiltración que se dirigía hacia el núcleo desplazaba otro material y lo obligaba a subir hacia la superficie. A veces, en nuestro hundimiento quedábamos envueltos por la oleada que brotaba hacia los estratos superiores y se enrollaba en su bucle. Así, recorriamos en sentido contrario el radio terrestre. En los estratos minerales se abrían conductos que nos aspiraban y debajo de nosotros la roca volvía a solidificarse. Hasta que nos encontrábamos sostenidos por otro suelo y cubiertos por otro cielo de piedra sin saber si estábamos más arriba o más abajo del punto del que habíamos partido.

Rdix, apenas veía hacerse fluido encima de nosotros el metal de un nuevo cielo, era presa de las ganas de volar. Se zambullía hacia lo alto, atravesaba a nado la cúpula de un primer cielo, de otro, de un tercero, se agarraba a las estalactitas que colgaban de las bóvedas más altas. Yo la seguía, un poco por seguir su juego, un poco para recordarle que teníamos que reanudar nuestro camino en sentido contrario. Naturalmente, también Rdix estaba convencida como yo de que el punto al que debíamos dirigirnos era el centro de la Tierra. Sólo una vez alcanzado el centro podríamos llamar nuestro a todo el planeta. Éramos los cabezas de estirpe de la vida terrestre y por ello debíamos comenzar a hacer que la Tierra viviera desde su núcleo, irradiando poco a poco nuestra condición a todo el globo. Tendíamos a la vida *terrestre*, es decir *de la Tierra* y *en la Tierra*; no a lo que sobresale de la superficie y que vosotros creéis poder llamar vida terrestre cuando sólo es un moho que dilata sus manchas en la cáscara rugosa de la manzana.

El vuestro fue el camino equivocado; la vida condenada a permanecer parcial, superficial, insignificante. Rdix también lo sabía bien: su índole arrobada la llevaba a preferir todo estado de suspensión, y en cuanto podía alzarse en saltos, en vuelos, en escaladas por las chimeneas plutónicas, se la veía buscar las posturas más insólitas, las perspectivas más retorcidas.

Los lugares de frontera, los pasos de un estrato terrestre a otro, le procuraban un sutil vértigo. Sabíamos que la Tierra está hecha de techos superpuestos, como envolturas de un inmenso cebollón, y que cada techo remitía a un techo superior, y todos juntos preanunciaban el techo extremo, allí donde la Tierra deja de ser Tierra, donde todo el adentro se queda aquí, y más allá sólo hay el afuera. Para vosotros este límite de la Tierra se identifica con la Tierra misma; creéis que la esfera es la superficie que la envuelve, no el volumen; siempre habéis vivido en esa dimensión chata chata y ni siquiera suponéis que se pueda existir en otro lugar y de otro modo; entonces, esa frontera era algo para nosotros que se sabía que existía pero no imaginábamos poder verla a menos que saliéramos de la Tierra, perspectiva que nos parecía, aún más que pavorosa, absurda. Era allí donde venía proyectado en erupciones y chorros bituminosos y fumarolas todo lo que la Tierra expulsaba de sus

entrañas: gases, mezclas líquidas, elementos volátiles, materiales de poco valor, residuos de todo género. Era el negativo del mundo, algo que no podíamos representar ni siquiera con el pensamiento, y cuya abstracta idea bastaba para provocar un estremecimiento de disgusto, no: de angustia, o mejor, un aturdimiento, un —precisamente— vértigo (como veis, nuestras reacciones eran más complicadas de lo que se puede creer, especialmente las de Rdix) en el que se insinuaba una parte de fascinación, como una atracción del vacío, de lo bifronte, de lo último.

Siguiendo a Rdix en sus caprichos vagantes, nos metimos en la garganta de un volcán apagado. Encima de nosotros, atravesando una especie de estrechamiento de clepsidra, se abrió la cavidad del cráter, grumosa y gris, un paisaje no muy distinto en forma y sustancia de los habituales en nuestras profundidades; pero lo que nos dejó atónitos fue el hecho de que la Tierra se detenía allí, no volvía a gravitar sobre sí misma bajo otro aspecto, y de allí en adelante comenzaba el vacío, o en cualquier caso una sustancia incomparablemente más tenue que la que hasta ahora habíamos atravesado, una sustancia transparente y vibrante, el aire azul.

Por lo que se refiere a las vibraciones, nosotros estábamos listos para captar las que se propagan lentamente a través del granito y el basalto, los chasquidos, los clangores, los sordos estruendos que recorren torpemente las masas de los metales fundidos o las murallas cristalinas. Ahora, las vibraciones del aire vinieron a nuestro encuentro como un chorro de centellas sonoras diminutas y puntiformes que se sucedían a una velocidad insostenible por nosotros desde cada punto del espacio: era una especie de cosquilleo que provocaba una ansiedad molesta. Se apoderó de nosotros —o, al menos, se apoderó de mí: a partir de aquí me veo obligado a distinguir mis estados de ánimo de los de Rdix— el deseo de volver al negro fondo de silencio en el que el eco de los terremotos pasa suavemente y se pierde en lontananza. Pero Rdix, atraída como siempre por lo raro y lo insólito, sentía impaciencia por apoderarse de algo único, ya fuera bueno, ya fuera malo.

Fue en ese momento cuando se manifestó la insidia: más allá del cráter el aire vibró de manera continua, de una manera continua que contenía varios modos discontinuos de vibrar. Era un sonido que se elevaba pleno, se amortiguaba, recuperaba volumen, y en esa modulación seguía un diseño invisible distendido en el tiempo como una sucesión de llenos y vacíos. Otras vibraciones se superpusieron, y eran agudas y bien diferenciadas la una de la otra, pero se difuminaban en un halo ora dulce, ora amargo, y contraponiéndose o acompañando el curso del sonido más profundo imponían algo así como un círculo o campo o dominio sonoro.

Enseguida mi impulso fue sustraerme a ese círculo, regresar a la densidad enguatada, y me deslicé dentro del cráter. Pero en el mismo instante, Rdix había empezado a escalar los derrumbamientos en la dirección de la que provenía el sonido, y antes de que yo pudiera retenerla, había superado el borde del cráter. O fue un brazo, algo que yo pude pensar que fuera un brazo, el que la arrebató, serpentino, y la arrastró hacia fuera; pude oír un grito, el grito de ella, que se unía al sonido de antes,

en armonía con él, en un único canto que ella y el desconocido cantor entonaban, escandido en las cuerdas de un instrumento, descendiendo las laderas exteriores del volcán.

No sé si esta imagen se corresponde con lo que vi o con lo que imaginé: estaba ya hundiéndome en mi oscuridad, los cielos interiores se cerraban uno a uno sobre mí: bóvedas silíceas, tejados de aluminio, atmósferas de azufre viscoso, y el abigarrado silencio subterráneo hacían eco a mi alrededor con sus estruendos contenidos, con sus truenos en sordina. El alivio de encontrarme lejos del nauseabundo margen del aire y del suplicio de las ondas sonoras se apoderó de mí al mismo tiempo que la desesperación por haber perdido a Rdix. Así pues, estaba solo: no había sabido salvarla del dolor de ser arrancada de la Tierra, expuesta a la continua percusión de cuerdas tensas en el aire con que el mundo del vacío se hace la ilusión de existir. Mi sueño de dar vida a la Tierra alcanzando con Rdix su último centro había fracasado. Rdix estaba prisionera, exiliada en las landas descubiertas del afuera.

Siguió un tiempo de espera. Mis ojos contemplaban los paisajes densamente apretados unos sobre otros que llenan el volumen del globo: cavernas filiformes, cadenas montañosas adosadas en esquirlas y láminas, océanos estrujados como esponjas: cuanto más reconocía con conmoción nuestro mundo abarrotado, concentrado, compacto, más sufría porque Rdix no estuviera en él habitándolo.

Liberar a Rdix se convirtió en mi único pensamiento: forzar las puertas del afuera, invadir con lo interior lo exterior, volver a unir a Rdix con la materia terrestre, construir encima de ella una nueva bóveda, un nuevo cielo mineral, salvarla del infierno de aquel aire vibrante, de aquel sonido, de aquel canto. Espiaba el recogerse de la lava en las cavernas volcánicas, la presión hacia arriba a través de los conductos verticales de la corteza terrestre: ésa era la vía.

Llegó el día de la erupción, una torre de lapilli se alzó negra en el aire encima del Vesubio decapitado; la lava galopaba por las viñas del golfo, forzaba las puertas de Herculano, aplastaba al mulero y a su bestia contra la muralla, arrancaba al avaro de sus monedas, al esclavo de sus cadenas; el perro oprimido por el collar descuajaba la cadena y buscaba salvación en el granero. Yo estaba allí en medio: avanzaba con la lava, el alud llameante se quebraba en lenguas, en regueros, en serpientes, y en la punta más avanzada estaba yo que corría en busca de Rdix. Sabía —algo me lo advertía— que Rdix todavía seguía prisionera del desconocido cantor: donde volviera a oír la música de aquel instrumento y el timbre de aquella voz, allí estaría ella.

Corría transportado por la colada de lava entre huertos apartados y templos de mármol. Escuché el canto y un arpegio; dos voces se alternaban. Reconocí la de Rdix —¡pero qué cambiada!— que seguía a la voz ignota. Un escrito en la arquivolta, en caracteres griegos: Orpheos. Derribé la puerta, crucé el umbral. La vi sólo un instante junto al arpa. El lugar era cerrado y cóncavo, hecho aposta —se diría— para que la música se recogiera en él como en una caracola. Una cortina pesada —me pareció de cuero, mejor dicho acolchada como un edredón— cerraba una ventana para aislar su

música del mundo circundante. En cuanto entré, Rdix descorrió la cortina, abriendo la ventana: fuera se abría el golfo deslumbrante de reflejos y la ciudad y sus calles. La luz del mediodía invadió la habitación, la luz y los sonidos: un rasgueo de guitarras se alzaba de todas partes y el ondeante bramido de cien altavoces, y se mezclaban a un desigual petardeo de motores y bocinazos. La coraza del ruido se extendía de allí en adelante sobre la superficie del globo: la faja que delimita vuestra vida extraterrestre, con las antenas enarboladas en los tejados transformando en sonido las ondas que recorren invisibles e inaudibles el espacio, con los transistores pegados a los oídos para llenarlos en cada momento de la cola acústica sin la cual no sabéis si estáis vivos o muertos, con los *jukebox* que almacenan y vomitan sonidos, y la ininterrumpida sirena de la ambulancia que recoge hora tras hora los heridos de vuestra carnicería ininterrumpida. Contra este muro sonoro la lava se detuvo. Atravesado por las puntas de la alambrada de vibraciones estrepitosas, todavía hice un movimiento hacia delante, hacia el punto en el que por un instante había visto a Rdix, pero Rdix había desaparecido, desaparecido su raptor: el canto por el cual y del cual vivían se hallaba sumergido por la irrupción de la avalancha del ruido; ya no podía distinguir ni a ella ni a su canto.

Me retiré yendo hacia atrás en la colada de lava, remonté las laderas del volcán, volví a habitar el silencio, a enterrarme.

Ahora, vosotros que vivís fuera, decidme, si por casualidad captáis en la espesa pasta de sonidos que os rodea el canto de Rdix, el canto que la tiene presa y a su vez es prisionero del no-canto que engloba todos los cantos, si lográis reconocer la voz de Rdix en la que todavía resuena el eco lejano del silencio, decídmelo, dadme noticias de ella, extraterrestres provisionalmente vencedores, para que yo pueda continuar con mis planes de volver a encontrar a Rdix y bajar con ella al centro de la vida terrestre, para hacer terrestre la vida del centro afuera, ahora que está claro que vuestra victoria es una derrota.

Hasta que dure el Sol

Las estrellas, según cómo sean de grandes, luminosas o coloridas, tienen una evolución distinta, clasificable mediante el diagrama Hertzsprung-Russell. Su vida puede ser brevísima (sólo unos millones de años en las grandes estrellas azules) o seguir un curso tan lento (una decena de miles de millones de años en las amarillas) que antes de llevarlas a la vejez puede prolongarse (en las más rojas y pequeñas) hasta miles de millones de milenios. A todas les llega el momento en que, quemado todo el hidrógeno que tenían, no les queda más remedio que dilatarse y enfriarse (transformándose en «gigantes rojas»), y a partir de ahí comenzar una serie de reacciones termonucleares que las llevarán rápidamente a la muerte. Antes de llegar a ese momento, el Sol, estrella amarilla de potencia media que brilla desde hace cuatro o cinco miles de millones de años, tiene ante sí un tiempo por lo menos igualmente largo.

Fue precisamente para estar más tranquilo por lo que mi abuelo vino a establecerse aquí —contó *Qfwfq*—, después de que la última explosión de «Supernova» los hubiera proyectado una vez más en el espacio, él mi abuela sus hijos sus nietos y sus biznietos. Entonces el Sol estaba condensándose, redondo, amarillento, en un brazo de la Galaxia, y le causó una buena impresión en medio de todas las demás estrellas que daban vueltas.

—Esta vez probemos una amarilla —dijo a su mujer—. Si lo he entendido bien, las amarillas son las que se mantienen en alto más tiempo sin cambiar. Quizá dentro de poco se le forma alrededor hasta un sistema planetario.

Eso de colocarse con toda la familia en un planeta, a lo mejor de esos con atmósfera y animalitos y plantas, era una vieja idea del coronel Eggg para cuando se retirase después de todos aquellos vaivenes en medio de la materia incandescente. No es que mi abuelo sufriera el calor, y en cuanto a los cambios de temperatura, había tenido que acostumbrarse a ellos desde hacía tiempo, en muchos años de servicio, pero llegados a una cierta edad a todos les gusta sentir a su alrededor un clima templado.

En cambio, mi abuela le regañó:

—¿Y por qué no en esa otra? Es más grande y me fío más de ella —y señaló una «gigante azul».

—¿Estás loca?, ¿no sabes lo que es?, ¿no conoces a las azules? Arden tan veloces que no te das cuenta, y no ha pasado ni un par de miles de milenios y ya tienes que preparar el hatillo.

Pero ya sabéis cómo es la abuela Ggge, juvenil no sólo de aspecto sino también

de juicio, nunca contenta con lo que tiene, siempre con ganas de cambiar, para mejor o para peor no importa, atraída por todo lo que es distinto. Y hay que decir que todo el trabajo, en esas mudanzas a toda prisa de un cuerpo celeste a otro, caía siempre sobre sus hombros, especialmente cuando había niños pequeños.

—Parece que de una vez para otra no lo recordara —se desahoga el abuelo Eggg con nosotros, sus nietos—, no aprende a tranquilizarse. Aquí en el sistema solar, digo yo, ¿de qué puede quejarse? Hace mucho que recorro las galaxias a lo largo y a lo ancho: algo de experiencia tendré, ¿no? Pues bien, mi mujer no me la reconoce...

Ésta es la idea fija del coronel: satisfacciones tuvo muchas en su carrera, pero ésta, la que ahora desea más que todas, no consigue tenerla: oír decir por fin a su mujer: «Sí, Eggg, tuviste buen ojo; por este Sol yo no habría dado dos céntimos mientras que tú supiste valorar enseguida que era un astro de los más fiables y estables, de esos que no se ponen a gastar bromas de un momento a otro, y también supiste colocarte en la posición correcta para hallar sitio en la Tierra cuando después se formó... Dicha Tierra, con todos sus límites y defectos, todavía ofrece buenos lugares de residencia, y los chicos tienen sitio para jugar y escuelas no demasiado distantes...». El viejo coronel quería que su mujer se lo dijera, que le diese esa satisfacción por una vez. Pero qué va. Al contrario, basta con que ella oiga hablar de algún sistema estelar que funcione de otra manera, por ejemplo las oscilaciones de luminosidad de las «R R Lyrae», para que comience con sus manías: que allí a lo mejor hay una vida más variada, está más de moda, mientras nosotros nos quedamos encerrados en este rincón, en un punto muerto donde nunca ocurre nada.

—¿Y qué quieres que ocurra? —pregunta Eggg poniéndonos a nosotros por testigos—. Como si ya no supiéramos que en todas partes es la misma historia: el hidrógeno que se transforma en helio, luego los habituales juegos con el berilio y el litio, los estratos incandescentes que se derrumban uno encima del otro, luego se hinchan como globos blanqueándose blanqueándose y siguen derrumbándose... ¡Si por lo menos, allí en medio, se pudiera disfrutar del espectáculo! En cambio, todas las veces su gran preocupación es siempre no perder de vista los paquetes y paquetitos de la mudanza, y los niños que lloran, y la niña a la que se le hinchan los ojos, y el yerno al que se le funde la dentadura postiza... Ya se sabe que la primera en sufrir todo esto es precisamente ella, Ggge; habla y habla, pero hay que verla en la práctica...

También para el viejo Eggg (nos lo ha contado muchas veces) los primeros tiempos estaban llenos de sorpresas: la condensación de las nubes de gas, el choque de los átomos, esa acumulación de materia que aumenta aumenta hasta que se enciende, y el cielo que se agolpa de cuerpos incandescentes de todos los colores, cada uno de los cuales parece diferente a todos los demás, por diámetro temperatura densidad, modo de contraerse y dilatarse, y todos esos isótopos que nadie imaginaba que existieran, y esos resoplidos, esas explosiones, esos campos magnéticos: una sucesión de imprevistos. Pero ahora... Le basta con echar un vistazo y ya lo ha comprendido todo: qué estrella es, de qué calibre, cuánto pesa, qué quema, si hace de

imán o expelle cosas, y a qué distancia se detiene lo que expelle, y a cuántos años luz puede haber otra.

Para él la extensión del vacío es como un haz de raíles en un nudo ferroviario: vías cambios desvíos, son éstos y no otros; se puede tomar este o ese recorrido pero no correr en medio ni saltar los terraplenes. Lo mismo en el fluir del tiempo: cada movimiento está encasillado en un horario que él sabe de memoria; conoce todas las paradas, los retrasos, las coincidencias, los plazos, las variaciones estacionales. Su sueño siempre había sido ése, para cuando se retirara del servicio: contemplar el tráfico ordenado y regular que recorre el universo, como esos jubilados que van todos los días a la estación a ver los trenes que llegan y que parten; y alegrarse de no tener que ser ya él el zarandeado, cargado de maletas y de niños, en medio del vaivén indiferente de esos artefactos rodantes cada uno por su cuenta...

Así pues, un sitio ideal desde todos los puntos de vista. En cuatro mil millones de años que llevo aquí, ya están bastante ambientados, han conocido a alguien: gente que va y viene, claro, es la costumbre del lugar, pero para la señora Ggge, a la que tanto le gusta la variedad, eso debería ser una ventaja. Ahora tienen unos vecinos en el mismo rellano, unos tales Cavicchia, que son buenas personas: vecinos que se ayudan, que se intercambian amabilidades.

—Me gustaría ver —dice Eggg a su mujer— si en las Nubes de Magallanes encontrabas gente tan amable —(porque Ggge, en su queja por otras residencias, también habla de constelaciones extragalácticas).

Pero cuando una persona llega a una cierta edad no se le puede cambiar la mente: si no lo consiguió en muchos años de matrimonio, seguro que el coronel tampoco lo conseguirá ahora. Por ejemplo, Ggge oye que los vecinos se van a Téramo. Los Cavicchia son abruzos y todos los años van a visitar a sus parientes.

—Vaya —dice Ggge—, todos se marchan y nosotros siempre estamos aquí. ¡Y yo que no he ido a visitar a mi madre desde hace miles de millones de años!

—Pero ¿no comprendes que no es lo mismo? —protesta el viejo Eggg.

Hay que saber que mi bisabuela vive en la Galaxia de Andrómeda. Sí, en otros tiempos siempre viajaba con su hija y su yerno, pero precisamente en el momento en que comenzó a formarse ese cúmulo de galaxias, se perdieron de vista, ella se fue por una parte y ellos por otra. (Ggge todavía le echa la culpa al coronel: «Deberías haber estado más atento», sostiene. Y él: «Pues sí, no tenía otra cosa que hacer en ese momento», se limita a decir para no especificar que su suegra era una buena mujer, ciertamente, pero como compañera de viaje era uno de esos personajes hechos aposta para complicar las cosas, especialmente en los momentos de confusión).

La Galaxia de Andrómeda está justo encima de nuestra cabeza, pero en medio siempre hay un par de miles de millones de años luz. Para Ggge los años luz parece que fueran como los saltos de una pulga: no ha entendido que el espacio es una pasta que se te pega como el tiempo.

El otro día, quizá para contentarla, Eggg le dice:

—Oye, Ggge, no está dicho que nos quedemos aquí hasta el infinito. ¿Cuántos milenios llevamos aquí?, ¿cuatro millones? Pues bien, calcula que estás, por decir poco, a la mitad de nuestra estancia. No pasarán cinco millones de milenios, y el Sol se hinchará tanto que se tragará a Mercurio Venus y la Tierra, y volverá a empezar una serie de cataclismos uno tras otro, rapidísimos. A saber adónde iremos a parar. Por lo tanto, intenta disfrutar de este poco de tranquilidad que nos queda.

—Ah, sí —dice ella, inmediatamente interesada—. Entonces es necesario que no nos pille de improviso. Empezaré a apartar todo lo que no se estropee y no abulte demasiado para llevarlo con nosotros cuando el Sol explote.

Y antes de que el coronel pueda detenerla, corre al desván a ver cuántas maletas hay y en qué estado, y si las cerraduras funcionan. (En eso pretende ser previsor; si uno es proyectado al espacio no hay nada peor que tener que recoger el contenido de las maletas esparcido en medio del gas interestelar).

—¡Qué prisa tienes! —exclama el abuelo—. Se trata de unos cuantos miles de millones de años lo que todavía tenemos por delante; ya te lo he dicho.

—Sí, pero hay mucho que hacer, Egge, y no quiero dejarlo para el último momento. Por ejemplo, quiero tener preparada mermelada de membrillo si por casualidad encontramos a mi hermana Ddde, que se vuelve loca por ella y quién sabe cuánto tiempo hace que no la prueba, pobrecita.

—¿Tu hermana Ddde?, ¿no es la que está en Sirio?

Yo no sé cuántos son la familia de mi abuela Ggge, repartidos por todas las constelaciones: y en cada cataclismo ella espera encontrar a uno de ellos. El hecho es que no se equivoca: todas las veces que el coronel explota en el espacio se encuentra en medio de cuñados o de primos políticos.

Resumiendo, ya no la puede sujetar nadie: toda enfervorecida en sus preparativos, no piensa en otra cosa, deja a medias las tareas más indispensables, porque «dentro de poco el Sol se acaba». Su marido tasca el freno: había soñado tanto con disfrutar su jubilación concediéndose una pausa en la serie de deflagraciones, dejando que los crisoles celestes se frían en su multiforme combustible, quedándose a cubierto contemplando el discurrir de los siglos como un curso uniforme sin interrupciones, y mira por dónde —llegado más o menos a la mitad de estas vacaciones— la señora Ggge empieza a crearle un estado de tensión, con las maletas abiertas encima de las camas, los cajones manga por hombro, las camisas una encima de otra, y todos los millares de millones de miles de millones de horas y días y semanas y meses de que podía disfrutar como de una jubilación ilimitada, de ahora en adelante tendría que vivirlos como a punto de partir, como cuando estaba de servicio, siempre a la espera de un traslado, sin poder olvidar siquiera por un momento que todo lo que le rodea es provisional, provisional pero siempre repetido, un mosaico de protones electrones neutrones que hay que descomponer y recomponer hasta el infinito, una sopa que hay que remover hasta que se enfríe o se caliente: resumiendo, estas vacaciones en el más templado planeta del sistema solar se acabaron.

—A ver qué te parece, Eggg: alguna vajilla bien embalada creo que nos la podríamos llevar sin que se rompa...

—Pero no, cómo se te ocurre, Ggge, con lo que ocupa, piensa en las muchas cosas que deben caber... —y se ve obligado también él a tomar postura ante los varios problemas, a compartir la larga impaciencia, a vivir una perpetua vigilia...

Yo sé cuál es ahora la aspiración acongojante de este viejo jubilado; nos la dijo claramente muchas veces: quedar fuera de juego de una vez por todas, dejar que las estrellas se deshagan y se rehagan y vuelvan a deshacerse cien mil veces, con la señora Ggge y todas sus cuñadas en medio que se buscan y se abrazan y pierden las sombrereras y las sombrillas y las encuentran y vuelven a perderlas, y él no teniendo nada que hacer, permaneciendo en el fondo de la materia exprimida y masticada y escupida y que ya no sirve para nada... ¡Las «enanas blancas»!

El viejo Eggg no es uno que hable sólo por hablar. Tiene un proyecto muy preciso en su mente. ¿Conocéis las «enanas blancas», las estrellas compactísimas e inertes, residuo de las más desgarradoras explosiones, enrojecidas al calor blanco de los núcleos de metales aplastados y comprimidos uno dentro del otro?, ¿y que siguen dando vueltas lentamente en órbitas olvidadas, volviéndose poco a poco fríos y opacos féretros de elementos?

—Que vaya Ggge, que vaya —se carcajea Eggg—, que se deje llevar por los surtidores de electrones en fuga. Yo esperaré aquí, hasta que el Sol y todo lo que da vueltas a su alrededor se haya reducido a una viejísima estrella enana; me cavaré un hueco entre los átomos más duros, soportaré llamas de todos los colores, con tal de tomar finalmente el callejón sin salida, la vía muerta, con tal de tocar la orilla de la que no se regresa...

Y dirige los ojos hacia arriba; cuando esté en su «enana blanca», y el girar de las galaxias con sus encendimientos y apagamientos de fuego azules amarillos rojos, con su condensación y dispersión de nubes y pulvísculos, ya no habrá ocasión para las habituales disputas conyugales, sino algo que es, que está allí, que es lo que es y punto final.

Sin embargo, yo creo que al menos en los primeros tiempos de su estancia en aquel astro desierto y olvidado, todavía seguirá discutiendo mentalmente con Ggge. No le será fácil dejar de hacerlo. Me parece verlo, solo en el vacío, mientras recorre la extensión de los años luz, pero siempre discutiendo con su mujer. Ese «ya te lo había dicho» y «vaya descubrimiento» con que comentó el movimiento de las estrellas, el curso de las galaxias, el enfriamiento de los planetas, ese «ya estarás contenta» y «sólo sabes decir eso» que marcó cada episodio y fase y estallido de sus peleas y de los cataclismos celestes, ese «siempre crees que tienes razón» y «porque tú nunca me escuchas» sin el cual la historia del universo no tendría para él ni nombre ni recuerdo ni sabor, ese altercado conyugal ininterrumpido, si por casualidad un día terminara: ¡qué desolación, qué vacío!

Tempestad solar

El Sol está sujeto a continuas perturbaciones internas de su materia gaseosa e incandescente, que se manifiestan en estremecimientos visibles en la superficie: protuberancias que estallan como burbujas, manchas de luminosidad atenuada, intensos brillos de los que se alzan en el espacio chorros imprevistos. Cuando una nube de gas electrizado emitida por el Sol alcanza la Tierra atravesando el cinturón de Van Allen, se registran tempestades magnéticas y auroras boreales.

Hay gente a la que el Sol le da una sensación de seguridad —dijo Qfwfq—, de estabilidad, de protección. A mí no.

Dicen: «Ahí está el Sol, siempre estuvo ahí; él nos alimenta, él nos calienta por encima de las nubes y los vientos, radiante, siempre igual. La Tierra da vueltas a su alrededor presa de cataclismos y tempestades, y él, tranquilo, impasible, siempre en su sitio». No lo creáis. Lo que llamamos Sol no es más que un constante estallido de gas, una explosión que dura desde hace cinco mil millones de años y no deja de arrojar cosas; es un tifón de fuego sin forma ni ley, una amenaza, un abuso perpetuo, imprevisible. Y nosotros estamos dentro: no es verdad que nosotros estemos aquí y el Sol allá; todo es un remolino de corrientes concéntricas sin intervalos en medio, un único tejido de materia, ora más raro, ora más denso, salido de la misma nube originaria que se contrajo y se prendió fuego.

Sí, precisamente la cantidad de material que el Sol arroja hasta aquí donde estamos —astillas de partículas, átomos rotos—, que se dispone a lo largo de las líneas de fuerza del imán que va de un polo al otro, ha formado una especie de cascarón invisible que envuelve la Tierra, y nosotros podemos, si se nos ocurre, fingir que el nuestro es un mundo separado, en el que las causas y los efectos responden a determinadas reglas. Si conocemos estas reglas, podremos controlarlas y ponernos al resguardo de los remolinos de elementos en desorden que se mueven a nuestro alrededor.

Yo, por ejemplo, me he sacado una licencia de capitán de alta mar; he asumido el mando del barco *Halley*: anoto en el cuaderno de bitácora la latitud, la longitud, los vientos, los datos de los instrumentos meteorológicos, los mensajes de la radio: he aprendido a compartir vuestros problemas de seguridad que dependen de las frágiles, variables convenciones que rigen la vida terrestre. ¿Qué más podría desear? La ruta es segura, el mar está calmo, mañana estaremos a la vista de las familiares costas de

Gales; dentro de dos días remontaremos el estuario bituminoso del Mersey, echaremos el ancla en el puerto de Liverpool, fin del viaje. Mi vida está regulada por un calendario fijado en sus mínimos detalles; cuento los días que me separan de mi próximo embarque y que pasaré en mi tranquila casa de campo en Lancashire.

Mr. Evans, el segundo oficial, se asoma a la puerta del puente y dice: «*Lovely sun, sir*», y sonríe. Yo asiento, realmente el Sol es de una nitidez extraordinaria para la estación y la latitud; si afino la mirada (yo, que tengo el don de mirar fijo al Sol sin quedarme ciego) distingo claramente corona y cromosfera y la disposición de las manchas, y me doy cuenta... me doy cuenta de cosas que es inútil comunicaros: cataclismos que están perturbando en este momento las profundidades enrojecidas, continentes en llamas que se derrumban, océanos incandescentes que se hinchan y rebosan fuera del crisol transformándose en corrientes de radiaciones invisibles proyectadas hacia la Tierra, casi tan veloces como la luz.

La voz del timonel Adams resuena ahogada en el altavoz:

—¡La aguja de la brújula señor, la aguja de la brújula! ¿Qué demonios sucede? ¡Da vueltas, da vueltas como una ruleta!

—¿Está borracho? —exclama Evans, pero yo sé que todo es regular, que *todo empieza ahora a ser regular*. Sé que dentro de poco el telegrafista Simmons se precipitará aquí. Ahí viene, con los ojos fuera de sus órbitas; por poco no arrolla a Evans en el umbral.

—¡Todo está muerto, señor! ¡Estaba escuchando la semifinal de boxeo y todo está muerto! No consigo establecer contacto por radio con ninguna estación.

—¿Qué debo hacer, capitán? —grita Adams en el tubo—. ¡La brújula se ha vuelto loca!

Evans está blanco como el papel.

Es el momento de que sientan mi superioridad.

—Calma, señores. Estamos atrapados en una tempestad magnética. No hay nada que hacer. Encomienden sus almas a aquello en lo que crean, y conserven la calma.

Salgo al castillo de proa. El mar está inmóvil, esmaltado por el reflejo del Sol en su cenit. En esta tranquilidad de elementos el *Halley* se ha transformado en un montón de chatarra ciega, y todas las artes y los ingenios del hombre son impotentes para dirigirla. Estamos navegando en el Sol, en el interior de la explosión solar donde no valen ni brújulas ni radares. Siempre hemos estado a merced del Sol, aunque casi siempre consiguiéramos olvidarlo y creernos a salvo de su arbitrariedad.

En ese momento la veo. Levanto la mirada hacia el palo de trinquete: está allí arriba, está agarrada a la verga, suspendida en el aire como una bandera que se despliega a lo largo de millas y millas, con sus cabellos que vuelan al viento, y todo su cuerpo fluyente como sus cabellos porque son de la misma leve consistencia pulverular; sus brazos de muñeca sutil y de húmero generoso, sus riñones curvados como una luna creciente, su pecho como una nube que se coloca encima de la toldilla del barco y las volutas de los drapeados que se confunden con el humo de la

chimenea y más allá con el cielo. Todo esto veía yo en la electrización invisible del aire, o sólo su rostro como un mascarón de proa aéreo, una cabeza de Medusa monumental, ojos y cabello crepitantes: Rah había logrado alcanzarme.

—Estás ahí, Rah —dije—, me has descubierto.

—¿Por qué te escondiste ahí abajo?

—Quería ver si hay otra manera de ser.

—¿Y la hay?

—Aquí dirijo los barcos a partir de rutas trazadas con el compás, me oriento con la brújula, mis aparatos captan las ondas de la radio, todo lo que sucede tiene su motivo.

—¿Y tú te lo crees?

De la cabina de radio salían las imprecaciones de Simmons, que intentaba sintonizar con cualquier estación en el crepitar de las descargas eléctricas.

—No, pero me gusta hacer como si así fuera, seguir el juego hasta el final —le digo a Rah.

—¿Y cuando se ve que es imposible?

—Vamos a la deriva, pero dispuestos a recuperar el control de un momento a otro.

—¿Está hablando solo, señor? —era Evans que siempre metía por medio su cara descolorida.

Intenté mantener una actitud digna.

—Vaya a echar una mano a Adams, Mr. Evans. Las oscilaciones de la aguja magnética tenderán a repetirse según ciertas constantes. Se puede calcular un rumbo aproximado, siempre que nos podamos orientar por las estrellas esta noche.

La noche, las estrías de una aurora boreal se curvaron en la bóveda del cielo sobre nosotros como sobre el lomo de un tigre. Melena llameante y drapeados suntuosos, Rah se pavoneaba colgada de las vergas del barco. Era imposible volver a encontrar la orientación.

—Hemos ido a parar al Polo —dijo Adams, para dar prueba de su espíritu; sabía muy bien que las tempestades magnéticas pueden provocar auroras boreales en cualquier latitud.

Yo miraba a Rah en la noche: su peinado fastuoso, sus joyas, su vestido cambiante.

—Te has vestido de gala —dije.

—Debo celebrar bien el haberte vuelto a encontrar —respondió.

Yo no tenía nada que celebrar; había vuelto a caer en un antiguo desasosiego; mi paciente proyecto había fracasado.

—Estás cada vez más guapa —reconocí.

—¿Por qué huiste? Te metiste en este agujero, te dejaste atrapar, reducir a las dimensiones de un mundo en el que todo es limitado.

—Estoy aquí por mi voluntad —repliqué, pero sabía que no me comprendería. Para ella nuestra vida estaba en los espacios libres atravesados por los rayos, entre las

ráfagas de las explosiones solares que nos transportaban sin pausa, fuera de las dimensiones, de las formas.

—Siempre con tu juego de fingir que eres tú el que eliges, decides, determinas —dijo Rah—. Tu defecto.

—¿Y tú cómo has llegado hasta aquí? —pregunté. ¿La ionosfera no era una barrera inexpugnable? Muchas veces había oído a Rah rozarla como una mariposa que bate sus alas contra los cristales de una habitación—. Todavía no me has dicho cómo has entrado.

Se encogió de hombros.

—Una ráfaga de rayos, una grieta en el techo, y he aquí que he venido a recuperarte.

—¿A recuperarme? Pero tú ahora estás atrapada. ¿Cómo vas a volver afuera?

—Me quedo aquí. Me quedo contigo —dijo.

—¡Un desastre, señor! —Simmons corría por el puente hacia mí—. ¡Han estallado todas las instalaciones eléctricas de a bordo!

Evans estaba escondido detrás de una escotilla, agarró al telegrafista de un brazo; le decía —lo comprendí por sus gestos— que era inútil dirigirse a mí, la tempestad magnética me había trastornado el cerebro, hablaba solo dirigiéndome a la arboladura.

Intenté restablecer mi prestigio:

—El océano está atravesado por fuertes corrientes eléctricas —expliqué—, la tensión en los cables aumenta, las válvulas se funden, es normal —pero me miraban con ojos que ya no mostraban ningún respeto por mi graduación.

Al día siguiente los efectos de la tempestad magnética habían cesado en todo el océano menos a bordo de nuestro barco, y en un vasto radio alrededor. El *Halley* seguía arrastrando tras de sí a Rah, blandamente apoyada en el aire, colgada con un dedo del radar o del pararrayos o del borde de la chimenea. La brújula parecía un pez que se debate en una bañera, la radio seguía hirviendo como una olla de garbanzos. Los barcos enviados en nuestro auxilio no nos encontraban: sus instrumentos se averiaban apenas se acercaban a nosotros.

De noche, estrías luminosas revoloteaban sobre el *Halley*; era una aurora boreal toda para nosotros, como si fuera nuestra bandera. Esto permitió a los barcos de socorro volver a encontrarnos, sin acercarse para no quedar contagiados por lo que parecía una misteriosa enfermedad magnética; nos guiaron hasta la rada de Liverpool.

El rumor comenzó a correr por todos los puertos: el capitán del *Halley*, dondequiera que fuese, arrastraba perturbaciones eléctricas y auroras boreales. Por si fuera poco, mis oficiales contaron por ahí que mantenía relaciones con potencias invisibles. Perdí el mando del *Halley*, naturalmente, y no hubo manera de conseguir más embarques. Afortunadamente, con los ahorros de mis años de navegación me había comprado una vieja casa de campo en Lancashire, donde —como ya he dicho— acostumbraba residir entre un embarque y otro, y dedicarme a mis predilectos

experimentos de medida y previsión de los fenómenos naturales. Había llenado la casa de instrumentos de precisión contruidos por mí, entre ellos un heliógrafo monocromático, y cada vez que ponía el pie en tierra, no veía la hora de encerrarme en medio de ellos.

Así pues, me retiré a Lancashire con mi mujer Rah. Enseguida, a los propietarios de los alrededores, en el radio de bastantes millas, comenzaron a averiárseles los televisores. No había manera de captar una transmisión: en las pantallas se agitaban rayas blancas y negras como si en ellas hubiera entrado una cebra mordida por pulgas.

Sabía que corrían rumores sobre nosotros pero no me preocupaban: parecía que la habían tomado sobre todo con mis experimentos; se habían quedado en los tiempos en que mis aparatos funcionaban, quizá todavía no sospechaban nada de mi mujer, nunca la habían visto, no sabían que en nuestra casa ningún mecanismo podía ya ponerse en marcha, que ni siquiera teníamos luz eléctrica.

De hecho, de nuestras ventanas por la noche no salía más que la luz de las velas, y eso daba a nuestra casa un aspecto siniestro: mucha gente estaba levantada por la noche en esos días, contemplando los resplandores de aurora boreal que se habían convertido en una característica de nuestra región; no es de extrañar que las sospechas sobre nosotros se agravaran. Luego se vio a las aves migratorias perder la orientación: llegaban cigüeñas en pleno invierno, los albatros caían sobre las landas.

Un día recibí la visita del pastor, el reverendo Collins.

—Desearía hablar con usted, señor capitán... —y tosió—, a propósito de algunos fenómenos que se producen en el territorio de la parroquia... ¿no?... y de algunos rumores que corren...

Estaba en el umbral. Le hice pasar. No supo ocultar su asombro al ver cómo en nuestra casa todo estaba hecho trizas: esquirlas de vidrio, cepillos de dinamo, jirones de cartas náuticas, todo en desorden.

—Pero ésta no es la casa que visité la pasada Pascua... —murmuró.

Por un momento también yo me vi afectado por la nostalgia de mi laboratorio ordenado, funcional, bien equipado que le había enseñado el año anterior. (El reverendo Collins se preocupaba mucho de mantener relaciones amables con los habitantes de los alrededores, especialmente con los que nunca ponían los pies en la iglesia).

Me recuperé.

—Sí, hemos cambiado algo el orden...

El pastor se refirió enseguida al motivo de su visita. La voz pública consideraba que todas las cosas raras que ocurrían desde que yo había vuelto a vivir allí, *casado* (recalcó esta palabra), estaban relacionadas con mi persona o con la de la señora Qfwfq (me sobresalté), a la que sin embargo nadie había tenido la fortuna —dijo— de ser presentado. Yo no decía nada.

—Ya sabe cómo es la gente de por aquí —proseguía el reverendo Collins—,

todavía hay tanta ignorancia, superstición... Naturalmente, no se puede hacer caso de todo lo que dicen... —y no estaba claro si había venido a disculparse de la hostilidad de sus feligreses hacia mí, o a comprobar cuánto podía haber de cierto en sus chismorreos—. Corren rumores sin pies ni cabeza. Figúrese lo que he oído contar: que a su mujer se la ha visto volar sobre los tejados columpiándose en las antenas de la televisión. «¿Cómo?», pregunté, «¿y cómo es esta señora Qfwfq? ¿Un duende, un elfo?». «No», me respondieron, «es una gigante que está siempre tumbada en el aire como una nube».

—No, eso no, se lo aseguro —empecé a decir yo, y no sabía bien qué quería desmentir—. Rah está acostada debido a sus condiciones físicas, ¿entiende?... y por eso preferimos no frecuentar a la gente..., pero está en casa... Ahora Rah está casi siempre en casa..., si quiere se la presento...

Naturalmente, el reverendo Collins no esperaba otra cosa. Tuve que llevarlo al trastero, un viejo y gran trastero-almacén que se utilizaba, en tiempos en que esta propiedad era una granja agrícola, para las segadoras y el secado del heno. No tenía ventanas, la luz se filtraba por las hendiduras, se veía el pulvíscolo en suspensión. Y en este pulvíscolo era claramente reconocible Rah; ocupaba todo el trastero tumbada de lado, algo acurrucada, enroscada, sujetándose una rodilla con una mano y con la otra acariciando una bobina de Rutherford como si fuera un gato de angora. Tenía la cabeza inclinada porque el techo era algo bajo para ella; sus ojos se entrecerraban con el brillo de las centellas del hilo de cobre de la bobina cada vez que su mano se alzaba para contener un bostezo.

—Pobrecilla, encerrada aquí se aburre un poco, no está muy acostumbrada —creí necesario explicar, pero lo que habría querido expresar era otra cosa, era el orgullo que llenaba mi corazón ante su vista. Esto es lo que habría dicho si hubiera habido alguien capaz de comprenderme: «Mire cómo ha cambiado: cuando llegó era una furia, ¿quién habría dicho que conseguiría convivir con una tempestad, contenerla, domarla?».

En estos pensamientos casi me había olvidado del pastor. Me di la vuelta. Ya no estaba. ¡Había huido! Ya lo veo ahí fuera corriendo; salta los setos apoyándose en el paraguas.

Ahora me espero lo peor. Sé que los vecinos se han unido en grupos armados y rodean la colina. Oigo ladrar a los perros, gritos de reclamo, de vez en cuando el movimiento de hojas de un puesto avanzado que está espiando desde un seto. Están a punto de asaltar la casa, quizá para prenderle fuego: veo antorchas encendidas que se propagan a mi alrededor. No sé si pretenden prendernos vivos o lincharnos o hacernos acabar entre las llamas. Quizá sea a mi mujer a la que quieren quemar como bruja; ¿o bien ya han comprendido que nunca se dejará prender?

Miro el Sol: parece que hubiera entrado en una fase de actividad tumultuosa; sus manchas se reducen; se propagan burbujas de un esplendor centuplicado. Ahora abro el trastero, dejo que la luz lo invada. Espero que una explosión más grande lance al

espacio un surtidor eléctrico, y el Sol alargue sus brazos hasta aquí, arranque el velo que nos separa, venga a recuperar a su hija, a devolverla a sus carreras piafantes en las ilimitadas llanuras del espacio.

Pronto los televisores de los alrededores volverán a funcionar, las imágenes de detergentes y hermosas muchachas volverán a ocupar la pantalla, los grupos de perseguidores se dispersarán; cada uno volverá a su ración de racionalidad cotidiana. Yo también podré volver a montar mi laboratorio, volver al modo de vida que había elegido antes de esta interrupción forzada.

Pero no creáis que, con Rah encima, yo haya faltado nunca a la línea de conducta que me había fijado, no creáis que en un determinado momento yo me haya rendido al ver que no podía escapar de Rah, al ver que ella era la más fuerte: tenía un plan todavía más difícil para sustituir el puesto en jaque por Rah, un plan en función de Rah, a pesar de Rah, mejor aún, precisamente gracias a ella, o mejor dicho por amor de Rah, única manera de realizar el amor entre nosotros dos: proyectar en ese desmoronamiento de instrumentos, en ese pulvíscolo de vibraciones, otros instrumentos, otras medidas, otros cálculos que permitieran conocer y controlar la tempestad solar interplanetaria que nos invade y zarandea y sacude y condiciona, más allá de nuestro ilusorio paraguas ionizado. Esto es lo que quería. Y ahora que ella sube como un rayo hacia la esfera de fuego, y yo vuelvo a ser dueño de mí mismo, me pongo a recoger los fragmentos de mis mecanismos, y ahora veo qué mísera cosa son los poderes que he reconquistado.

Los perseguidores todavía no se han dado cuenta de nada. Ahí llegan, armados de tridentes y carabinas y palos.

—¿Ya estáis satisfechos? —grito—. Ella ya no está. ¡Ya podéis volver a vuestras brújulas, a vuestros programas de televisión! ¡Todo está en orden! Rah se ha marchado. Pero no sabéis lo que habéis perdido. No sabéis cuál era mi programa, mi programa para vosotros, no sabéis lo que podía significar para nosotros la presencia de Rah, la desastrosa, insoportable Rah, para mí y para vosotros que estáis a punto de lincharme.

Se detienen. No entienden lo que digo, no me creen, no saben si sentirse atemorizados o tranquilizados. Por lo demás, yo tampoco entiendo lo que he dicho, no me creo, tampoco sé si debo sentirme aliviado, yo también tengo miedo.

Las caracolas y el tiempo

La documentación de la vida sobre la Tierra, muy escasa para el periodo precámbrico, es inesperadamente abundantísima a partir de hace unos quinientos veinte millones de años. En efecto, en el Cámbrico y en el Ordoviciense, los organismos vivientes comienzan a segregar caracolas calcáreas que se conservarán como fósiles en los estratos geológicos.

¿Quién creéis que os ha hecho entrar en la dimensión en que todos estáis inmersos, hasta el punto de creer que nacisteis en ella y por ella? Fui yo —*se oyó exclamar a la voz de Qfwfq saliendo de debajo de una caracola*—, yo mísero molusco condenado a vivir momento a momento, yo, prisionero perpetuo de un interminable presente. Es inútil que finjáis comprender, no podéis adivinar de qué estoy hablando. Hablo del tiempo. Si no hubiera sido por mí no habría tiempo.

Porque, escuchadme bien, yo no tenía ni idea de cómo podía ser el tiempo y tampoco tenía idea de que pudiera existir algo como el tiempo. Los días y las noches me caían encima como las olas, intercambiables, iguales o marcados por diferencias casuales, un sube y baja en el que era imposible establecer un sentido y una norma. Pero al construirme la caracola la intención que tenía ya estaba de alguna manera ligada al tiempo, una intención de separar mi presente de la solución corrosiva de todos los presentes, alejarlo, aislarlo. El presente me caía encima de muchas maneras distintas entre las cuales no conseguía establecer ninguna sucesión: oleadas noches tardes reflujos inviernos cuartos de luna mareas canículas; mi miedo era perderme en ellos, romperme en tantos yo mismos como fragmentos de presente me caían encima superponiéndose el uno al otro y que, por lo que yo sabía, podían ser todos contemporáneos, habitados cada uno por un trocito de mí mismo contemporáneo de los demás.

Era necesario que comenzara por fijar signos en la continuidad inconmensurable: establecer una serie de intervalos, es decir, de números. La materia calcárea que segregaba haciéndola girar en espiral sobre sí misma era precisamente algo que proseguía ininterrumpido, pero mientras tanto, en cada vuelta de espiral, separaba el borde de una vuelta del borde de otra vuelta, por lo cual, si quería contar algo, podía empezar por contar esas vueltas. Resumiendo, lo que quería fabricarme era un tiempo solamente mío, regulado exclusivamente por mí, encerrado: un reloj que no tenía que dar cuentas a nadie de lo que señalaba. Habría querido fabricar un tiempo —caracola

larguísimo, ininterrumpido, continuar mi espiral sin parar nunca.

Me dedicaba a ello con todas mis fuerzas, y seguramente no era el único: al mismo tiempo, otros muchos estaban intentando construir sus caracolas sin fin; que lo consiguiera yo u otro no importaba: bastaba con que uno cualquiera de nosotros consiguiera hacer una espiral interminable y el tiempo habría existido, eso habría sido el tiempo. Pero ahora debo decir lo más difícil de decir (más difícil todavía que conciliarlo con el hecho de que yo estoy aquí y os hablo): el tiempo que no logra mantenerse, que se deshace, que se derrumba como una orilla de arena, el tiempo tallado como una cristalización salina, ramificado como un arrecife de coral, agujereado como una esponja (y no os digo a través de qué agujero, a través de qué grieta pasé para llegar hasta aquí). No se lograba construir la espiral sin fin: la caracola crecía, crecía, y en un determinado momento se detenía, punto. Se acababa. En otra parte comenzaban otros, miles de caracolas comenzaban a cada momento, miles y miles seguían creciendo en cada fase del envolvimiento de la espiral, y todas, antes o después, de un momento a otro se paraban; las olas se llevaban una envoltura vacía.

El nuestro era un trabajo inútil: el tiempo se negaba a durar; era una sustancia friable, destinada a terminar en pedazos; las nuestras sólo eran ilusiones de tiempo que duraban lo que la longitud de una exigua espiral de caracola, astillas de tiempo separadas y distintas la una de la otra, una aquí y otra allá, no relacionables ni comparables entre sí.

Y sobre los despojos de nuestro obstinado trabajo se posaba la arena que en irregulares ventoleras el tiempo-arena alzaba y dejaba caer sepultando a las caracolas vacías bajo estratos sucesivos en el vientre de altiplanicies sumergidas y alternativamente emergidas cuando los mares volvían a invadir los continentes y a recubrirlos de nuevas lluvias de caracolas vacías. Así, de nuestra derrota se amasaba la sustancia del mundo.

¿Cómo podíamos suponer que aquel cementerio de caracolas fuera la verdadera caracola, la que con todas nuestras fuerzas habíamos intentado construir y creíamos no haber conseguido? Ahora está claro que la fabricación del tiempo consistía precisamente en la derrota de nuestros esfuerzos por fabricarlo; sólo que no habíamos trabajado para nosotros, sino para vosotros. Los moluscos, que fuimos los primeros en tener la intención de durar, hemos regalado nuestro reino, el tiempo, a la más voluble raza de habitantes de lo provisional: la humanidad, a la que si no fuera por nosotros nunca se le habría ocurrido. La sección vertical de la corteza terrestre tuvo que hacer reafloorar nuestros cascarones abandonados cien trescientos quinientos millones de años antes, para que la dimensión vertical del tiempo se abriera a vosotros y os liberara del giro siempre repetido de la rueda de los astros en la que seguíais encasillando el curso de vuestro existir fragmentario.

No niego que una parte del mérito también es vuestra, lo que estaba escrito entre las líneas del cuaderno de tierra fuisteis vosotros los que supisteis leerlo (uso vuestra

metáfora habitual, la cosa escrita, de ahí no se escapa, es la demostración de que estamos en vuestro territorio, ya no en el mío), conseguisteis enumerar los caracteres revueltos de nuestro balbuciente alfabeto desparramado entre intervalos milenarios de silencio; de esto habéis sacado todo un discurso lógico, un discurso *sobre vosotros*. Pero decidme cómo nos habríais leído allí en medio si nosotros, aun no sabiendo nada, no nos hubiéramos escrito, o sea si nosotros, sabiéndolo bien, no hubiéramos querido escribir (sigo con vuestras metáforas, visto que las hay), signar, ser signo, enlace, relación de nosotros con otros, lo que siendo lo que es en sí y por sí acepta ser otra cosa para los demás...

Alguien debía comenzar: no tanto a hacer como a hacerse, a hacerse algo, a hacerse en aquello que hacía, a hacer que todas las cosas dejadas, las cosas sepultadas, fueran signos de otro: la impronta de las espinas del pez en la arcilla, los bosques carbonizados y petrolíferos, la patada del dinosaurio de Texas en el fango del Cretáceo, las piedras astilladas del Paleolítico, la carcasa del mamut encontrado en la tundra de Bereskova conservando entre los dientes los restos de los ranúnculos pisoteados hace doce mil años, la Venus de Willendorf, las ruinas de Ur, los rollos de los esenios, la punta de lanza lombarda despuntada de Torcello, el templo de los templarios, el tesoro de los incas, el Palacio de Invierno y el Instituto Smolny, el cementerio de coches...

A partir de nuestras espirales interrumpidas construisteis una espiral continua a la que llamáis historia. No sé si es para alegrarse tanto; no sé juzgar este algo no mío; para mí eso sólo es el tiempo-impronta, la huella de nuestra empresa fracasada, el envés del tiempo, una estratificación de restos y cascarones y necrópolis y montones de lo que perdiéndose se ha salvado, de lo que habiéndose detenido os ha alcanzado. Vuestra historia es lo contrario que la nuestra, lo contrario de la historia de lo que moviéndose no ha llegado, de lo que para durar se perdió: la mano que modeló la vasija, los estantes que ardieron en Alejandría, la pronunciación del escriba, la pulpa del molusco que segregaba la caracola...

La memoria del mundo

Por esto es por lo que le mandé llamar, Müller. Ahora que mi dimisión ha sido aceptada, usted será mi sucesor: su nombramiento como director es inminente. No finja caer del cielo: hace tiempo que el rumor circula entre nosotros y seguro que también ha llegado a sus oídos. Por lo demás, no hay duda de que entre los jóvenes cuadros de nuestra organización usted, Müller, es el más preparado, el que conoce — podría decirse— todos los secretos de nuestro trabajo, al menos en apariencia. Déjeme decirle que no le hablo por propia iniciativa, sino por encargo de nuestros superiores. Todavía no está al corriente sino de algunas cuestiones, y ha llegado el momento de que usted, Müller, sepa. Usted cree, como todos los demás, que nuestra organización lleva muchos años preparando el mayor centro de documentación que jamás haya sido proyectado, un fichero que recoja y ordene todo lo que se sabe de toda persona y animal y cosa, con vistas a un inventario general no sólo del presente sino también del pasado, de todo lo que ha habido desde los orígenes; en suma, una historia general de todo contemporáneamente o, mejor, un catálogo de todo momento a momento. Efectivamente, en eso es en lo que trabajamos, y podemos decir que hemos llegado a un buen punto: no sólo el contenido de las más importantes bibliotecas del mundo, de los archivos y de los museos, de las colecciones de los periódicos de cada país ya está en nuestras fichas perforadas, sino también una documentación recogida *ad hoc*, persona por persona, lugar por lugar. Y todo ese material pasa a través de un proceso de reducción a lo esencial, condensación, miniaturización, que todavía no sabemos en qué punto se detendrá; así como todas las imágenes existentes y posibles son archivadas en minúsculas bobinas de microfilm, y microscópicas bobinas de hilo magnético encierran todos los sonidos registrados y registrables. Es una memoria centralizada del género humano lo que nosotros estamos construyendo, tratando de almacenarla en un espacio lo más pequeño posible, del tipo de las memorias individuales de nuestros cerebros.

Pero es inútil que le repita estas cosas precisamente a usted que entró en nuestra organización al ganar el concurso de admisión con el proyecto «Todo el British Museum en una castaña». Usted lleva entre nosotros relativamente pocos años, pero

ya conoce el funcionamiento de nuestros laboratorios tanto como yo, que ocupé el puesto de director de la fundación. Le aseguro que nunca habría dejado ese puesto si me hubieran sostenido las fuerzas. Pero después de la misteriosa desaparición de mi mujer caí en una crisis de depresión de la que no logro recuperarme. Es justo que nuestros superiores —recogiendo por lo demás el que también es mi deseo— hayan pensado en sustituirme. Así pues, tengo que ponerle al corriente de los secretos del oficio que hasta ahora le han sido silenciados.

Lo que usted no sabe es el auténtico objetivo de nuestro trabajo. Es para el fin del mundo, Müller. Trabajamos con vistas a un próximo fin de la vida en la Tierra. Es para que todo no haya sido inútil, para transmitir todo lo que sabemos a otros que no sabemos quiénes son ni qué hacen.

¿Puedo ofrecerle un cigarro? La previsión de que la Tierra no siga siendo habitable durante mucho más tiempo —al menos para el género humano— no puede impresionarnos demasiado. Todos sabemos que el Sol ha llegado a la mitad de su vida: por bien que vaya, dentro de cuatro o cinco mil millones de años todo habrá acabado. Resumiendo, dentro de poco el problema se habría planteado de todas maneras; la novedad es que los plazos son mucho más cortos, y no tenemos tiempo que perder; eso es todo.

La extinción de nuestra especie es ciertamente una perspectiva triste, pero llorar por ello no es más que un vano consuelo, como recriminar una muerte individual. (Sigo pensando en la desaparición de mi Ángela, perdone mi emoción). En millones de planetas desconocidos seguramente viven seres semejantes a nosotros; poco importa si los que nos recuerden y nos continúen sean sus descendientes en lugar de los nuestros. Lo que importa es comunicarles nuestra memoria, la memoria general puesta a punto por la organización de la que usted, Müller, está a punto de ser nombrado director.

No se asuste; el ámbito de su trabajo seguirá siendo el mismo que hasta ahora. El sistema para comunicar nuestra memoria a otros planetas lo estudia otra rama de la organización; nosotros ya tenemos mucho que hacer y ni siquiera nos afecta si serán considerados más idóneos medios ópticos o acústicos. También puede ser que no se trate de transmitirles los mensajes sino de depositarlos a buen recaudo bajo la corteza terrestre: el despojo de nuestro planeta errante por el espacio podría un día ser alcanzado y explorado por arqueólogos extragalácticos. Ni siquiera el código o los códigos que se elijan son asunto nuestro: también hay una rama que sólo estudia eso, el modo de hacer inteligible nuestro depósito de informaciones, cualquiera que sea el sistema lingüístico que usen los otros; para usted, ahora que lo sabe, nada ha cambiado, se lo aseguro, salvo en la responsabilidad que le corresponde. De esto es de lo que quería hablar un poco con usted.

¿Qué será el género humano en el momento de la extinción? Una cierta cantidad de información sobre sí mismo y sobre el mundo, una cantidad finita, dado que ya no podrá renovarse y aumentar. Durante un cierto tiempo el universo tuvo una

oportunidad de recoger y elaborar información, y de crearla, de extraer información allí donde no había nada que informar de nada: esto es lo que ha sido la vida en la Tierra y sobre todo el género humano, su memoria, sus inventos para comunicar y recordar. Nuestra organización garantiza que esta cantidad de información no se disperse, independientemente del hecho de que sea recibida o no por otros. Será misión del director que nada quede fuera, porque lo que se queda fuera es como si nunca hubiera sido. Y al mismo tiempo será misión suya hacer como si nunca hubiera sido todo lo que acabaría por remendar o dejar en sombra otras cosas más esenciales, es decir, todo lo que en vez de aumentar la información creara un inútil desorden y ruido. Lo que importa es el modelo general constituido por el conjunto de las informaciones, del que se podrán obtener otras informaciones que nosotros no damos y que a lo mejor no tenemos. Resumiendo, al no dar ciertas informaciones se dan más de cuantas se darían al darlas. El resultado final de nuestro trabajo será un modelo en el que todo cuenta como información, también lo que no es. Sólo entonces, de todo lo que ha sido, se podrá saber qué es lo que importaba realmente, o sea qué es lo que fue verdaderamente, porque el resultado final de nuestra documentación será a la vez lo que es, fue y será, y todo lo demás no cuenta.

Ciertamente, hay momentos en nuestro trabajo —usted también los habrá tenido, Müller— en que tenemos la tentación de pensar que sólo lo que escapa a nuestro registro es importante, que sólo lo que pasa sin dejar huella existe verdaderamente, mientras que todo lo que nuestros ficheros contienen es la parte muerta, las virutas, la escoria. Llega un momento en que un bostezo, una mosca que vuela, un picor nos parecen el único tesoro, precisamente porque son absolutamente inutilizables, dados de una vez por todas y enseguida olvidados, sustraídos al destino monótono del almacenamiento en la memoria del mundo. ¿Quién puede excluir que el universo consista en la red discontinua de los instantes no registrables, y que nuestra organización no controle más que su molde en negativo, el marco del vacío y la insignificancia?

Pero nuestra deformación profesional es ésa: apenas nos fijamos en algo, enseguida queríamos incluirlo en nuestros ficheros; y le confieso que a mí me ha sucedido a menudo catalogar bostezos, picores, asociación de ideas inconvenientes, silbidos, y esconderlos en el paquete de las informaciones más cualificadas. Porque el puesto de director al que está a punto de ser nombrado tiene ese privilegio: poder dar una impronta personal a la memoria del mundo. Présteme atención, Müller: no le estoy hablando de una arbitrariedad ni de un abuso de poder, sino de un componente indispensable de nuestro trabajo. Una masa de informaciones fríamente objetivas, incontrovertibles, correría el riesgo de una imagen alejada de la verdad, de falsear lo que es más específico de cada situación. Supongamos que nos llegue de otro planeta un mensaje de puros datos de hecho, de una claridad incluso obvia: no le prestaríamos atención, ni siquiera repararíamos en él; sólo un mensaje que contuviera algo inexpresado, dudoso, parcialmente indescifrable forzaría el umbral de nuestra

conciencia, impondría ser recibido e interpretado. Debemos tener en cuenta esto: es misión del director dar al conjunto de los datos recogidos y seleccionados por nuestros departamentos esa leve impronta subjetiva, ese tanto de opinable, de arriesgado, que necesitan para ser verdaderos. Quería advertirle de esto antes de hacer el relevo: en el material hasta ahora recogido se observa aquí y allá la intervención de mi mano —de una extrema delicadeza, que quede claro—; hay diseminados juicios, reticencias, incluso mentiras.

La mentira excluye sólo en apariencia la verdad; usted sabe que en muchos casos las mentiras —por ejemplo las del paciente para el psicoanalista— son tan indicativas o más que la verdad; y así será para aquellos que tengan que interpretar nuestro mensaje. Müller, al decirle lo que le digo ahora ya no hablo por indicación de nuestros superiores sino en función de mi experiencia personal, de colega a colega, de hombre a hombre. Escúcheme bien: la mentira es la verdadera información que debemos transmitir. Por ello no me he querido prohibir un uso discreto de la mentira allí donde no complicaba el mensaje; al contrario, lo simplificaba. Sobre todo en las noticias sobre mí mismo, me he creído autorizado a abundar en detalles no verdaderos (algo que no creo que pueda molestar a nadie). Por ejemplo, mi vida con Ángela: la he descrito como habría querido que fuera, una gran historia de amor en la que Ángela y yo aparecemos como dos eternos enamorados, felices en medio de adversidades de todo tipo, apasionados, fieles. No fue exactamente así, Müller: Ángela se casó conmigo por interés y enseguida se arrepintió, nuestra vida fue una sucesión de mezquindades y subterfugios. Pero ¿qué importa lo que hubo día tras día? En la memoria del mundo la imagen de Ángela es definitiva, perfecta, nada puede rozarla, y yo seré para siempre el esposo más envidiable que nunca haya existido.

Al principio no tenía más que embellecer datos que me proporcionaba nuestra vida cotidiana. Llegados a un cierto punto, esos datos que me encontraba a la vista al observar a Ángela día tras día (y luego al espiarla, al seguirla, al final) comenzaron a ser cada vez más contradictorios, ambiguos, hasta el punto de justificar sospechas infamantes. ¿Qué debía hacer, Müller?, ¿confundir, hacer ininteligible esa imagen de Ángela tan clara y transmisible, tan amada y amable, ofuscar el mensaje más resplandeciente de todos nuestros ficheros? Eliminaba estos datos día tras día sin vacilar. Pero siempre tenía miedo de que en torno a la imagen definitiva de Ángela quedase algún indicio, algún sobreentendido, una huella de la que se pudiera deducir lo que ella —lo que Ángela en su vida efímera— era y hacía. Pasaba los días en el laboratorio seleccionando, borrando, omitiendo. Estaba celoso, Müller: no celoso de la Ángela efímera —ésa ya era para mí una partida perdida— sino celoso de esa Ángela-información que habría sobrevivido por toda la duración del universo.

La primera condición para que la Ángela-información no fuera tocada por ninguna mancha era que la Ángela viviente no siguiera superponiéndose a su imagen. Fue entonces cuando Ángela desapareció y todas las pesquisas fueron vanas. Sería

inútil que ahora yo le contara, Müller, cómo logré deshacerme de su cadáver trozo a trozo. Cállese, estos detalles no tienen ninguna importancia para los fines de nuestro trabajo, porque en la memoria del mundo yo sigo siendo el marido feliz y luego el viudo inconsolable que todos ustedes conocen. Pero no he encontrado la paz. La Ángela-información seguía formando parte de un sistema de informaciones, algunas de las cuales podían prestarse a ser interpretadas —por perturbaciones en la información o por malignidades del decodificador— como suposiciones equívocas, insinuaciones, ilaciones. Decidí destruir en nuestros ficheros toda presencia de personas con las que Ángela podía haber tenido relaciones íntimas, pero me desagradó muchísimo, porque de algunos de nuestros colegas no quedará huella en la memoria del mundo, como si nunca hubieran existido.

Usted cree que yo le digo estas cosas para pedir su complicidad, Müller. No, no es ésa la cuestión. Debo informarle de las medidas extremas que estoy obligado a tomar para que la información de todo posible amante de mi mujer quede excluida de los ficheros. No me preocupan las posibles consecuencias que ello pueda tener para mí; los años que me quedan de vida son pocos comparados con la eternidad con la que estoy acostumbrado a tratar; y lo que yo he sido verdaderamente ya lo he establecido de una vez por todas y entregado a las fichas perforadas.

Si en la memoria del mundo no hay nada que corregir, lo único que queda por hacer es corregir la realidad allí donde no concuerde con la memoria del mundo. Así como he cancelado la existencia del amante de mi mujer en las fichas perforadas, también debo cancelarle a él del mundo de las personas vivientes. Por esto es por lo que ahora saco la pistola, la apunto contra usted, Müller, aprieto el gatillo, le mato.

Nuevas cosmicómicas

La nada y lo poco

Según los cálculos del físico Alan Guth, del Stanford Linear Accelerator Center, el universo tuvo su origen literalmente de la nada en una fracción de tiempo extremadamente breve: un segundo dividido entre mil millones de miles de millones de miles de millones (Washington Post, 3 de junio de 1948).

Si os digo que lo recuerdo —comenzó *Qfwfq*—, objetaréis que en la nada nada puede recordar nada ni ser recordado por nada, razón por la cual no podréis creer siquiera una palabra de lo que os voy a contar. Argumentos difíciles de rechazar, lo reconozco. Todo lo que os puedo decir es que, desde el momento en que algo fue, y al no haber nada más, ese algo fue el universo, y al no haber sido nunca antes, hubo un antes en el que no era y un después en el que era; desde ese momento, digo, comenzó a ser el tiempo, y con el tiempo el recuerdo, y con el recuerdo alguien que recordaba, o sea yo o ese algo que a continuación comprendería que era yo. A ver si nos entendemos: no es que recordara cómo era yo en el tiempo de la nada, porque entonces no existía el tiempo y yo no era yo; pero ahora me daba cuenta de que, aunque no sabía qué era, un lugar donde habría podido ser lo tenía, es decir, el universo; mientras que antes, aun queriendo, no habría sabido dónde meterme, y esto era ya una gran diferencia, y precisamente era esta diferencia entre el antes y el después lo que yo recordaba. Resumiendo, debéis reconocer que también mi razonamiento funciona, y además no peca de simplismo como el vuestro.

Así pues dejadme que os lo explique. Lo que entonces era ni siquiera está dicho que precisamente fuera: las partículas, o mejor los ingredientes con que se harían más tarde las partículas, tenían una existencia virtual: ese tipo de existencia que si estás en ella estás, y si no estás puedes empezar a hacer cuentas de que estás y ver a continuación qué ocurre. A nosotros ya nos parecía una gran cosa, y seguramente lo era, porque sólo si comienzas a existir virtualmente, a fluctuar en un campo de probabilidades, a tomar en préstamo y a devolver cargas de energía todavía todas hipotéticas, una vez u otra puede darse que existas de hecho, es decir que curves alrededor de ti un jirón de espacio —tiempo incluso mínimo: como le sucedió a una cantidad siempre creciente de nosequé —llamémoslos neutrinos porque es un bonito nombre, pero entonces nadie se había imaginado los neutrinos— ondeantes uno encima del otro en una sopa hirviente de un calor infinito, espesa como una cola de

densidad infinita, que se hinchaba en un tiempo tan infinitamente corto que nada tenía que ver con el tiempo —y, en efecto, el tiempo todavía no había tenido tiempo de demostrar cómo habría sido— y al hincharse producía espacio donde el espacio nunca se había sabido qué era. Así, el universo, de infinitésimo granillo en la lisura de la nada se expandía fulmíneo hasta las dimensiones de un protón, luego de un átomo, luego de una punta de alfiler, de una cabeza de alfiler, de una cuchara, de un sombrero, de un paraguas...

No, estoy contándolo demasiado deprisa; o quizá demasiado lento: porque la hinchazón del universo era infinitamente veloz, pero partía de un origen tan sepultado en la nada que para despuntar y asomarse al umbral del espacio y el tiempo necesitaba un tirón de una violencia no mensurable en términos de espacio y tiempo. Digamos que para contar todo lo que sucedió en el primer segundo de la historia del universo debería hacer un resumen tan largo que no me bastaría la duración sucesiva del universo con sus millones de siglos pasados y futuros, mientras que toda la historia que vino después podría liquidarla en cinco minutos.

Es natural que pertenecer a este universo sin precedentes ni términos de comparación fuera muy pronto motivo de orgullo, de vanagloria, de fatuidad. La apertura fulmínea de distancias inimaginables, la profusión de corpúsculos que brotaban de todas partes —adriones, bariones, mesones, algún quark—, la rapidez precipitada del tiempo, todo ese conjunto nos procuraba una sensación de invencibilidad, de dominio, de orgullo, y al mismo tiempo de suficiencia, como si todo nos fuera debido. La única comparación que podíamos hacer era con la nada de antes, y alejábamos de ella el pensamiento como si fuera una condición ínfima, mezquina, merecedora de conmiseración o de burla. Cada pensamiento nuestro abrazaba el todo, desdeñando las partes; el todo era nuestro elemento y también comprendía el tiempo, todo el tiempo, en el que el futuro dominaba el pasado en cantidad y plenitud. Nuestro destino era lo más, lo cada vez más, y no sabíamos pensar en lo menos ni siquiera de paso: de ahora en adelante iríamos del más al todavía más, de las sumas a los múltiplos a las potencias a los factoriales sin detenernos nunca ni aminorar nuestra marcha.

Que en esta exaltación hubiera un fondo de inseguridad, como un deseo de borrar la sombra de nuestros recentísimos orígenes, es una impresión que no sé si advierto sólo ahora, a la luz de cuanto he aprendido, o si ya entonces oscuramente me atormentaba. Porque no obstante la certidumbre de que el todo fuera nuestro ambiente natural, también era verdad que veníamos de la nada, que acabábamos de ser elevados de la miseria absoluta, que sólo un tenue hilo espaciotemporal nos separaba de la precedente condición desprovista de toda sustancia y extensión y duración. Eran sensaciones de precariedad, rápidas pero agudas, que se apoderaban de mí, como si ese todo que intentaba formarse no lograra esconder su fragilidad intrínseca, su fondo de vacío al que podíamos regresar con la misma rapidez con que nos habíamos separado de él. De ahí la rabia que sentía por la indecisión que el

universo demostraba al tomar una forma, como si no viera la hora de que su vertiginosa expansión se detuviera, dejándome conocer sus límites para bien o para mal, pero también adquiriendo estabilidad en el ser; y de ahí también el temor que no lograba dominar a que, apenas se produjera una parada, inmediatamente comenzara la fase descendente, un regreso igualmente precipitado al no ser.

Reaccionaba situándome en el otro extremo: «¡Totalidad! ¡Totalidad!», proclamaba a lo largo y a lo ancho. «¡Futuro!», alardeaba. «¡Porvenir!», «¡A mí la inmensidad!», afirmaba abriéndome paso en ese torbellino indistinto de fuerzas. «¡Que las potencialidades puedan ser!», incitaba, «¡que el acto actúe!, ¡que las probabilidades intenten!»; ya me parecía que las oleadas de partículas (¿o eran sólo radiaciones?) contuvieran todas las formas y las fuerzas posibles, y cuanto más vaticinaba a mi alrededor un universo poblado de presencias activas, más me parecía que estuvieran afectadas de una inercia culpable, de una abulia renunciataria.

Entre estas presencias las había (digamos) femeninas; quiero decir dotadas de cargas propulsoras complementarias a las mías; una de ellas sobre todo llamó mi atención: altiva y reservada, delimitaba a su alrededor un campo de fuerzas de contornos longilíneos y desgachados. Para llamar su atención redoblaba mis exhibiciones de complacencia por la prodigalidad del universo, hacía alarde de mi desenvoltura para alcanzar los recursos cósmicos como quien siempre los ha tenido a su disposición, me echaba hacia delante en el espacio y el tiempo como el que se espera siempre lo mejor. Convencido de que Nugkta (la llamo ya con el nombre que conocí a continuación) era distinta a todos porque era más consciente de qué significaba el hecho de ser y formar parte de algo que es, intentaba por todos los medios distinguirme de la masa vacilante de cuantos tardaban en acostumbrarse a esta idea. El resultado fue que me volví molesto y antipático a todos, sin que esto me acercase a ella.

Me estaba equivocando en todo. No tardé en darme cuenta de que Nugkta no apreciaba en absoluto mi afán, es más, se esmeraba en no darme ninguna señal de atención, salvo un resoplido de fastidio de vez en cuando. Seguía en sus trece, algo apática, como si estuviera acurrucada con la barbilla en las rodillas, abrazando sus largas piernas encogidas con los codos salientes (debéis entenderme: describo el modo de estar que habría sido el suyo si entonces se hubiera podido hablar de rodilla, piernas, codo; o mejor aún, era el universo el que estaba acurrucado sobre sí mismo, y quien estaba allí no tenía otra manera de estar, algunos con más naturalidad, por ejemplo ella). Recibía los tesoros del universo que excavaba a sus pies como si dijera: «¿Eso es todo?». Al principio esta indiferencia me parecía afectada, luego comprendí que Nugkta quería darme una lección, invitarme a mantener una actitud más controlada; con mis abandonos al entusiasmo debía de parecerle un ingenuo, un novato, un simple.

No me quedaba más que cambiar de mentalidad, comportamiento, estilo. Mi relación con el universo debía ser una relación práctica, fáctica, como la de quien

sabe calcular la evolución de cada cosa en su valor objetivo, por inmenso que sea, sin envanecerse. Esperaba presentarme así a ella a la luz más convincente, prometedora, digna de confianza. ¿Lo logré? No, menos que nunca. Cuanto más me empeñaba en lo sólido, en lo realizable, en lo cuantificable, más sentía parecerle un fanfarrón, un charlatán.

Al final empecé a ver claro: para ella sólo había un objeto de admiración, un único valor, un único modelo de perfección, y era la nada. Su indiferencia no iba dirigida a mí sino al universo. Todo lo que era llevaba consigo un defecto de origen: ser le parecía una degeneración humillante y vulgar del no ser.

Decir que este descubrimiento me trastornó es decir poco: para todas mis convicciones, mi manía de totalidad, mis inmensas perspectivas, eran una afrenta. ¿Qué incompatibilidad de carácter mayor que la que había entre mí y una nostálgica de la nada? No es que le faltaran razones (mi debilidad por ella era tal que me esforzaba en comprenderla): era cierto que la nada tenía en sí un carácter de absoluto, un rigor, una capacidad que hacía parecer aproximado, limitado, tambaleante todo aquello que pretendía poseer los requisitos de la existencia; en lo que es, si se lo compara con lo que no es, saltan a la vista la calidad más decadente, las impurezas, las imperfecciones; resumiendo, sólo se puede andar seguro sobre la nada. Dicho esto, ¿a qué consecuencia debía llegar?, ¿volver la espalda al todo, volver a zambullirme en la nada? ¡Como si fuera posible! Una vez puesto en marcha el proceso del paso del no ser al ser ya no se podía detener: la nada pertenecía a un pasado acabado irremediablemente.

Entre las ventajas del ser también estaba lo que nos permitía, desde el punto culminante de la plenitud alcanzada, concedernos una pausa de lamentación por la nada perdida, de contemplación melancólica de la plenitud negativa del vacío. En este sentido estaba dispuesto a secundar la inclinación de Nugkta; es más, nadie más que yo era capaz de expresar con tanta convicción este sentimiento acongojante. Pensarlo y precipitarme hacia ella declamando «¡Oh, si pudiéramos perdernos en los campos ilimitados de la nada...!» fue todo uno. (Esto es, hice algo en cierta manera equivalente a declamar algo de ese tipo). ¿Y ella? Me dejó plantado, molesta. Tardé algo de tiempo en darme cuenta de lo grosero que había sido y en aprender que de la nada se habla (o mejor: no se habla) con toda discreción.

Las crisis sucesivas que atravesé a partir de entonces no me permitieron encontrar la paz. ¿Cómo había podido equivocarme hasta el punto de buscar la totalidad de la plenitud prefiriéndola a la perfección del vacío? Ciertamente, el paso del no ser al ser había sido una gran novedad, un hecho sensacional, un hallazgo de efecto seguro. Pero no se podía precisamente decir que las cosas hubieran cambiado para mejor. De una situación neta, sin errores, sin manchas, habíamos pasado a una construcción chapucera, atascada, que se derrumbaba por todas partes, que se mantenía junta como por una apuesta. ¿Qué había podido excitarme tanto en las llamadas maravillas del universo? La escasez de materiales a disposición había determinado en muchos casos

soluciones monótonas, repetitivas, y en otros muchos un derroche de tentativas desordenadas, incoherentes, pocas de las cuales estaban destinadas a tener continuación. Quizá fuera un falso punto de partida: la pretensión de aquello que quería hacerse creer un universo pronto caería como una máscara, y la nada, única auténtica totalidad posible, habría vuelto a imponer su invencible absoluto.

Entré en una fase en la que sólo los resquicios, las ausencias, los silencios, las lagunas, los nexos que faltaban, las desmalladuras en el tejido del tiempo me parecían encerrar un sentido y un valor. A través de esas brechas espiaba el reino del no ser, reconocía en él mi única verdadera patria, que lamentaba haber traicionado en una temporal obnubilación de la consciencia y que Nugkta me había hecho reencontrar. Sí, reencontrar, porque junto a mi inspiradora me habría infiltrado en esos sutiles túneles de vacío que atravesaban la compacidad del universo; juntos habríamos alcanzado la anulación de toda dimensión, de toda duración, de toda sustancia, de toda forma.

Llegados a este punto, el entendimiento entre Nugkta y yo finalmente no habría tenido sombras. ¿Qué podía separarnos ya? Y, sin embargo, de vez en cuando afloraban divergencias inesperadas: me parecía haberme vuelto más severo que ella hacia lo existente. Me asombraba descubrir en ella indulgencias, casi diría complicidades, con los esfuerzos que aquel pulvísculo hacía para mantenerse junto. (Ya había campos electromagnéticos bien formados, núcleos, los primeros átomos...).

Hay que decir una cosa: el universo, mientras se lo consideraba como el colmo de la totalidad, de la plenitud, no podía inspirar más que banalidades y retórica, pero si se lo consideraba como algo sin importancia, una pequeña cosa arracimada en los límites de la nada, suscitaba una simpatía alentadora o, al menos, una benévola curiosidad por lo que habría conseguido hacer. Con sorpresa veía a Nugkta dispuesta a sostener, a sujetar, este universo indigente, desmedrado, endeble. En cambio yo me mantenía duro: «¡Que venga la nada! ¡Honor y gloria a la nada!», insistía preocupado por que esta debilidad de Nugkta pudiera distraernos de nuestro objetivo. ¿Y cómo respondía Nugkta? Con sus habituales resoplidos burlescos, exactamente igual que en los tiempos de mis excesos de celo por las glorias del universo.

Con retraso, como siempre, acabé por entender que también esta vez tenía razón. Con la nada no podíamos tener más contacto que a través de ese poco que la nada había producido como quintaesencia de su inanidad; de la nada no teníamos más imagen que nuestro pobre universo. Toda la nada que podíamos encontrar estaba allí, en lo relativo de aquello que es, porque también la nada no había sido más que una nada relativa, una nada secretamente recorrida por vetas y tentaciones de ser algo, si es cierto que en un momento de crisis de su propia nulidad había podido dar lugar al universo.

Hoy, cuando el tiempo ha desgranado miles de millones de minutos y años y el universo es irreconocible de cómo era en aquellos primeros instantes, y desde que el espacio se ha vuelto de repente todo transparente, las galaxias envuelven la noche en

sus espirales fulgurantes, y en las órbitas de los sistemas solares millones de mundos maduran sus himalayas y sus océanos en la alternancia de las estaciones cósmicas, y en los continentes se apiñan multitudes festivas o dolientes o matándose recíprocamente con meticulosa obstinación, y surgen y caen los imperios con sus capitales de mármol y pórfido y hormigón, y los mercados desbordan de bueyes descuartizados y guisantes supercongelados y telas de tul y brocado y nailon, y latan los transistores y los ordenadores y todo tipo de artefactos, y desde todas las galaxias todos no hacen más que observar y medir todo, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande; hay un secreto que sólo Nugkta y yo conocemos: que todo lo que está contenido en el espacio y en el tiempo no es más que lo poco generado por la nada, lo poco que es y podría también no ser, o ser todavía más exiguo, más escuálido y corruptible. Si preferimos no hablar ni para bien ni para mal es porque podríamos decir sólo esto: pobre grácil universo hijo de la nada, todo lo que somos y hacemos se te asemeja.

La implosión

«Quásares, galaxias de Seyfert, objetos B. L. Lacertae o, más en general, núcleos galácticos activos, llaman la atención de los astrónomos en los últimos años por la enorme cantidad de energía que emiten, a velocidades hasta de 10.000 kilómetros por segundo. Hay razones de peso para creer que el motor central de las galaxias sea un agujero negro de masa enorme» (L'Astronomia, n.º 36). «Los núcleos galácticos activos podrían ser fragmentos no estallados en el momento del big bang, en los que estaría en marcha un proceso exactamente opuesto al de los agujeros negros, con expansión explosiva y liberación de enormes cantidades de energía (agujeros blancos). Podrían explicarse como extremidades que salen de una unión entre dos puntos del espacio-tiempo (puente de Einstein-Rosen) que expelen materia devorada por un agujero negro situado en la extremidad entrante. Según esta teoría es posible que una galaxia de Seyfert distante cien millones de años luz esté expulsando ahora gas aspirado de otra parte del universo hace diez mil millones de años. E incluso es posible que un quásar distante diez mil millones de años luz haya surgido, como lo vemos ahora, con el material que le llegó de una época futura, procedente de un agujero negro que, para nosotros, se ha formado sólo hoy» (Paolo Maffei, Los monstruos del cielo, págs. 210-215).

Explosionar o implosionar —dijo Qfwfq—, ése es el problema: si es más noble intentar expandir en el espacio la propia energía sin freno, o triturarla en una densa concentración interior y conservarla tragándola. Sustraerse, desaparecer; nada más; retener dentro de sí todo resplandor, todo rayo, todo desahogo, y sofocando en lo profundo del alma los conflictos que la agitan inmoderadamente, darles la paz; ocultarse, borrarse: quizá despertarse en otro sitio, distinto.

Distinto... ¿Cómo de distinto? El problema: explosionar o implosionar, ¿volvería a plantearse? Absorbido por el remolino de esta galaxia, ¿volver a asomarse a otros tiempos y a otros cielos?, ¿hundirse aquí en el frío silencio, expresarse allá en gritos llameantes de otro lenguaje?, ¿absorber aquí el mal y el bien como una esponja en la sombra, brotar allá como un surtidor deslumbrante, esparcirse, gastarse, perderse? ¿Entonces para qué volvería el ciclo a repetirse? No sé nada, no quiero saber, no quiero pensar en ello. Ahora, aquí, mi elección está hecha: yo implosiono como si el precipitar centrípeto me salvase para siempre de dudas y errores, del tiempo de los cambios efímeros, del resbaladizo descenso del antes y el después, para hacerme acceder a un tiempo estable, quieto, pulido, y alcanzar la única condición definitiva, compacta, homogénea. Explosionad, si así os parece, irradiados en flechas infinitas, prodigaos, derrochaos, arrojaos: yo implosiono, caigo dentro del abismo de mí mismo, hacia mi centro sepultado, infinitamente.

¿Cuánto tiempo hace que ninguno de vosotros sabe ya imaginar la fuerza vital

sino en forma de explosión? Razones no os faltan, lo reconozco; vuestro modelo es el universo nacido de un estallido desatinado cuyas primeras astillas todavía vuelan desenfrenadas e incandescentes en los límites del espacio, vuestro emblema es el encenderse exuberante de las supernovas que muestran su insolente juventud de estrellas sobrecargadas de energía; vuestra metáfora favorita es el volcán, como demostración de que también un planeta bien adulto y asentado está siempre listo para desencadenarse y prorrumpir. Y ahora los hornillos que fulguran en las más lejanas extensiones del cielo convalidan vuestro culto a la deflagración general; gases y partículas casi tan veloces como la luz se lanzan desde un remolino en el centro de la galaxia en espiral, se desbordan en los lóbulos de las galaxias elípticas, proclaman que el *big bang* todavía dura, que el gran Pan no ha muerto. No soy sordo a vuestras razones; yo también podría unirme a vosotros. ¡Ánimo! ¡Estalla! ¡Revienta! El mundo nuevo todavía comienza, repite sus siempre renovados comienzos en un tronar de cañonazos como en los tiempos de Napoleón... ¿Acaso no es en esa época de exaltación de la potencia revolucionaria de las artillerías cuando el estallido se ve no sólo como daño a bienes y personas sino como señal de nacimiento, de génesis? ¿No es desde entonces cuando las pasiones, el yo, la poesía, se dan como una perpetua explosión? Pero si es así, también valen las razones contrarias; desde aquel agosto en que el hongo se elevó sobre ciudades reducidas a una capa de cenizas, comenzó una época en la que la explosión es el único símbolo de negación absoluta. Algo que ya, por lo demás, sabíamos desde cuando, elevándose del calendario de las crónicas terrestres, interrogábamos el destino del universo, y los oráculos de la termodinámica nos respondían: toda forma existente se deshará en una llamarada de calor; no hay presencia que se salve del desorden sin retorno de los corpúsculos; el tiempo es una catástrofe perpetua, irreversible.

Sólo algunas viejas estrellas saben salir del tiempo; la puerta abierta para saltar del tren que corre hacia el aniquilamiento son ellas. Llegadas al extremo de su decrepitud, encogidas en las dimensiones de «enanas rojas» o «enanas blancas», jadeantes en el último hipido brillante de los «púlsares», comprimidas hasta el estadio de «estrellas de neutrones» y finalmente, sustraída su luz al derroche del firmamento, convertidas en el oscuro borrón de sí mismas, ya están maduras para el imparable colapso en el que todo, también los rayos luminosos, vuelve a caer en el interior para no volver a salir.

Alabemos a las estrellas que implosionan. Una nueva libertad se abre en ellas: elididas del espacio, exoneradas del tiempo, existen por sí mismas, finalmente, no ya en función de todo lo demás, quizá sólo ellas pueden estar seguras de ser verdaderamente. «Agujeros negros» es un mote denigratorio, dictado por la envidia: son todo lo contrario que agujeros; no hay nada más pesado y denso y compacto, con una obstinación de soportar la gravedad que llevan consigo como cerrando los puños, apretando los dientes, arqueando la joroba. Sólo en estas condiciones se salva uno de disolverse en la expansividad desbordante, en las fantasías de las efusiones, de la

extroversión exclamativa, de las efervescencias e incandescencias. Sólo así se penetra en un espacio-tiempo en el que lo implícito, lo inexpresado no pierde su propia fuerza, en el que la plenitud de significados no se diluye, en el que la reserva, la toma de distancia multiplican la eficacia de todo acto.

No os distraigáis cavilando sobre los comportamientos temerarios de hipotéticos objetos casi estelares en los inciertos confines del universo: es aquí donde debéis mirar, en el centro de nuestra galaxia, donde todos los cálculos y los instrumentos señalan la presencia de un cuerpo de masa enorme que, sin embargo, no se ve. Telarañas de radiaciones y de gas, que quedaron enredadas quizá por los últimos choques, demuestran que allí en medio yace uno de esos llamados agujeros, ya apagado como un viejo volcán. Todo lo que nos rodea, la rueda de sistemas planetarios y constelaciones y ramas de la vía láctea, cada cosa en nuestra galaxia se mantiene en el eje de esta implosión hundida dentro de sí misma. Ése es mi polo, mi espejo, mi patria secreta. No tiene nada que envidiar a las galaxias más lejanas cuyo núcleo parece explosivo: también allí lo que cuenta es lo que no se ve. Tampoco de allí sale nada, creedme: lo que fulgura y gira a velocidad imposible es sólo el alimento que será triturado en el mortero centrípeto, asimilado a la otra manera de ser, la mía.

Sí, a veces me parece escuchar una voz desde las últimas galaxias.

—Soy Qfwfq, el tú mismo que explota mientras tú implosionas: yo me gasto, me exprimo, me difundo, comunico, realizo todas mis potencialidades, yo existo verdaderamente, no tú, introvertido, reticente, egocéntrico, ensimismado en un tú mismo inmutable...

Entonces se apodera de mí la angustia de que más allá de la barrera del colapso gravitacional el tiempo siga discurriendo: un tiempo distinto, sin relación con el que se quedó a este lado pero igualmente lanzado en una carrera sin retorno. En ese caso, la implosión a la que me arrojé sería sólo una pausa que me viene concedida, un retraso interpuesto a la fatalidad de la que no puedo escapar.

Algo como un sueño o un recuerdo pasa por mi mente: Qfwfq está escapando de la catástrofe del tiempo, encuentra un paso para liberarse de su condena, se lanza a través de la brecha, está seguro de haberse puesto a salvo; desde un resquicio de su refugio contempla el precipitarse de los acontecimientos de los que se ha salvado: compadece con distanciamiento a quien ha sido arrollado, y ahora le parece reconocer a alguien: sí, es Qfwfq, es Qfwfq que ante los ojos de Qfwfq recorre la misma catástrofe de antes o de después, Qfwfq que en el momento en que se pierde ve a Qfwfq salvarse pero no salvarlo.

—¡Sálvate, Qfwfq! —grita Qfwfq, pero ¿es Qfwfq el que al implosionar quiere salvar a Qfwfq que explota, o al contrario? Ningún Qfwfq salva de la deflagración a los Qfwfq que explotan, los cuales no logran retener a ningún Qfwfq de su imparable implosión. Cada recorrido del tiempo marcha hacia el desastre en un sentido o en sentido contrario y su intersección no forma una red de raíles regulados

por cambios y por desvíos, sino un enredo, una maraña...

Sé que no debo prestar atención a los rumores ni dar crédito a visiones ni pesadillas. Sigo excavando en mi agujero, en mi madriguera de topo.

Una cosmicómica transformada

La otra Eurídice

Habéis vencido, hombres del afuera, y habéis rehecho las historias como os gusta para condenarnos a nosotros, los del adentro, al papel que os gusta atribuirnos de potencias de las tinieblas y de la muerte, y el nombre que nos habéis dado, los Inferi, lo cargáis de acentos funestos. Sí, si todos olvidan qué ocurrió verdaderamente entre nosotros, entre Eurídice y Orfeo y yo, Plutón, esa historia totalmente al revés de como la contáis vosotros, si verdaderamente nadie recuerda que Eurídice era una de nosotros y que jamás había habitado la superficie de la Tierra antes de que Orfeo me la arrebatara con sus músicas engañosas, entonces nuestro antiguo sueño de hacer de la Tierra una esfera viviente quedará definitivamente perdido.

Ya casi nadie recuerda qué quería decir vivir la Tierra: no lo que creéis vosotros, orgullosos de la polvareda de vida que se ha posado en el límite entre la tierra el agua el aire. Yo quería que la vida se expandiera desde el centro de la Tierra, se propagara en las esferas concéntricas que la componen, circulara entre los metales fluidos y compactos. Ése era el sueño de Plutón. Sólo así la Tierra se convertiría en un enorme organismo viviente, sólo así se habría evitado esa condición de precario exilio al que la vida tuvo que reducirse, con el peso opaco de una bola de piedra inanimada debajo de sí y sobre el vacío. Vosotros ya ni siquiera imagináis que la vida podía ser algo distinto de lo que sucede allí fuera, o mejor, casi fuera, dado que sobre vosotros y la corteza terrestre siempre existe la otra tenue corteza del aire, pero no hay comparación con la sucesión de esferas en cuyos intersticios las criaturas de la profundidad siempre hemos vivido, y de las que todavía volvemos a subir para poblar vuestros sueños. La Tierra, por dentro, no es compacta: es discontinua, hecha de capas superpuestas de distintas densidades, hasta el núcleo de hierro y níquel, que también es un sistema de núcleos uno dentro del otro y cada uno gira separado del otro según la mayor o menor fluidez del elemento.

Os hacéis llamar terrestres, no se sabe con qué derecho: porque vuestro verdadero nombre sería el de extraterrestres, gente que está fuera: terrestre es quien vive dentro, como Eurídice y como yo hasta el día en que me la arrebatasteis, engañándola, a ese vuestro afuera desolado.

El reino de Plutón es éste porque es aquí dentro donde siempre viví, junto con Eurídice antes, y luego solo, en una de estas tierras interiores. Un cielo de piedra

giraba sobre nuestras cabezas, más límpido que el vuestro, y atravesado, como el vuestro, por nubes, allí donde se condensan suspensiones de cromo y magnesio. Sombras aladas se alzan en vuelo: los cielos interiores tienen sus aves, concreciones de roca ligera que describen espirales discurriendo hacia arriba hasta que desaparecen de la vista. El tiempo cambia de improviso: cuando descargas de lluvia plúmbea se abaten o cuando granizan cristales de zinc, no hay otra salida que infiltrarse en las porosidades de la roca esponjosa. A veces la oscuridad es surcada por un zigzag llameante: no es un rayo, es metal incandescente que serpentea veta abajo.

Considerábamos tierra la esfera interior en la que solíamos posarnos, y cielo la esfera que rodea esa esfera: tal como hacéis vosotros, resumiendo; pero entre nosotros estas distinciones eran siempre provisionales, arbitrarias, dado que la consistencia de los elementos cambiaba continuamente, y en determinado momento nos dábamos cuenta de que nuestro cielo era duro y compacto, una rueda de molino que nos trituraba, mientras la tierra era una cola viscosa agitada por remolinos, pululante de burbujas gaseosas. Yo intentaba aprovechar las coladas de elementos más pesados para acercarme al verdadero centro de la Tierra, al núcleo que hace de núcleo de todo núcleo, y llevaba de la mano a Eurídice guiándola en el descenso. Pero toda infiltración que abría su camino hacia el interior hacía saltar otro material y lo obligaba a subir hacia la superficie. A veces, en nuestro hundimiento, nos veíamos envueltos por la oleada que surgía hacia los estratos superiores y nos enredaba en su bucle. Así recorriamos en sentido contrario el radio terrestre; en los estratos minerales se abrían conductos que nos aspiraban y debajo de nosotros la roca volvía a solidificarse. Hasta que nos volvíamos a hallar sostenidos por otro suelo y cubiertos por otro cielo de piedra sin saber si estábamos más arriba o más abajo del punto del que habíamos partido.

Eurídice, apenas veía sobre nosotros el metal de un nuevo cielo volverse fluido, era presa de la fantasía de volar. Se zambullía hacia lo alto, atravesaba a nado la cúpula de un primer cielo, de otro, de un tercero, se sujetaba en las estalactitas que pendían de las bóvedas más altas. Yo la seguía, un poco para acompañar su juego, un poco para recordarle que teníamos que reanudar nuestro camino en sentido contrario. Sí, Eurídice también estaba convencida como yo de que el punto hacia el que debíamos dirigirnos era el centro de la Tierra. Sólo habiendo alcanzado el centro podríamos llamar nuestro todo el planeta. Éramos las cabezas de estirpe de la vida terrestre y por ello debíamos empezar a hacer la Tierra viva desde su núcleo, irradiando poco a poco nuestra condición a todo el globo. Tendíamos a la vida terrestre, es decir, *de la* Tierra y *en la* Tierra; no a lo que sobresale de la superficie y que vosotros creéis poder llamar vida terrestre cuando sólo es un moho que dilata sus manchas en la corteza rugosa de la manzana.

Bajo los cielos de basalto ya veíamos surgir las ciudades plutónicas que habríamos fundado, rodeadas de murallas de jaspe, ciudades esféricas y concéntricas, navegando en océanos de mercurio, atravesadas por ríos de lava incandescente. Era

un cuerpo viviente-ciudad-máquina que queríamos que creciera y ocupara todo el globo, una máquina telúrica que empleaba su energía desmesurada para construirse continuamente, para combinar y permutar todas las sustancias y las formas, realizando con la velocidad de una sacudida sísmica el trabajo que vosotros allí fuera habéis debido pagar con el sudor de siglos. Y esta ciudad-máquina-cuerpo viviente habría sido habitada por seres como nosotros, gigantes que desde los cielos rodantes habrían tendido su membrudo abrazo sobre gigantas que en las rotaciones de las tierras concéntricas se habrían mostrado en posturas cada vez más nuevas haciendo posible acoplamientos cada vez más nuevos.

Era el reino de la diversidad que debía tener su origen en esas mescolanzas y vibraciones: era el reino del silencio y de la música. Vibraciones continuas, que se propagaban con distinta lentitud según las profundidades y la discontinuidad de los materiales, habrían encrespado nuestro gran silencio, lo habrían transformado en la música incesante del mundo, en la cual se habrían armonizado las voces profundas de los elementos.

Esto es para deciros lo equivocada que es vuestra vía, vuestra vida en que trabajo y goce están en oposición, en que la música y el ruido están separados; esto es para deciros cómo desde entonces las cosas estaban claras, y el canto de Orfeo no era más que un signo de ese mundo vuestro parcial y dividido. ¿Por qué Eurídice cayó en la trampa? Eurídice pertenecía por entero a nuestro mundo, pero su índole encantada la llevaba a preferir todo estado de suspensión, y en cuanto podía alzar el vuelo, en saltos, en escaladas de las chimeneas volcánicas, se veía cómo adaptaba su persona en torsiones y curvas y cabriolas y contorsiones.

Los lugares de frontera, los pasos de un estrato terrestre a otro, le procuraban un sutil vértigo. He dicho que la Tierra está hecha de techos superpuestos, como capas de un cebollón inmenso, y que cada techo remite a un techo superior, y todos juntos preanuncian el techo extremo, allí donde la Tierra deja de ser Tierra, donde todo el adentro se queda aquí y allá sólo hay afuera. Vosotros identificáis esa frontera de la Tierra con la Tierra misma; creéis que la esfera es la superficie que la envuelve, no el volumen; siempre habéis vivido en esa dimensión plana plana y ni siquiera podéis imaginar que se pueda existir en otro lugar y de otro modo; para nosotros entonces esa frontera era algo que se sabía que estaba, pero que no imaginábamos poder ver, a menos que saliéramos de la Tierra, perspectiva que nos parecía, más que pavorosa, absurda. Era allí donde era proyectado en erupciones y surtidores bituminosos y fumarolas todo lo que la Tierra expelía, materiales de poca monta, residuos de todo tipo. Era el negativo del mundo, algo que no podíamos representar ni siquiera con el pensamiento, y cuya abstracta idea bastaba para provocar un escalofrío de disgusto, no: de angustia, o mejor, un aturdimiento, un —precisamente— vértigo (sí, nuestras reacciones eran más complicadas de lo que se pueda creer, especialmente las de Eurídice), y en él se insinuaba una parte de fascinación, como una atracción del vacío, de lo bifronte, de lo último.

Siguiendo a Eurídice en estas sus fantasías vagantes, tomamos la garganta de un volcán apagado. Sobre nosotros, al atravesar una especie de estrechamiento de clepsidra, se abrió la cavidad del cráter, grumosa y gris, un paisaje no muy distinto en forma y sustancia a los habituales de nuestras profundidades; pero lo que nos dejó atónitos fue el hecho de que allí la Tierra se detenía, no volvía a gravitar sobre sí misma bajo otro aspecto, y de allí en adelante comenzaba el vacío o, en cualquier caso, una sustancia incomparablemente más tenue que las que hasta entonces habíamos atravesado, una sustancia transparente y vibrante, el aire azul.

Fueron esas vibraciones las que perdieron a Eurídice, tan distintas a las que se propagan lentas a través del granito y el basalto, distintas a todos los estallidos, los clangores, los sombríos truenos que recorrían torpemente la masa de los metales fundidos o las murallas cristalinas. Ahí salía a su encuentro un chorro de centellas sonoras menudas y puntiformes que se sucedían a una velocidad insostenible para nosotros desde cada punto del espacio: era una especie de cosquilleo que provocaba una desazón agitada. Se apoderó de nosotros —o al menos se apoderó de mí: de aquí en adelante me veo obligado a distinguir mis estados de ánimo de los de Eurídice— el deseo de retirarnos al negro fondo de silencio sobre el que el eco de los terremotos pasa suavemente y se pierde en la lejanía. Pero Eurídice, atraída como siempre por lo raro y lo insólito, sentía la impaciencia de apropiarse de algo único, por bueno o malo que fuera.

Fue en ese momento cuando se hizo evidente la insidia: más allá del borde del cráter el aire vibró de forma continua, mejor dicho, de una manera continua que contenía muchos modos discontinuos de vibrar. Era un sonido que se alzaba lleno, se amortiguaba, recuperaba volumen, y en esta modulación seguía un diseño invisible extendido en el tiempo como una sucesión de llenos y vacíos. Otras vibraciones se superponían a él, y eran agudas y bien diferenciadas la una de la otra, pero se apretaban en un halo ora dulce, ora amargo, y contraponiéndose o acompañando el curso del sonido más profundo, imponían como un círculo o campo o dominio sonoro.

Enseguida mi impulso fue sustraerme a ese círculo, regresar a la densidad enguatada, y me deslicé dentro del cráter. Pero en ese mismo momento Eurídice había empezado a subir por las rocas en la dirección de la que procedía el sonido, y antes de que pudiera retenerla había superado el borde del cráter. O fue un brazo, algo que yo pude pensar que fuera un brazo, lo que la arrebató, serpentino, y la arrastró afuera; conseguí oír un grito, el grito de ella, que se unía al sonido de antes, en armonía con él, en un único canto que ella y el desconocido cantor entonaban, escandido en las cuerdas de un instrumento, descendiendo las pendientes exteriores del volcán.

No sé si esta imagen se corresponde con lo que vi o con lo que imaginé: estaba ya hundiéndome en mi oscuridad, los cielos interiores se cerraban uno a uno sobre mí: bóvedas silíceas, techos de aluminio, atmósferas de azufre viscoso; y el abigarrado silencio subterráneo hacía eco a mi alrededor con sus estruendos contenidos, con sus

truenos en sordina. El alivio de encontrarme lejos del nauseabundo margen del aire y del suplicio de las ondas sonoras se apoderó de mí al mismo tiempo que la desesperación por haber perdido a Eurídice. Sí, estaba solo: no había sabido salvarla del desgarró de ser arrancada de la Tierra, expuesta a la continua percusión de cuerdas tensas en el aire con que el mundo del vacío se defiende del vacío. Mi sueño de hacer viva la Tierra alcanzando con Eurídice su último centro había fracasado. Eurídice era prisionera, exiliada en las landas descubiertas del afuera.

Siguió un tiempo de espera. Mis ojos contemplaban los paisajes estrechamente apretados uno encima del otro que llenan el volumen del globo: cavernas filiformes, cadenas montañosas apoyadas en esquirlas y láminas, océanos estrujados como esponjas: cuanto más reconocía conmovido nuestro mundo atestado, concentrado, compacto, más sufría que Eurídice no estuviera en él para habitarlo.

Liberarla se convirtió en mi único pensamiento: forzar las puertas del afuera, invadir con el interior el exterior, volver a unir a Eurídice a la materia terrestre, construir sobre ella una nueva bóveda, un nuevo cielo mineral, salvarla del infierno de aquel aire vibrante, de aquel sonido, de aquel canto; espiaba el recogerse de la lava en las cavernas volcánicas, su presión hacia arriba a través de los conductos verticales de la corteza terrestre: ése era el camino.

Llegó el día de la erupción, una torre de lapilli se alzó negra en el aire sobre el Vesubio decapitado, la lava galopaba sobre las viñas del fondo, forzaba las puertas de Herculano, aplastaba al mulero y a su animal contra la muralla, arrancaba al avaro de sus monedas, al esclavo de sus cadenas, el perro asfixiado por su collar descuajaba la cadena y buscaba salvación en el granero. Yo estaba allí en medio, avanzaba con la lava; el alud llameante se rompía en lenguas, en regueros, en serpientes, y en la punta más adelantada estaba yo que corría en busca de Eurídice. Sabía —algo me lo advertía— que todavía era prisionera del desconocido cantor: allí donde volviera a oír la música de aquel instrumento y el timbre de aquella voz, allí estaría ella.

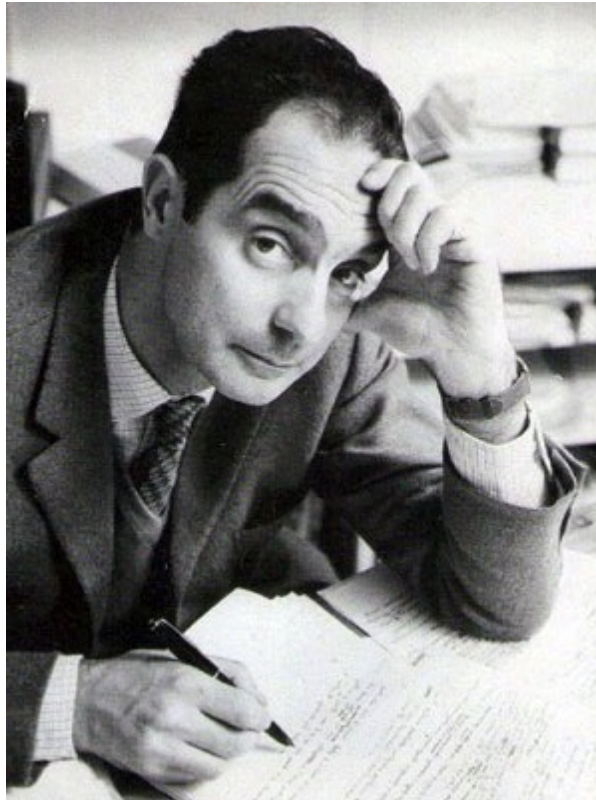
Corría transportado por la colada de lava entre huertos apartados y templos de mármol: oí el canto y un arpegio: dos voces se alternaban; reconocí la de Eurídice —pero ¡qué cambiada!— que acompañaba a la voz ignota. Un escrito en la arquivolta en caracteres griegos: Orpheos. Derribé la puerta. Crucé el umbral. La vi sólo un instante junto al arpa. El lugar era cerrado y cóncavo, hecho aposta —se habría dicho— para que la música se recogiera en él como en una caracola. Una cortina pesada —me pareció de cuero, mejor dicho, acolchada como un edredón— cerraba una ventana para aislar su música del mundo circundante. Apenas entré, Eurídice corrió la cortina de un tirón abriendo la ventana: fuera se abría el golfo resplandeciente de reflejos y la ciudad y las calles; un rasgueo de guitarras se alzaba de todos los lugares y el ondeante bramido de cien altavoces, y se mezclaban con un quebrado petardeo de motores y bocinazos. La coraza de ruido se extendía de allí en adelante por la corteza del globo. La faja que delimita vuestra vida de superficie, con sus antenas enarboladas en los tejados para transformar en sonido las ondas que recorren

invisibles e inaudibles el espacio, con los transistores pegados a los oídos para llenarlos a cada instante de la cola acústica sin la cual no sabéis si estáis vivos o muertos, con los *jukebox* que almacenan y derraman sonidos, y la ininterrumpida sirena de la ambulancia que recoge hora tras hora los heridos de vuestra carnicería ininterrumpida.

Contra ese muro sonoro la lava se detuvo. Atravesado por las espigas de la alambrada de vibraciones estrepitosas, seguí moviéndome hacia delante, hacia el punto donde por un instante había visto a Eurídice, pero ella había desaparecido, desaparecido su raptor: el canto para el cual y del cual vivían estaba sumergido por la irrupción de la avalancha del ruido, ya no podía distinguirla a ella ni a su canto.

Me retiré hacia atrás en la colada de lava, remonté las laderas del volcán, volví a habitar el silencio, a sepultarme.

Ahora, vosotros que vivís fuera, decidme, si por casualidad captáis en la densa masa de sonidos que os rodean el canto de Eurídice, el canto que la tiene prisionera y es a su vez prisionero del no-canto que engloba todos los cantos, si podéis reconocer la voz de Eurídice en la que todavía resuena el eco lejano de la música silenciosa de los elementos, decídmelo, dadme noticias de ella, extraterrestres provisionalmente vencedores, para que yo pueda seguir con mis planes de devolver a Eurídice al centro de la vida terrestre, para restablecer el reinado de los dioses del adentro, de los dioses que habitan el espesor denso de las cosas, ahora que los dioses del afuera, los dioses de los altos Olimpos y del aire enrarecido os dieron todo lo que pudieron dar, y está claro que no es bastante.



ITALO GIOVANNI CALVINO MAMELI. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, durante la que luchó contra los nazis en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Las cosmicómicas* (1965), *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Toscana, Italia, en 1985.